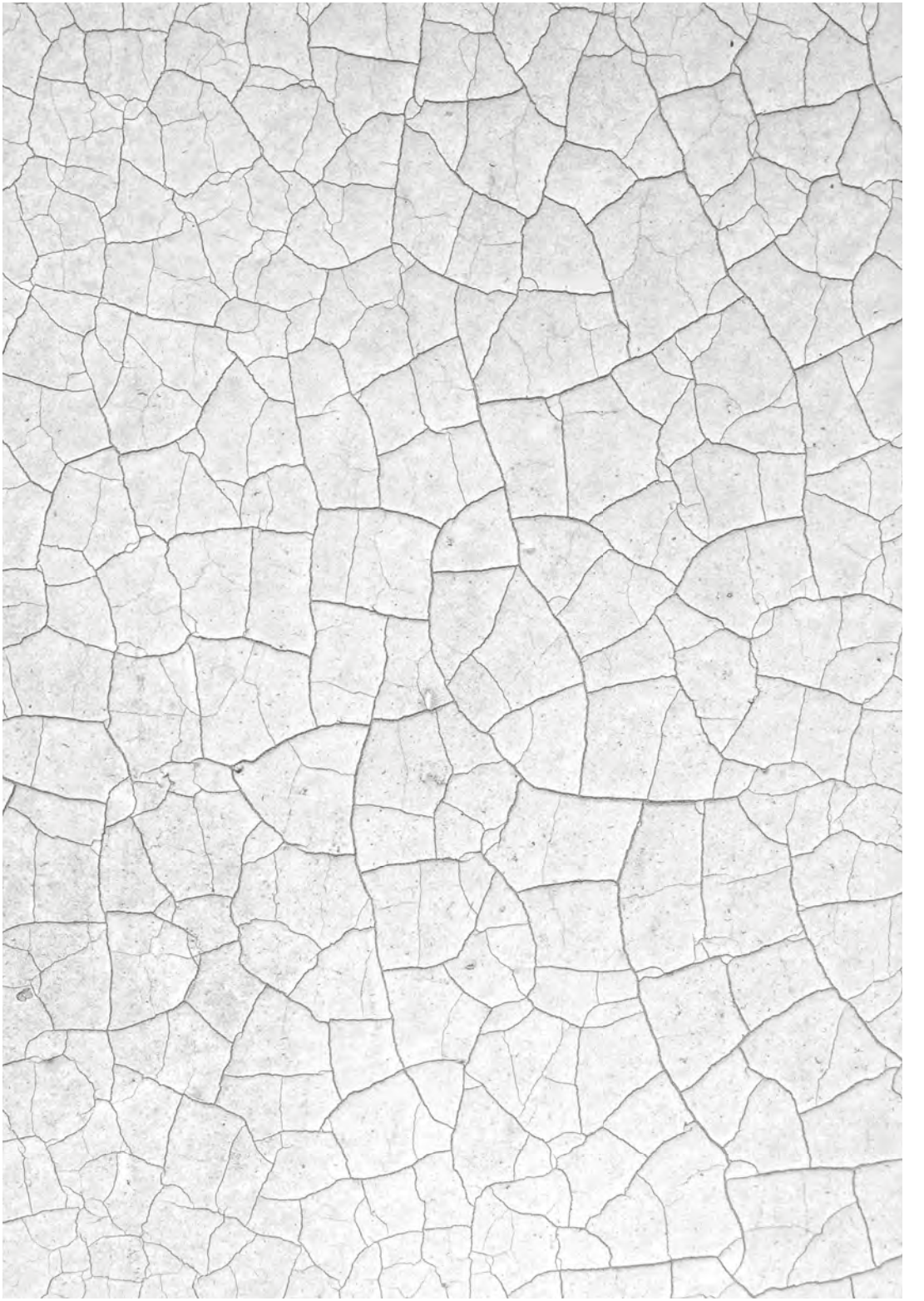
LAS DELICIAS DE LA MATERNIDAD



BUCHI
EMECHETA

LAS DELICIAS DE LA MATERNIDAD

PRÓLOGO
MAYA G. VINUESA

cambalache narrativa

© Herederxs de Buchi Emecheta (todos los derechos garantizados)

Esta edición de *Las delicias de la maternidad*
se publica bajo la siguiente licencia:

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España

CC BY-NC-ND

Título original: *The Joys of Motherhood*
Allison & Busby, London, 1979.

Primera edición en castellano: Ediciones Zanzíbar, 2004.

Las delicias de la maternidad

Colección: Narrativa
1ª edición marzo de 2022
1000 ejemplares.

Edita: cambalache
C/ Martínez Vigil, 30, bajo. 33010 Oviedo. Tfno.: 985 20 22 92
e-mail: cambalache@localcambalache.org
www.localcambalache.org

Autoría: Buchi Emecheta

Traducción: versión de Andrea Iglesias a partir de la traducción
de Maya G. Vinuesa para Ediciones Zanzíbar

Correcciones: Adria Parravicini Nardi, Irene S. Choya, Eduardo Romero

Diseño, cubierta y maquetación: Amelia Celaya

Impresión: Gráficas Summa

Depósito Legal: AS-00733-2022
ISBN: 978-84-121866-5-9
Impreso en papel reciclado

Este libro, al igual que el resto de las ediciones de cambalache,
puede descargarse libremente en nuestra web.

ÍNDICE

PRÓLOGO 9

1 · LA MADRE 23
2 · LA MADRE DE LA MADRE 29
3 · LA INFANCIA DE LA MADRE 57
4 · LOS PRIMEROS SOBRESALTOS DE LA MATERNIDAD 73
5 · UNA MUJER FRACASADA 97
6 · UN HOMBRE NUNCA ES FEO 107
7 · EL DEBER DE UN PADRE 119
8 · LOS RICOS Y LOS POBRES 133
9 · LA INVERSIÓN DE UNA MADRE 161
10 · UN HOMBRE NECESITA VARIAS ESPOSAS 175
11 · COMPARTIR UN MARIDO 197
12 · LOS HOMBRES VAN A LA GUERRA 219
13 · UNA BUENA HIJA 233
14 · SOLAS 241
15 · EL PADRE SOLDADO 261
16 · UNA MADRE DE HIJOS INTELIGENTES 287
17 · EL HONOR DE UNA HIJA 303
18 · LA MADRE CANONIZADA 323

PRÓLOGO

Buchi Emecheta

Nacida en Lagos en 1944, Buchi Emecheta pide desde joven la oportunidad que, por ser mujer y vivir en el seno de una familia de modestos recursos –su padre era trabajador del ferrocarril–, le habría sido normalmente denegada: el acceso a la educación secundaria. Con la ayuda de un vecino, maestro en una escuela metodista, solicita una beca de cuatro años para estudiar en el centro más prestigioso de Lagos, la Escuela Metodista. Su situación económica no le permite cumplir, sin embargo, con el sueño de ir a la Universidad de Ibadan; se casa a los dieciséis años y trabaja en la Embajada norteamericana de Lagos. En 1961 su esposo, con quien ya tenía dos hijos, emigra a Inglaterra para estudiar contabilidad, mientras ella permanece en Lagos trabajando y ahorrando para reunirse con él más adelante. Una vez en Londres y tras el nacimiento de tres hijos más, toma la decisión de separarse de su marido y se queda con los cinco hijos a su cargo. Consigue compatibilizar su dura vida familiar con el trabajo en una biblioteca y, aun así, estudia la carrera de sociología en la Universidad de Londres. En su reducidísimo tiempo libre empezará a escribir sus primeras novelas.

Buchi Emecheta, que residió en Londres desde 1962 hasta su fallecimiento en el año 2017, combinó la escritura con la labor de difusión de sus obras, viajando para dar varias conferencias al año en diversas universidades norteamericanas y europeas. También viajaba cada año a Nigeria. Además de impartir conferencias, estableció allí una pequeña editorial para hacer llegar sus libros por todo el país, de modo que la novela que nos ocupa y otras de la autora han pasado a formar parte de las lecturas escolares.

La primera generación de escritoras y novelistas poscoloniales africanas, a la que pertenece Emecheta, se propone explícitamente rescatar la imagen de la mujer africana de la popular visión eurocéntrica, en la que predominan imágenes de subordinación al marido y de supresión de otras capacidades en función de la esfera doméstica. A pesar de la naturaleza asimétrica de muchas de las sociedades africanas, las mujeres con un talento especial no habían sido completamente desoídas o incapacitadas en las sociedades precoloniales; y aún en las mismas sociedades coloniales, varias autoras recordarán la poderosa influencia de las historias y mitos que les contaban sus madres y abuelas, como las diosas del agua en Nigeria, y recrearán personajes femeninos que destacan por su capacidad de trabajo y de generar riqueza para sus familias.

Ciertamente, en la novela escrita por varones la mujer rara vez ha sido protagonista o ha tenido voz propia; se ha visto retratada únicamente como madre en narrativas dominadas por la acción masculina, como esposa sumisa o como diosa caprichosa e irracional, según sugiere la crítica

Florence Stratton.[1] La diosa Chielo sería un ejemplo prototípico en *Todo se desmorona,* del nigeriano Chinua Achebe (1958), que constituye la novela inaugural de la tradición africana poscolonial en lengua inglesa. Otra representación frecuente es la de la mujer como prostituta, símbolo recurrente del África oprimida y explotada a manos de los blancos. Flora Nwapa (1931-1993), primera escritora africana en lengua inglesa publicada en Europa, dice textualmente en una entrevista que se propone «corregir a los compañeros escritores en sus primeras obras, cuando escribían poco sobre las mujeres y donde sus personajes femeninos son prostitutas o mujeres que no controlan sus vidas».[2]

Estas novelistas africanas marcan distancias con el feminismo occidental, movimiento que consideraban limitado, porque la mujer negra no encontraba en él un espacio para sus peculiares opresiones de raza y clase como ciudadana del Tercer Mundo. Su conciencia de singularidad ante los efectos del nuevo orden internacional y el neocolonialismo en su esfera propia,[3] la hacían sentirse invisible y excluida de los planteamientos y las luchas de las mujeres del hemisferio occidental, por lo general de clase media, y muchas académicas y universitarias. Desde esta posición,

[1] Florence Stratton (1994): *Contemporary African Literature and the Politics of Gender*. Londres: Routledge.

[2] Marie Umeh (1995): «The poetics of economic independence for female empowerment: An interview with Flora Nwapa.» (Special Issue on Flora Nwapa). (Interview). Vol. 26, *Research in African Literatures*, 06-01-1995, p. 22 (8).

[3] Molara Ogundipe-leslie (1987): «The Female Writer and Her Commitment», en E. Durosimi Jones, E. Palmer y M. Jones (eds.), *Women in African Literature Today*, Trenton, N.J.: World Press, pp. 5-13.

varias teóricas africanas y afroamericanas construyen una teoría que se separa del feminismo europeo, denominada *womanism* o *mujerismo*.

Las preocupaciones de esta primera generación de mujeres que toman la pluma en la lengua colonial y pasan a ser leídas más allá de las fronteras de su país giran en tomo al impacto de la colonización y las independencias posteriores en el ámbito «doméstico» de la mujer: matrimonio, maternidad, educación de los hijos. La maternidad (o la ausencia de maternidad) es sin duda uno de los temas fundamentales, si no el más importante, en la narrativa de esta primera generación de mujeres, maestras y referentes de la actual generación.

La profunda valoración de la maternidad en África se puede apreciar en multitud de manifestaciones artísticas del pasado y del presente y, por citar un ejemplo relevante para el público español, quisiera mencionar la magnífica exposición de escultura tradicional africana *Madre África* del Centro Cultural Conde Duque de Madrid (comisarios: Reynold Kerr y Antonio Fernández Ferrer, abril-julio de 2004). El ciclo de conferencias que acompañó a esta exposición contó con la presencia del artista cubano Rogelio Martínez Furé, autor de la traducción –del yoruba al español– de una serie de *oriki*, cantos de alabanza a las deidades maternas en el ritual de la santería cubana, que nos muestran el arraigo del culto a la figura materna ancestral. [4]

En el desarrollo de las literaturas nacionales que florecen después de las independencias a partir de los años sesenta, la

[4] Rogelio Martínez Furé (2002): «Tres rostros de la maternidad afrocubana», en Kerr (2002): *Mother Africa*. Nueva York: Kerr Museum Productions, pp. 36-43.

lengua inglesa sufrirá una transformación creativa que pone de manifiesto la voluntad de descolonización. Las africanas hablarán de su «doble colonización» (por parte del invasor, que refuerza su papel secundario en la estructura patriarcal de sus propias culturas) y subvertirán el uso de esta lengua al volcar en ella otras representaciones de la experiencia femenina, silenciadas en la literatura de varones europeos y africanos. Voces distintas, de mujeres, entran en el coro de los cantos tradicionales a la maternidad como contrapunto a su idealización en el arte y las literaturas anteriores. En su novela más conocida, *Efuru* (1966), la escritora nigeriana Flora Nwapa ya abordaba el tema de la necesidad de dar sentido a la vida de la mujer estéril, marginada en la sociedad tradicional en la que la esencia de «lo femenino» era precisamente su procreación. Rechazando la comparación con sociedades como la occidental, Nwapa acude a la tradición de diosas acuáticas, como Uhamiri en su cultura ibo, cuyos atributos guardan un estrecho paralelismo con divinidades yorubas relacionadas con el agua, como Yemayá, adoradas por su capacidad de generar riqueza y ejercer una maternidad material y espiritual más allá de la biológica. Buchi Emecheta, trece años más joven que Nwapa, rechaza los referentes de la propia cultura ibo en *Las delicias de la maternidad*, desde una postura más abiertamente combativa con esta tradición que idealizaba la maternidad, en muchos casos, hasta el punto de identificar la identidad femenina con la capacidad de procreación biológica.

De acuerdo con la temática, se podría hablar de varios tipos de novelas que la autora va recorriendo en su proceso creativo desde los comienzos hasta la actualidad: las novelas «británicas», en las que relata la experiencia de la

inmigración y las «nigerianas», cuya acción se desarrolla en la sociedad ibo colonial o en los albores de la Independencia. En el primer grupo se encuentran *In the Ditch* (1972), *Second-Class Citizen* (1975), *Adah's story* (1983) y *Gwendolen* (1990). *Las delicias de la maternidad* (1979) pertenece al segundo grupo, que incluye, además, *The Bride Price* (1976), *The Slave Girl* (1977), *Destination Biafra* (1982), *Double Yoke* (1983) y *The Rape of Shavi* (1983).

Las novelas más recientes de Buchi Emecheta, *Kehinde* (1994) y *The New Tribe* (2000), tratan de la realidad más compleja en el sustrato de la identidad de personas con raíces culturales tan diversas. *The New Tribe* –cuyo protagonista es un niño negro que un año se cansa de hacer de rey mago Baltasar en la tradicional fiesta navideña del colegio en un pueblecito de la Inglaterra rural– apunta de forma decidida y reconciliadora hacia la necesidad de educar a una generación nueva en un concepto diferente de lo que significa ser británico.

Más allá del ámbito de las denominadas «literaturas poscoloniales» anglófonas, Buchi Emecheta es una autora clave en los estudios de la literatura contemporánea escrita por mujeres de todo el mundo y viene recibiendo una atención constante en el ámbito académico anglófono. En España será María Vidal,[5] desde el campo de la Filología Inglesa, la primera académica en iniciar trabajos de investigación sobre la obra de Buchi Emecheta, a partir de su tesis doctoral sobre

[5] María Vidal (1995): *The Writings of Buchi Emecheta: Duality of Experience and Nar-rational Ambivalence in Selected Nigerian Novels*. Tesis doctoral dirigida por Doirean MacDermott, Barcelona: Universidad de Barcelona.

las novelas nigerianas. Por otra parte, Marta Sofía López,[6] en su estudio sobre feminismos africanos –que constituye una excelente introducción al panorama de escritoras africanas actuales, la primera en su género escrita en nuestro país– incluye una revisión de la obra de la autora.

Las delicias de la maternidad

La obra clásica de Buchi Emecheta y sin duda la más estudiada es *Las delicias de la maternidad*. Como apuntaba más arriba, la maternidad ha sido el tema sobre el que más apasionada y también más racionalmente han escrito las autoras africanas poscoloniales. La identidad de la mujer en África occidental, firmemente asentada sobre su función reproductora –algo que no es radicalmente diferente de las expectativas tradicionales sobre el papel de la mujer en Europa–, viene sufriendo una transformación que ha sido examinada desde perspectivas de género y clase, desde el lugar al que queda relegada la mujer africana en la realidad histórica poscolonial.

Es imprescindible reparar en algunas especificidades históricas y sociales que conforman la experiencia de la protagonista, Nnu Ego. La acción se desarrolla entre 1930 y 1960, en el contexto de la colonización británica de Nigeria. Nacida en el seno de una familia de rango social elevado e hija de un temido jefe en un pueblo ibo de la Nigeria rural, Nnu Ego sale de la inocencia durante su primer matrimonio. Al final

[6] Marta Sofía López Rodríguez (2003): «Literatura africana femenina: una perspectiva mujerista», en *Literaturas Africanas*, *Cuadernos del Centro de Estudios Africanos de la Universidad de Murcia* 3: pp. 137-198.

del mismo, llega a sufrir una crisis nerviosa, y es repudiada por su cónyuge, asustado por la tardanza en concebir hijos. Nnu Ego se casa en segundas nupcias con un joven del pueblo a quien no conoce. Este joven reside en Lagos y, aparentemente, labra su fortuna trabajando como sirviente doméstico de una pareja británica. En este segundo matrimonio, la preocupación de Nnu Ego será la de procrear hijos para ser alguien en su sociedad.

Sin embargo, el cumplimiento de este deseo se convertirá también en su problema fundamental en el entorno urbano. En la ciudad, la protagonista pasa a formar parte de la clase social de los emigrantes empobrecidos procedentes de las zonas rurales. Para estos emigrantes, el mero hecho de alimentar a los hijos supone una extenuante lucha diaria. Si en el ámbito rural, donde también los abuelos y tías colaboran con la crianza y la educación de los niños desde la estructura de una familia extensa, un gran número de hijos era una bendición para la madre –porque aportaban más manos para cultivar la tierra y eran la garantía de un abundante cuidado en la vejez–, en la ciudad esta tarea se convierte en una experiencia muy distinta, vivida por el matrimonio que tiene varios hijos desde la supervivencia y la precariedad. La estructura del servicio doméstico colonial, en la que las tareas tradicionalmente femeninas pasan a ser ejercidas por los hombres, produce un cambio de papeles que altera el código de las relaciones de pareja, como le sucede a la protagonista, humillada y enfadada al ver a su marido lavando la ropa interior del ama blanca. El servicio doméstico colonial es a menudo una tarea fundamentalmente masculina, en la que la mujer queda relegada a la sombra. En este entorno, la protagonista de la novela se verá forzada a cuestionarse

la validez del código tradicional, en el que ha sido educada tan solo para realizarse y ocupar un papel importante en su sociedad a través del matrimonio y la maternidad. Carole Boyce Davies[7] señala que, aunque existen diversas aproximaciones a la maternidad en las obras de escritores y escritoras ibo, todas ellas coinciden en que la maternidad es determinante con respecto al estatus de una mujer en la comunidad africana. Y, como matiza Marie Umeh,[8] dicha maternidad será «de segunda» si la mujer no da a luz hijos varones, al interpretarse como un fracaso en la continuidad del linaje del marido. Estaríamos ante un código que reprime la sexualidad femenina en la sociedad que retrata, hecho que ha recibido menor atención en la escritura masculina.

Buchi Emecheta desvela la construcción de género en la base del pensamiento dualista presente tanto en las culturas occidentales como en las africanas, que reduce a la mujer al ámbito de lo corporal por contraposición al de lo racional y espiritual, que quedaría reservado al varón, y resulta en una realidad de trato desigual. Este es un tema que Ángeles de la Concha aborda desde una perspectiva comparativa a través del análisis de una serie de discursos sobre la maternidad presentes en la literatura contemporánea en lengua

[7] Carole Boyce Davies (1986): «Motherhood in the works of male and female Igbo writers: Achebe, Emecheta, Nwapa and Nzekwu», en Carol Boyce Davies y Anne Ad-ams (eds.), *Ngambika: Studies of Wornen in African Literature*. Trenton, N.J.: Africa World Press, pp. 25-39.

[8] Marie Umeh (1996): «Procreation not recreation: Decoding Mama in Buchi Emecheta's *The Joys of Motherhood*», en M. Umeh (ed.) *Emerging Perspectives on Bu-chi Emecheta*. Trenton, N.J.: Africa World Press, pp. 99-206.

inglesa.[9] *Las delicias de la maternidad* muestra que tanto hombres como mujeres son víctimas de la violencia generada por este desequilibrio y subraya que ellas se llevan la peor parte, puesto que son quienes, en definitiva, asumen solas la responsabilidad de la maternidad. Este enfoque tiene un impacto particular en el contexto de la literatura africana, donde a menudo la urgencia de tratar otros temas, como la violencia del colonialismo, la guerra, el hambre y el genocidio cultural, acababa convirtiéndose en una excusa para relegar al olvido el tratamiento de la situación de la mujer. Sin embargo, en la narrativa de Buchi Emecheta y de sus contemporáneas, como la ghanesa Ama Ata Aidoo y la senegalesa Ken Bugul, la experiencia de la maternidad y la exploración de la figura de la madre se convierten, por el contrario, en un aspecto central que permite reconocer el papel fundamental de las mujeres en la transformación histórica de las sociedades africanas desde la colonización hasta la actualidad.

La representación de la maternidad con todas sus «delicias» no es obstáculo para que Buchi Emecheta haya dicho repetidamente que las voces de sus hijos, ese ruido de fondo mientras escribía sus novelas, fueron vitales en su proceso creativo. Así pues, nos encontramos ante una escritora que, según sus propias palabras, no lo es «a pesar de» ser madre sino, precisamente, desde ahí.

Maya G. Vinuesa

[9] Ángeles de la Concha y Raquel Osborne (eds.) (2004): *Las mujeres y los niños primero. Discursos de la maternidad*. Barcelona: Icaria.

A todas las madres

I · LA MADRE

Nnu Ego salió de la habitación, con la mirada perdida y vidriosa, mirando al vacío. Caminaba con pies ligeros, como si anduviera entre las nubes y no fuera consciente de sus propios pies. Chocó con la puerta, se apartó y se dirigió hacia la terraza, hacia el césped que formaba parte de la zona de servicio. Notaba la humedad del rocío bajo los pies desnudos. Sentía en todo el cuerpo la leve neblina que empapaba el aire y percibió que rozaba la ropa tendida del amo blanco. Dio media vuelta sobresaltada, como una marioneta a la que tiraran del extremo de una cuerda. Se encontró frente a la carretera, decidida a mirar hacia adelante en lugar de lo que dejaba atrás. Corrió, con pies aún más ligeros, como si el hecho de fijar la vista le prestara una ligereza añadida. Corrió dejando atrás la casa del amo y el jardín, y se lanzó hacia la carretera de gravilla sin asfaltar; por un momento sus sentidos quedaron aturdidos por el color de la carretera que parecía de sangre y agua. Aceleró al cruzar aquella carretera pequeña que llevaba a otra mayor asfaltada, apresurándose como si la persiguieran, mirando atrás solo una vez para asegurarse de que no la asediaba nadie. Corría como si no pudiera parar.

Transcurría el año 1934 y el lugar era Lagos, por aquel entonces una colonia británica más. La zona residencial de Yaba, a poca distancia de la isla, había sido construida por y

para los británicos, aunque muchos africanos, como el marido de Nnu Ego, trabajaban allí como sirvientes o mozos. Un puñado de negros extranjeros que trabajaban como administrativos vivían en algunas de las casas más modestas de la zona. Ya en aquella época el crecimiento de Lagos era rápido y pronto se convertiría en la capital de un país recién formado llamado Nigeria. Nnu Ego pasó como una flecha por delante de los puestos del mercado de Zabo cubiertos con planchas rojas de chapa de zinc que, como la hierba mojada y la arenilla del suelo, brillaban con el rocío de la mañana. En el estado en el que se encontraba no parecía ver todo aquello, aunque lo absorbía de forma inconsciente. Las agudas piedrecillas del camino le pinchaban en las plantas de los pies al llegar a Baddley Avenue; sentía el dolor y a la vez no lo sentía. Lo mismo le pasaba con el dolor en su joven pecho sin sostén, ya que le había subido la leche por el nacimiento de su hijo pequeño, hacía ya cuatro semanas.

Su bebé... ¡su bebé! Nnu Ego se llevó los brazos sin querer al pecho dolorido, más para asegurarse de su maternidad que para aliviar el peso. El goteo de la leche le estaba mojando la blusa *buba*; el otro dolor contenido se hizo más intenso, llegándole hasta la garganta, como si estuviera decidido a extraerle hasta la última gota de vida. Pero, a diferencia de la leche, este dolor no podía salir, aunque la espoleaba y le hacía seguir corriendo y huir de él. Aun así, estaba dentro de ella. Sólo había una manera de librarse de él. ¿Cómo iba a enfrentarse al mundo después de lo que había pasado? No, era mejor no intentarlo. Lo mejor era poner fin a todo de este modo, el único posible.

No le fallaban las fuerzas. La vieron un par de viandantes madrugadores que intentaron pararla y preguntarle a dón-

de iba. Al parecer, lo que vieron fue una mujer joven de unos veinticinco años, con el pelo largo con trenzas algo desaliñadas y sin pañuelo que le cubriera la cabeza, que llevaba una *buba* suelta de andar por casa y una *lappa* desteñida anudada alrededor de su fina cintura, y adivinaron que no debía encontrarse nada bien. Aparte del hecho de que su ropa estaba demasiado gastada como para llevarla fuera de casa y de que iba despeinada para ir sin pañuelo, había algo salvaje en su mirada que delataba un espíritu atormentado. Pero tan ágiles y súbitos eran sus movimientos que esquivaba a los que intentaban ayudarla.

Al llegar al mercado de Oyingbo, el sol se asomaba entre las nubes matutinas. Se iba acercando a una parte de la ciudad muy concurrida, donde ya fluía gente por la calle. Los vendedores del mercado se dirigían hacia sus puestos en fila india, con diferentes fardos atados y firmemente equilibrados en la cabeza. Chocó con un mendigo hausa que, tras abandonar uno de los puestos abiertos donde había pasado la noche, se dirigía a la carretera asfaltada para empezar la jornada de mendicidad. Era ciego y andaba con un bastón que blandía amenazadoramente delante de él; con la otra mano, temblorosa, sujetaba la calabaza con la que mendigaba. Nnu Ego, con la prisa, estuvo a punto de tirarlo al suelo, abalanzándose contra él como si tampoco ella pudiera usar los ojos. El mendigo la maldijo y le lanzó una serie de improperios ininteligibles en su lengua materna hausa, que poca gente en Lagos entendía. La calabaza salió disparada de su mano temblorosa y enarboló el bastón al aire para enfatizar su sonora maldición.

—*¡Dan duru ba!* —gritó. Se imaginó que, aunque fuera temprano, estaba siendo atacado por alguna banda de la-

dronzuelos de esos que robaban a mendigos, especialmente a los ciegos, y les quitaban las limosnas del día. Nnu se las arregló para evitar la furia de la vara del mendigo mientras le recogía la calabaza. Lo hizo en silencio, aunque se ahogaba al respirar. No había nada que ella pudiera decirle a aquel hombre que disfrutaba de su enfado y que le gritaba en hausa lo que creía que le iba a pasar. Seguía maldiciendo y agitando el bastón en el aire cuando Nnu Ego lo dejó atrás.

Nnu empezó a notar la fatiga y a cada paso gimoteaba como una niña asustada; aun así, andaba deprisa, deseosa de sentir al menos algo de dolor físico. Al andar, su interior se debatía entre el dolor y la ira. A veces la ira afloraba, pero era el dolor emocional el que siempre ganaba. Y quería terminar con él cuanto antes. Pronto llegaría, se dijo a sí misma. Todo pasaría enseguida, allí mismo, bajo el agua profunda que corría por debajo del puente Carter. Entonces podría buscar y encontrarse con su *chi*, su dios íntimo, y le preguntaría por qué la había castigado de aquella manera. Sabía que su *chi* era una mujer, no solo porque, a su modo de ver, únicamente una mujer sería tan dura al castigar a otra; también porque ¿acaso no le habían dicho muchas veces en su casa de Ibuza que su *chi* era una esclava a la que habían obligado a morir con su dueña cuando esta fue enterrada? Por eso la esclava estaba haciendo todo lo posible por convertir la vida de Nnu en un catálogo de desastres. Pues bien, ahora sería ella la que se acercaría a hablar con la rencorosa esclava, princesa extranjera, no en esta tierra, sino en el país de los muertos, más allá de las aguas del mar.

Dicen que los que están a punto de morir ahogados o por una enfermedad terminal, utilizan los últimos momentos de conciencia para recorrer su vida a una velocidad ver-

tiginosa y Nnu Ego no fue una excepción. La suya había empezado veinticinco años atrás en una pequeña ciudad ibo llamada Ibuza.

2 · LA MADRE DE LA MADRE

Nwokocha Agbadi era un jefe de tribu muy rico. Era un gran luchador y disfrutaba de grandes dotes para la oratoria. Aderezaba sus discursos con anécdotas ingeniosas y sesudos proverbios. Era más alto que la media y, como había nacido en una época en la que el poderío físico determinaba el papel que uno desempeñaba en la vida, la gente lo consideraba un líder nato. Al igual que la mayoría de los hombres atractivos que son conscientes de su carisma, estaba siempre bien rodeado de mujeres. Después de cada incursión en aldeas vecinas, Agbadi se traía a las mujeres más bellas. Tenía cierta debilidad por las de familias importantes, las hijas de jefes locales y hombres ricos. Sabía por experiencia que esas mujeres eran más seguras de sí mismas y tenían más descaro, incluso en cautividad. Y ese tipo de arrogancia, que ni la cautividad reducía, parecía excitarlo por algún rasgo perverso de su personalidad. En su juventud, a la mujer que se entregaba a un hombre sin luchar primero por su honor no se la respetaba nunca. El hecho de considerar deseable a una mujer callada y tímida empezó más tarde, con el cristianismo y otros cambios. La mayor parte de las mujeres que Nwokocha Agbadi escogía como esposas e incluso como esclavas eran sus iguales en arrogancia, en sarcasmo mordaz, en bromas hirientes y también, cuando su estado de ánimo lo requería, en ternura.

Se casó con unas cuantas mujeres en el sentido tradicional, pero en cuanto veía cómo cada una de ellas se hundía en la vida doméstica y en la maternidad, se aburría enseguida y salía de nuevo a la caza de alguna otra fémina excitante, alta y orgullosa. Esta predilección se extendía también a sus amantes.

Agbadi era de Ogboli, una aldea de gente que, según la leyenda, había vivido en aquella parte de lo que ahora es Ibuza antes de que los ibos orientales de Isu llegaran y se asentaran allí con ellos. El pueblo de Ogboli permitió al fundador de Ibuza que se quedara y le otorgó títulos nobiliarios tanto a él como a sus descendientes. También heredaron la mayoría de las viudas de los recién llegados. Este fue el acuerdo durante una larga época hasta que el pueblo de Ibuza creció en número y en fuerza y los de Ogboli, por alguna razón, disminuyeron. Todavía no se sabe por qué sucedió esto, aunque algunos afirman que muchos de ellos emigraron a otros pueblos cercanos, como Asaba. Pero eso no es lo importante. La gente de Ibuza, que venía de la parte oriental de Nigeria, luchó y venció en muchas guerras civiles contra sus enemigos. Ganaron en libertad hasta el punto de empezar a coronarse a sí mismos y a negarse a seguir enviando a sus esposas a los Ogboli.

En la época de Nwokocha Agbadi, el pueblo ya se conocía como Ibuza, y Ogboli era una de las aldeas que lo conformaban. La gloria persistía y los Ogboli todavía se consideraban como los hijos de la tierra, aunque se la hubieran arrebatado hacía mucho tiempo. Dos de las mujeres de Agbadi eran de Ibuza, otras dos de su propia aldea, Ogboli, y poseía también tres esclavas que había capturado en sus incursiones; también tenía dos amantes.

Una de estas amantes era una joven muy bella que se las arreglaba para combinar terquedad y arrogancia. Era tan testaruda que se negaba a vivir con Agbadi. Siendo como son los hombres, él prefería pasar el tiempo libre con ella, con la mujer que disfrutaba humillándolo al negarse a convertirse en su esposa. Más de una noche lo echaba con la excusa de que no le apetecía tener nada que ver con él, pese a que se suponía que Agbadi no era ese tipo de hombre al que las mujeres hablarían así. Pero ella no se dejaba impresionar por su riqueza, su nombre o su atractivo. Se decía que Nwokocha Agbadi se pasó toda la vida cortejando a Ona.

Ona era el nombre que le había puesto Agbadi, no su verdadero nombre. El padre de Ona también era jefe de una tribu y Agbadi la había visto de niña andando detrás de él. La gente encontraba raro que un jefe como Obi Umunna anduviera por ahí tirando de su hija pequeña sin que le preocupara lo más mínimo. Decía que su niña era su joyita. Agbadi le dijo una vez en broma:

—¿Por qué no te la cuelgas alrededor del cuello como una *ona*, una joya de incalculable valor?

La gente se echó a reír. Pero el nombre permaneció. Nunca se imaginó que él sería uno de sus pretendientes años más tarde. Su padre, a pesar de tener varias esposas, apenas tenía descendencia y, de hecho, no le quedaba vivo ningún hijo varón, pero Ona creció colmando sus expectativas. Él decía que no debía casarse jamás; su hija no tendría que agachar la cabeza ante ningún hombre. Sin embargo, sería libre de estar con otros hombres y, si daba a luz a un hijo, este llevaría el nombre de su padre, para rectificar de este modo la omisión que la naturaleza había llevado a cabo.

Ella era de estatura media y tenía la piel como la de las nueces de palma antes de madurar, suave, color café claro. Su pelo corto se ajustaba a su cráneo como un sombrero sobre una cabeza que parecía brotar de sus hombros a través de un cuello fuerte, largo y poderoso. Al andar, las cuentas preciosas que le colgaban de la cintura, talladas del mejor coral, tintineaban y para los hombres que habían crecido en aquella cultura, que conocían el sonido de cada cuenta, esto aumentaba su atractivo. Estaba acostumbrada a andar por todo tipo de caminos entre la maleza, por lo que se sabía todos los trucos para evitar las espinas, como el de andar de puntillas en lugar de apoyar todo el peso en los talones. Se movía con un aire de felino misterioso y fascinante. A veces sacaba la barbilla hacia fuera, como si viera con ella y no con aquellos ojos de pestañas negras que parecían hundidos en la cabeza. Como la mayoría de su pueblo, tenía poca paciencia para andar y, al correr, del mismo modo que las niñas cuando iban al arroyo o a ver qué pasaba en casa, ahuecaba las manos como copas para sujetarse el pecho que se balanceaba con sana desnudez. Casi nunca se cubría la parte de arriba, ni se ataba la *lappa* por encima del pecho como las ancianas. Pero tenía varias *lappas* para anudarse a la cintura y varios collares con cuentas de coral para el cuello y la cintura. Llamaban la atención unos tatuajes de color verdinegro sobre el fondo de su piel marrón. Aunque siempre llevaba poca ropa, a menudo daba la impresión a la gente de una presencia noble, altiva, fría como el acero y remota como la de cualquier mujer de sangre real. Al sentarse y doblar sus largas piernas, juntándolas con modestia femenina, se notaba que la hija única de Obi Umunna era elegante.

A Nwokocha Agbadi no le habría importado deshacerse de sus esposas para vivir con aquella mujer, pero eso no iba a ocurrir. La gente decía que lo tenía embrujado, que ejercía una especie de poder sobre él; ¿a quién en su sano juicio podía ocurrírsele abandonar su gran y espaciosa casa y a unas mujeres dispuestas a adorarlo y servirlo en todo para ir detrás de una mujer hosca y egocéntrica a la que su padre había malcriado? La historia ganaba credibilidad especialmente cuando las jóvenes esposas de Agbadi se quejaban de su dejadez carnal. Ellas le recordaban sus obligaciones, pero cuando se quedaban embarazadas, no lo volvían a ver por casa hasta que le tocaba yacer con ellas de nuevo. Sin embargo, cada vez que regresaba de sus andaduras, se iba con su Ona.

Ocurrió durante la estación de las lluvias, cuando Nwokocha Agbadi fue a cazar unos elefantes que él y sus pares sabían que iban a cruzar por una zona pantanosa de matorrales llamada Ude. En aquella ocasión se acercó demasiado a una de estas pesadas criaturas y aquel resbalón estuvo a punto de provocar un desastre terrible. Un tremendo colmillo lo lanzó hacia unas matas de caña de azúcar silvestre y aterrizó sobre lodo negro y burbujeante. El animal estaba tan encolerizado que, contrariamente a lo habitual en elefantes adultos, lo persiguió ciegamente, bramando como una potente locomotora hasta el punto de que la misma tierra parecía apartarse conforme se acercaba con todo su peso. Agbadi reaccionó con rapidez. Estaba inmovilizado en la mata de caña de azúcar, aunque con mano experta blandió su lanza y la clavó bajo el vientre del enfurecido animal. Este barritó de dolor, pero volvió a atacar a Agbadi con determinación hasta casi arrancarle el brazo del hombro, embistién-

dolo con una furia acrecentada por el dolor de la lanza. El elefante bramó y se desplomó, no sin antes herir a Agbadi tan gravemente que pensó que le había llegado su hora. Los demás cazadores, al oír el alboroto, corrieron hacia el lugar y remataron al elefante que todavía seguía vivo, coleando con rabia. Entonces vieron a Nwokocha Agbadi desangrándose, se le salía el hueso del hombro y los colmillos del elefante le habían herido en el costado. Los hombres se reunieron y le entablillaron el hombro dislocado con cañas de bambú, aunque poco podían hacer por el costado que sangraba; al ver el charco de sangre que se estaba formando a su alrededor, dudaron de que sobreviviera. Agbadi se desmayó enseguida y a todos les pareció que había muerto. El más viejo del grupo recogió su paño *otuogwu*, que había dejado en un lugar seco por la zona de colinas junto al arroyo, y lo enrolló alrededor de Agbadi como si de un muerto se tratara. Los cazadores, preocupados, lo metieron en una caja de bambú que habían construido a toda prisa y lo llevaron hacia el pueblo, a paso lento y triste.

La procesión solemne de aquellos hombres surgiendo de las entrañas de la selva y entrando en el pueblo fue un espectáculo conmovedor. A aquellos granjeros que marchaban rumbo a sus tierras les parecía obvio que algún tipo de desgracia había sucedido, pero, aunque sospecharan la verdad, no podían mostrar dolor: Nwokocha Agbadi no solo era un jefe, sino que además era alguien importante, por lo que el anuncio de su muerte tendría que cumplir con una serie de protocolos culturales: tendrían que hacerse disparos y habría que sacrificar dos o tres cabras antes del anuncio del deceso. Quien empezara a llorar antes de la proclamación oficial tendría que pagar una multa equivalente a tres

cabras. De manera que la gente miraba sobrecogida a los cazadores que se acercaban, preguntándose quién sería aquel a quien se había momificado de ese modo. Las mujeres y los niños salieron de sus recintos para mirar la comitiva y se dieron cuenta de que el único jefe que faltaba entre los cazadores que regresaban era Nwokocha Agbadi. Los que lo llevaban iban seguidos de cuatro esclavos fornidos que arrastraban el elefante muerto, rezongando y sudando por el peso del animal. La gente se enteró entonces de que Agbadi había sufrido graves heridas o que incluso había muerto durante la caza del elefante. Se corrió la voz.

Cuando Ona lo supo, reveló su lado más vulnerable, que escondía bajo su habitual máscara de acero. Salió corriendo de donde estaba sentada con su padre y pronto alcanzó a los que cargaban con el cuerpo.

—Decidme, por favor, ¿ha muerto mi amante? —preguntó con ansiedad según iba galopando detrás de ellos sin apoyar los talones, con las cuentas de la cintura sonando al ritmo de su movimiento.

Agarraba a un hombre haciéndole la misma pregunta, y luego a otro, rogándoles que le dijeran algo. Persiguió a Obi Idayi, el amigo íntimo de Agbadi y el mayor, hasta conseguir que perdiera los estribos. La había ignorado durante un buen rato y nunca había sentido cariño alguno hacia aquella mujer salvaje e incontrolada. No comprendía qué era lo que Agbadi veía en ella. Entonces paró en seco su firme zancada y dijo bruscamente:

—Cuando estaba vivo lo torturabas, lo provocabas con tu cuerpo. Ahora que está muerto lloras por su hombría.

Ona estaba perpleja. Se llevó las manos a la cabeza y habló como si estuviera aturdida:

—No puede ser. No puede ser.

Algunas ancianas que estaban allí presentes la mandaron callar diciéndole:

—Puede que fuera tu amante, niña, pero no te olvides de que es Nwokocha Agbadi. Cuidado con lo que dices.

Con la cabeza llena de miedos y temores, Ona siguió a la comitiva hacia Ogboli.

Colocaron a Agbadi en el centro de su patio. El curandero dijo que todavía estaba vivo aunque tenía dificultades para respirar, lo que significaba que agonizaba. Tuvieron que masajear su corazón para que volviera a su actividad normal. Sacaron de allí a las esposas, pero Ona luchó encarnizadamente para que se le permitiera quedarse y no dejaba que nadie tocara a Agbadi, excepto ella misma. No caía bien a los allegados de Agbadi, pero la respetaban por ser la única mujer que era capaz de hacerlo feliz, así que el médico permitió que lo cuidara. Tan asustada estaba después de lo sucedido tras el accidente que, al igual que los hombres que permanecían sentados alrededor de Agbadi, olvidaba que el alimento era para comer y la noche para dormir.

Se sacrificaron cabras todos los días para aplacar el *chi* de Agbadi; otras se dejaban vivas en las orillas del río y en Ude para aplacar a los demás dioses. A Ona no se le ocurrió por un momento volver a casa, ni siquiera al cuarto día. Tampoco su posesivo padre la reclamó, puesto que entendía su difícil situación; su gente era civilizada y la respetaban. Por primera vez, se dio cuenta de hasta qué punto se sentía unida a aquel hombre, Nwokocha Agbadi, aunque él fuera cruel en su manera de dominar. Tenía una lengua mordaz, afilada como la hoja de una cuchilla de circuncisión. Gobernaba a su familia y a sus hijos como si de un dios se tratara.

Por otra parte, a ella le daba un amor sin reservas y ella lo valoraba; sospechaba, sin embargo, que su destino sería el mismo que el de sus otras mujeres si aceptaba convertirse en una de sus esposas. No, la mejor manera de mantener vivo el amor era impedir que eso sucediera. Pero si él muriera en aquellos momentos... ¡Dios, entonces ella también querría morir! A pesar de todo, prefería que le arrancaran la lengua a dejar que aquella bestia de hombre supiera cuánto le importaba. Ese, decidió, sería su pago por ser tan déspota y tener un carácter tan insoportable. Lo cuidó con cariño y se dijo a sí misma que se marcharía en cuanto él empezara a dar señales de recuperación.

Al quinto día abrió los ojos sin ayuda del médico. Ona se llevó tal sorpresa que simplemente se quedó mirándolo. Su primer impulso fue gritar de alegría, entonces se acordó de su propósito. Agbadi la miró durante un instante con la mirada desenfocada. Durante aquel breve espacio de tiempo parecía tan dependiente que Ona quiso abrazarlo y cantarle como haría con un bebé. Él empezó a morderse el labio, un gesto que, como sabía por experiencia, era el preludio de algún comentario hiriente. La miró, sentada a su lado con las piernas cruzadas, con una de las rodillas casi tocándole la cabeza que apoyaba sobre un larguero de madera. No dijo nada, pero su mente aguda ya se había hecho cargo de la situación. Mordiéndose aún el labio inferior, la miró de arriba abajo. Después se dio media vuelta y volvió a cerrar los ojos. Ella no tuvo la menor duda de que la luz del patio abierto donde estaba tendido le resultaba excesiva, puesto que no los había abierto en cinco largos días, pero tampoco se le escapó su mirada burlona. ¡Vaya manera de darle las gracias por su ayuda!

No le dijo a nadie que Agbadi había recuperado la conciencia; permaneció atenta, entre esperanzada y asustada, a otras señales de recuperación. Aquella tarde, cuando intentaba aflojar las cañas de bambú que le habían puesto para enderezarle el hombro, dos hombres tuvieron que sujetarle las largas y fuertes piernas para evitar que diera patadas. Gimió de dolor y a ella le dijeron que limpiara la sangre fresca que brotaba de la herida. Se escuchó a sí misma decir:

«Has aguantado el dolor como un hombre. Ya tienes los huesos colocados, solo te queda la herida y estarás curado dentro de un par de días».

Agbadi abrió los ojos rápidamente y esta vez tenía la mirada clara y maliciosa. Le brillaron los dientes blancos con una sonrisa sardónica y de forma malévola dijo toscamente:

—¿Qué hubiera sido de ti sin tu amante, Ona?

—Si no dejas de hablar así, te tiraré encima esta calabaza de medicina y me volveré a casa de mi padre. Tú ya estás mucho mejor a juzgar por tu lengua afilada.

Con los ojos empañados en lágrimas, hizo un esfuerzo por controlarse para que no afloraran, pues sabía que nada agradaría más a su amante que verle la cara inundada de lágrimas de frustración. Se levantó de la alfombra de piel de cabra de Agbadi y se dirigió hacia la salida.

—No puedes irte ahora. Tienes que terminar lo que empezaste —observó Agbadi.

Ella se dio la vuelta.

—¿Quién va a impedírmelo? ¿Quién se va a atrever a impedírmelo? ¿Tú? —gritó, casi histérica—. Bah, ¿es que te crees con derecho a jugar a ser Dios solo porque eres Agbadi? Tienes a tus mujeres, que te cuiden ellas. Tienes a tus esclavos, ¡que limpien ellos tu apestosa sangre!

—Mis esposas están demasiado enamoradas de mí como para quedarse aquí y verme sufrir. Necesito una mujer dura como tú... una mujer con el corazón de piedra que se quede y vea a los hombres quitarme el entablillado y que no me inunde con sus lágrimas. Si te vas, me moriré.

—¿Te vas a morir si me voy? —se burló Ona, sacando su fina barbilla hacia fuera y echando la cabeza hacia atrás en fingido regocijo—. ¡Vaya frase, dicha por el gran Agbadi! Así que, después de todo, eres una persona normal y corriente, no un hombre vulgar, sino un crío mimado que llora cuando su mamá lo abandona. Nwokocha Agbadi, date prisa y muérete, porque yo me vuelvo a casa de mi padre. No tengo el corazón de piedra, pero prefiero morir a ablandarme por un tipo como tú.

—Yo no he dicho que me esté muriendo porque tú seas indispensable...

A lo que siguió su risa grave, burlona. Se le unió su íntimo amigo Idayi y los dos parecían disfrutar con su turbación. Entonces Idayi tosió con suavidad.

—Mira, Agbadi —le advirtió—, como no dejes de reírte vas a empezar a sangrar otra vez. Y tú, querida Ona, llevas cinco días a su lado cuando no podía ni abrir la boca. Ahora que puede hablar, ¿quieres que se arrodille y te dé las gracias?

—Sí, ¿por qué no? ¿No me lo merezco? Dejé la casa de mi padre para venir aquí.

—Yo no te pedí que vinieras, acuérdate —añadió Agbadi, decidido a ser el cazador orgulloso hasta la muerte.

—¡Qué valor tienes!

—De acuerdo, de acuerdo —intervino Idayi, al ver que Ona se enfadaba cada vez más y más. Si perdía el control

podía acabar tirando la calabaza como había amenazado—. Estará mejor dentro de un par de días, Ona. Entonces podrás volver a tu pueblo. Te estamos agradecidos a ti y a tu padre, te lo aseguro. Si Agbadi se rebajara a darte las gracias, estoy seguro de que dejaría de interesarte. Necesitas un hombre, Ona, no un caracol. Todos te conocemos. Por un momento creí que perdíamos para siempre a nuestro gigante. Tú no te preocupes, todavía está demasiado débil como para incordiar a alguna mujer en los próximos días, lo que necesita es el consuelo de tu cercanía, aunque no lo vaya a reconocer. Ya se está poniendo el sol; necesita que le traigas la comida, si quieres que se cure —dijo Idayi con su estudiada tranquilidad habitual.

Ona fue a hacer lo que se le había dicho, pensando en lo injusto que era que Agbadi la acusara de tener un corazón de piedra. ¿Cómo iba a actuar si no podía casarse con él? Como su padre no tenía ningún hijo varón, ella había sido ofrecida a los dioses para procrear varones en su nombre, pero no en el de ningún esposo. Cuán dividida se sentía entre los dos hombres: tenía que ser leal tanto a su padre como a su amante, Agbadi.

Cuando trajo la comida de la cabaña del curandero, había muchos amigos y gente que venían a desearle una pronta curación a Agbadi. Se arrodilló y comenzó darle de comer en silencio.

Entonces se oyó desde fuera el saludo familiar «El que guarda la paz» y Ona supo que su padre, Obi Umunna, había venido a visitar a Agbadi. Cuando Agbadi miró a Ona, le hizo una petición clara con los ojos: no quería que se marchara todavía.

—¿Cómo puedes ser tan fuerte y cobarde a la vez, Agbadi? —le preguntó en voz baja sin que las visitas pudieran oírla. Como respuesta, él simplemente esbozó una sonrisa evasiva. Obi Umunna se acercó y dijo en tono ligero:

—Bueno, ¿cómo está el afortunado? Tienes suerte, amigo. Trae tu mejor bebida y nueces de cola, recemos por tu larga vida y demos gracias a tu *chi* por rescatarte.

—Tienes razón —convino Idayi—. Acabo de decirle a tu hija que por un momento creímos que lo perdíamos. Pero, amigo, espero que no hayas venido para llevártela a casa. No está preparada todavía.

—¿Cómo está mi Ona? —preguntó Obi Umunna después de observarla unos momentos.

—El que guarda la paz —replicó ella—, me están cuidando bien, padre.

—Bien, pero recuerda que no estás casada con Agbadi. No quiero su dinero. Tienes que volver a casa en cuanto esté mejor.

—¿Por qué no la conviertes en un hombre? —dijo Agbadi en tono cáustico—. Todo el día pegado a ella como si...

—No he venido aquí a discutir contigo, Agbadi. Estás enfermo. Y ya hemos hablado de esto muchas veces, mi hija no se casará con nadie.

Ona derramó a propósito un poco de comida de la cuchara en la nariz de Agbadi, como una forma de advertirle que no insultara a su padre delante de ella.

Agbadi tosió y comentó:

—Una hija a quien ni siquiera has enseñado a alimentar a los enfermos...

—¡Pero bueno, Agbadi! —dijo Ona con un grito ahogado.

—Ya están aquí las nueces de cola y el vino de palma —dijo Idayi, según entraba un hijo de Agbadi con una batea con aperitivos—. Recemos a nuestros antepasados.

Al ser el hombre más viejo de la estancia, Idayi recitó las oraciones. Rezó al todopoderoso Olisa[1] pidiéndole que sanara a su buen amigo Nwokocha Agbadi y le suplicó que les concediera a todos buena salud. Agbadi permanecía callado, tumbado boca arriba sobre la piel de cabra, mirando a veces al techo de bambú y otras asintiendo con gruñidos a las plegarias que se pronunciaban. Mantenía los ojos cerrados la mayor parte del tiempo y había que secarle el sudor del enmarañado pecho una y otra vez.

Agbadi había dormido tanto durante el día que, ahora que se sentía mejor, le costaba conciliar el sueño durante toda la noche. No obstante, debió de dar una cabezada, porque cuando abrió los ojos, todo el recinto de la casa estaba en silencio. Entraba el aire fresco de la noche por la ventana abierta del tejado y oía balar a las cabras. Oyó un ligera respiración muy cerca sobre otra piel de cabra. Entonces se acordó de que Ona estaba tumbada allí a su lado. Miró cómo le subía y le bajaba el pecho desnudo al respirar y observó, divertido, cómo ella se había asegurado de estar lo más lejos posible de él, aunque como en un desafío inconsciente, como todo lo que solía hacer ella, estiraba una pierna, casi rozándolo.

—A esta perra desalmada —pensó—, voy a darle un escarmiento.

[1] *Olisa*: Dios; la Deidad Suprema (Yoruba: Orisha). (N. de la T.)

Hizo un gesto de dolor cuando el hombro dolorido crujió, pero consiguió darse media vuelta y la miró largamente. Pensar que, en aquella cabeza orgullosa, erguida, incluso durante el sueño, y que en aquellos pechos, aquellos dos suaves montículos en el busto, que parecían calabazas vistas del revés, hubiera ternura, le resultó increíble durante un instante. Sintió que estaba ardiendo.

Entonces le sobrevino la ira al recordar cuántas veces le había provocado aquella mujer y cuántas lo había humillado sexualmente. Sintió ganas de lanzarse sobre ella, de arañarla y herirla. Sin embargo, la idea de que lo necesitara y que estuviera allí por él se impuso en su mente y derrotó el impulso de venganza. Se encontró rondando hacia ella, mordisqueando los pezones de su dulce amante, deslizando su lengua por el canal de sus pechos una y otra vez. Le acarició el muslo con la mano sana, dirigiéndola hacia su pequeña *lappa* de noche que llevaba y palpándole las cuentas de coral de la cintura. Ona jadeó y abrió los ojos. Quiso gritar. Pero Agbadi era más rápido y experimentado. Se deslizó sobre ella y le cubrió la boca con la suya. Le aprisionó la boca durante unos momentos. Ella luchó con fiereza como un animal atrapado, pero Agbadi estaba volviendo a ser el de siempre. Estaba todavía débil, pero no tanto como para ignorar el deseo. Se lanzó a por ella, quebrando toda su resistencia. La acarició y exploró con su mano sana, con plena confianza, a sabiendas de que Ona era una mujer, una mujer madura que había sido suya muchas veces. Y acertó. Su lucha y oposición fueron cediendo. Se quejaba y gemía, como una mujer de parto. Él siguió adelante, sin soltarla; tal era su dominio en este arte. Sabía que la había derrotado y que ardería y perecería por él. Sentía que había vencido.

Quería humillarla por completo con su deseo abrasador. Al darse cuenta, Ona intentó contrarrestar sus sentimientos del único modo que no la delatara.

—Sé que estás demasiado enfermo como para poder conmigo —murmuró.

—No, Ona mía, solo estoy esperando a que tú estés lista.

Ella quiso gritar para dejar salir el ardor de su cuerpo. ¡Cómo podía traicionarla su propio cuerpo! Debería haberse levantado y haber salido corriendo, pero algo la hacía quedarse allí; no sabía qué era, ni le importaba.

—Por favor, estoy sufriendo.

—Sí —dijo él en tono seguro—. Quiero que estés así.

Se derrumbó y ya no pudo decir nada más. Se echó a llorar y los gemidos que intentaba reprimir estremecieron todo su ser. Él lo notó, soltó una risita y comentó con voz grave:

—Por favor, Ona, que vas a despertar a toda la casa.

O bien ella no lo oyó, o justo era eso lo que él quería que hiciese, porque la mordió dos veces entre los pechos, haciéndole daño, y ella se abalanzó sobre él, aliviada por fin cuando lo sintió dentro. Se adentró en ella con engañosa suavidad y la cogió tan desprevenida que se sorprendió incluso de su propia voz:

—Agbadi, ¡me estás partiendo por la mitad!

De pronto pareció oírse ruido de gente moviéndose por todo el patio. Una voz, una voz masculina, que ella reconocería después como la del amigo de Agbadi, Obi Idayi, gritó desde la esquina del patio abierto:

—¡Agbadi! ¡Agbadi! ¿Estás bien?

Otra vez se escuchó la risotada que a Ona le encantaba y le horrorizaba a la vez.

—Estoy bien, querido amigo. Vete a dormir. Solo le estoy dando placer a mi mujer.

Gruñendo como un animal excitado con una presa indefensa, la soltó abruptamente, dejándola aún insatisfecha, y se dio media vuelta dolorosamente hacia el otro lado de la alfombra de piel de cabra. Con herirla a propósito para que se enteraran los suyos, los que dormían en el patio, se daba por satisfecho.

En aquel momento ella sintió que lo odiaba.

—¿Toda esta exhibición solo por los tuyos, Agbadi? —susurró.

Incapaz de contenerse, empezó a llorar en silencio.

Entonces sintió pena de ella. La atrajo hacia sí y, tras dejar que se enroscase alrededor de él, la animó a que dejara salir la amargura del pecho. Notó su llanto caliente, pero se quedó callado y siguió buscando el contorno de aquellos pezones arrogantes.

La primera esposa de Agbadi, Agunwa, se puso muy enferma aquella noche. Algunos dijeron después que se sacrificó por su marido; pero otros se habían dado cuenta de que la había destrozado el oír a su marido dar placer a otra mujer en el mismo patio donde ella dormía y, especialmente, a una mujer que trataba tan mal al hombre al que todas ellas adoraban. Una mujer impetuosa y conflictiva que tenía la audacia de pelearse con su hombre antes de dejar que la poseyera: una mala mujer.

Agbadi y Ona estaban todavía durmiendo a la mañana siguiente cuando uno de los niños dio la voz de alarma.

—¡Despierta, padre, despierta! A nuestra madre le está dando un ataque.

—¿Qué? —rugió Agbadi—. ¿Qué le pasa? Anoche estaba bien.

Por un momento se olvidó de lo que le pasaba e intentó levantarse; Ona, ya completamente despierta, lo frenó.

—¡Maldito hombro! —gruñó él—. Pero ¿qué le pasa a Agunwa?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —dijo la voz tranquilizadora de Idayi, que había permanecido en vela por su amigo.

—Quédate tumbado, Agbadi —aconsejaron otras voces.

Vio con impotencia cómo se llevaban a su primera esposa a su cabaña al otro lado del recinto.

—Mandadle a mi médico. ¿Qué le pasa a esta mujer? —dijo crispado.

Al poco tiempo volvió su amigo de la cabaña de Agunwa y le dijo:

—Tu primera esposa está muy enferma. Tu *dibia*[2] está haciendo todo lo que puede por ella, pero no creo que sobreviva.

—¿Por qué, Idayi? ¿Por qué justo ahora?

—Nadie sabe cuándo le llega la hora. Tu mujer Agunwa no es ninguna excepción. La tensión con tu enfermedad... desde el día en que te trajimos de Ude, te ha cuidado desde esa esquina de tu recinto. Vino incluso anoche a cuidarte.

—Venga, venga, amigo mío. ¿Qué estás intentando decirme? Es mi primera esposa, la que me traje aquí a Udo el día en que me hicieron obi. Es la madre de mis hijos mayores.

[2] *Dibia*: Curandero, con un contenido religioso añadido, puesto que esta figura tiene poderes con respecto a la salud espiritual del paciente. (N. de la T.).

Te equivocas, Idayi, si insinúas que estaba ofendida o dolida solo porque anoche me divertí un poco con Ona. Agunwa es demasiado madura como para dar importancia a eso. Además, si ella se comportara así, ¿qué clase de ejemplo sería para las esposas más jóvenes?

—Hablas de lo de anoche como una pequeña diversión, pero nos despertó a todos. Tú y Ona despertasteis hasta a los muertos...

Se sacrificaron varias cabras y gallinas en un intento por salvar a Agunwa. El décimo octavo día, cuando por fin Agbadi pudo levantarse y moverse con la ayuda de uno de sus esclavos y un bastón, lo primero que hizo fue ir a la cabaña de su primera esposa. Se quedó horrorizado al verla. Estaba ya demasiado enferma como para darse cuenta de su presencia.

Miró a su alrededor y vio a dos de sus hijos observándolo.

—Vuestra madre es una buena mujer. Tan discreta, tan callada. No sé quién va a ayudarme ahora a vigilar a esas jóvenes esposas que tengo, y quién se va a ocupar de que todo funcione en casa como hasta ahora.

Agunwa murió dos días después y Agbadi envió una vaca grande a su familia para anunciarles su muerte. Al haber muerto como una «mujer completa», sería enterrada en el recinto de su marido.

—Aseguraos de que su esclava y sus utensilios de cocina la acompañen. Todos debemos llorar su muerte.

Ona se movía por allí como una esposa silenciosa. Sabía que la gente le echaba la culpa de la muerte de Agunwa, aunque nadie tenía el valor de decírselo abiertamente. Aquella noche, después de darle la cena a Agbadi y de ayudar a

sus hombres a masajearle el costado rígido y el hombro, se abrazó a él y le preguntó:

—¿Quieres que me vaya? Mi padre debe estar preocupado por lo que dice tu gente.

—¿Y qué dice mi gente, mujer? ¿Que me llevé a mi amante a mi propio patio y que gozo de ella cada noche según me conviene? ¿Es eso? ¿No tengo suficientes preocupaciones como para que vengas tú a añadir tu parte? Vete a dormir, Ona, estás cansada y no te veo con buen aspecto. Mañana vamos a estar muy ocupados. El entierro de la mujer de un jefe es un acontecimiento en Ibuza.

Las danzas y los festejos del funeral empezaron muy pronto por la mañana y continuaron durante todo el día. Muchos grupos iban y venían y había que recibirlos. Al atardecer llegó el momento de enterrar el cuerpo de Agunwa en su tumba. Todo lo que necesitaría en su nueva vida estaba colocado en orden en el ataúd de madera, hecho de la mejor caoba que Agbadi había encontrado. Entonces el curandero levantó la voz ceremoniosamente y llamó a su esclava personal: primero había que introducirla a ella en la tumba. Se suponía que una buena esclava debía saltar dentro de la sepultura por su propia voluntad, contenta por acompañar a su señora; pero aquella mujer joven y bella no quería morir todavía.

Suplicó sin cesar que la dejaran viva, cosa que enfadó a muchos de los hombres presentes en el acto. Las mujeres se apartaban, porque era una costumbre que les repugnaba. Empujaron a la pobre esclava a la tumba, pero ella forcejeó, luchando y defendiéndose, apelando a su amo Agbadi.

Entonces el hijo mayor de Agbadi gritó furioso:

—¿De modo que mi madre no merece siquiera un funeral decente? ¿Resulta que ahora no vamos a mandar a la esclava con ella solo porque la chica es guapa?

Tras decir esto, le dio un fuerte golpe a la mujer con la empuñadura de la espada que llevaba.

—¡Baja como una buena esclava! —gritó.

—¡Para ahora mismo! —rugió Agbadi, cojeando hacia su hijo—. ¿Cómo llamas a esto? ¿Coraje? Haces que se me revuelva el estómago.

La esclava volvió los ojos hacia él, con la mirada vidriosa de la muerte inminente.

—Gracias por tu bondad, Nwokocha el hijo de Agbadi. Volveré a tu casa, pero como hija legítima. Volveré...

Otro familiar la remató con un golpe en la cabeza y, finalmente, cayó en la tumba, silenciada para siempre. Mientras le salía la sangre a chorros, salpicando a los hombres que la rodeaban, se oyó un grito desgarrador entre el grupo de mujeres de luto que estaban allí, algo más alejadas. Pero, como vio Agbadi, no eran sus sentimientos por la mujer muerta lo que había causado aquella reacción. Estaban sujetando a Ona.

—¿Ahora qué pasa? —dijo Agbadi con la voz quebrada—. Idayi, amigo mío, coge la nuez de cola del entierro y termina con la ceremonia. Creo que Ona, la hija de Umunna también quiere morirse. Lleva todo el día enferma y no sé por qué. Tengo que llevarla dentro.

Se dirigió hacia ella cojeando con su bastón lo más rápido que pudo.

Tumbaron a Ona en una alfombra de piel de cabra en el patio de Agbadi mientras el curandero rezaba y actuaba en

el centro del recinto. Durante aquella noche Ona pasaba a intervalos del calor al frío, pero antes del amanecer quedó claro que, aunque la enfermedad le causara cansancio y debilidad, podría aguantar. Agbadi temía que aquello fuera *iba*, la malaria que mataba a cualquiera en un corto espacio de tiempo.

Obi Umunna llegó a la mañana siguiente y le dijo a Agbadi sin preámbulo alguno:

—Creo que hay algo en tu familia que mata a todos. Primero a duras penas te escapas de la muerte, después cae Agunwa y ahora mi hija sana que vino a cuidarte.

—Amigo mío, si no fueras obi como yo, ni el padre de Ona, te diría unas cuantas verdades. Si estuviera enferma en la casa de mi familia debido a una maldición, ¿lo correcto no sería dejármela a mí hasta que se encontrara mejor? Yo mismo la cuidaré.

Durante los días que siguieron, la mirada experta de Agbadi reconoció los síntomas de la enfermedad y, una mañana que estaba sentada junto a él, le dijo a Ona:

—Ona, hija de Umunna, creo que te he hecho madre. Llevas el hijo de nuestro amor.

Lo dijo con tanta ligereza que ella se quedó muda de asombro.

—Es verdad. ¿Qué le vas a decir a tu padre?

—Ay, por favor, Agbadi, no me robes la alegría. Sabes que me gusta estar aquí contigo, pero soy la hija de mi padre. No tiene ningún hijo varón. Tu casa está llena de niños. Por favor, Nwokocha, hijo de Agbadi, conocido por tu valor y también por tu ternura, no compliques la gran alegría de mi vida.

—Pero ¿qué pasa conmigo? Tú y tu padre me estáis utilizando para conseguir lo que queríais.

—No te forzamos a nada, acuérdate —dijo Ona mientras la ira crecía en ella—. ¿Es culpa mía que decidieras tratarme como a una esposa en vez de como a una amante? Tú conocías la determinación de mi padre antes de acercarte a mí. Nosotros no te utilizamos. Tú me utilizaste a mí y no lo lamento. Si ahora quieres arrepentirte de todo, es cosa tuya.

—Entonces ¿cuándo me dejas? —preguntó Agbadi finalmente.

—En cuanto me sienta más fuerte. Tú cada día estás mejor, listo para volver a tu granja.

—Olvídate de mi granja. Date prisa y recupérate y vuelve con el sinvergüenza de tu padre.

—No lo insultes —gritó, y se sintió muy débil.

—Lo ves, ni siquiera te permites ser una mujer. Te encuentras en las primeras semanas de la maternidad y lo único que haces es pensar como un hombre, ocupándote de tu padre, solo porque él no sabe hacerlo.

—No voy a discutir contigo —declaró Ona.

Ese día, por primera vez desde el accidente, Agbadi se fue a su granja para gran sorpresa de los demás.

—Quiero ver cómo va el trabajo —replicaba a los que le preguntaban.

Ona se sintió sola durante su ausencia. Pero mandó un mensaje a su padre para que fuera a buscarla al día siguiente. Aquella última noche intentó razonar con Agbadi, pero él le volvió la espalda.

—De acuerdo —dijo, intentando llegar a un acuerdo— mi padre quiere un hijo varón y tú ya tienes muchos. Sin embargo, todavía no tienes ninguna niña. Puesto que mi padre no aceptará una dote tuya, si tengo un hijo, le pertenecerá a

mi padre y, si es una hija, será tuya. Es lo mejor que puedo hacer por vosotros dos.

Hicieron las paces antes de la madrugada y Agbadi volvió a ser tierno y cariñoso durante el resto de la noche.

Al día siguiente, las mujeres del recinto de Obi Umunna llegaron con regalos a la casa de Agbadi. Fueron todas muy educadas unas con otras y Ona se sintió aliviada al ver que su padre no había venido. No se sentía capaz de soportar otra discusión entre aquellos dos hombres, aunque suponía que debía considerarse afortunada por el hecho de que dos hombres quisieran poseerla.

Nwokocha Agbadi la visitaba a menudo en su cabaña y durmió allí más de una noche Eke[3] cuando no tenía que ir de caza o a la granja. La gente pensaba que en poco tiempo se cansaría de ella, pero no fue así. Cada despedida era dolorosa, como si fueran un par de jóvenes jugando bajo la luna.

Ona sabía que los días que él no acudía era porque estaba con sus otras esposas. Sin embargo, siendo Agbadi como era, nunca le hablaba de ellas y lo respetaba por ello. En una de esas noches Eke se puso de parto. Lloró en silencio durante las horas de agonía en la oscuridad. Solo cuando el dolor se hizo insoportable pidió ayuda a las mujeres de la casa de su padre.

Su niña recién nacida se lo agradeció.

—Llegó al mundo deslizándose con toda soltura —le dijeron las mujeres que la acompañaron.

[3] *Eke*: 1. El primero de los cuatro días de la semana ibo. 2. Día de mercado, Eke, que constituye el centro de la vida social para los pueblos de la región ibo. (N. de la T.)

Ona estaba feliz, en una nube. Agbadi había ganado, pensó en su interior, sintiendo pena a la vez por su pobre padre.

Agbadi vino al segundo día y mostró su alegría visiblemente.

—Bueno, lo has hecho muy bien, Ona. Una hija, ¿eh?

Se inclinó para mirar a la niña recién nacida envuelta en ropa y calentita junto al fuego, y comentó:

—Esta niña no tiene precio, vale más de veinte sacos de cauris. Creo que se debería llamar así, porque es una belleza y es mía. Eso, Nnu Ego: veinte sacos de cauris.

Llamó a los hombres que venían con él y trajeron una cantidad de ñames y bebida que le duraría a Ona mucho tiempo, puesto que la costumbre no le permitía acercarse a ella hasta que pasaran veinticinco días.

Entró Obi Umunna y los dos hombres brindaron y rezaron por la felicidad de la recién nacida.

—¿Te ha contado Ona nuestro acuerdo? Se comprometió a que, si daba a luz una niña, sería mía y, si era niño, sería tuyo —dijo Agbadi con tranquilidad.

—Puede que sea así, amigo mío. No soy un tipo que se tome en serio las conversaciones de los amantes en su nido de amor. En esa época ella era tu invitada y tú eras un enfermo.

—¿Qué quieres decir, Umunna? ¿Que tu hija debería renunciar a su promesa?

—Es una mujer, así que no veo por qué no. Sin embargo, ya que es mi hija no voy a pedirle que falte a su palabra. De acuerdo, el bebé es tuyo, pero mi hija se queda aquí. En ningún momento he aceptado dinero tuyo.

—¿Cuánto quieres por ella? ¿Qué más esperas? ¿Es culpa suya que no hayas tenido un hijo varón? —Agbadi estaba

empezando a rugir como los animales salvajes que solía cazar y dar muerte.

—Por favor, por favor, ¿no os alegráis de que haya sobrevivido al parto? Parece que soy la única a quien le importa. Es verdad que le hice una promesa a Agbadi, sí, pero, querido Agbadi, sigo siendo la hija de mi padre. Puesto que no ha tomado una dote tuya, ¿crees que sería correcto que yo me quedara contigo de forma permanente? Sabes que nuestras costumbres no lo permiten. Sigo siendo la hija de mi padre —musitó Ona con tristeza.

Agbadi se levantó del banco de adobe donde estaba sentado y dijo:

—Nunca he obligado a una mujer a venir conmigo. Jamás, y tampoco lo voy a hacer ahora. Las únicas mujeres a las que capturé eran esclavas. Todas mis esposas están encantadas de serlo. ¿Quieres quedarte con tu padre? Pues que así sea.

Y se marchó solo.

Ona no vio a Agbadi en muchos meses. La gente le decía que más o menos vivía en la zona espesa y pantanosa de Ude, donde la caza era abundante. Ona lo echaba de menos, aunque sabía que, según la costumbre, estaba haciendo lo que debía.

Al año de nacer Nnu Ego murió Obi Umunna y Ona lo lloró muchos días, en gran parte porque se había marchado sin que le hubiera dado el hijo varón que deseaba. Agbadi se ablandó al enterarse y fue a visitarla, pues sabía lo unida que Ona estaba a su padre.

Durante dos años intentó persuadirla de que se fuera a vivir a su casa.

—Ya no estás atada a las esperanzas de tu padre. Ha muerto. Pero nosotros estamos vivos. Ven a vivir conmigo.

Aquí estás sola, rodeada de parientes que no son cercanos. Por favor, Ona, no malgastemos nuestras vidas echándonos de menos.

—Ya sabes que a mi padre no le habría gustado, así que deja de hablar así, Agbadi. Me niego a dejarme intimidar por tu riqueza y tu posición.

Aun así, Agbadi siguió visitando a Ona. Eran felices con Nnu Ego, era la niña de sus ojos. Era preciosa, con la piel clara, como las mujeres de las zonas de Aboh e Itsekiri. Al nacer le habían visto un bulto en la cabeza, que posteriormente quedaría cubierto con una melena de rizos negros. Pero, de pronto, una tarde empezó a tener un dolor de cabeza extraño que también le afectaba al hombro. Muerta de miedo, Ona mandó llamar a Agbadi, que salió de Ogboli como un huracán, acompañado de un *dibia*.

El *dibia* tocó la cabeza de la niña y suspiró al notar lo caliente que estaba el bulto en comparación con el resto del cuerpo. Se puso a trabajar enseguida, colocando trozos de nuez de cola, caparazones de caracol y los cauris en el suelo de adobe. Pronto entró en trance y empezó a hablar con una voz lejana, extraña y poco natural:

—Esta niña es la esclava que murió con tu primera esposa, Agunwa. Prometió regresar como hija. Aquí está. Por eso la niña tiene la piel clara de la gente del agua y el bulto doloroso de la cabeza procede de los golpes que tus hombres le dieron antes de caer en la tumba. Siempre tendrá dificultades con la cabeza. Si tiene una vida feliz, la cabeza no le dará problemas, pero si no es así, le afectará física y emocionalmente. Mi consejo es que vayas a aplacar a la esclava.

—Ona, tienes que salir de aquí —ordenó Agbadi—, tienes que dejar la casa de tu padre, o me llevo a la niña. No

puede rendir culto a su *chi* en una tierra extraña, tiene que estar donde está su *chi* hasta que se hayan hecho todos los sacrificios.

Ona finalmente tuvo que dejar a su gente, no porque permitiera que su amor por Agbadi determinara su acción, sino porque quería que la niña estuviera a salvo. En cuanto llegaron a Ogboli, la niña mejoró. Enterraron adecuadamente a la esclava en una tumba independiente y se hizo una imagen de ella para que la llevara Nnu Ego.

Poco después, Ona se volvió a quedar embarazada. Enfermó desde el principio, de manera que nadie se sorprendió en la casa de Agbadi de que tuviera un parto prematuro. Después del nacimiento, Ona se encontraba débil, pero lúcida. Sabía que se moría.

—Agbadi —dijo con la voz quebrada—, ya ves que mi destino no era vivir contigo. Pero eres un obstinado y yo soy otra obstinada. Por favor, no llores por mí durante mucho tiempo y entiende que, por mucho que quieras a nuestra hija, Nnu Ego, debes permitirle tener su propia vida y un esposo, si lo quiere. Déjala que sea una mujer.

Al poco tiempo Ona murió y su hijito recién nacido, que también estaba débil, la siguió al día siguiente. Así que todo lo que le quedó a Nwokocha Agbadi de su gran pasión por Ona fue su hija, Nnu Ego.

3 · LA INFANCIA DE LA MADRE

—El que ruge como un león.

—Hijos míos, todos vosotros creceréis para ser reyes entre los hombres.

—El que ruge como un león.

—Hijas mías, todas vosotras creceréis para acunar a los hijos de vuestros hijos.

Nnu Ego levantó la vista de donde estaba arrodillada, llenó la pipa de la tarde para su padre y le sonrió.

—Tu amigo Obi Idayi está aquí, padre. Oigo a la gente que lo llama por sus títulos ahí fuera.

—Yo también los oigo. Por el número de voces, parece que hay mucha gente ahí fuera, Nnu Ego.

—Sí, padre, vienen todos a jugar a nuestra casa.

—Suena como si la mayoría fueran chicos.

Sonrió con timidez otra vez.

—Ya lo sé, padre.

Entró Idayi.

—Mi querido amigo Agbadi, tienes que hacer algo con esta hija tuya.

—El que ruge como un león —dijo Nnu Ego saludándolo.

—Vivirás para acunar a los hijos de tus hijos, hija de Agbadi y de Ona. Hija, ve a por la mejor bebida de tu padre y, toma, llénam e la pipa también.

—Sí, padre.

—Escucha, Agbadi, los alrededores de tu recinto lucen como si aquí hubiera una reunión o algo así. Permite que alguien se case con esta niña. Hace ya tiempo que ha pasado la pubertad. No querrás convertirte en otro Obi Umunna, ¿no?

Los dos hombres se echaron a reír.

—Menudo estúpido, no quiero ni acordarme de él —dijo Agbadi, aspirando la pipa—. Lo que pasa es que Nnu Ego es lo único que me queda de Ona. Desde luego que no es tan arrogante como su madre, pero el gesto de echar la cabeza hacia atrás cuando te mira a la cara, su paso ligero...

—Ya lo sé —Idayi le dio la razón, mientras recordaba la historia de hacía dieciséis años—. Todo en ella te recuerda a Ona. Uhmm... ya no hacen mujeres como ella.

—No, no las hacen, amigo mío. Me alegro de haber tenido lo mejor.

Nnu Ego volvió con el vino de palma.

—¿Dónde está la pipa de Idayi, hija?

—Ay, padre, se me ha olvidado. Voy a por ella.

—Tu hija está pensando en otras cosas. Sueña con un hombre y su propio hogar. No dejes que sueñe en vano. Después de todo, las chicas de su edad ya van por el primer hijo o por el segundo. Deja de rechazar a sus pretendientes, Agbadi, deja que alguno se case con ella.

—Le he prometido a Amatokwu que pensaré en su hijo. Es uno de los que están ahí fuera.

—No son mala gente, los Amatokwu. Y ese hijo ha ayudado mucho a su padre el año pasado. No sé por qué no iba a ser un buen marido para Nnu Ego. Sería la primera esposa.

Nnu Ego trajo la pipa, por fin llena, y dijo:

—Estaré fuera con mis amigas si me necesitas, padre.

—Agbadi, cómo pasa el tiempo —suspiró Idayi—. Aquí estamos hablando de la hija de Ona y parece que fue ayer cuando la oía gritar al concebir la niña.

Los dos hombres rieron a carcajadas.

El pueblo de Ibuza no olvidaría nunca la noche en que la gente de Umu-Iso vino a buscar a Nnu Ego. Su padre se lució. Aceptó la dote normal para mostrar que daba su bendición al matrimonio, pero envió a su hija con siete hombres robustos y siete jovencitas que le llevaban sus pertenencias. Había siete cabras, cestas y cestas de ñame y metros y metros de tela del hombre blanco, veinticuatro *lappas* tejidas en su pueblo, innumerables fruslerías y cuentas de coral dispuestas en hileras. Cazuelas ornamentadas y calabazas de llamativos colores estaban vistosamente dispuestas alrededor de cajones de los aceites más refinados. Habían hecho una efigie nueva más bonita de la esclava que era su *chi*, y la habían puesto encima de todas sus pertenencias para protegerla del mal de ojo. Fue, desde luego, una noche de exhibición de riqueza. Jamás se había visto algo así. (Incluso hoy día, si una novia presume demasiado de su familia, se la desafiará: «¿Es que tu gente es más generosa que Nwokocha Agbadi de Ogboli?»).

A Agbadi casi le estalla el corazón cuando, al día siguiente, la gente de la casa de Amatokwu volvió para darle las gracias por entregarles a su preciosa hija Nnu Ego. Lo hicieron con seis barriles de vino de palma. Agbadi sonrió satisfecho e invitó a todos a beber en su casa.

—Se ha demostrado que mi hija es virgen. La familia de su esposo ha venido a darnos las gracias.

Los invitados miraban los barriles de vino de palma y gritaban:

—Los barriles están hasta arriba. Nnu Ego no nos ha defraudado. Rezaremos para que en menos de diez meses vuelva nuestra familia política a darnos las gracias otra vez por el nacimiento de su bebé.

Agbadi y su amigo de toda la vida se permitieron emborracharse alegremente.

—Nada enorgullece más a un hombre que oír que su hija es virtuosa. No me gusta visitar a familias donde los barriles de vino de palma están medio llenos, delatando que la novia ha dejado que jueguen con ella —declaró Idayi.

—Cuando una mujer es virtuosa, no tiene problemas para concebir un hijo. Pronto verás a sus niños venir a jugar aquí —dijo Agbadi confiado.

Nnu Ego y su nuevo marido Amatokwu eran muy felices; aunque Nnu Ego se sentía extrañada porque, según pasaban los meses, veía que les estaba fallando a todos. No había niño.

—¿Qué voy a hacer, Amatokwu? —le dijo llorando a su marido, después de la desilusión de otro mes.

—Tú sigue haciendo sacrificios a la esclava y haz una visita a tu padre. A lo mejor te da algún consejo. Aparte de eso, reza a Olisa para que nos ayude. Mi padre también me está empezando a mirar de una manera rara.

—Seguro que es por mi culpa. Tú haces todo bien. ¿Cómo puedo presentarme ante mi padre y decirle que he fracasado? Últimamente no me gusta ir allí porque sus esposas salen corriendo a saludarme con la esperanza de que esté ya esperando un niño. Puedes leerles la desilusión en la cara.

—Solo nos queda la esperanza.

Pasado un tiempo, Nnu Ego no pudo seguir contándole a su marido sus dudas y preocupaciones. Se había convertido en un problema suyo y solo suyo. Iba de un *dibia* a otro en

secreto, y todos le decían lo mismo: la mujer que era su *chi* no le daría un hijo, porque se había dedicado al culto de una diosa del río antes de que Agbadi la capturara como esclava. Al llegar a casa, Nnu Ego solía coger un huevo, símbolo de la fertilidad, se arrodillaba y le rezaba a aquella mujer para que cambiara de opinión.

—Por favor, ten compasión de mí. Tengo la sensación de que la familia de mi marido ya le está buscando otra esposa. No pueden pasarse toda la vida esperándome. Es el primogénito de su familia y su pueblo quiere un heredero cuanto antes. Por favor, ayúdame.

Cada mes se repetía la misma historia.

No le sorprendió que Amatokwu le dijera una tarde en tono casual que tendría que trasladarse a otra cabaña cercana destinada a las esposas mayores, porque su familia le había encontrado una nueva esposa.

—Mi padre está desesperado. Ya sabe que tu *chi* era de la gente que adoraba a la diosa del río. Dicen que sus mujeres son muy fuertes. Lo siento, Nnu Ego, pero no puedo fallarle a mi familia.

La nueva esposa de Amatokwu se quedó embarazada al primer mes.

Según se le iba notando el embarazo, Nnu Ego se encogía más y más. En la privacidad de su cabaña, se miraba a sí misma. Se tocaba el cuerpo, joven y firme, como el de cualquier otra mujer joven. Sabía que le faltaba el dulce y suave sentimiento de la maternidad.

—Ay, mi *chi*, ¿por qué tienes que humillarme de esta manera? ¿Por qué me castigas? Siento lo que hizo mi padre y estoy segura de que él también lo siente. Pero intenta perdonarnos.

Más de una noche lloró con lágrimas de frustración y de desesperanza. Durante la cosecha de ñames, Amatokwu, que solo le dirigía la palabra cuando era necesario, le dijo en tono resuelto:

—Hoy te vienes a la granja a trabajar conmigo. Es posible que mi nueva esposa se ponga de parto ahora mismo. Ella se quedará en casa con mi madre.

En la granja, Amatokwu se dedicó a darle órdenes como hacía con cualquiera de los que ayudaban allí. Ella se plantó en medio de la granja y le dijo abruptamente:

—Amatokwu, ¿te acuerdas de la primera vez que vine a tu casa? ¿Te acuerdas de lo que me deseabas aquí mismo, con el cielo como único techo? ¿Qué nos ha pasado, Amatokwu? ¿Es culpa mía que no te haya dado un hijo? ¿Tú crees que yo no sufro?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Amatokwu—. Soy un hombre ocupado. No tengo tiempo para malgastar mi valiosa semilla masculina con una mujer infértil. Tengo que continuar la descendencia de mi linaje. Si quieres saber la verdad, ya no me atraes. Estás seca y enferma. Cuando un hombre se acerca a una mujer, lo que quiere es que lo tranquilice, no que lo arañe un manojo de nervios, una mujer que es todo huesos.

—Yo no era así cuando me vine contigo —dijo Nnu Ego con un hilo de voz—. Ojalá tuviera el orgullo que dicen que tenía mi madre —lloró angustiada.

—Sí, tu padre podía permitirse tener a Ona como su joya, sabiendo que ya tenía suficientes hijos para asegurarse la descendencia. Y tu madre... bueno, no eres como ella. Yo cumpliré mis obligaciones contigo. Iré a tu cabaña cuando mi esposa empiece a cuidar de su bebé. Pero de momento,

si no puedes dar hijos varones, lo menos que puedes hacer es echar una mano con la cosecha de ñames.

Nnu Ego lloró amargamente de vuelta a casa. Una vez allí, llegó la noticia de que Amatokwu había tenido un hijo varón.

—Padre, mi posición como esposa mayor la ha ocupado una chica más joven —se lamentaba Nnu Ego en sus visitas a la casa de Agbadi, después de llenarle la pipa como solía hacer.

—No te preocupes, hija. Si se te hace insoportable la vida allí, siempre puedes volver a vivir aquí. Estás muy delgada y decaída. ¿No comes lo suficiente?

A la vuelta de cada visita se prometía a sí misma no volver a cargar a su padre con sus propios problemas: «El pobre hombre sufre más que yo. Le resulta difícil aceptar el hecho de que algo que tenga que ver con él sea imperfecto. Tampoco voy a volver a su casa como una fracasada, a menos que mi marido me lo ordene. Me quedaré con Amatokwu con la esperanza de que algún día le dé un hijo varón».

La relación de Nnu Ego con las otras mujeres de la familia de Amatokwu era cordial. La esposa más joven dejaba que los demás se acercaran al niño y permitía que Nnu Ego, por ser la esposa más antigua, compartiera su cuidado con ella. Más de una noche los vecinos oyeron a Nnu Ego llamar a la joven madre porque su hijo estaba llorando.

—A la hija de Agbadi —comentaban las mujeres mayores— le gustan tanto los bebés y aún ella continúa sin poder tenerlos.

La esposa más joven se solía quedar en la cabaña de Amatokwu hasta muy tarde; y cuanto más tiempo se quedaba allí, más tiempo permanecía Nnu Ego con el bebé. Una de aquellas noches, el bebé empezó a llorar y Nnu Ego se pre-

guntó qué debía hacer: «Si voy a la cabaña de Amatokwu, dirán que estoy celosa porque prefiere a la joven esposa recién salida del parto en vez de a mí. De todas formas, no está bien que la llame tan pronto a su cabaña, sin haberle dado tiempo a destetar al niño. Pero ni siquiera yo tengo ya suficiente ánimo para hacer respetar nuestras reglas, pues mi posición como primera esposa se está erosionando».

Volvió a mirar al niño que lloraba. ¿Por qué no darle el pecho ella misma? Seguro que a la madre no le importaría, ni siquiera se enteraría. Nnu Ego cerró su cabaña, se tumbó al lado del niño y le dio sus pechos vírgenes. Cerró los ojos al notar el placer que le recorría todo el cuerpo. El bebé se tranquilizó y succionó con apetito, aunque no había leche. Ella, por su parte, sintió algo de esa plenitud que anhelaba. Reconfortados, los dos se quedaron dormidos.

Al día siguiente, la nueva esposa se deshizo en excusas por no haber acudido a la llamada del bebé.

—Lo siento, esposa mayor. Llamé a la puerta pero debías estar dormida, así que me quedé tranquila pensando que nuestro hijo debía estar bien. Es nuestro marido, que no me dejaba marchar.

—No pasa nada. Aquí tienes al niño.

Aquello se convirtió en un hábito diario y Nnu Ego no intentó frenarlo. Una tarde, notó que le goteaba leche de sus pechos todavía firmes, que respondían a la estimulación regular por parte del niño. Salió corriendo hacia la imagen de su *chi* y lloró una vez más:

—¿Por qué no me dejas tener mis propios hijos? Mira, estoy llena de leche. No puedo ser una mujer estéril ni seca, como dijo mi padre. ¿Por qué eres tan malvada conmigo?

Antes de que el niño cumpliera un año, quedó claro que la esposa joven se había vuelto a quedar embarazada. Nnu Ego se tomó en serio la alimentación del bebé. Le cantaba para arrullarle y le decía:

—¿Por qué no viniste a mí? Lloraba por las noches y deseaba un niño como tú, ¿por qué no te tuve yo?

A Nnu Ego se le ocurrió la idea de llevarse al niño, que por entonces se había encariñado mucho con ella. Muchas veces cuando iba al río deseaba escaparse de allí, a mil kilómetros de distancia. Pero la idea de contrariar a su padre le hacía reprimir ese pensamiento. No se le pasaba por la cabeza hacer daño a nadie. Lo único que quería era un niño para mimarlo y quererlo. Dejar que el niño mamara todo lo que quisiera le aliviaba el sufrimiento y cuando los dos estaban satisfechos, él se acurrucaba en su regazo y descansaba.

A la hora del crepúsculo, en el día en que la segunda mujer de Amatokwu estaba pariendo, el dolor golpeó a Nnu Ego con tal fuerza que no pudo aguantarlo más. Cuando creyó que nadie la miraba, cogió al niño y se fue a su habitación, olvidándose de cerrar la puerta. Empezó a suplicar al niño que fuera su hijo o que le mandara a alguno de sus amigos del otro mundo. Sin saber que estaba siendo observada, se puso a amamantar al niño. Lo siguiente que notó fue un doble golpe por detrás. Casi muere de la impresión al ver a su marido allí.

Le quitaron al niño y mandaron llamar a su padre. Lanzó una sola mirada a su hija y dijo:

—Amatokwu, no te culpo por darle una paliza tan fuerte. No vamos a pelearnos porque somos familia política, pero deja que me la lleve a mi casa para que descanse una temporada y pueda cuidarla. Quién sabe, quizá después del efecto

calmante de su familia estará más tranquila por dentro para ser fértil. De momento, sea cual sea el líquido que forma a los niños en las mujeres, se ha secado en el interior de mi hija por la ansiedad. Deja que se quede conmigo durante un tiempo.

Nwokocha Agbadi llevó a su hija a casa. La mayoría de sus esposas, ya mayores, se compadecieron de ella y la cuidaron hasta que la mente volvió a su estado normal. Le hicieron sentir que, aunque no hubiera tenido un niño, la casa de su padre rebosaba de bebés que podía considerar como sus propios hijos. Su padre renovó los caros sacrificios a su *chi*, suplicándole a la esclava que la perdonara por arrancarla de su hogar. Le dijo a través del humo que salía de la hoguera de los animales degollados que había dejado la trata de esclavos y que a los de su casa les había ofrecido la libertad. Llegó incluso a unirse a un grupo de jefes que animaban a los esclavos a volver a sus tierras de origen si recordaban de dónde provenían. Todos los de su casa que se negaron a marchar fueron adoptados como hijos; se ocupó de que se llevara a cabo el procedimiento correcto de adopción, de manera que fueron sumergidos en las aguas del arroyo del pueblo y espolvoreados con la tiza de la aceptación. En el futuro sería ilegal que alguien se refiriera a ellos como esclavos; ya eran hijos de Agbadi. Hizo todas aquellas concesiones por la salud emocional de su amada hija Nnu Ego.

Nnu Ego, aunque sentía traer aquella vergüenza a su familia, no sentía la ilusión por volver a Umu Iso. Notaba, como todo el mundo, que recobraba la lozanía al poder dormir bien. Atrás quedaba su aire nervioso, aquella sequedad que a su pueblo no le gustaba en una mujer. Estaba más suave, más lozana, relajada y contenta. Recobró el buen humor y,

cuando le brotaba la risa a carcajadas, Agbadi se levantaba de un salto de donde solía tumbarse, pensando que su madre, su Ona, había vuelto con él.

Nnu Ego era una mezcla de rasgos suyos y de Ona. Era más educada, menos insultante y agresiva que Ona y, a diferencia de ella, era capaz de empeñarse en un único objetivo, de querer una sola cosa en cada momento y de desearla hasta la desesperación. Mientras que pocos hombres podrían haberse enfrentado a Ona, con Nnu Ego era diferente.

Sin embargo, estaba claro que no quería volver a casa de Amatokwu. Como observó Agbadi, se esmeraba en arreglarse con un estilo más femenino, una cualidad apreciada por muchos hombres de Ibuza; querían mujeres que proclamaran que se sentían indefensas sin ellos. A Nnu Ego no le sorprendió ver a varios hombres haciendo consultas en secreto a su padre. Esta vez buscaba un hombre que fuera paciente con ella, que valorara a su hija lo suficiente como para comprenderla. Un hombre que se molestara en hacerla feliz. Por este motivo rechazó a todos los hombres apuestos, porque sabía que, aunque supieran hacer bien el amor, los hombres apuestos a menudo pensaban que ser cariñosos era innecesario. El arte de amar, y él lo sabía, requería hombres más profundos. Hombres que no tuvieran que emplear todo su tiempo en trabajar y en preocuparse tan solo por el sustento y la granja. Hombres que se tomaran tiempo para pensar. Y aquella cualidad era cada vez más rara, pensaba Agbadi, e incluso, que desaparecería con su propia generación. Preferiría entregar a su hija a un jefe viejo con un sentido de los valores tradicionales, probados, que a un joven moderno que solo la quisiera por su apellido. Agbadi rezó para encontrar pronto al hombre adecuado, porque se daba

cuenta perfectamente de la inquieta madurez de Nnu Ego. Y tampoco había olvidado la última promesa que le había hecho a Ona al morirse, cuando ella le decía:

—Que a nuestra hija se le permita tener su propio marido, si lo desea, un hombre que sea el padre de sus hijos.

Sí, había signos de que Nnu Ego anhelaba tener uno.

Agbadi no era muy distinto a muchos hombres. Él podía tomar esposas y descuidarlas durante años, aparte de ocuparse de que cada una recibiera un ñame al día, podía traer a su amante a dormir con él en su propio patio, mientras que las demás esposas suspiraban y se mordían las uñas por una palabra suya. Pero en lo que se refería a su hija, debería tener a un hombre que la valorara.

Como solía hacer con los asuntos serios de familia, Agbadi consultó con su viejo amigo Idayi sobre el problema del pretendiente adecuado.

—Ojalá que Nnu Ego hubiera nacido en nuestra época. Cuando éramos jóvenes, valorábamos el tipo de belleza que tiene —dijo pensativo.

Idayi sonrió asintiendo.

—De todas formas, amigo mío, el caso es que ella ha nacido en su propia época. Las cosas han cambiado mucho. Esta es la era del hombre blanco. Hoy en día todos los jóvenes quieren poner cemento en sus cabañas de adobe y cubrirlas con chapa de zinc, en lugar de las hojas de palma a las que estamos acostumbrados. No tendrás más remedio que aceptar a un hombre de hoy, Agbadi.

Hubo una pausa mientras disfrutaban del aroma del tabaco de las pipas de barro.

Entonces Idayi dijo:

—Tendrá que haber una familia que te guste más que otra entre toda esta gente que ha venido a verte.

—Sí, querido amigo. Me hubiera gustado que se casara con alguien de la familia Owulum, pero el hombre en cuestión no está en Ibuza. Tiene un trabajo de hombre blanco en un lugar al que llaman Lagos. Dicen que cualquier tonto puede hacerse rico en esos lares. Yo no confío en los hombres que no lo consiguen aquí en Ibuza —dijo Agbadi.

No podía evitar pensar que solo los vagos, incapaces de trabajar en las granjas, se marchaban a trabajar a la costa, abandonando la tierra que sus padres y antepasados habían cultivado y cuidado. Trabajar en los barcos, en el ferrocarril o en la construcción de carreteras era algo que no alcanzaba a comprender.

—¿Y cómo sabría si tratan bien a mi hija si está tan lejos? —concluyó.

—Qué curioso que menciones a los Owulum, porque el hijo mayor vino a verme justo en el último mercado de *Eke*. Aunque no lo dijera claramente, me imaginé que estaba interesado en Nnu Ego y, como ya tiene dos esposas y muchos hijos, no pensé que mereciera la pena molestarte con esto. Pero si es para el hermano que vive fuera, no veo por qué no dejas que Nnu Ego lo intente con él.

Fuera se oía el balido de las cabras, a los niños jugando, las voces de las madres cantando a sus bebés, pero dentro del patio se produjo un largo silencio, durante el cual Agbadi se mordía con furia un labio, tratando de decidir el futuro de su hija.

—Nunca se sabe —dijo Idayi—, puede que su *chi* la deje en paz si se marcha de Ibuza. Creo que tampoco le vendría mal a la familia de Amatokwu.

—¿Qué importan los Amatokwu? —manifestó Agbadi bruscamente—. Ese matrimonio no debió celebrarse nunca. No respeto mucho a la gente que maltrata a una mujer solo porque todavía no ha tenido un hijo.

—Tú puedes permitirte el lujo de pensar eso, pero los Amatokwu no pueden. A mí me gustaría que nuestra Nnu Ego se fuera de aquí para que no sepan mucho de sus movimientos. Ya sabes, lejos de esa gente que se dedica a entrometerse y a cotillear. Acabará afectando a Nnu Ego de alguna manera. La nueva esposa de Amatokwu está esperando otro niño, así que estoy seguro de que estaría encantado de que le devolvieran la dote de Nnu Ego. Tendrá que pagar por otra mujer o, al ritmo que lleva, acabará matando a su mujer actual.

—Se le devolverá la dote. Creo que deberías pedirle a la familia Owulum que venga a verme —dijo Agbadi finalmente.

A los pocos días, después de organizarlo todo, Agbadi informó a su hija de la decisión que había tomado. Sabía cómo abordar temas importantes en tono despreocupado para que su familia no se alarmara.

—Nnu Ego, mi niña preferida, ¿sabes que tu padre ha estado muy ocupado haciendo planes para que puedas irte con otro hombre?

—Sí, padre, he visto el movimiento de gente.

—No lo aprobaría otra vez si no fuera por la promesa que le hice a tu madre. ¿Quieres tener tu propio marido y tu propia familia?

—Sí, padre, me gustaría mucho —replicó Nnu Ego, levantando la vista del tabaco que estaba moliendo con dos piedras para la pipa—. Cuando envejeces necesitas hijos que

te cuiden. Si no tienes hijos y tus padres han muerto, ¿quiénes son los tuyos?

—Eso es verdad, hija mía. Sin embargo, mi único temor es que no conocemos al hombre en el que he pensado, aunque su familia es gente buena y trabajadora. Este hombre se llama Nnaife Owulum y lleva cinco años en Lagos. Ha ahorrado y ha mandado la dote, así que debe estar trabajando mucho allí.

—Ojalá no tuviera que irme tan lejos de ti, padre, pero si tú lo deseas, que así sea.

—Yo creo que es mejor así. Amatokwu y su familia no podrán verte ni hacer comparaciones.

—Si es la voluntad de Olisa, padre...

—Entonces te marcharás el próximo día *Nkwo*.[4] El hijo mayor de la familia Owulum te llevará a casa de su hermano en Lagos. No quiero que se haga público, ni siquiera entre mis mujeres. Sé que se verá como algo raro. Además, ya tuviste suficiente publicidad la última vez que dejaste la casa de tu padre.

—¿No quieres que vaya a ver a la gente de mi nueva familia aquí en Ibuza?

—No, hija mía. Creo que la primera mujer del hermano mayor de los Owulum —la llaman Adankwo— ya lo sabe, y, por lo que he oído de ella, es una buena esposa mayor y ha estado rezando por ti. No quiero que vayas a verlos todavía.

Por un instante, Nnu Ego tuvo un gesto de dolor en la cara, pero se consoló diciendo con ligereza:

[4] *Nkwo*: El cuarto de los cuatro días de la semana en el calendario ibo. Mercado que tiene lugar en los días *Nkwo*. (N. de la T.)

—A lo mejor la próxima vez que vuelva, aparezco con una fila de niños.

—Esa es nuestra plegaria y estoy seguro de que así será —dijo Agbadi con toda seriedad.

Nwokocha Agbadi devolvió con orgullo los veinte sacos de cauris a su antiguo yerno, a los que añadió, además, una cabra viva a modo de insulto. No se molestó en escuchar las protestas de Amatokwu, que decía que no había echado a Nnu Ego. La cabra era demasiado tentadora para que Amatokwu se resistiera, aunque cuando mandó gente a dar las gracias a su antigua familia política, se enteró de que Nnu Ego se había marchado a Lagos.

—Que se vaya —intentó consolarse a sí mismo— es estéril como un desierto.

4 · LOS PRIMEROS SOBRESALTOS DE LA MATERNIDAD

El viaje de Nnu Ego y el hermano mayor de los Owulum de Ibuza a Lagos duró cuatro días, viajando en camiones sobrecargados que transportaban alimentos variados además de pasajeros. Todos cabían metidos en aquel compartimiento asfixiante: gente, gallinas y pescado seco. Al igual que ella, el mayor de los Owulum era un mal viajero y lo que era peor aún, no parecía saber a dónde iban. Solo sabía que estaban camino de Lagos, pero era incapaz de decir si se encontraban al este o al oeste de Ibuza. Cuando llegaron a Benin y tuvieron que bajarse del camión, el pobre cuñado creyó que ya habían llegado. Un grupo de comerciantes muertos de risa les tomó el pelo.

—Sí, esto es Lagos, vete a la vuelta de la esquina y ahí lo encuentras.

Pero enseguida se enteró de que en realidad estaban simplemente cambiando a otro camión. El incidente estuvo a punto de repetirse en Oshogbo, aunque no podía reprochar a su cuñado que diera el viaje por terminado; a esas alturas estaban ya agotados y rendidos y habían pasado tanto tiempo en la carretera que la propia Nnu Ego se imaginaba que debían de estar acercándose al fin del mundo. Cambiaron al último camión y, cuando finalmente llegaron a Iddo, en Lagos, su cuñado se negó a creer lo que le decían. El conduc-

tor y los demás pasajeros tuvieron que asegurarle, a pesar de la desconfianza, que por fin habían llegado a su destino.

Salió del camión con la lentitud de un anciano, con los músculos de los hombros tensos, como anticipando que volverían a reírse de él. Pero esta vez le habían dicho la verdad. Se alejó con Nnu Ego del vehículo y preguntaron por la dirección que buscaban a un vendedor de comida de la estación, que les dio las indicaciones correctas para llegar a Yaba.

Así fue como Nnu Ego llegó a Lagos, guiada por su cuñado, hasta una casa de aspecto extraño. Tuvieron que esperar en la terraza mientras una vecina, que se presentó como Cordelia, la esposa del cocinero, iba a buscar al futuro marido, Nnaife, que estaba ocupado con la colada de sus amos blancos, para decirle que había llegado su gente y que parecía que le habían traído una esposa.

—¡Una esposa! —dijo, fingiendo sorpresa ante la mera idea—. ¿Estás segura?

—Tiene pinta de esposa. Trae equipaje para quedarse, no como alguien que solo viniera de visita.

Nnaife estaba tan encantado con la idea que intentó terminar de planchar a toda prisa y casi se quema con la plancha de carbón. Les contó en voz baja la noticia al cocinero y al mayordomo. Todos eran ibos, aunque Nnaife era el único del oeste de la región, y sabían que aquella noche iba a ser todo un acontecimiento. Estaban emocionados con la llegada de una persona nueva; Lagos estaba tan lejos de su tierra —se tardaba varios días en llegar y solo algunas personas muy emprendedoras lo intentaban en aquella época— que cualquiera que hablara un dialecto remotamente relacionado con la lengua ibo era considerado un hermano o una hermana. También sabían que el vino de palma correría en

abundancia hasta las primeras horas de la madrugada, así que se apresuraron con el trabajo, algunos cantando y otros silbando. Desde luego, era una buena noticia.

El amo blanco, el doctor Meers, trabajaba en el Laboratorio Forense de Yaba. Él y su mujer se dieron cuenta de la excitación a su alrededor, pero les costaba preguntar a qué se debía. Poco después, Nnaife se dirigió a la señora y le dijo:

—Me voy, señora.

—Sí —replicó ella con aquel tono distante y de superioridad que usaba invariablemente cuando se dirigía a los sirvientes nativos—. Sí, Nnaife, no le necesitaré hasta mañana. Buenas noches.

—Buenas noches, señora. Buenas noches, señor —dijo Nnaife al amo, que fingía estar absorto en el periódico que tenía delante para no perder detalle de todo lo que pasaba a su alrededor.

El doctor Meers miró por encima del periódico, esbozó una sonrisa pícara y respondió:

—Buenas noches, babuino.

La señora Meers empezó a articular un torrente de palabras exageradamente rápidas y con una carga emocional demasiado intensa como para que Nnaife, que la escuchaba como una estatua, la comprendiera. Los miró varias veces y se preguntó por qué estaría ella tan enfadada. La mujer siguió hablando durante un rato, hasta que de pronto se dio cuenta de que Nnaife estaba allí todavía, en la puerta. Le hizo un gesto con la mano para que se marchara. Oyó al doctor Meers reírse y repetir la palabra *babuino*.

Todas las mujeres son iguales, pensó Nnaife al dirigirse hacia su zona del recinto, decidido a preguntar inmediatamente a alguien qué significaba la palabra *babuino*. No era

el tipo de hombre que habría reaccionado si hubiera sabido el significado. Se habría limitado a encogerse de hombros diciendo: «Trabajamos para ellos y nos pagan. Que me llame *babuino* no quiere decir que lo sea».

Si el señor era inteligente, como se decía que lo eran todos los blancos, ¿por qué no lo demostraba y le decía a su mujer que se callara? ¿Qué hombre inteligente no habría mandado callar a su esposa en lugar de reír como un estúpido asomando la cabeza por encima del periódico? Nnaife no se daba cuenta de que la risa del doctor Meers surgía por el tipo de maldad que reduce a cualquier hombre, blanco o negro, inteligente o no, a lo más bajo; más bajo que el animal más despreciable, puesto que los animales al menos respetan los sentimientos y la dignidad de cada uno.

Nnu Ego y su acompañante estaban muy cansados. La esposa del cocinero, la mujer que había ido a informar a Nnaife de su llegada, les dio la bienvenida con ñame majado y sopa de *okazi*. No estaban acostumbrados a aquella sopa, pero la novedad, el hambre y el estar tan cansados restaron importancia a la sensación de extrañeza. Nnu Ego lo agradeció y, cuando estaba quedándose dormida con el estómago lleno, entró un hombre con una panza como la de una vaca preñada, tambaleándose de un lado a otro. Bajito y con aquella barriga, parecía un tonel. A diferencia de los hombres de Ibuza, no llevaba el pelo bien afeitado; se lo había dejado crecer como una mujer de luto por su difunto marido. Tenía la piel pálida, la piel de alguien que llevara mucho tiempo trabajando a la sombra y poco al aire libre. Sus mofletes estaban hinchados, como si tuviera trozos de ñame caliente dentro, y parecía que habían empequeñecido su boca por delante de su débil mandíbula. Y su ropa, Nnu Ego nunca

había visto a un hombre vestido así: con pantalones cortos de color caqui con agujeros y una raída camiseta blanca de tirantes por fuera. Si ese era el que iba a ser su marido, pensó, se volvería con su padre. ¡Casarse con aquella gelatina de hombre sería como vivir con una mujer de mediana edad!

Vio de reojo cómo se daban un abrazo los dos hombres, desde luego, muy contentos de verse. Oyó al mayor de los Owulum llamar Nnaife al otro, y al mirar hacia arriba, vio que el recién llegado tenía una marca tribal idéntica a la de su hermano. ¡No podía ser! Este no podía ser el hombre con el que tenía que vivir. ¿Cómo dos hermanos podían ser tan distintos? Tenían la frente parecida, el mismo tipo de gestos, pero ahí terminaban las similitudes, puesto que, en lo demás, los dos hombres no tenían nada que ver: como el agua y el aceite. Sintió ganas de llorar, de suplicar al mayor de los Owulum que la llevara a su casa, pero sabía que, aunque su padre era el mejor padre del mundo, no podía abusar de su hospitalidad. Aquel hombre les estaba dando la bienvenida, estaba metiendo en casa su caja de madera y las cosas que llevaba envueltas en una red que le habían hecho con tanto cariño las esposas de su padre. Al principio, Nnaife la había saludado con timidez, con una sola palabra, *Nnua*: Bienvenida. El mayor de los Owulum la miró un segundo, inquieto ante su evidente desilusión, pero su hermano, cuyo entusiasmo crecía por momentos, no le permitió que prolongara su preocupación. En cierto modo, le hizo desviar la atención de Nnu Ego, que les siguió hacia el interior y se sentó acurrucada en una silla, como si tuviera frío.

Nnaife sabía que no tenía la aprobación de Nnu Ego. Pero no podía evitar ser como era y, de todas formas, ¿qué podía hacer ella? En los cinco años que llevaba en Lagos había vis-

to situaciones peores. Había visto a una esposa, traída para contraer matrimonio con un tipo de Ibuza, salir corriendo nada más ver a su futuro esposo. El pobrecillo necesitó la ayuda de sus amigos para cogerla. Al menos Nnu Ego no había hecho eso. Pocas mujeres daban la aprobación al marido el primer día. Era como una broma para los hombres que las mujeres del pueblo llegaran a Lagos, donde no tendrían que trabajar tanto, con la expectativa de encontrarse a un hombre guapo y fuerte como marido en el mismo lote. ¡Qué estúpidas eran las mujeres!

Los cocineros y los criados y mucha gente de Ibuza que vivía en aquella zona vinieron a felicitar a Nnaife y a comentar que le habían enviado a una *Mammy Waater*[5], como llamaban ellos a las mujeres muy bellas. Nnu Ego se mantuvo erguida, tratando de aceptar con valentía los saludos y de no imaginarse lo que hubiera dicho su padre si este hombre se hubiera presentado a pedirle la mano de su hija. Reprimió las lágrimas de frustración. Estaba acostumbrada a granjeros altos, recios y musculosos, de manos ásperas, ennegrecidas por el trabajo en la granja, con las piernas largas y delgadas y la piel muy oscura. Este era bajo, le bailaba la carne del brazo al moverse jubiloso entre sus amigos, ¡y

[5] *Mammy Waater, Mammy Watta*: Diosa de las aguas, como se la denomina en el inglés de África Occidental y en el inglés *pidghi* hablado en toda la costa del Golfo de Guinea, incluyendo Guinea Ecuatorial. En el periodo colonial se la representa como una diosa mestiza, con una abundante melena ondulada, que podría interpretarse como un sincretismo entre la imagen de la mujer blanca colonial y la diosa acuática tradicional presente en varias religiones de la región, como la ibo (en la que esta diosa recibe el nombre de Uhamiri) o la yoruba (su nombre es Yemanja). (*N. de la T.*).

esa tripa que le sobresalía! ¿Por qué no se la tapaba? Sintió desprecio por él aquella primera noche, sobre todo mucho más tarde, cuando la gente comenzó a despedirse con exagerada efusión.

Exigió su derecho conyugal como si estuviera decidido a no darle una oportunidad para que cambiara de idea. Nnu Ego había supuesto que se le permitiría descansar al menos la noche de su llegada, antes de que se le abalanzara aquel tipo hambriento, su nuevo esposo. Después de aquella experiencia, Nnu Ego supo por qué había hombres de aspecto repugnante que violaban a mujeres: porque son conscientes de su incapacidad.

Nnaife se transformó en un ser con una pasión animal. Nnu Ego estaba segura de que nunca había estado con una mujer. Lo aguantó y se relajó como le habían dicho, fingiendo que la persona que tenía encima era Amatokwu, el primer marido enamorado que había tenido. El apetito de ese hombre era insaciable y por la mañana estaba tan cansada que lloró de alivio y se quedó dormida por primera vez cuando lo vio salir de la habitación para ir a trabajar como sirviente del amo blanco. Daba las gracias al abrir los ojos y verlo vestirse rápidamente y hablar en voz baja a su hermano que dormía a pocos metros de allí. Se sintió humillada, pero ¿qué debía hacer? Sabía que debía haber estado gimiendo toda la noche y que el hermano mayor había estado escuchando, alegrándose por el hermano en el fondo de su corazón. Estaba acostumbrada a su Amatokwu, alto y robusto, que se deslizaba dentro de ella cuando estaba preparada, en contraste con ese tipo bajo, gordo y rechoncho cuyo cuerpo casi había aplastado al suyo. Y lo que es aún peor, ni siquiera olía bien, a diferencia de los hombres de Ibuza, que tenían

un olor sano a madera ardiente y a tabaco. Este no olía más que a jabón, como si se lavara en exceso.

Cuando terminó de vestirse dijo:

—Hay suficiente ñame para nosotros para unos días. Les diré a las vecinas que te lleven al mercado para que compres carne y hagas sopa. Volveré a comer a mediodía. Espero que hayas dormido bien.

—Sí, claro que ha dormido bien —replicó el hermano de Nnaife, en tono petulante, para que se diera cuenta de que se había enterado de todo por la noche. Ella tendría que aguantarse. Prefería morir en aquella ciudad llamada Lagos que volver a casa y decir: «Padre, lo que pasa es que no me gusta el hombre que has elegido para mí». Se le pasó por la cabeza otro pensamiento: en caso de que aquel hombre la dejara embarazada, ¿no sería eso una alegría para su familia?

—Ay, querido *chi* —rezó dándose media vuelta, dolorida, hacia el otro lado de la estera de rafia—. Ay, madre mía que en paz descanses, por favor, haz que este sueño se haga verdad y respetaré a este hombre, seré su esposa fiel y aguantaré sus formas bruscas y su fealdad. Ay, por favor, ayudadme, todos mis antepasados. Si me quedara embarazada... —Se acarició el vientre y sintió las piernas aún doloridas—. Ojalá alguna vez me quedara embarazada. —Sonrió con añoranza mirando al techo pintado de blanco y vio un lagarto que se escabullía desde una hendidura hacia las ventanas ligeramente abiertas. Se quedó mirando hasta que cayó en un sueño ligero.

En su cansancio, soñó que su *chi* le ofrecía un bebé varón en las orillas del Atakpo, un arroyo de Ibuza. Pero la esclava tenía una risa burlona. Al intentar vadear el río para arrebatarle el niño, el arroyo parecía ensancharse y la risa de la

mujer resonaba en el espeso bosque. Nnu Ego le tendía los brazos varias veces y casi habría tocado el bebé si no fuera porque el arroyo se hacía cada vez más profundo y la mujer se elevaba más y más alto.

—Por favor —gritaba Nnu Ego—, por favor, déjame tenerlo, por favor.

Al principio su voz tenía un tono de súplica, pero, después de martirizarse así varias veces, gritó a la mujer:

—¿No crees que ya me has torturado lo suficiente? ¡Yo no te maté! ¡Dame a mi niño, dame a mi niño!

Alguien la estaba zarandeando. Era el hermano de Nnaife.

—Esposa nueva, ¿a qué vienen estos gritos? Tienes una pesadilla. Despierta, despierta, es solo un sueño.

Abrió los ojos sobresaltada.

—¿Crees que tendré la tentación de llevarme a los bebés de otros en esta ciudad? Soñé que lo estaba haciendo...

—No, no te va a pasar eso. Estás cansada y nerviosa, eso es todo. No vayas al mercado hoy. Nos comeremos el pescado y los ñames que hemos traído.

—Pero los amigos de tu hermano vendrán a probar la comida cocinada por la esposa nueva, ¡imagínate que se dan cuenta de que es solo una sopa de pescado sin carne!

—Les diré que a mí solo me gusta la sopa de pescado —sonrió compadecido—. Estás muy cansada y mi hermano estaba insaciable. Tienes que perdonarlo. ¿Sabes? No se lo cree. Quería asegurarse de que no te escaparías. Tú sabes que eres muy bella y la hija de un hombre célebre. Aprende a respetarlo. Puede que sea difícil, pero verás cómo se cumplen tus esperanzas. Volveré a visitarte cuando te vuelvas verdaderamente loca.

—¿Loca? Cuñado, ¿has dicho *loca*?

Él se apartó hacia su lado de la habitación, deliberadamente despacio. Ella no se dio cuenta de cómo se encogía de hombros, divertido.

Aquel hombre, pensó Nnu Ego mientras lo observaba, no pertenecía a un lugar reblandecido como su hermano. Pertenecía a la claridad del sol, a la luna resplandeciente, a la granja y a la cabaña de descanso, donde era capaz de detectar una cobra acurrucada, un escorpión agazapado u oír en la distancia el aullido de una hiena. Pero no allí. No en aquel lugar, en aquella habitación pintada totalmente de blanco como un altar para ofrecer sacrificios, aquel lugar donde a los hombres les colgaba la carne fofa, donde los hombres tenían barrigas como las mujeres embarazadas, donde los hombres se cubrían el cuerpo todo el día. Sí, se volvería al lugar donde habían vivido cinco, seis o siete generaciones de su familia sin cambio alguno. Para empezar, ¿cómo había llegado este hermano pequeño, Nnaife, a dar con aquel sitio? Y, si ella se volvía loca en una ciudad como aquella, ¿dónde iba a encontrar un curandero?

—Si crees que me voy a volver loca, cuñado, me gustaría volver contigo. Pero, por favor, déjame en Ogwashi, donde nacieron mis abuelos; no quiero volver a ser una desgracia para mi padre.

El hermano de Nnaife se rio a carcajadas echando hacia atrás la cabeza afeitada y le explicó con voz amable:

—Esposa nueva, no me refería a ese tipo de locura. Quiero decir la que te da cuando te pones así —se cruzó de brazos como si estuviera arrullando a un bebé y se puso a mecerlos— cucú, cucú, ay, ay, ay, qué rico, cucú...

Nnu Ego se echó a reír también. Volvió a la estera y no soñó más al entender lo que decía: que las mujeres hablan y

se comportan como si estuvieran locas cuando están con sus niños, al hacerles ruiditos que ellos no entienden.

Antes de que su cuñado se marchara unas semanas después, rezó para no volver a fracasar. Nnu Ego le dio las gracias y a través de él envió veinte mil mensajes a su padre, para decirle lo contenta que estaba, lo apuesto que era su marido... No dejó de repetirlo una y otra vez, como una niña asustada de que la dejen sola. El mayor de los Owulum hizo lo que pudo para asegurarle que su padre nunca la olvidaría en sus plegarias. Le dijo que las cosas ya parecían tomar otro rumbo, aunque en aquel momento ella no sabía a qué se refería.

Pronto se dio cuenta de que su cuñado había acertado. Los cambios que notó fueron tan progresivos que al principio no se le ocurrió atribuirlos a nada relacionado con un embarazo. Al intensificarse sus sospechas, estaba demasiado confundida como para contárselo a su marido. Quizás solo eran imaginaciones suyas o falsas ilusiones. Se dio cuenta de que se sentía un tanto enferma y mareada, pero lo ocultaba, y, cuando Nnaife se marchaba al trabajo, cerraba la puerta, sacaba el espejo pequeño que tenían y se miraba el pecho. ¿De qué tamaño era antes? ¿Había tenido siempre ese picor que ahora le hacía cosquillas? ¿Había cambiado tanto? ¿Le había crecido la tripa? No se aclaraba. Cuanta mayor seguridad iba adquiriendo, mayor era el miedo.

Su marido, Nnaife, se levantaba a las seis de la mañana, según marcaba el reloj que le habían regalado el amo y su mujer. Se ponía unos pantalones cortos de color caqui, comía los restos de la cena anterior y salía disparado hacia la zona del recinto del doctor Meers para lavar la ropa. Utilizaba dos grandes bañeras grises de estaño, donde cabían tres

personas a la vez. Se sentaba en un taburete de la cocina al lado de la primera y lavaba todo tipo de prendas: toallas, camisones de mujer y ropa suelta. Después, a media mañana, se trasladaba a la segunda bañera y empezaba a aclarar. Tenía que hacer varios viajes a por agua a la bomba del jardín, cargando con un cubo de estaño en cada mano. Después de tender la ropa, se iba a la despensa y llenaba la plancha de carbón. Tenía tan regulado el orden de las tareas que se podía adivinar qué hora era únicamente con mirar lo que estaba haciendo. Le dieron el solemne título de «Nnaife, el lavandero». Hacía tan bien su trabajo que los amigos del amo lo tomaban prestado a cambio de una pequeña retribución. Durante la semana, solo tenía libre la tarde del domingo a partir de las dos. Así que tenía poco tiempo para fijarse en Nnu Ego y ella no buscaba ni pedía su atención. Había llegado a aceptarlo como una de las cosas ineludibles del destino.

Al principio rechazaba su forma de ganarse la vida y le preguntaba por qué no había buscado un trabajo más respetable. Nnaife se mofaba de ella, diciéndole que en la ciudad a nadie le importaba lo que hacía cada uno para ganarse el dinero, siempre que fuera algo honesto. ¿No le parecía que era un trabajo más fácil y previsible que ser granjero? Pero, cada vez que lo veía tender las bragas de la mujer blanca, a Nnu Ego se le crispaba el rostro de dolor. Ese sentimiento la hería en lo más profundo y se ponía enferma cuando oía hablar a Nnaife entusiasmado sobre lo que hacía con las prendas delicadas y la seda. En realidad, el hombre estaba orgulloso de su trabajo, pensaba Nnu Ego.

Los domingos por la tarde, cuando libraba, iban andando desde Yaba hasta Ebute Metta y después hacia la isla de Lagos, donde la comunidad ibo festejaba las celebraciones

cristianas. Nnu Ego no sabía en qué consistía el cristianismo, pero como cualquier novia traída del pueblo, se limitaba a seguir los pasos de su marido. Volvían en un autobús, lo que para ella era un gran lujo, como volver a casa por todo lo alto.

El primer día de cada mes, Nnaife la llevaba a la reunión familiar de la gente de Ibuza, que también se celebraba en la isla de Lagos. La mayoría de ellos vivía en la parte antigua de la ciudad, cerca de los lugares del muelle donde trabajaban. Los pocos que se dedicaban al servicio doméstico vivían a las afueras de la ciudad, en las nuevas y más tranquilas áreas residenciales, con sus amos blancos.

Al principio de su vida de casada, aprendió a economizar, ya que Nnaife ganaba poco. Después de ir al mercado los sábados, compraba jabón de sosa, lavaba la ropa de los dos y, con una toalla atada a la cintura, la tendía al sol. Después se encerraba dentro y, a pesar de lo mucho que la llamaban las otras esposas que vivían en el recinto, no salía hasta que estaba la ropa seca. Luego la doblaba y la planchaba con su *odo*[6] y la dejaba debajo de la almohada de su cama para que se quedara más suave para el día siguiente.

Un domingo estuvo dándole vueltas a la idea de quedarse en casa, para variar. Después de todo, no solo la iglesia significaba poco para ella, sino que también se estaba convirtiendo en algo monótono el ir una semana tras otra.

Puso la comida de Nnaife en la mesa, colocó el cuenco de agua para las manos a la distancia conveniente y, en contra de su naturaleza y su costumbre, se sentó y lo miró mientras comía.

[6] *Odo*: Maza para majar cosas en el mortero. (*N. de la T.*)

Al cabo de unos cuantos bocados, Nnaife levantó la vista.

—Te quedas mirándome como si no quisieras que me comiera lo que has cocinado. Ya sabes que una mujer no puede hacer eso.

—Eso vale en Ibuza, aquí no —dijo Nnu Ego.

—Bueno, estemos en Ibuza o no, sigo siendo tu marido y un hombre. No deberías estar ahí sentada mirándome.

—¿Un hombre, eh? Vaya un hombre.

—¿Pero qué dices? ¿No he pagado tu dote? ¿No soy tu dueño? ¿Sabes? Me estás cansando con esos aires que te das. Ya sé que eres la hija de Agbadi. Qué pena que no se casara contigo para que te quedaras con él para siempre. Si vas a ser mi mujer, tendrás que aceptar mi trabajo, mi modo de vida. No te voy a consentir esto. A ver si lo entiendes. De momento sal de aquí y vete a cotillear con Cordelia, déjame terminar la comida en paz.

Nnu Ego se levantó enfadada y declaró:

—Si te hubieras atrevido a venir a pedir mi mano a la casa de mi padre, mis hermanos te habrían echado. Mi familia solo me dejó venir aquí porque pensaron que eras como tu hermano, no así. Si las cosas hubieran salido como debían, no habría dejado la casa de Amatokwu para venir a vivir con un hombre que lava la ropa interior de las mujeres. ¡Menudo hombre!

A pesar de estar dolido, Nnaife miró a Nnu Ego como si no la hubiera visto nunca. ¡Vaya! La mujer estaba cambiando. Era guapa cuando llegó, pero no tanto: la frente alta con las marcas tribales de la hija de un jefe, el cuerpo todavía delgado que parecía resaltar el aspecto fofo del suyo, aquel cuello esbelto... ¿por qué tenía el cuello tan rígido? Debía de ser el peinado que llevaba, con las trenzas demasiado apretadas. Y

aquellos pechos, ¿no parecían demasiado grandes? Nnaife trató de recordar el aspecto que tenían cuando la vio por primera vez, pero no pudo, lo único que sabía es que ahora estaban más grandes. Sí, algo le estaba pasando. De todas formas no iba a permitir a Nnu Ego que comparara la vida que llevaba con él con la que había tenido con su primer marido.

—Qué pena que tu querido Amatokwu te pegara una paliza que casi te deja muerta porque no le diste un hijo. Mírate al espejo, tienes toda la pinta de estar embarazada y no estabas así cuando viniste. ¿Qué más puede querer una mujer? Te he dado una casa y si todo va bien, el niño que queréis tú y tu padre, y todavía sigues ahí sentada con esa mirada de odio. Como vuelvas a mencionar en esta casa el nombre de Amatokwu, te daré la paliza más grande de tu vida. ¡Eres una egoísta y una mimada! Tú que hiciste que se dudara de la virilidad de Amatokwu hasta hacerle casarse otra vez y tener muchos hijos seguidos, ahora vienes aquí, donde no te he presionado en absoluto para que te quedaras embarazada al primer mes y dices todas estas tonterías.

—No solo eres feo, sino que tienes también la capacidad de destrozar los sueños de los demás. Creía que cuando le dijera a mi marido que esperaba un niño debía decírselo de una manera más bonita...

—Sí, quizás a la luz de la luna, o en una alfombra de piel de cabra junto al fuego.

—¡No voy a escuchar tus bobadas! —gritó Nnu Ego compadeciéndose de sí misma. ¡Y que todo se reduzca a esto...!

—Bueno, si estás embarazada, créeme, espero por Dios que lo estés, todavía hay otro problema. ¿Qué dirán en la iglesia? No ha habido boda religiosa. Si no me caso contigo por la iglesia retirarán nuestros nombres del registro y a la

señora no le hará ninguna gracia. Puedo incluso perder el trabajo. Así que sé discreta, ¿de acuerdo? Ubani, el cocinero tuvo que casarse con su mujer por la iglesia para no perder el trabajo.

Mientras decía todo esto, Nnu tenía una sensación de mareo que la iba invadiendo poco a poco. ¡Tener que callarse un acontecimiento tan feliz únicamente por una vieja arrugada de piel ajada como la carne de cerdo! Si Nnaife lo hubiera dicho por el doctor Meers, Nnu Ego lo hubiera aceptado, pero no por aquella especie de mujer que ni siquiera llevaría como ofrenda a un dios enemigo. Ay, madre querida, ¿qué hombre era este con quien vivía? ¿Cómo podía aquella situación despojar a un hombre de su virilidad sin que se diera cuenta? Se dio media vuelta como un huracán para decirle a la cara lo que pensaba.

—¡Te comportas como un esclavo! Parece que tienes que ir a pedirle permiso por todo: «Señora vieja apergaminada, por favor, ¿puedo acostarme con mi mujer esta noche?». ¿Tienes que asegurarte cada día de que las bragas apestosas que lleva estén bien lavadas y planchadas antes de venir a tocarme? A mí, Nnu Ego, la hija de Agbadi de Ibuza. ¡Qué poca vergüenza tienes! Jamás me casaré contigo por la iglesia. Y si te echa por eso, me volveré a casa de mi padre. Quiero vivir con un hombre, no con un afeminado.

Nnaife se rio con cinismo y comentó:

—Me pregunto qué buen padre acogería a su hija embarazada en su casa solo porque el trabajo de su yerno no le gusta a la chica. Todo el mundo sabe cómo defiende tu padre los principios tradicionales. Me gustaría verle la cara cuando tú le dijeras que no te gusta el segundo marido que te ha elegido, especialmente cuando tu *chi* ha aceptado el

matrimonio al permitir que te hayas quedado embarazada. Si no estuvieras embarazada, sería más comprensible. Pero no ahora que los dioses han legalizado nuestro matrimonio, Nnu Ego, hija de Agbadi. Como ya dije, tendrás que hacer lo que yo te diga. Tu padre no puede ayudarte ahora.

—¡Ni siquiera te alegra verme embarazada, la alegría más grande de mi vida!

—Por supuesto que me hace feliz saber que soy un hombre, sí, que puedo dejar embarazada a una mujer. Pero cualquier hombre puede hacer eso. ¿Qué quieres que haga? ¿Cuántos niños nacen en esta ciudad cada día? Lo único que haces es buscar una excusa para que nos peleemos. Vete a provocar a tu amiga Cordelia. A mí déjame en paz. Acuérdate, de todas formas, de que sin mí no podrías estar esperando ese niño.

En el calor de la emoción, una voz más calmada le dijo en su interior: «Sí, sin él, no podría llegar a ser madre». Se echó a llorar. Gemidos amargos de enfado y frustración que hicieron temblar todo su cuerpo. Nnaife estaba allí de pie, con los brazos colgando. No sabía qué pensar, ni cómo reaccionar. Lo único que se le ocurrió decir fue:

—Si me quedo sin trabajo, ¿quién os alimentará a ti y al niño y a los demás hijos que me vas a dar?

No tenía peor suerte que sus vecinas ibo, la mujer del cocinero y la del mayordomo. Hasta aquellas chicas de Ibuza que ahora vivían en la isla con sus maridos le decían a menudo que tenía suerte de no haberse casado con un hombre que trabajara en el muelle. Los trabajadores del puerto tenían que pasar semanas y semanas fuera de casa, mientras dejaban solos a sus jóvenes esposas, que parían sin otra ayuda que la del vecindario. Le habían contado la historia de una chica que se llamaba Ngboyele, cuyo marido trabajaba en un

muelle de Port Harcourt: había tenido su primer niño por la noche y se desangró hasta la muerte. La enterraron con el bebé diez días antes de que volviera Okeibuno, su marido. Al hombre le llevó mucho tiempo recuperarse de la conmoción.

Cuando Nnu Ego se lo contó a Cordelia, la mujer de Ubani, algún tiempo después, esta se carcajeó de sus quejas sobre su marido y le dijo:

—¿Quieres un marido que tenga tiempo para preguntarte si prefieres comer arroz o beber papilla de maíz con miel? Olvídate. Aquí los hombres están demasiado ocupados ejerciendo de sirvientes de los blancos como para ser hombres. Nosotras las mujeres tenemos que ocuparnos de la casa. No nuestros maridos. Les han robado la hombría. La pena es que no lo saben. Lo único que ven es el dinero, las monedas brillantes del hombre blanco.

—Pero —Nnu Ego protestó— mi padre liberó a sus esclavos porque el hombre blanco dice que es ilegal. Sin embargo estos esposos nuestros son como esclavos, ¿no crees?

—Son todos esclavos y nosotras también. Si sus amos los tratan mal, lo pagan con nosotras. La única diferencia es que reciben algo de dinero por su trabajo en lugar de haber sido comprados. Pero ese sueldo solo nos sirve para alquilar una habitación vieja como ésta.

—¿Será siempre igual? —preguntó Nnu Ego.

—No lo sé, amiga mía. No lo sé. Ha sido así durante mucho tiempo. No creo que cambie nunca —terminó Cordelia haciendo un gesto negativo con la cabeza.

Las reuniones mensuales en la isla con sus compañeras esposas de Ibuza le sentaron bien a Nnu Ego. Las otras mujeres le enseñaron a empezar su propio negocio para que no tuviera un único traje que ponerse. Le prestaron cinco o

seis chelines del fondo de las mujeres y le aconsejaron que comprara cigarrillos y cerillas. Una lata de cigarrillos costaba dos chelines y después vendía cada uno suelto a un penique; como había treinta y seis cigarrillos en cada lata, lograba ganar un chelín por cada uno. Lo mismo sucedía con las cajas de cerillas. Compraba un cartón de doce cajas por un chelín y seis peniques y después vendía cada caja por dos peniques, ganando un beneficio de seis peniques por cada cartón. Estaba tan entusiasmada que, como le habían anunciado las mujeres más experimentadas, no tenía tiempo para sentirse sola, ni preocuparse por el humillante trabajo de su marido, ni para morderse las uñas pensando en el niño que llevaba dentro.

Sí, estaba embarazada. Cuando consiguió algún dinero propio, empezó a devolver el préstamo al fondo de las mujeres. Algunas vendían *lappas* y Nnu Ego pudo comprarse un traje pagando dos chelines al mes. Cuando llevaba seis meses en Lagos, se había comprado otro, esta vez completo, con un tocado para la cabeza a juego, y había devuelto el préstamo.

Como otros maridos y mujeres en Lagos, Nnu Ego y Nnaife empezaron a distanciarse, aunque tampoco habían tenido al principio una relación cercana. Ahora cada uno estaba en un mundo diferente. No había tiempo para mimos o para hablar de amor entre ellos. La conciencia de familia que el granjero analfabeto era capaz de mostrar a sus esposas, a su familia y a toda su casa, se había perdido en Lagos por el trabajo para el hombre blanco, por la delicia de comprar *lappas* caras y el tacto de brillantes baratijas. Pocos hombres en Lagos tenían tiempo de sentarse y admirar las fruslerías de sus esposas, por no hablar de contarles cuentos de ani-

males que habitaban en los bosques, como lo haría el esposo del pueblo que intentara atraer a una esposa favorita hacia la granja para hacerle el amor con el cielo como único techo, o bañarse en el río con ella, frotándose la espalda el uno al otro.

En Lagos una esposa no tenía tiempo. Tenía que trabajar. Conseguía la comida a partir de la ínfima cantidad de dinero que el marido le pasaba para la casa, pero los gastos de ropa, comodidades o, en algunos casos, de la escuela de los niños, eran su responsabilidad.

Tanto se acostumbró Nnu Ego a aquel estilo de vida, que la noche del parto se aseguró de ir primero al mercado. Con su marido todavía dormido, se escabulló y salió hacia donde estaba la mujer del cocinero, en la puerta de al lado. Consiguieron ayudarla a reprimir los gritos del parto y Nnu Ego sufrió durante horas, allí en la parte de atrás de la cocina que compartían, para no despertar a los esposos ni a la señora en el edificio principal. Hasta que nació el niño, no despertaron a Nnaife de su varonil sueño.

Nnu Ego dio las gracias a la mujer de Owerri que le había ayudado en el parto del niño, quien le dijo:

—Somos hermanas en una peregrinación. ¿Por qué no ayudarnos las unas a las otras? —Se rio y continuó—. Veo que le has dado un hijo a tu marido. No es muy común que el primer hijo sea varón. Tienes mucha suerte.

Nnu Ego esbozó una débil sonrisa.

—Entiendo lo que dices. Las niñas son los bebés que nacen del amor. Pero, ya sabes, solo ahora con este hijo voy a empezar a querer a este hombre. Ha hecho de mí una mujer de verdad, todo lo que quiero ser, una mujer y una madre. Así que, ¿por qué iba a odiarlo ahora?

—No tienes motivo —replicó su amiga y colaboradora—. Siempre tengo que despertarlos para que empiecen sus dolores de parto bebiendo vino de palma.

—Sí, hazlo. En casa, en Ibuza, cuando una mujer está pariendo, el marido se pone nervioso. Pero aquí, estos maridos nuestros duermen como troncos todo el tiempo —observó Nnu Ego.

Cordelia asintió.

—Hace tiempo que dejaron de ser hombres. Ahora son máquinas. Pero yo quiero a Ubani. Me casaron con esta familia cuando apenas tenía cinco años. Su madre me crio, y me acostumbré a quererlo y a respetarlo mucho antes de que mandara a buscarme. Supongo que por eso tengo una niña detrás de otra.

—Algún día tendrás un niño, estoy segura. Llama a los hombres para que disfruten de su triunfo.

Los hombres empezaron la celebración como era debido, con vino de palma y cigarrillos del almacén de Nnu Ego, y la fiesta duró hasta el amanecer.

Por la mañana, la mujer blanca preguntó a los hombres qué les pasaba y le contaron la buena noticia. La señora trajo enseguida un montón de ropa de bebé que había traído de su último viaje a Inglaterra. Nnu Ego estaba agradecida, puesto que, a pesar de estar usada, estaba limpia y era tan bonita y suave que olvidó el orgullo y la aceptó contenta. Se olvidó de que en su cultura los esclavos eran los únicos que aceptaban trajecitos usados para un bebé recién nacido: todo niño tenía el derecho a tener su primer paño *npe*[7] tejido a mano para

[7] *Npe*: Paño tejido a mano para un recién nacido.

envolverlo una vez que lo sacaban de las hojas de banana y lo lavaban. Pero Nnu Ego se sentía tan tentada por aquella suavidad nueva que se dijo a sí misma que no tenía mucha importancia. Después de todo, ¿quién la conocía en Lagos? No era más que una madre entre mil. Qué más daba.

Nnu Ego gastó sus exiguos ahorros el día que pusieron nombre a su bebé. Nnaife le compró un paño nuevo de *abada*[8], el primero que le compraba con su propio dinero, y cortaron un trozo para el bebé también. Todos comieron y bebieron felices, ya que la gente había traído pequeños obsequios para ayudar a los padres a acoger a los invitados.

Cuando Nnu Ego se sintió más fuerte, volvió a su pequeño negocio. En cuanto Nnaife se iba hacia la casa del doctor Meers por las mañanas, lavaba al bebé, se lo ponía a la espalda y salía corriendo para alcanzar a los trabajadores madrugadores que iban camino de su jornada laboral. Le compraban muchas cerillas y cigarrillos. Después, volvía a dar de comer a su hijo y a dejarlo durmiendo mientras hacía el trabajo doméstico a toda prisa. A mediodía llegaba su marido a comer y, después, Nnu se cargaba el niño a la espalda para volver a la hora punta de la salida de los trabajadores.

En su única habitación las cosas estaban empezando a cambiar. Ahora tenían alfombras bonitas, sillas de madera encerada y unas cortinas nuevas estampadas. Nnu Ego ya no tenía que esperar a que se secara su único traje cada vez que lo lavaba antes de salir, ya tenía otros dos. Aceptó a Nnaife como padre de su bebé y el hecho de que fuera varón le daba por primera vez en su vida una sensación de plenitud.

[8] *Abada*: Paño con estampado impreso en cera (*N. de la T.*)

Al bañar a su niño y cocinar para su marido, se sentía segura de que tendría una vejez feliz y de que al morir quedaría alguien detrás que se refiriera a ella como «madre».

Una mañana, la mañana en que comienza esta historia, cuando Nnu Ego fue a colocarse al bebé a la espalda antes de salir a vender a su puesto en la estación del tren, vio a su bebé, Ngozi, tumbado donde lo acababa de dejar hacía un rato, muerto. Frío como una piedra.

No gritó, tampoco llamó a su marido. Sencillamente salió de la habitación, andando hacia atrás con cautela, hasta que giró velozmente como un huracán y escapó corriendo.

5 · UNA MUJER FRACASADA

Nwakusor volvía a casa después de trabajar toda la noche en un barco atracado en el puerto deportivo de Lagos. Era un ibo de estatura media y constitución atlética y, aunque era difícil determinar su edad al mirarlo, quien supiera que había trabajado en el muelle durante diez años podría adivinar que estaba entre los treinta y los cuarenta. Se le veía cansado, tenía los ojos inyectados en sangre, los pies pesados. Pero sentía el alivio de ir a casa a recuperar unas horas de sueño antes del turno de noche. No quería saber nada más allá de un rato de descanso y un baño refrescante. Con esos gratos pensamientos en la cabeza, montó en su bicicleta desvencijada, negra con los años y se enfrentó a la tarea formidable de hacerla funcionar cuesta arriba por la colina que subía a Ebute Metta, donde vivía con su mujer de ojos tristes.

Avanzó con esfuerzo desde la isla hacia la parte continental. Había humedad y tanto rocío que todas las formas parecían borrosas. Hasta las palmeras y los cocoteros que guardaban las costas de Lagos como leales centinelas parecían borrosos aquella mañana. Dirigiendo la vista hacia el otro lado de la laguna, Nwakusor veía la neblina que ascendía desde las aguas azuladas y se fundía con las nubes en movimiento. ¡Y pensar que en pocas horas aquel sitio estaría echando vapor por el calor!

En cualquier caso, cuando llegara a casa, su esposa Aro estaría preparada para ir a su puesto de pescado en el mercado de Oyingbo. No quería evitarla, pero no estaba de humor como para escuchar su parloteo insustancial.

El puente de Lagos estaba delimitado a ambos lados por un complejo enrejado de hierro pintado de rojo con puntas en forma de lanza y una estrecha carretera asfaltada que se metía entre aquella especie de verja metálica. Cerca de Tabalogun, Nwakusor tenía que pedalear desde la carretera más ancha hacia la parte estrecha del puente que unía la isla con el continente.

Todavía soñando con la cama y resoplando mientras presagiaba una fatalidad, notó una sacudida que lo hizo volver al presente, al oír gritos y gemidos.

—Si quieres morir, ¿por qué quieres convertirme a mí en tu asesino, eh?

Nwakusor miró hacia arriba y vio un autobús *kia-kia* que daba un giro brusco y peligroso hacia su izquierda para evitar atropellarlo. Como era habitual a aquella hora de la mañana, era casi imposible coger los autobuses regulares, así que todo tipo de vehículos privados se aprovechaban de la fuerte demanda. Se los llamaba bus *kia-kia*, que quería decir, literalmente, bus «rápido-rápido», puesto que la ventaja de este tipo de transporte era que, una vez llenos, no paraban hasta que llegaban a la isla, y podían hacer varios viajes cada mañana, mientras que el autobús de la empresa del hombre blanco iba de parada en parada, avanzando despacio como un pato, arriba y abajo del puente de Lagos. Cuanto más deprisa iban, más dinero ganaban los dueños de estos microbuses, puesto que los empleados y los mensajeros que trabajaban en la isla preferían utilizar este transpor-

te, aunque significara que un microbús *kia-kia* llevara de seis a diez pasajeros colgados de cada ventana, otra docena de la puerta e incluso gente subida en el techo. Fue uno de aquellos microbuses el que estuvo a punto de atropellar a Nwakusor.

El conductor que gritaba iba sudando como Nwakusor en medio de la neblina matutina. Aquel microbús parecía ir especialmente lleno, con pasajeros apretados los unos contra los otros y, al ver al conductor, no se podía evitar pensar que era su propia energía física la que propulsaba el vehículo y no la energía del combustible. El hombre respiraba entrecortadamente. Había hecho un giro tan brusco que algunos de los pasajeros colgados en el exterior del autobús tuvieron que saltar para no sufrir daños. Se oyeron gritos y el chirrido de los frenos. Nwakusor se dio cuenta de que había escapado por poco de la muerte. Instintivamente, al igual que los pasajeros colgados de forma precaria, buscó el suelo firme con los pies. Se quedó allí de pie jadeando y confundido. Miró a su alrededor con los ojos desorbitados mientras que su mente empezaba a registrar el grado de peligro en el que había estado hacía un minuto.

—¿Qué pasa? —rugió el conductor, con aire ofendido y exigiendo una disculpa, lanzando al aire un puñetazo enfurecido—. Si no tiene nada que decir, al menos quite esa chatarra vieja de en medio de la carretera. Quiero seguir vivo. La próxima vez que busque un asesino, por favor, en nombre de Alá, lárguese a otro sitio. Haga el favor de apartarse.

Nwakusor, que estaba demasiado sobrecogido como para protestar, hizo lo que se le decía, recogiendo su vieja bicicleta de donde se había caído, retorcida, pero todavía utilizable, y su propia persona arrugada y temblorosa.

—Lo siento —dijo, ignorando a los pasajeros muertos de risa, que ya se habían recuperado del susto y aplaudían el lenguaje zafio del conductor. Nwakusor podía haber contestado en el mismo tono, pero estaba demasiado abatido como para entrar en el juego de los insultos. Además, como tampoco hablaba bien yoruba, perdería el concurso. Así que, al ver que era culpa suya, decidió pedir disculpas. Estaba cansado; el conductor se dio cuenta y dejó los improperios.

—Lo siento, conductor. Llevo toda la noche trabajando y tengo la mente todavía dormida, créame.

El conductor esbozó una sonrisa ancha al oír aquello. No era habitual por las mañanas que le trataran a uno con educación y, de hecho, una de las herramientas de su trabajo era su capacidad de hacer llorar a cualquiera con la lengua afilada. A pesar de ello, no iba a dejar a sus pasajeros sin la alegría de verlo triunfar una vez más.

—Es su vida, hombre. Pero la próxima vez que se canse de ella, apártese de la carretera y de mi camino. Puede estrangularse en su propia habitación. Es menos espectacular, pero al menos no pondrá en peligro la vida de alguien inocente.

Dicho lo cual, giró a toda velocidad en una esquina, haciendo un ruido infernal con su microbús y sus escandalosos pasajeros.

Nwakusor, a juzgar por la manera en la que todavía le temblaban las piernas, se dio cuenta de que sería mejor andar, aunque podía haber vuelto a poner la bicicleta en acción. Solo estaba un poco torcida la rueda delantera y, si hubiera tenido ganas, la podía haber arreglado. La gente que no sabía lo ocurrido pasaba por delante de él preguntándose si estaba loco por llevar su bicicleta por la acera ocupando

tanto espacio, pudiendo ir montado, llegar antes a su destino y ahorrarse el esfuerzo de decir: «Lo siento, lo siento» a cada persona contra la que chocaba. Las aceras a cada lado del puente Carter iban estando cada vez más concurridas. Sabía que la gente tendía a prejuzgar a los demás sin conocer los motivos de su conducta poco ortodoxa, pero no tenía tiempo de ir justificando sus actos a todo el mundo. Mientras no hiciera daño a nadie y llegara sano y salvo a casa, no le importaba mucho lo que pensaran los demás.

El sol naciente iba infundiendo una especie de energía en el cuerpo exhausto de Nwakusor. Incluso llegó a aceptar que estar vivo en un día así era un privilegio y se dijo a sí mismo que debía empezar a disfrutarlo. Se sentía como alguien que tuviera un valioso regalo que no hubiera apreciado durante mucho tiempo. Solo cuando estuvo a punto de perderlo se dio cuenta de su importancia. Empezó a valorar aquello. Pero era una apreciación personal. Si parara a alguna de aquellas personas que iban a toda prisa y se lo contara, pensarían que estaba totalmente mal de la cabeza. Desde luego, no tenía aspecto de estar tan cuerdo, con la ropa sucia del trabajo, empujando la bicicleta y sonriendo al vacío con aire benigno.

Se preguntaba si no habría llegado el momento de volver a montar cuando vio a una multitud al otro lado del puente. Era un grupo de obreros madrugadores, mujeres del mercado y trabajadores que iban al mercado de Ebute Ero y se oía un murmullo de voces agitadas. Eran voces tensas y febriles, con un tono sobrecogido como el de los espectadores de un sacrificio humano, pensó. No había visto nunca un sacrificio así, pero había oído hablar de gente que había presenciado aquel espectáculo tan poco corriente. Habla-

ban nerviosos, pero se mantenían apartados de una persona a quien Nwakusor no podía distinguir. ¿Era un hombre o una mujer? Asomó la cabeza entre el tráfico y dedujo que parecía más bien una mujer.

No era mayor; en realidad, a juzgar por la espalda recta y el cuerpo ágil, debía de ser bastante joven. Pero se estaba comportando de manera extraña, casi como si estuviera haciendo alguna danza acrobática. Nwakusor quería verla más de cerca. Maldijo el tráfico incesante, pero no dejaba de mirar la escena. Lo hacía con sumo cuidado después del susto que había pasado hacía un momento, sin intención de dejarse atropellar solo por mirar a una mujer que o estaba loca o hacía algún tipo de danza *juju* para su dios. Se lo tomaría con calma. Uno no debía acercarse a la muerte dos veces en la misma mañana.

Su impaciencia apenas había disminuido cuando vio, desde donde se encontraba, lo que la mujer intentaba hacer. ¡Estaba intentando saltar a la laguna!

«Dios mío», pensó Nwakusor, «yo, feliz de que se me haya dado una segunda oportunidad de vivir y esa loca deseando poner fin a su vida cuando su Creador no está preparado para recibirla. Qué poco equilibrio hay en esta vida... ¡Maldito sea este tráfico!».

Podría pensarse que toda aquella interminable historia había sido puesta en escena para tentarlo. Pronto hubo un hueco y cruzó corriendo, con la bicicleta y todo, al otro lado de la carretera.

Al acercarse al otro lado, se oyó el rugido de la multitud, pues la mujer derribó a un hombre que forcejeaba con ella intentando soltarla de los barrotes que escalaba para facilitarse el salto hacia la muerte. Ser derribado por el adversario en

un combate significa una derrota, pero que sea una mujer la que tumbe a un hombre es más que una derrota, es una humillación. La gente aglomerada, aún preocupada por seguir hacia su lugar de trabajo, apreciaba aquel entretenimiento gratis, por más que nadie deseara que la mujer lograra su objetivo suicida, al menos no en su presencia. Nadie quería empezar el día con un incidente así en la conciencia. Otro hombre se despegó de la multitud en un intento por salvarla, y, aunque la mujer no lo derribó, luchó con fiereza y como una experta, hasta el punto de que los dos acabaron jadeantes y la gente temió que el hombre se rindiera y dijera: «Al fin y al cabo, es su vida». Sin embargo, en Nigeria jamás se permitiría una cosa así, simplemente no te dejan suicidarte en paz, porque todo el mundo es responsable de los demás. Puede que los extranjeros nos llamen un país de entrometidos, pero, para nosotros, la vida de un individuo pertenece a la comunidad y no solo a sí mismo. Por eso, una persona no tiene derecho a poner fin a su vida mientras otro miembro de la comunidad esté allí viéndola. Debe intervenir y frenarla.

La lucha y la forma en que mantenía a raya a su oponente hizo pensar a Nwakusor que aquella mujer, cuya cara todavía no podía ver, no era yoruba. Tenía que ser de su pueblo, donde a las mujeres se les enseñaba a luchar como hombres para aprender el arte de la defensa propia. La mujer giró la cara en medio de la lucha y Nwakusor vio a Nnu Ego, aunque le pareciera increíble. Le llevó menos de un segundo pellizcarse y frotarse la cara con las manos para convencerse de que aquello no era un sueño. Como si necesitara asegurarse por partida doble, gritó con la voz quebrada:

—¡Nnu Ego! ¡Nnu Ego, la hija de amor de Agbadi, Nnu Ego! ¿Qué haces? ¿Qué intentas hacer?

Ella se paró de golpe, dejando de luchar. Dirigió la mirada a los espectadores, por encima de sus cabezas, sin mirarlos a la cara. Estaba completamente estupefacta. ¡Alguien entre aquella multitud sabía quién era! Había pensado que como Lagos era un sitio tan grande, con gente de tantas razas y culturas era muy improbable que alguien la conociera. Había imaginado que seguramente se le opondrían algunos peatones en el puente, pero calculaba llegar antes de que se llenara demasiado. Se había equivocado. Aunque todavía había niebla y se sentía algo de humedad, la mañana tenía un brillo deslumbrante por el sol que salía y sacaba a la gente de sus dormitorios hacia la carretera.

Nwakusor aprovechó el momento de duda de Nnu Ego. No se había equivocado, desde luego era la mujer de Nnaife. Actuando instintivamente, tiró su querida y anticuada máquina hacia un lado, donde retumbó con un sonido patético de piezas viejas de metal oxidado. Como un ágil gato que se lanza a por un ratón desprevenido, se agachó y saltó hacia Nnu Ego. Los dos cayeron sobre el suelo de cemento. La rodilla arañada de Nwakusor empezó a sangrar inmediatamente. Nnu Ego se levantó rápidamente tratando de soltarse como una lunática, pero había ya más gente dispuesta a ayudar a Nwakusor. El primer hombre que había intentado frenarla sin éxito, sin dejarse intimidar, volvió a acercarse y le sujetó la muñeca con firmeza.

Nwakusor, respirando con dificultad, jadeó en ibo:

—¿Qué estás intentando hacerle a tu marido, a tu padre, a tu gente y a tu niño que apenas tiene unas semanas? ¿Quieres matarte, eh? ¿Quién va a cuidar de tu bebé? ¡Qué vergüenza de mujer, vaya madre!

Por primera vez desde que Nnu Ego viera a su niño allí en la esterilla, derramó lágrimas de consternación y frustración que le rodaron por las mejillas. ¿Quién iba a darle la energía de contar al mundo que había sido madre una vez, pero que había fracasado? ¿Cómo iba a entender la gente que había querido desesperadamente ser una mujer como las demás, pero que había vuelto a fracasar?

«Ay, Dios, ojalá esta gente, aunque tenga buenas intenciones, me dejara ser yo misma».

El corazón le latía con dolor y, desde allí, la amargura le llegaba hasta la boca. Intentó hablar varias veces, pero no era capaz de articular sonido. Solo podía mover la cabeza negativamente ante la invectiva de Nwakusor, intentando decirle que estaba equivocado.

Otra mujer ibo, que llevaba una cesta grande de ñame rumbo al mercado, no estaba satisfecha con la recriminación de Nwakusor. Se adelantó y abofeteó a Nnu Ego en una mejilla y añadió:

—¿Quiere decir que tienes un bebé en casa y te atreves a venir aquí deshonrando al hombre que pagó para que te trajeran a esta ciudad? No sé en qué se está convirtiendo nuestro pueblo; en cuanto se acercan a la costa piensan que son dueños de sí mismos y se olvidan de la tradición de nuestros mayores.

Tan enfadada estaba aquella mujer que la energía de su bofetada cegó por unos instantes a Nnu Ego.

Entonces Nnu Ego gritó con tanta fuerza que su voz sonó casi como la de un hombre:

—¡Pero ya no soy una mujer! ¡Ya no soy madre! El niño está allí, muerto en la esterilla. Mi *chi* se lo ha llevado. Solo quiero irme y encontrarme con ella...

La gente comprendió entonces el motivo de su irracional comportamiento. Algunos de los hombres hasta tenían lágrimas de pena en los ojos. Consejos y palabras de consuelo fluyeron de gente a la que no había visto nunca y a la que no volvería a ver. Muchos se entretuvieron contándole sus propias historias. Hasta la mujer que la había abofeteado le contó que de seis embarazos únicamente le quedaban dos hijos vivos y que, aun así, ella estaba viva. Le recordó a Nnu Ego que todavía era muy joven y le dijo que una vez que se empezaba a tener niños, venían uno detrás de otro.

—Después de todo, no está loca —la mujer asumió la responsabilidad de informar a toda la multitud en su imperfecto yoruba—, acaba de perder al niño que era la prueba de que no era estéril.

Todos estaban de acuerdo en que una mujer sin un hijo que ofrecer a su marido era una mujer fracasada. Dejaron que Nwakusor, que había salvado una vida, llevara sana y salva a Nnu Ego a casa con su marido.

6 · UN HOMBRE NUNCA ES FEO

Cordelia, la mujer del cocinero, estaba calentando un tazón de gachas de maíz como desayuno para sus dos hijos pequeños. Había también suficiente para su marido Ubani, a quien, a pesar de hacer todo tipo de frituras y pasteles para los Meers, no le gustaba la comida inglesa, decía que le revolvía el estómago. Así que, aunque salía de la cocina principal un olor dulce, Ubani se escabullía unos minutos para ir a su habitación a comer un poco de papilla africana caliente. Cordelia iba a toda prisa para satisfacer a sus hambrientos niños y dejar preparado también un poco para Ubani.

No le preocupó demasiado, sin embargo, darse cuenta de que no había visto a Nnu Ego en toda la mañana. Tenían la misma edad y eran vecinas y, aunque podían estar en ocasiones celosas de las pertenencias de cada una, o hacer comentarios gratuitos la una de la otra, su amistad de fondo permanecía inalterable. Las dos familias compartían la misma terraza, a la que se salía desde las habitaciones y que daba al patio trasero del doctor Meers. Este pequeño edificio exterior era el típico que se utilizaba para alojar a los sirvientes africanos, lugar al que los amos blancos siempre llamaban «las dependencias de los muchachos». Aunque eran de distintas zonas de la región ibo —Nnaife era de la parte occidental y Ubani y Cordelia eran de la parte oriental—, el hecho de que hablaran la misma lengua y vinieran del mis-

mo entorno cultural hizo que se fortaleciera la amistad entre el cocinero y el lavandero. Cuando las mujeres discutían, sus maridos tomaban partido, pero al final prevalecía el sentido común y decidían que no merecía la pena excomulgarse mutuamente. Era mucho más ventajosa la comunicación: «Si la lengua y la boca se pelean, acaban haciendo las paces porque tienen que permanecer en la misma cabeza».

Así que, aunque Nnu Ego y Cordelia discutieran de vez en cuando, los hombres nunca dejaban que llegara la sangre al río. En realidad, mientras las mujeres reñían y cotilleaban, los hombres solían enmendar los conflictos los días de paga, disertando sobre la lealtad y ahogando las diferencias en vino de palma. En conjunto, las dos parejas se llevaban bien, entraban en las habitaciones respectivas sin una invitación formal de por medio, se mezclaban con naturalidad en las conversaciones y convivían como miembros de una gran familia.

Cordelia vio, al hacer varios viajes de ida y vuelta a la cocina, que la puerta de su amiga estaba entreabierta. Nnu Ego no podía haberse ido a comprar cigarrillos tan pronto y, de todas formas, nunca salía sin decir algo. Cordelia tampoco recordaba haber oído a Ngozi aquella mañana. Se estaba convirtiendo en un bebé muy exigente y sus lloros matutinos eran inconfundibles. Pero Nnu Ego no podía estar muy lejos si se había dejado la puerta abierta. Cordelia anotó mentalmente volver a echar un vistazo más tarde, después de atender las necesidades y las exigencias de sus propios bebés. Con las prisas que llevaba, arrinconó los pensamientos sobre su amiga en el fondo de la mente.

Los niños se calmaron enseguida, ocupados en beber la papilla a lengüetazos, y Cordelia hizo un último viaje a la

cocina para llevar la ración de Ubani. Como no había llegado, pensó que podía dejarle el cuenco a la puerca de Nnu Ego mientras echaba un vistazo dentro. Colocó con cuidado el cuenco caliente en el suelo y, con la espalda inclinada, se asomó a la habitación.

—Nnu Ego, ¿dónde te has metido? Dejar a tu bebé dormido en la esterilla...

De pronto sintió un escalofrío. Allí había algo fuera de lugar. ¿Por qué estaba el niño tumbado así? ¿Por qué parecía tan rígido, con las piernas sin vida? Volvió a llamar a su amiga, ahora en voz baja, susurrando como un gato, pero Nnu Ego no estaba allí. Según entraba en la habitación, Cordelia sintió que había sucedido algo grave. Se sintió como impelida hasta el centro del cuarto y todavía encorvada como si estuviera rezando involuntariamente, miró de cerca la cara del bebé.

—Estás muerto —dijo en un suspiro—. ¡María, Madre de Dios! ¡Estás muerto, Ngozi, te has ido!

Se santiguó; ella y Ubani eran devotos miembros de la Iglesia católica y vivían según sus principios. Retrocedió a hurtadillas, como si ella misma hubiera matado al niño y en la puerta soltó un grito:

—Nnu Ego, ¿dónde estás? ¡Tu lindo bebé se ha ido!

Gritó esto dos veces y después se tapó la boca, porque no quería tener una reacción exagerada, ya que se acercaban sus niños para preguntarle cuál era el problema. Le temblaba todo el cuerpo como si tuviera convulsiones, aunque se las arregló para apartarlos de la habitación de Nnu Ego.

Con la precipitación, derramó la papilla que había dejado en la puerta. El calor le quemó los pies descalzos, pero no tuvo tiempo de curárselos. Uno de los niños le dijo que había

estropeado el desayuno del padre, pero no le hizo caso y se los llevó a otra parte del recinto a jugar.

Lo primero que se le ocurrió fue correr a buscar a Nnaife y contárselo y después a su marido. Pero ¿dónde estaba Nnu Ego?, volvió a preguntarse conforme se acercaba a la zona de los amos blancos. Entonces se paró en seco, puesto que allí mismo, enfrente de ella, a solo unos metros de la hierba mojada, estaba Nnaife agachado en su trabajo, con una concentración tan profunda que la canción que silbaba carecía de melodía alguna. Era un sacrilegio alterar aquel instante de dicha tan completa y personal. No, se lo contaría primero a su marido, él sabría cómo darle la mala noticia a Nnaife. Pero le iba a resultar difícil calmar los fuertes latidos del corazón y contestarle con serenidad cuando la saludara, como sabía que lo haría.

Respiró profundamente, con las manos agarradas con firmeza, como si estuviera rezando, desviando la mirada y le espetó, como para impedir que hablara él primero:

—¡Parece que vamos a tener una mañana despejada!

—Hola, buena esposa, ¿has dormido bien? ¿Ya echas de menos a tu marido? —se rio—. ¡Te dejó hace menos de una hora!

—Ya lo sé, es que se ha llevado el dinero de casa —mintió Cordelia, forzándose por emitir un sonido que intentaba ser una carcajada, pero que hasta a ella misma le sonó como un graznido.

Nnaife se preguntó qué pasaba. Cordelia no tenía su aire alegre habitual. Dijo en voz alta:

—Vete con él, no lo entretengas mucho tiempo mientras trabaja. No querrás que los amos se quejen, ¿no, buena esposa?

Cordelia se compadeció de Nnaife. Era un hombre simple, generoso y fácil. ¿Por qué tenía que sucederle eso? Primero, tenía una esposa a quien no le importaba en absoluto ni lo había respetado hasta después del nacimiento de su primer hijo. Y ahora le pasaba esto.

Ubani la vio acercarse y frunció el ceño. Le había dicho varias veces que no fuera a buscarlo si no hacía falta. Se limpió las manos en el gigantesco delantal, salió y se quedó junto a la puerta de la cocina. Con solo mirarla sintió que algo terrible había sucedido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con cara de preocupación.

Le cambió la expresión por completo cuando su mujer le dijo lo que había sucedido.

—¡Dios mío! Es terrible. ¿Estás segura? Quiero decir... perdona. ¿No se lo has dicho todavía?

Cordelia hizo un gesto negativo.

—Entonces vuelve y cierra la puerta sin hacer ruido. Y busca a tu amiga. Probablemente no haya visto al niño muerto. ¿Dices que no la has visto en toda la mañana? Quizás lo haya visto. Pobre mujer. Espero que no esté haciendo una tontería. Esto no me gusta. No me gusta nada.

—¿Te refieres a que intente hacerse daño?

—Eso puede ser demasiado exagerado. Ya está, vete. Mantén la calma y búscala sin provocar sospechas hasta que se lo diga a Nnaife. ¡Dios mío, qué horror!

—Pobre mujer —dijo, abrazándose a sí misma. Le vino a la mente la imagen de Nnu Ego de parto hacía solo un mes: cómo agonizaba en la cocina, lo doloroso que le había resultado siendo el primer niño y cómo el orgullo le había impedido llamar a Nnaife... —Por favor, María, Madre de Dios, ¿cómo has dejado que le pase esto a mi amiga?

—Vete a casa, Cordelia —le llegó la voz de Ubani—. Acuérdate, Dios nos lo ha dado, Dios nos lo ha quitado. Le pertenecemos y Él nos trata como quiere. Nunca se sabe, quizás detrás de todo esto habrá algo que haga sonreír a tu amiga.

Cordelia hizo un gesto afirmativo con la cabeza, en silencio, con lágrimas calientes cayéndole por las mejillas. Volvió hacia la zona del servicio y, al oír a su hijo de dos años llamándola, sintió más intensamente la pérdida de su amiga:

—Madre, madre, quiero otro cuenco de papilla.

Ubani, un hombre robusto de frente ancha, miró por la ventana de la cocina y vio a su amigo trabajando y silbando al frotar una sábana desgastada por los lavados. Estaba tan absorto en su trabajo que sintió que era un pecado molestarlo; poco antes, su esposa Cordelia había pensado lo mismo. Pero había que decírselo y, pasara lo que pasara, había que mantenerlo en secreto; nadie quería vérselas después con la ley. La policía local querría averiguar cómo había muerto el niño. En realidad era ilegal que alguien muriera en su casa: se había aprobado aquella ley para disuadir a la gente de llevar a los hijos a los curanderos nativos. De manera que, cuando sucedía algo así, la gente tendía a ocultarlo. Tenían que decírselo a Nnaife, tenían que buscar a Nnu Ego y había que obligarla a darse cuenta de que en Lagos no estaba permitido mostrar el dolor abiertamente en circunstancias así. Los metería a todos en un lío.

Ubani se dio prisa en fregar y dejó las cosas para que las secara su joven sobrino Dilibe, que llevaba dos meses viviendo con ellos en Lagos. También él había sido contratado por el amo doctor Meers y lo poco que ganaba en el rimbombante puesto de *muchachito* –el sirviente de todos– lo ayudaba con sus gastos. Su tío estaba empleándose a fondo en bus-

car unos buenos patronos que pudiesen ofrecerle un trabajo adecuado y un alojamiento, ya fuera en el ferrocarril o en el puerto. Aquel joven sabía leer y escribir y con un buen pellizco —una especie de soborno tolerado—, una vez entregado a la gente conveniente, el chico llegaría lejos. Pero, mientras tanto, tenía que trabajar para ahorrar el dinero del pellizco. Ubani sabía que cuanto mayor fuera la cantidad aportada, más rápido progresaría su sobrino y estaba decidido a ayudarlo. Una vez que Dilibe estuviera bien colocado, parte de su dinero iría, si no a Ubani, a sus hijos.

—Asegúrate de que los platos y el resto de las cosas están secas y relucientes antes de guardarlas en su sitio en los armarios.

—¡Sí, señor! —respondió el joven con entusiasmo, encantado de que lo dejaran al cargo de una parte tan importante como lo era la gran cocina.

El lugar donde se cocinaba en la zona de servicio, y en el que preparaban su propia comida africana, lo llamaban la «cocinita». Pero aquella era la estancia en la que se preparaba también la comida del amo y había que mantenerla limpia y ordenada. Dilibe se daba cuenta del grado de responsabilidad y se sentía agradecido porque se le hubiera confiado el trabajo. No preguntó a su tío por qué se marchaba de la cocina tan pronto aquella mañana. Como casi todos los jóvenes, solo pensaba en sí mismo. Iba a utilizar aquella oportunidad para mostrarle a su tío que no solo se le daba bien hacerse cargo de la gran cocina, sino que podía llegar incluso más lejos, si le daban la oportunidad. ¿No contaba con la ventaja de ser joven?

Ubani adivinó los pensamientos de su sobrino y sonrió con tristeza. Si no hubiera sido por la desagradable tarea que

le esperaba, se habría echado a reír. Todos los jóvenes eran iguales: nunca se imaginaban que envejecerían. Bueno, no hacía tanto que él mismo también pensaba así. Había soñado que ganaría tanto dinero con los hombres blancos que, cuando tuviera treinta años, podría volverse al pueblo en Emekuku Owerri, donde viviría en una granja como habían vivido sus padres. En su sueño no había un lugar como aquel, donde los bebés tan deseados se morían antes de ni siquiera haber vivido. Sí, la vida podía ser tan brutal a veces que las únicas cosas que la hacían llevadera eran los sueños.

Se quedó un rato observando la concentración de Nnaife. No era pedir tanto, desde luego, la oportunidad de trabajar y ganar lo suficiente para proveer a una familia y ser feliz haciéndolo, como aquel hombre. Aun así, no se podía evitar; había que decírselo. Nnaife no era ajeno a la presencia de Ubani, callado como estaba. Así que decidió ayudarlo a hablar.

—Qué mañana tan bonita, va a ser un buen día. Ya sabes lo que dicen, «lo que bien empieza, bien acaba».

Nnaife habló a su amigo sin levantar la cabeza. Adivinó que pasaba algo, pero en ningún momento se le ocurrió que fuera en su propia familia. Primero había visto a Cordelia ir a buscar a su marido y después aparecía Ubani, quieto como una estatua junto a él, incapaz de pronunciar palabra. Bueno, pues seguiría hablando de banalidades hasta que Ubani le dijera qué pasaba. No le iba a meter prisa, los hombres protectores como Ubani podían ser muy sensibles con las cosas de familia.

De pronto su amigo habló con voz distinta, ronca y trémula.

—¿Puedes tomarte un descanso? —Miraba hacia otro lado, también, intentando evitar a Nnaife.

Nnaife dejó de mover las manos, manos que se habían hecho ágiles en años de remojar y escurrir ropa en agua jabonosa. Miró a Ubani y vio que intentaba ocultar algo, de hecho era la primera vez que veía a aquel ibo de la región oriental interior mirar perplejo hacia la nada. Nnaife intentó mirarlo a los ojos, pero el hombre los evitaba como una esposa recién casada la primera mañana en la casa del marido. Se puso de pie, dejando a un lado la colada. ¿Qué podía ser tan serio en la vida para causar aquella mirada perdida? Para suavizar lo violento de la situación, dijo:

—No puedo acompañarte en este momento. Tengo que colgar estas sábanas mojadas para que se sequen con los primeros rayos de sol. Y la señora sabe cuándo no lo hago, porque el sol las blanquea totalmente.

—¡A quién le importa la señora! Perdona, amigo, pero no solo de pan vive el hombre.

A Nnaife no se le escapó la urgencia del tono. Por primera vez, pensó en su propia familia, aunque enseguida dejó a un lado la preocupación; ¿no los había visto antes de ir a trabajar? Comentó en tono de broma:

—¿Predicando y viviendo el evangelio un viernes? ¿O te has hecho musulmán?

Ubani no contestó. Se marchó hacia las habitaciones del servicio seguido por Nnaife que, sin saber todavía qué esperar, empezaba a temblar de impaciencia e intriga:

—¿Qué pasa? ¿Otra pelea de las mujeres?

Ubani negó con la cabeza.

Ya salía el sol, secando la hierba húmeda. Se oía gorjear con fuerza a los pájaros bajo el tejado de la terraza, volando alrededor de los nidos que colgaban de manera precaria de las ramas de los mangos del recinto, y Nnaife se dio cuenta

de que los frutos de las palmeras que rodeaban la casa estaban ya maduros: debía cortar pronto las ramas, porque los pájaros estaban revoloteando por allí. Los hijos de Ubani estaban sentados al borde del escalón de la terraza, haciendo hoyos en el césped y cantando distraídos canciones sin melodía. En una mañana así, donde todo parecía tan natural y normal, Nnaife no podía creer que algo podía ir tan mal que no fuera capaz de soportarlo. Su amigo debía de estar dramatizando en exceso el asunto.

Pero ¿dónde estaba Nnu Ego? No veía ni rastro de ella. Vio a Cordelia de pie junto a los postes de madera que sostenían el tejado de la terraza, mirándolos con aire pensativo.

—Me pregunto dónde estará ahora mi mujer, ¿habrá salido a vender al mercado? —Era un comentario que buscaba seguridad, más que una pregunta.

Ubani no dijo nada, sino que siguió andando a paso ligero hacia la casa, con la cabeza inclinada.

—No te importa entrar en nuestra habitación, ¿no? —dijo Ubani—. Creo que tu mujer no está en casa. No te espera a esta hora de la mañana.

—No, no tengo costumbre de venir a casa fuera de mi horario. Haced el favor de decirme qué es esto de jugar al escondite a estas horas.

La habitación de Ubani apenas tenía claridad y, en una mañana tan alegre y despejada, la oscuridad no podía dejar de causar un fuerte impacto. Para empeorar la situación, Cordelia había decidido situar la cama junto a la única ventana y como la cama tenía cortinas alrededor, se perdía una gran cantidad de la luz del día. Estaba sentada acurrucada detrás de la cortina, abrazándose las rodillas con un gesto de intenso dolor.

—¿No habrás estado a primera hora de la mañana pegando a la madre de tus hijos? —preguntó Nnaife. Se alarmó cuando Cordelia, incapaz de contenerse por más tiempo, empezó a gemir intentando al mismo tiempo contener sus sentimientos.

Ubani negó con la cabeza con gesto triste. Entonces se lo contó a Nnaife. Le dijo que el hijo del que estaba tan orgulloso estaba allí tumbado en su estera, muerto. Ubani trató de consolarlo. Aconsejó a su amigo que confiara en Dios, le citó ejemplos de cosas peores que habían sucedido y finalmente suplicó que despertara, que se moviera.

Nnaife se quedó pegado a la silla de respaldo recto, mirando al frente y sin ver nada en particular. Era increíble, inexplicable, lo que decía Ubani. Aquello no parecía tener nada que ver con él.

Ubani dijo a su mujer:

—Trae medio vaso de ese *ogogoro* para él.

Cordelia lo trajo y poco después, Nnaife sintió que le encajaban un vaso de ginebra nativa en sus manos paralizadas. Lo obligaron a bebérselo de un trago. Le empezaron a temblar las manos y Ubani le cogió el vaso.

—Nnaife, amigo mío, si reaccionas así, ¿qué va a ser de tu mujer?

Pareció que aquella frase le hizo efecto.

—Sí, ¿dónde está mi mujer y dónde está Ngozi? —acabó preguntando, despertando de su sueño y con ganas de saber qué parte era real.

—Ngozi... su cuerpo está tumbado ahí en tu habitación. Vamos a entrar. Pero no sabemos dónde está su madre. Decidí contarte a ti primero las noticias, para que pudiéramos planear qué era lo mejor —dijo Ubani en tono de disculpa.

Nnaife se dirigió, seguido de los otros, a su habitación y vio al niño muerto. Entonces se dio cuenta de que no había sido un sueño. Se movió y habló mecánicamente.

—Me pregunto si Nnu Ego sabía lo del niño —dijo entre dientes, con la mirada fija, como hipnotizado, en el niño muerto, como si por no levantar la vista del niño fueran a moverse las rígidas extremidades, igual que hacía pocas horas en su toma de la mañana. Nnaife se contestó a su propia pregunta:

—Me imagino que habrá visto al niño y me ha dejado por el dolor.

—Si ese es el caso, tenemos que empezar a buscarla. Pocas mujeres son racionales cuando sufren un choque así. Puede que haya tenido una reacción exagerada y sabe Dios qué hará —dijo Ubani, con semblante severo.

—Dios mío, pobre mujer. Solo me aguanta por este niño, ¿sabes? Le parezco feo. Me odia, siempre me ha odiado.

—No digas tonterías, amigo mío —Ubani intentó consolarlo—. ¿Cómo va a odiar una mujer a un esposo que le ha elegido su propia familia? Lo que tienes que hacer es darle hijos y comida y a ella le toca cocinar y parir niños y cuidaros a ti y a ellos. Así que, ¿por qué tiene que odiarte? Una mujer puede ser fea y envejecer, pero un hombre nunca es feo ni viejo. La edad lo hace madurar y dignificarse—. Su propia esposa Cordelia había empezado a llorar compadeciendo a su afligida amiga.

—Por favor, acepta mi pésame, Nnaife —siguió Ubani— y deja de hablar como una mujer. No todo el mundo tiene suerte con su primer hijo y lo siento, pero tienes que volver a dejar embarazada a Nnu Ego cuanto antes —lo exhortó—. Ya verás cómo esto será agua pasada dentro de nada.

7 · EL DEBER DE UN PADRE

Nnu Ego dejó a un lado sus sombríos pensamientos. Tenía que ir a ordenar su casa y preparar la comida de mediodía. Tres meses después de que Nwakusor la rescatara del puente Cárter encontraba que era mucho más fácil soñar con lo que podría haber pasado que con lo que todavía podía suceder. Más de una vez lamentó que la hubieran salvado:

«Si ese pordiosero no me hubiera parado, habría estado bajo las aguas de Lagos mucho antes de que apareciera Nwakusor».

Tenía que afrontar el hecho de que no solo había fracasado como madre, sino que también había fracasado en el intento de matarse. Hasta eso había hecho mal.

Una de las ventajas de estar lejos de casa, como sabía, era que la familia de su marido, insatisfecha, no podía castigarla plantándole una vecina como novia «sorpresa», ni tampoco les sería fácil intervenir para convencerlo de que emprendiera alguna acción sobre ella, sabiendo que Nnaife era tan indeciso como un viejo. Nnu Ego se dio cuenta de que estaba comparándolo con Amatokwu. Aquel nativo de Ibuza. Aquel africano. Se imaginó a Amatokwu en aquella situación. Habría hecho luto con ella. La habría llevado con las mujeres mayores de la casa de su padre y las ancianas la habrían consolado contándole historias de los bebés que ellas mismas habían perdido también. La habrían ayudado a

prepararse para volver a compartir la cama con él unos días después de lo sucedido y él le haría olvidar aquello enseguida. Sí, Amatokwu daba la talla, cumplía con las expectativas del hombre que su cultura le había inculcado. ¿Cómo hubiera reaccionado si las circunstancias le hubieran obligado a lavar la ropa de una mujer, de una flaca consumida con piel de enferma? Seguro que se negaría. Ese era el tipo de hombre a quien había que respetar, pensaba Nnu Ego.

Aun así, ¿por qué se acordaba más de él aquellos días? ¿Acaso era porque la hierba es siempre más verde al otro lado?

Deseaba poder librarse del dolor tan intenso que tenía en el pecho. Deseaba tener a alguien que la ayudara a aliviarlo, deseaba que su padre estuviera allí para hablar con ella, pero... Alguien la estaba llamando. ¿Era su imaginación o era real? ¿Se estaba volviendo completamente loca?

—¡Nnu Ego!

La voz no podía ser la de su marido que acababa de salir para marcharse a su trabajo, después de su habitual comentario insensible: «La vida sigue, ¿sabes?».

En fin, quienquiera que fuera, pronto la encontraría, se dijo a sí misma Nnu Ego sin levantarse de donde estaba sentada, con la mirada fija en la vacía pared pintada de blanco.

—Tres meses es mucho tiempo para estar de luto por un niño que apenas tenía cuatro semanas —le había dicho Nnaife aquella mañana.

—¿Qué sabes tú de bebés? —le había preguntado ella—. Si lo hubiera tenido en casa, en Ibuza, nunca habría venido a esta ciudad.

Sin hacer caso, Nnaife le había dicho:

—A veces pienso que me trajeron a una loca a propósito. Qué cosas dices a veces... ¿te hace feliz herir a los demás?

Yo no maté a tu hijo. Yo te di un hijo. También era mío, ¿te acuerdas?

—Sí. También era tuyo. Pero ¿qué sabes tú de él?

Nnaife había decidido terminar con la disputa. Se había dado prisa en ponerse los pantalones cortos caqui y había salido corriendo al trabajo. Así que no podía ser él quien volvía. En realidad, ella no se había levantado de donde estaba sentada en aquel momento.

Ahora oía claramente la voz. Era la voz de una mujer y si no fuera porque su amiga de la infancia, Ato, se había marchado al pueblo a ver a su familia, hubiera dicho que era su voz. Pero eso era imposible. Con curiosidad, se levantó, se asomó a la puerta y vio a Ato partida de risa. Las carcajadas retumbaron en el cerebro de Nnu Ego como algo fuera de lugar, fuera de lo normal. ¿Cómo se atrevía Ato a mostrarse tan contenta, a reírse con aquella naturalidad, como si no supiera que su Ngozi había muerto hacía tres meses? Ato se acercó riéndose todavía y levantando los pies de forma exagerada, para evitar la hierba todavía impregnada de rocío.

—Ay, vosotros los que vivís con los blancos. Nunca puedo distinguir qué habitación o qué casa pertenece a qué cocinero o a qué lavandero. Así que tuve que llamarte desde la casa. Ay, alabado sea mi *chi*, ¡qué alegría verte! Estoy muy contenta, Nnu Ego, hija de Agbadi. Por favor, abandona esa mirada perdida. Si te pasas mucho tiempo con ese gesto, ¿sabes lo que acabará diciendo la gente? Dirán: «¿Conoces a la hermosa hija de Agbadi, la que tuvo con su amante, la que tenía a una esclava como chi, la que intentó secuestrar al bebé de su compañera, la que intentó matarse y fracasó a propósito para que la compadecieran? ¡Pues ahora se ha vuelto completamente loca!». Ya conoces a nuestro pueblo,

no serías la única en sufrir, tu padre no sobreviviría. Y tus muchas hermanas no encontrarían maridos, porque correría el rumor de que hay una vena de locura en la familia. ¿Quieres que le ocurra todo esto a tu familia?

—Por supuesto que no —dijo Nnu Ego sonriendo un poco.

—Pues entonces deja de poner esa cara de loca y olvídalo para siempre. ¿Quieres que me vaya?

—Ay, Ato, qué contenta estoy de que hayas venido. Pensé que oía voces. No sabía que ya habías vuelto. Por eso, al oír tu voz, me dije a mí misma: «No puede ser, Ato está en Ibuza». ¿Cómo está tu marido y mi salvador, Nwakusor?

—No lo he visto desde que volví. Está en la mar.

Nnu Ego la llevó a su habitación, que estaba sin barrer; las cortinas se veían grises por la falta de un lavado a tiempo y había un aire de desorden. Ato, sabiendo lo limpia y meticulosa que era su amiga normalmente, tuvo el tacto de no decir nada. Pero no iba a dejar que se sumiera en una pérdida sucedida hacía tres largos meses. Agbadi le había suplicado unos días antes que no se lo consintiera, sino que ayudara a Nnu Ego a ver el peligro que corría, que le hiciera ver la delgada línea entre la razón y la locura.

—Dios mío, Nnu Ego, me estás asustando, ahí de pie inmóvil como una bruja. ¿No te alegra ver a nadie? ¿Es verdad lo que dicen? ¿Que te comportas como esos arbustos a los lados de los caminos que se cierran cuando se acerca la gente? ¿Y todo porque has perdido un niño? La gente dice que has dejado de ir a las reuniones. Desde luego eso es muy grave. Dios no quiera que te pase nada aquí, pero si te pasara algo, ¿quién iba a cuidar de ti sino tu gente? Incluso así ¿dejas las reuniones? Nnu Ego, hija de Agbadi, ¿qué te ha pasado?

Nnu Ego esbozó una débil sonrisa, con gesto de disculpa.

—Ato, tienes que perdonarme. A veces me olvido de mí misma. Me quedo parada horas y horas pensando. Me pasa hasta en el mercado y me preocupa que la gente piense que estoy loca. El mismo Nnaife me llama loca a veces.

Ato volvió a reírse, asombrando esta vez a Nnu Ego, que no había oído unas carcajadas así durante mucho tiempo.

—¡Ya podrá hablar esa masa blanda de *foofoo*! Si te llama loca, ¡dile que se mire al espejo!

Nnu Ego no pudo evitar reírse casi tan alto como su amiga.

—No, es un hombre y ya sabes que los hombres nunca son feos.

—Sí, ya lo sé —confirmó Ato. Volvió a ponerse seria—. Déjalo dormir contigo. Por favor, no dejes mal a tu gente —empezó a reírse otra vez—. Incluso si no te parece un buen amante por la panza que tiene, puede que lo encuentres cariñoso. Hay muchos hombres que pueden hacer el amor y dar numerosos hijos, pero luego son incapaces de amar.

—Ya lo sé, eso de querer y cuidar son cosas que a nuestros hombres les cuestan más. Pero Nnaife es muy cariñoso. Ya sabes, se dedica a imitar a los blancos con los que trabaja. Tampoco se le da mal lo otro... simplemente no lo conocía antes. No, no he querido decir eso, es que jamás me pude imaginar que acabaría casándome con un hombre así.

—Yo tampoco soñé casarme con un hombre que acabaría pasando tanto tiempo fuera de casa, a veces meses. ¿No has oído que los marineros tienen en cada puerto una mujer?

—¡Oh, qué horror! —exclamó Nnu Ego, tapándose la boca—. Tu marido nunca haría eso. Jamás. Las extranjeras tienen un color diferente al nuestro, son pálidas como

cerdos, ¿cómo les pueden gustar a nuestros hombres? ¿Y qué pueden ver en nuestros hombres esas mujeres?

—La verdad es que me da igual. Dicen que sus hombres tampoco son muy fuertes.

—Puede que sea cierto. El que tenemos aquí no para de fumar. Siempre tosiendo y con pinta de enfermo. Pero les consienten todo a sus mujeres. Y tampoco creo que eso me gustara.

Nnu Ego se paró de pronto, sorprendida de escucharse a sí misma hablando y cotilleando como las demás mujeres. Le agradó y así se lo dijo a su amiga Ato.

—Sí, ya lo veo. Me hace sentir que he hecho algo útil en vez de ir por ahí hablando mal de otras personas. A tu padre le alegrará saber que ya estás bien y no me iré de aquí hasta que te vea reírte así todo el tiempo.

—Eso sería otra clase de locura. ¿Qué tal está mi padre? Todavía no me hago a la idea de que hayas vuelto tan pronto del pueblo. Y que lo primero que hagas sea venir a verme.

—No me quedé mucho tiempo. Ya sabes que mi madre estaba enferma, pero está mejor. Ahora ya no es un viaje tan largo. En lugar de ir en barco desde Port Harcourt, fuimos y volvimos en camión y en autobús. Solo tardamos cuatro días.

—Yo vine por el mismo camino —añadió Nnu Ego—. El camión seguía y seguía y pensé que nunca llegaríamos aquí.

—Ah, pues ya sabes de qué hablo. —Sacó un paquete bien envuelto en hojas de plátano y se lo dio a Nnu Ego—. Creo que es un pedazo de carne de caza que tu padre asó él mismo. Dijo que al menos ya sabíamos todos que no eras estéril y que, cuando te quedes embarazada de nuevo, deberías decírselo para que regreses a casa y se hagan sacrificios por ti

y por la salud de tu bebé. Pero ¿cómo vas a tener un hijo si no duermes con tu marido?

Nnu Ego estaba absorta desenvolviendo la carne. Se quedó parada por un momento y preguntó:

—¿Cómo sabes que Nnaife y yo dormimos separados?

—Olvidas que yo también me crié en una casa grande y he visto esposas descuidadas por sus maridos toda mi vida. Tienes la misma mirada que ellas en los ojos, buscando algo sin saber qué.

—¿De verdad? —Nnu Ego parecía poco convencida; sin embargo, no iba a discutir, puesto que el tamaño del pedazo de cerdo salvaje que se veía era mucho más grande de lo que parecía en el envoltorio de hojas de plátano.

—Ay, mi pobre padre. Me ha regalado casi un cerdo entero con el que podría hacer muchos cuencos de sopa para un montón de gente. ¿Qué sabes de mis madres, las esposas de mi padre, mis hermanas y hermanos? Los echo de menos a todos.

—Están todos bien. Tu madre mayor me encargó que le dijera a tu marido que se diera prisa e hiciera su trabajo porque tenía los brazos deseosos de coger a un bebé y acunarlo.

Se rieron las dos y Nnu Ego dijo:

—Qué gente, ¿no tienen otra cosa en qué pensar?

Según iba a colgar unas sábanas, Nnaife pasó bastante cerca de su habitación y oyó las risas. Pensó que ahora sí que debía haberse vuelto loca. Se acercó y escuchó las voces: Nnu Ego estaba hablando y riéndose, ¡increíble! ¿Con quién podía estar de risas en aquel momento? Siguió su camino, sin poder creer lo que había oído, pero se le iluminaron los ojos aliviado por lo que vio.

—Ah, entré porque estaba oyendo voces. ¿Quieres que salga?

Ato se echó a reír, pero Nnu Ego se quedó parada. Casi parecía arrepentida de estar contenta. Entonces empezó a hablar con entusiasmo a Nnaife, como si estuvieran recién casados.

—Mira, mira lo que nos ha mandado nuestro padre. Un trozo grande de caza que él mismo ha secado al fuego.

—¿De verdad?— Había un halo de nostalgia en la voz de Nnaife cuando preguntaba por la salud de la gente del pueblo. Al final de las cortesías de rigor, dijo:

—No irás a mandar de vuelta a la isla a la amiga de tu misma edad sin darle de comer ¿verdad?

—Desde luego que no, Nnaife. Hemos estado hablando de tantas cosas que se nos ha olvidado la comida. Pero enseguida vamos a cocinar. No te olvides de venir a comer a mediodía.

—No, no me olvidaré. Ato, ¿ha vuelto ya tu marido?

—No, esperamos el barco dentro de unos días —Se encogió de hombros—. Aunque cuando dicen «unos días», pueden ser semanas.

Nnu Ego detectó un tono de tristeza en la voz de Ato y se dijo a sí misma: «Así que se supone que tengo suerte por tener aquí a Nnaife todo el tiempo a mi lado».

—Vuelve al trabajo, Nnaife ¿o quieres oír las maldades que hemos estado diciendo?

—Prefiero no oírlas, no quiero escuchar cosas no aptas para los oídos de los hombres.

Unos meses después, Nnu Ego se quedó adormilada en ese sueño cansado, a menudo característico de la primera época

del embarazo y soñó que veía a un bebé varón, de unos tres meses, que alguien había dejado a la orilla de un río. Se preguntaba a sí misma por qué habría sido abandonado aquel niño. Estaba cubierto de barro, de mocos y babas. Tembló cuando se acercó a recogerlo. Era muy oscuro, del color negro azabache de su padre, pero regordete y estaba muy sucio. Sin pensarlo dos veces, cogió el bebé y decidió lavarlo a la orilla del río y después esperar a su madre. Pero la madre no venía y Nnu Ego soñó que se ponía el niño dormido a la espalda. Entonces, vio en el sueño a la esclava, a su *chi*, en la otra orilla del río, que le decía: «Sí, llévate a esos bebés sucios y gordinflones. Puedes tener todos los que quieras. Llévatelos». Se reía con unas carcajadas fantasmagóricas mientras desaparecía en la arboleda espesa que bordeaba el arroyo.

Nnu Ego abrió los ojos de pronto y exclamó:

—¡Oh, Dios mío, otra vez no!

—¿Qué pasa? —preguntó Nnaife con ansiedad. Nnu Ego le había preparado la comida y, mientras estaba sentada mirándolo, se había quedado dormida.

—Oye, ¿qué te pasa? —le volvió a preguntar Nnaife entre bocado y bocado—. Si tanto sueño tienes, ahí está la cama, no te quedes sentada dando cabezadas como una niña pequeña. Te vas a caer de la silla.

Nnu Ego miró a su marido a los ojos, con una mirada tan penetrante y directa que Nnaife habría jurado que lo que dijo justo después era una frase del sueño:

—No pasa nada —dijo en voz baja— acabo de recoger a otro niño del río en un sueño.

—¿Ah, sí? —preguntó incrédulo Nnaife—. ¿Quieres decir que te sentabas en esa silla y te veías cogiendo a un niño?

¿Un niño de quién? ¿Y en qué río? —Movió la cabeza perplejo, mientras Nnu Ego lo miraba fijamente.

A ella le costaba explicárselo. Sabía que había un vínculo entre ella, su *chi* y el hijo que estaba esperando. Nnaife tenía poco que ver con aquello. Era simplemente el padre. Esperaría a un nuevo hijo varón. Cuanto más miraba a Nnaife, más segura estaba de que nunca lo entendería. Carecía de imaginación. Lo más hiriente era que intuía que se reía de ella a sus espaldas, quizás bebiendo vino con Ubani.

Se quedó allí sentada sin prestarle atención. Ahora estaba totalmente despierta y, aunque se encontraba físicamente débil, su imaginación no lo era en absoluto. Visualizaba a un atractivo joven, negro y con la piel brillante como el ébano tallado, alto, erecto y grácil como el tronco de una palmera, sin grasa en ningún lado, sino con fuertes huesos en un cuerpo perfecto. El hombre tenía un porte orgulloso, con la mandíbula prominente como el borde de una afilada roca. No estaba segura de si era un granjero o un próspero hombre de negocios del mercado más grande del país, el de Otu en Onitsha. Lo único que sabía era que aquella figura perfecta de un hombre, al que veía en su imaginación, no era un lavandero que se dedicaba a enjabonar ropa de mujeres. Y tampoco era un marinero, ni un empleado que cortaba la hierba por ahí. Era su hijo. Su hijo, que se había hecho mayor. La certeza de que esperaba un hijo varón infundió vida a su espíritu cada vez menos animoso. Estaba segura de que su hijo viviría en la casa de al lado de la suya, cualquiera que fuera su profesión, como haría un buen hijo con sus padres, a los que cuidaría. Y se ocuparía del crecimiento y el bienestar de sus hijos y sus esposas. La casa de Ibuza estaría rebosante de animales —cabras, gallinas y palomas— y de

seres humanos: esposas, abuelos, parientes y amigos. Ella contaría historias de su vida en una enloquecida ciudad llamada Lagos y les advertiría de que nunca fueran a un lugar así a buscar un medio de vida degradante.

Sonrió al espacio y movió los labios en una plegaria tranquila: «Por favor, Señor, deja que este niño se quede conmigo y que se cumplan estas futuras esperanzas y alegrías mías».

Nnaife estaba allí sentado limpiándose los dientes con un palillo. Vio la sonrisa y frunció el ceño. Para qué le iba a preguntar, saldría por la tangente. Así que se levantó, salió hacia la terraza y llamó a Ubani, que también había terminado ya de cenar. Nnu Ego los oía reírse y contarse los cotilleos de la tarde.

Quitó la mesa y al hacerlo argumentaba en su interior: «El otro bebé, Ngozi, era muy limpio y me lo quitaron. Pero este estaba tan sucio que parecía abandonado. ¿Será que mi *chi* se moría de risa, se reía de mí porque me quedaba con un niño sucio? No me importa. Los bebés dejan de estar sucios una vez que se les ha lavado; y después de unos veinte años de cuidados y de amor se hacen hombres. Eso es lo que va a ser mi hijo. Un hombre a quien se respetará. Sí, se le respetará».

Escribió a su padre y le dijo que se había dado cuenta de que iba a tener otro hijo. Él le contestó con misivas diciéndole que según el oráculo sería un varón, que llegaría muy lejos en su aprendizaje, aunque despertaría muchos celos a su alrededor. Todos los sacrificios que habían hecho para él tenían el fin de alejar cualquier intención maligna que la gente le tuviera, de manera que fuera querido por muchos. Agbadi mandó amuletos a Nnu Ego para que los llevara a modo de protección alrededor del cuello y un jabón hecho en su casa para el baño, como parte del ritual.

Como su padre había anunciado, todo fue bien. Hasta el parto del niño fue sin dolor. Estaba dichosa.

Meses después, mientras Nnu Ego miraba al niño que tenía en brazos, vio que, mientras el primero se parecía a ella, este tenía algo más de Nnaife, especialmente la cara, ligeramente ancha, aunque en este bebé era un rasgo tan tierno y a la vez tan firme que se le podría haber tomado por una niña, con el color claro de ella.

Lo único que lamentaba era no permitirse pagar una ceremonia para dar nombre al niño, como la que habían hecho con Ngozi. Había perdido las ganas de salir a comerciar desde la muerte de Ngozi y durante su segundo embarazo había estado tan preocupada con algo que le causara un aborto, que se tomaba todo con tranquilidad, concentrada únicamente en alumbrar el niño sin riesgos. Se recordaba a sí misma aquel dicho antiguo de que el dinero y los niños eran incompatibles: a quien dedicara todo su tiempo a hacerse rico, los dioses no le darían hijos; quien quisiera hijos debía olvidar el dinero y conformarse con ser pobre. No se acordaba del origen de aquel dicho entre su gente; quizás porque, en Ibuza, una madre con niños pequeños no podía pasar mucho tiempo vendiendo en el mercado, ya que tendría que salir corriendo a casa a alimentar a su bebé. Y, por supuesto, los bebés estaban siempre enfermos, lo cual quería decir que la madre perdía muchos días de mercado. Nnu Ego comprendió que parte del orgullo de la maternidad consistía en no ir a la moda y poder decir alegremente: «No puedo permitirme comprarme otro traje, porque estoy todo el día cuidándolo, así que, ya ves, no puedo ir a ningún lado a vender». Entonces contestaban: «No te preocupes, pronto

crecerá y te regalará vestidos y te cuidará la granja, así que tendrás una dulce vejez».

Así pues, con unos cuantos barriles de vino de palma y varias nueces de cola, los amigos y algunos vecinos se reunieron y dieron nombre al recién nacido. No se cocinó en exceso ni se llevaron vestidos de fiesta, pero estuvieron todos celebrándolo hasta la madrugada.

Nnaife, ebrio de vino, anunció a sus amigos que, aunque su primer bebé había sido arrojado «a la maleza» –término utilizado para denominar al cementerio–, estaba seguro de que este iba a vivir y a convertirse en un hombre. La mayoría de los ibos presentes le dieron la razón en que el nombre de Oshiaju, que significa «rechazado por la maleza», era muy apropiado. Aunque Nnaife no sabía mucho yoruba, la lengua más hablada en Lagos, había hecho muchos amigos aficionados al vino de palma entre los yoruba y aquella noche uno de ellos dijo:

—Vosotros los ibo os creéis que sois los únicos con nombres así. Nosotros tenemos nuestra propia versión y yo se la voy a dar al niño.

Y uniendo el gesto a la palabra, se dirigió a la madre y al niño, les dio dos chelines y dijo:

—Te llamarás Igbo ko yi, que también quiere decir «rechazado por la maleza».

De manera que, unas semanas después, al cantar y arrullar a su bebé Oshia en las rodillas, Nnu Ego se sentía más segura. Las voces de todos los que los conocían habían dicho que se merecía aquel niño. También lo habían asegurado los dioses, como se lo había confirmado su padre en sus mensajes. Podía no tener dinero con el que complementar el sueldo de su marido, pero ¿no estaban en un mundo blanco donde

era obligación del padre ser el proveedor de la familia? En Ibuza, las mujeres contribuían, pero en el Lagos urbano, los hombres eran los únicos proveedores. Aquel nuevo entorno despojaba a la mujer de su papel útil. Nnu Ego se dijo a sí misma que la vida que había llevado con Ngozi había sido muy agitada, había intentado ser una mujer tradicional en un entorno urbano moderno. Por haber querido ser una mujer de Ibuza en una ciudad como Lagos había perdido a su hijo. Esta vez iba a actuar según las nuevas reglas.

Algunas veces se preguntaba cuánto tiempo debía hacerlo. En Ibuza, una vez destetado el niño, se le podía dejar con algún pariente anciano y salir a vender. Pero en Lagos no había abuelos mayores. Entonces se regañaba a sí misma: «Nnu Ego, hija de Agbadi, no seas codiciosa. Arréglatelas con el sueldo de Nnaife y cuida de tu hijo. Esa es tu obligación. Tienes que estar satisfecha con lo que él gana. Déjalo que cumpla con su deber».

8 · LOS RICOS Y LOS POBRES

Era un día húmedo de julio de 1939. Qué pesada era la lluvia aquel día; parecía que todos los grifos del cielo hubieran sido abiertos por la mano de quienquiera que se ocupe del tiempo. En un abrir y cerrar de ojos, el recinto que pertenecía al doctor Meers, las calles y todo el vecindario se convirtieron en una madeja de riachuelos en miniatura. Era difícil de creer que solo unas horas antes aquella misma zona había sido una tierra completamente seca. El agua cayó del cielo a raudales, atenuando la luz del sol que a duras penas lograba salir, hasta que la tierra no pudo absorber ya más y la gente creyó que hasta la tierra misma rezumaba agua. La mayor parte de los árboles del recinto, después de horas de doblarse y levantarse con la fuerza del viento aullante, perdieron las ramas. Mientras tanto, continuaba lloviendo.

A Nnaife no le gustaba aquel tiempo. No habría sitio para secar la colada, y sabía que a la señora le fastidiaría. Con la habitual irracionalidad de las mujeres, se plantaría en el cuarto de la plancha echándole la culpa, y utilizaría ese tono sofocante, como si él, Nnaife, hubiera enviado la lluvia. Enseguida, escurrió a mano todo el agua que pudo de la ropa que había lavado y rellenó la plancha con carbón. Aunque no hiciera sol para blanquear la ropa, al menos sus amos tendrían ropa seca que ponerse. Se concentró en esa ocupación, diciéndose a sí mismo que pasaría así el resto del día. Que

lloviera hasta que cayera el diluvio, como en la Biblia, pero su rincón estaría seco.

Oyó a la señora arrastrar los pies, aún estaba en zapatillas y no se había puesto los zapatos de salir, esos cuyo tacón se oía por todas partes. Rápidamente, Nnaife dejó de silbar. Ella no se dirigió directamente hacia donde él estaba; primero fue a la cocina y habló con el cocinero y el muchacho. Nnaife la oyó reírse en el tono bajo, condescendiente, que solían tener los blancos hacia sus sirvientes en las colonias. En cualquier caso, a juzgar por la manera en que resoplaba Ubani, casi como un cerdo furioso, o bien no le gustaba lo que le decía la señora o no lo entendía, aunque no había razón para esto último, ya que la señora estaba hablando en *pidgin*. Eso era todo lo que Nnaife podía interpretar a partir de la entonación de su voz, pero no estaba lo suficientemente cerca como para oír lo que decía. Ella arrastraba las zapatillas en dirección hacia donde él estaba: ya podía oírla; sí, se acercaba.

A Nnaife se le aceleró el corazón. Empezó a silbar otra vez para que la señora no pensara que se había dado cuenta de que se acercaba. Cuando la vio, se irguió y se puso derecho, con la panza bien metida en los pantalones cortos de color caqui, y se puso a planchar la ropa con tales ademanes que daba la sensación de que se sentía el rey del universo.

La señora Meers se quedó de pie junto a la puerta, sin dudar de que Nnaife estaba montando aquel número para ella. No dijo nada, sino que escuchó la manera ruidosa con que Nnaife entonaba, en tono alegre y despreocupado, el himno religioso *Quédate conmigo*, como si la melodía formara parte de sus canciones nativas de victoria. Entonces, decidió sacarlo del suspense, antes de que, a juzgar por el modo en que blandía la pesada plancha de hierro, quemara la casa entera.

—¡Ejem! Naaaaa-fy.

La señora era incapaz de pronunciar correctamente su nombre. Al principio, a él le molestaba, pero luego ya se encogía de hombros; después de todo, no era una de los suyos, y le producía un goce secreto el hecho de tener pruebas de que los blancos, con aquellos aires que se daban, no lo sabían todo. Si alguien le hubiera dicho que tampoco él sabía pronunciar bien el nombre de los Meers, que su versión sonaba algo así como «Miiaass», habría dicho: «Pero yo soy negro, y no puedo saberlo todo». En aquella época, era uno de esos africanos tan acostumbrados a que se les dijera que eran tontos que empezaron a creer en sus propias imperfecciones.

—¡Naafi! —dijo la señora, arrastrando la palabra. Era una mujer relativamente joven, aunque el sol y el intenso calor del trópico le habían dado un aspecto mayor. Tenía los ojos grises hundidos y Nnaife se sentía incómodo siempre que ella le hablaba, porque no solo tenía que mirarle los labios para entender lo que decía, sino que tenía que mirar también aquellos ojos tan hundidos dentro del rostro. Era como observar los ojos de un gato.

—¡Sí, señora! —contestó agachando la cabeza con gesto de sumisión.

—¡Nosotros volver a Inglaterra!

Nnaife levantó la vista con brusquedad, mirándola sin reparo a los ojos. Aquello no tenía ninguna gracia y no había razones para mostrarse tímido. ¿De qué hablaba? Sabía lo que querían decir sus palabras, pero era como si no tuvieran sentido para él. Solo hacía unos meses que ella y su marido, el doctor Meers, habían vuelto de sus vacaciones anuales. ¿Otra vez se iban? Nnaife no iba a poder con los gastos, porque cuando el amo se marchaba de permiso, a ellos, los sir-

vientes, solo se les pagaba un mes por adelantado y, si el amo decidía permanecer tres meses fuera, como hacían la mayor parte de los extranjeros, tenían que valerse por sí mismos. Nnaife no se había recuperado de la pérdida económica que había sufrido durante la última ausencia de los Meers. Así que, ¿por qué se volvían a marchar? La señora seguía hablando, consciente de la cara de susto que se le había puesto.

—No ser esta semana, sino semana después de esta —añadió.

El corazón le volvía a latir con furia. Decidió hacer una pregunta a sabiendas de que, viniendo de él, se consideraría impertinente, pero prefería hacerlo a enfrentarse a Nnu Ego en casa para decirle que no sabía por qué se iban los Meers ni el tiempo que permanecerían en Inglaterra.

—¿Otro permiso? —dijo, tragando saliva nervioso, notando el miedo en la garganta.

—No, no permiso. Inglaterra luchar contra los alemanes —Volvió a sonreír, como si aquello explicara todo.

Nnaife dejó de planchar y colocó la plancha de hierro en el soporte mientras pensaba: «Bueno, y si era así, ¿qué tenía que ver con ellos?».

—Pero ¿por qué el amo? —insistió—. ¿Por qué ir él a Inglaterra? Él no ser hombre de lucha. ¿Por qué, señora?

Quería preguntar tantas cosas, pero su conocimiento del inglés era limitado y la señora Meers lo sabía, y dio gracias al Cielo por ello, puesto que no quería responder a demasiadas preguntas. Estaba segura de que se marcharían de África Occidental y quería que los sirvientes los recordaran con afecto. Aun así, se debía mantener la distancia social tras el decoro de una sonrisa vacía. Como para asegurarse por

partida doble, repitió con un toque de resolución teñido de ligera pena:

—No ser esta semana, sino semana después de la próxima. Esas sábanas, no te molestes en plancharlas. Tú y tu señora guardadlas.

Al darse la vuelta ya no andaba arrastrando los pies, sino a paso ligero, como si después de temer una tarea desagradable, estuviera encantada de haber terminado. No dijo nada a Ubani al pasar por su lado.

Cuando desapareció, Ubani y Nnaife se quedaron mirándose el uno al otro. La pregunta muda era: «¿Qué vamos a hacer?».

La lluvia seguía cayendo como si estuviera decidida a dejar brotar las lágrimas que aquellos dos hombres eran incapaces de derramar.

El doctor Meers les pagó y, antes de regresar a defender a su país, les dijo a sus desconcertados sirvientes que podían quedarse en las habitaciones hasta que llegara un nuevo amo.

La carta de recomendación que le hicieron a Nnaife fue muy generosa: era un sirviente leal, que sabía cómo blanquear la ropa con lejía, y la cantidad exacta de añil que añadir a las camisas, y que nunca almidonaba en exceso los pantalones cortos caqui del amo. Le aseguraron que aquel trozo de papel le haría encontrar un trabajo nuevo.

—Pero, Nnaife, solo con ese papel no vas a conseguir trabajo, ¿verdad? —preguntó Nnu Ego—. Primero tendrás que encontrar un amo. Lo único que veo por aquí son soldados de razas diferentes, algunos blancos, de cara redonda, otros con los ojos hundidos. ¿Van a ser los nuevos amos? ¿Qué hacen todos estos hombres en Lagos?

—Hay una guerra. Ya te lo dije. El nuevo amo podría ser un militar. Espero que aparezca pronto, porque nos estamos quedando sin dinero.

—Pensaba que Oshia empezaría a ir a la escuela después de Navidades. Ahora el dinero apenas nos llega para comprar comida —dijo Nnu Ego, desesperanzada.

Nnaife empezó a sonreír como si estuviera soñando. Miraba a la pared de enfrente, no a su mujer.

—Así que ya ves, Nnu Ego, hija de Agbadi, lavar la ropa interior de la mujer blanca era lo que nos permitía seguir vivos. Ahora que me lo quitan, te enteras de lo que valía.

—¿Por qué sacas ese tema? ¿Es porque he dicho lo de la escuela de Oshia? Todas las mujeres lo pasan mal al principio cuando llegan a esta ciudad, de modo que, ¿por qué me provocas con eso? No tenías un aspecto muy seductor cuando llegué, ¿sabes?

Nnaife siguió riendo con esa risa sin alegría. Nnu Ego era incapaz de saber si la comprendía o si se burlaba de ella. Había dejado de intentar entender a ese hombre. A veces era lo suficientemente listo, pero a menudo adoptaba una actitud tan estúpida, en especial cuando ella sacaba algún tema importante, que parecía su única manera de enfrentarse a una situación difícil. Se dio cuenta de que si no hacía nada, Nnaife se conformaría con quedarse parado eternamente con la expectativa de encontrarse con un nuevo amo, pese a que no había la más mínima señal de que eso fuera a producirse.

—Nnaife, puesto que no sabemos cuándo llegará el nuevo amo, ¿puedo utilizar parte del dinero que nos queda para comprar paquetes de cigarrillos y cerillas para volver a mi negocio? —preguntó—. No perdemos nada con eso y me mantendrá ocupada.

—¿Y qué pasa con Oshia? ¿Quieres perderlo igual que perdiste a Ngozi mientras andas por ahí buscando dinero? ¿Quién va a cuidarlo cuando vayas a vender tus cosas?

—A veces no sé qué hacer contigo...

—Lo he oído mil veces, así que no lo repitas. Ya sé que no soy el marido ideal, que no soy como tu padre, que no soy como tu primer marido. Ya me lo sé. Pero, mujer, tienes que cuidar a tu hijo. Eso sí que le toca hacerlo a una mujer.

—Ngozi solo tenía cuatro semanas cuando murió mientras dormía. Oshia ya está lo suficientemente crecido como para pedirme lo que necesita. Le prepararía su almuerzo, y también el tuyo antes de salir de casa. Lo único que tendrías que hacer es estar un poco pendiente de él.

—¿Qué pasa si el nuevo amo llega mañana, eh?

—Cuando llegue el nuevo amo, cambiaremos de plan. Todavía no ha llegado.

—Pero Ubani y Cordelia están tranquilos esperando al nuevo amo. Se las están arreglando bastante bien con sus tres hijos —dijo Nnaife, desafiante.

—Cordelia es una buena mujer, pero yo no soy Cordelia. No sé qué tal se las arreglan. De todas formas, no olvides que Dilibe, el pariente joven de Ubani, está trabajando para echarles una mano. Y nunca se sabe, puede que Ubani esté buscando otro trabajo.

—No lo creo.

—¿Cómo lo sabes? La gente no va contando todo a los demás. Mañana empiezo, Nnaife. No te haré sentirte incómodo, ya verás.

Pasaron las semanas y no vino nadie a sustituir al doctor Meers. Nnu Ego tenía otro puesto en el mercado y algunas tardes se llevaba a Oshia, aunque casi todas las mañanas se

quedaba con su padre. A Nnaife no le gustaba aquel sistema y gruñía, pero no podía hacer nada. La vida en Lagos no solo le había arrebatado su virilidad y su capacidad de hacer trabajos difíciles, sino que ahora le hacía quedarse en paro y depender de su mujer. Cualquier excusa le servía para empezar una disputa con Nnu Ego. Una tarde, cuando estaban en medio de una discusión, llamaron a la puerta.

—Pasa, está abierto —dijo Nnu Ego en tono cansado.

—Ah, eres tú, Ubani —dijo Nnaife.

—Suena como si no quisieras que entrara, amigo.

—Siéntate.

Nnu Ego cogió lo que necesitaba para cocinar y dejó a los hombres solos para que pudieran conversar, contenta de que Ubani hubiera llegado en el momento oportuno para evitar una buena pelea. En la cocina que compartía con Cordelia, se dio cuenta de que su vecina parecía estar recogiendo sus cosas. Nnu Ego no quería entrometerse en lo que hacía, porque las dos familias habían discutido mucho últimamente. El hecho de que los dos hombres estuvieran sin trabajo no mejoraba mucho la situación. De pronto, Cordelia tosió.

—Madre de Oshia, ¿sabes que nos vamos dentro de dos días?

—¿Cómo? ¿A dónde os vais? ¿No esperáis al nuevo amo?

—No, amiga. Hace días que quería decírtelo, pero seguías enfadada por la última riña que tuvimos y no sabía cómo sacar el tema.

—Olvídalo. Siempre nos hemos peleado, así que no es nada nuevo. Estas cosas pasan entre amigos —dijo Nnu Ego riéndose—. Apuesto a que los hombres rezan para que nos peleemos más, ya que siempre hacen que nos reconciliemos

con vino de palma. Mi Nnaife aprovecha la mínima oportunidad para beber un poco.

—Y a Ubani le encanta que le inviten. Pero no podemos seguir viviendo así. Ubani ha conseguido trabajo en el ferrocarril. Trabajará de cocinero.

—Tienes mucha suerte, Cordelia. ¿Sabes?, Nnaife sigue creyendo que todavía le sirven para algo los cumplidos del doctor Meers, aunque el tipo seguro que se ha olvidado de nosotros, y no sabemos si vendrá alguien a sustituirlo.

—Creo que Ubani tomó la decisión a toda prisa, porque sabe que a mí no se me da tan bien el comercio como a ti. Nnaife sabe que siempre puede contar contigo. Yo creo que es eso.

—¿Tú crees? Yo pienso que le da rabia que yo salga para lo que sea. Ay, no sé qué hacer con este hombre.

—No puedes hacer nada. Es así. Es de los que no se preocupan por las cosas hasta el último momento.

—Te deseo buena suerte. ¿Vivirás en el recinto del ferrocarril, a pocos kilómetros de aquí?

—Sí, no queda lejos. Nos veremos por el mercado de Zabo.

—Y estarás lo suficientemente cerca para que te visite y te avise de cuándo llega el todopoderoso amo —dijo Nnu Ego en tono sarcástico.

Se rieron mientras tomaban la cena que habían preparado para sus familias.

El rostro de Nnaife era la personificación de la tristeza. Era obvio que Ubani le había estado contando lo de su trabajo nuevo, pero Nnu Ego sabía que no debía sacar el tema.

Unos días después de que se marcharan los Ubani, Nnaife dijo:

—¿Sabes, Nnu Ego, que podría tener un buen trabajo en el ejército?

Nnu Ego retiró rápidamente los cuencos de la mesa, sobre la que acababan de terminar una comida sin carne, que era todo lo que ella podía permitirse con los magros beneficios que conseguía con su comercio.

—¿Ah, sí? —preguntó—. ¿Se te ha olvidado que para una mujer de Ibuza es un insulto acostarse con un soldado? ¿Has olvidado las costumbres de nuestro pueblo, Nnaife? Primero te dedicas a lavar la ropa de una mujer y luego se te ocurre unirte a una banda de asesinos, violadores y gente que hace daño a mujeres y niños, y todo por el dinero del hombre blanco. No, Nnaife, yo no quiero ese tipo de dinero. ¿Por qué no empiezas a buscar un buen trabajo? No te esfuerzas nada.

—¿En qué crees que pienso aquí sentado día y noche? Por favor, no me incordies. Ya me has insultado bastante.

Nnu Ego se dio cuenta de que había llegado el momento de dejar el tema. Nnaife no era dado a pensar mucho, y el hecho de llegar a la conclusión de alistarse en el ejército debía haberle costado un esfuerzo enorme. Era alentador saber que por lo menos se preocupaba por la situación.

Eran ahora la única familia que seguía viviendo en el recinto, un recinto donde la hierba había crecido casi hasta tapar las habitaciones de los sirvientes. Los jardineros y los «muchachos» se habían ido marchando para alistarse en el ejército, trabajar como obreros o volver a sus pueblos. Seguía sin haber un amo. Aquella noche, Nnaife y Nnu Ego se aferraron el uno al otro con auténtica desesperación, y ella creyó que aquel hombre, a quien nunca había respetado, le daba fuerza. Después de convivir cinco años, se había

acostumbrado a él. Cuando escuchó sus ronquidos por la noche, se encogió y sintió vergüenza al recordar las cosas malévolas que había pensado de Nnaife. La nueva religión cristiana le había enseñado a llevar su cruz con fortaleza. Si la suya consistía en mantener a su familia, lo haría hasta que su marido encontrara trabajo. Entre tanto, debían mantener unidos el cuerpo y el alma. La sola idea de tener que dejar aquella habitación y pagar una renta en algún otro sitio le hizo sentir un frío temblor en el cuerpo.

Se dio la vuelta en la cama de colcha de hierba y llamó suavemente a Nnaife cuando salían los primeros rayos de sol.

—Me voy a la isla esta mañana. Anoche llegó el barco y quiero ver si puedo conseguir algunos cartones de cigarrillos del mercado negro entre los marineros.

Nnaife estaba completamente despierto en aquel momento, mirando al techo de la única habitación que constituía su hogar. Aquel aspecto del trabajo de su mujer era ilegal y podía traerle problemas si la pescaban. Pero ¿qué podía hacer? ¿Pedirle que se quedara? ¿Qué comerían? Había pagado lo último que le restaba del dinero del doctor Meers a un empleado del puerto que iba a intentar conseguirle un trabajo en un barco de lavandero, de sirviente o de lo que fuera. Sin embargo, por el momento, el empleado no había tenido éxito en absoluto. Nnaife no podía regresar a Ibuza y admitir el fracaso. Estaba acostumbrado a vivir en Lagos, aunque fuera difícil. Aquí había mucha gente del pueblo sin trabajo, algunos llevaban años así, de manera que no era el único. Pero aquella compra ilegal de cartones de cigarrillos que los marineros habían robado de sus barcos... le resultaba imposible hacer un juicio moral. Se daba cuenta de que no había alternativa. O eso, o morirse de hambre.

—Ten mucho cuidado. No me fío de esos marineros —susurró.

Hablaban en voz baja porque a Oshia le encantaba ir a la isla con su madre y, si adivinaba que ella se marchaba al muelle, se organizaría un alboroto. Así que, mientras su hijo dormía, Nnu Ego se preparó para salir.

—Si todo va bien, estaré de vuelta antes de mediodía.

Para ahorrar dinero, se fue andando, aunque pensaba volver en autobús si tenía éxito. Pero aquella mañana no estaba teniendo suerte en el puerto. De hecho, casi había perdido la esperanza de conseguir lo que quería cuando vio al marino, un joven desgarbado que andaba de forma rara. Había visto a tipos así en visitas anteriores y sabía que él podía adivinar lo que quería sin necesidad de palabras. Le hizo señas para que le siguiera a una cabina más abajo, donde le enseñó lo que vendía. Había muchos cartones, pero la mayoría estaban empapados. Le llevaría tiempo secarlos. Sin embargo, teniendo en cuenta que el marinero solo le pedía una décima parte del precio, eso era mejor que volver a casa con las manos vacías.

Nnu Ego salió corriendo con la compra. El corazón le latía con fuerza, emocionada por aquel golpe de suerte. Cuando llegó a la parada del autobús se sentía mareada de la alegría. Calculó que con el dinero que conseguiría podría dar de comer a su familia un mes entero. Sumó y restó mentalmente, de modo que, cuando llegó a casa, la cabeza le daba vueltas como si fuera a morir.

—¡Bienvenida, bienvenida! —gritó Oshia al verla entrar atravesando la hierba tan crecida que casi tapaba la puerta.

Ella, en respuesta, sonrió débilmente.

—Mira, madre, mira lo que hemos encontrado en la casa grande. ¡Se puede tocar! ¡Mira!

Nnu Ego miró aturdida aquella guitarra que sin duda había vivido mejores tiempos. Nnaife hizo como que no la había oído entrar y siguió haciendo ruido con el viejo instrumento.

—¿De dónde la has sacado, Nnaife?

—Ya has oído a tu hijo. No encontraba nada con que entretenerlo, así que nos metimos en la casa grande a ver qué podíamos encontrar. Y encontramos esto. Nos hemos pasado todo el día limpiándola. Ya tengo algo con lo que entretener a Oshia.

—Y con lo que entretenerte tú. Espero que no te distraiga de buscar trabajo, Nnaife, hijo de Owulum, porque hace falta que lo encuentres pronto.

—Pero bueno, ¿no llevas un montón de cigarrillos en ese paquete? Eso nos durará una temporada, ¿no?

—Sí, nos durará un tiempo, pero no eternamente. Ni siquiera me encuentro bien para ponerme a secarlos. Estoy enferma por el embarazo, Nnaife. Así que vas a tener que pensar deprisa. Siempre necesitas presión para actuar; pues ya la tienes: viene otro niño.

—Pero ¿qué clase de *chi* tienes tú, eh? Cuando estabas desesperada por tener hijos, no te daba ni uno; ahora que no podemos mantenerlos, va y te los da —exclamó con su gran cabeza recostada a un lado. En realidad parecía haber disminuido de tamaño desde que se había dejado el pelo tan corto para ahorrar gastos de peluquería—. Bueno, ¿qué propones que hagamos? ¿Vas a dejarme y volver con tu padre?

—Sabes muy bien que no puedo hacer eso. ¿Qué quieres, que me ponga a cantar y a bailar? Levántate y vete a buscar

trabajo. ¡Venga! ¡Ponte de una vez! ¿Quieres que te diga lo que de verdad pienso?

—Como no dejes de gritar, te doy una paliza. La señora jamás...

—Ja, ja, la señora se ha ido a su país. No van a volver nunca. ¡Levántate!

Nnaife perdió los nervios y la golpeó con la guitarra en la cabeza.

Nnu Ego empezó a gritarle y a insultarlo.

—¡Eres un vago y un bruto! ¡Qué poca vergüenza! Como me vuelvas a pegar, llamo a los soldados. ¿No te da vergüenza?

Nnaife hizo ademán de volver a agredirla, pero se echó atrás cuando Oshia empezó a gritar aterrorizado. Se dio media vuelta para mirar al niño y, en aquella fracción de segundo, Nnu Ego levantó la escoba y le dio un golpe en el hombro a Nnaife. Salió corriendo delante de él tirando de Oshia, que gritaba sin parar.

—¡Vete a buscar trabajo de una vez! ¿Quién es tu padre, quien te has creído que eres para venir a pegarme solo porque estemos lejos de todo el mundo?

Nnaife no la persiguió. Se hundió en una silla, frotándose el hombro.

—Si me quedo aquí con esta loca, la mato —murmuró hacia sus adentros. Se dirigió hacia la cama, separada por una cortina, y sacó la ropa de trabajar: los pantalones cortos de color caqui, que no se había puesto desde hacía mucho tiempo, la camisa caqui que le habían hecho a juego, pero que apenas usaba por el calor. Así equipado, gritó en dirección hacia donde Nnu Ego se había escondido con Oshia:

—¡No vuelvo hasta que encuentre trabajo; y si no encuentro nada, me alistaré en el ejército! Así que, si no vuelves a verme, será que estoy muerto. Y créeme, mi *chi* jamás os dejará en paz ni a ti, ni a tu padre, dejado de la mano de Dios. ¡Lo juro!

—¡Tú sal a buscar trabajo! —le gritó Nnu Ego—. Eso es todo lo que pido, nada más.

Nnaife tenía una vaga idea de a dónde iba; por lo que a él se refería, lo de alistarse en el ejército no era más que un farol, que habría funcionado si la hubiera asustado, aunque fuera un poco. Sonrió, pensando lo preocupada que debía de estar.

Le habían dicho que había muchas casas europeas en Ikoyi, en la isla de Lagos, y se fue hacia allí para ver si encontraba algo. No le habría importado que lo contrataran por días con tal de poder llevar algo a casa, por lo menos hasta que el empleado que había aceptado su «propina» cumpliera con la promesa de encontrarle trabajo. Ubani había tenido suerte al conseguir uno tan pronto tras la partida del doctor Meers. Al menos, salir de casa era un pequeño consuelo para Nnaife, como hace cualquier hombre que le dice a su mujer: «Me marcho a trabajar». Nunca había tenido que decir aquello, puesto que su trabajo había estado en el mismo recinto que su casa. En aquel momento, se sintió como los demás hombres, aunque estuviera saliendo de casa a la una de la tarde, cuando la mayoría de ellos ya habrían hecho la parte más importante del trabajo del día. Se sintió mejor sabiendo que la comida que había dejado sería la cena de su familia: iba a asegurarse de llegar tarde, demasiado tarde como para probar comida alguna. Cambió el penique que llevaba en el bolsillo por cuatro cuartos y con uno de ellos se compró un pedazo de nuez de cola que masticó pensativo por el camino,

como una cabra. Caminar hasta Ikoyi era un trayecto largo: estaba casi a quince kilómetros de la parte de Yaba desde la que había salido.

Sus pesquisas a la puerta de muchas verjas no le dieron resultado. En primer lugar, preguntó a los sirvientes, muchos de ellos ibos como él, si había algún trabajo en casa de sus amos. No sabían y tuvo la sensación de que, de haberlo sabido, tampoco se lo habrían dicho. Pero no iba a volver a casa sin noticias concretas para su mujer y su hijo. Estaba ya muy cansado y tenía hambre, y estaba seguro de que se le notaba en la forma de andar. Afortunadamente, vio un mango maduro, todos los que había visto antes estaban verdes. Ignoraba cómo era posible que nadie hubiera cogido el mango maduro. Pero se sentía agradecido; el zumo le calmó la sed y la carne esponjosa, en cierto modo, le llenó. Estaba ocupado disfrutándolo como un niño, cuando vio a un grupo de blancos que se dirigían a jugar al golf al parque Onikan. Los siguió a distancia, chupando todavía el mango. Al poco tiempo, uno de los hombres lo vio, miró hacia atrás, les dijo algo a los demás y se echaron a reír. Sin embargo, nada iba a hacer que Nnaife desistiera de su propósito. Iba a hablar con ellos y no se dejaría intimidar por las burlas.

No le hicieron caso durante un rato y, cuando llegaron a Onikan, Nnaife se sentó en la hierba fresca. Tenía las piernas cansadas y necesitaba reposar. Sin que nadie se lo pidiera, empezó a ayudarlos a recoger las pelotas. Algunos chicos de la escuela de St. Gregory, que quedaba cerca, se acercaron a hacer el trabajo, pero la mirada de Nnaife con los ojos inyectados en sangre los ahuyentó como a ratones asustados y, desde lejos, empezaron a provocarlo, llamándolo «abuelo recoge–pelotas».

El hombre que se había dado la vuelta antes se acercó a Nnaife y le preguntó:

—¿Hay algo que podamos hacer por ti? Si no, lárgate antes de que llame a la policía.

Los otros lo oyeron y se carcajearon. Uno de ellos dijo:

—Imagínate amenazar a alguien con la policía de Lagos, cuando con darle una libra a la persona adecuada, te pondría de nuevo en libertad —Volvieron a reírse.

—No, no, ¡señor! ¡No policía, señor! Usted encontrarme trabajo. ¡Yo ser lavandero, señor! ¡Mire! —Nnaife le mostró la recomendación del doctor Meers a aquel hombre, quien, obviamente, se compadeció de él.

—Sabía que buscabas algo por la manera en que nos seguías —comentó en voz baja.

Nnaife no habría podido descifrar su acento inglés de clase media alta, de hombre educado en un colegio privado, pero, aunque lo hubiera entendido, no habría dicho nada. ¿Qué elección les queda a los pobres?

—Escucha, chico —dijo el hombre a uno de sus amigos.

Nnaife, al escuchar la palabra «chico», pensó que se dirigía a él y replicó:

—¡Sí, señor!

Al hombre le hizo gracia y se echó a reír, echándose la gorra hacia atrás.

—No, no es a ti. En absoluto —continuó entre risas. Finalmente, su amigo se volvió, tras dar un golpe a la pelota, para preguntar qué era aquel alboroto.

—Este hombre, a juzgar por esto —agitó el trozo de papel en el aire—, es el mejor lavandero del país y escucha, chico, quiere que alguien le dé trabajo.

—¿De verdad? ¿Y tengo que ser yo quien le dé trabajo? ¿Por qué nosotros? —se paró y escudriñó a Nnaife—. No me gusta la pinta que tiene.

—Tiene hambre, eso es todo —contestó el otro hombre, todavía con la carta de recomendación de Nnaife en la mano.

—¡Vamos, hombre! ¿Que tiene hambre con esa panza?

—Es de vino de palma, yo creo, estoy seguro de que bebe mucho —añadió el tercer hombre, más desgarbado que los demás y se acercó con creciente curiosidad—. Seguro que tiene familia, si no, podríamos llevárnoslo mañana a Fernando Poo.

—Mmm —murmuró el primer hombre—. Sería una buena idea. Podemos preguntarle si quiere venir.

—Sí, pregúntale tú, yo no sé hablar esa cosa que llaman inglés, el inglés de los canarios[9].

—Se llama *pidgin*, querido muchacho, es el inglés *pidgin*.

El segundo hombre habló con Nnaife y llegaron a un acuerdo para que se les uniera en el muelle al día siguiente. Les dijo que, aunque tenía familia, su mujer y su hijo estarían encantados de verlo trabajando otra vez. Sí, dijo, era un ibo. A los europeos les pareció bien porque se decía, desde hacía mucho tiempo, que los ibos eran buenos empleados domésticos. Nnaife les dio las gracias efusivamente y algo en su actitud hizo caer en la cuenta al primer hombre de que Nnaife no tenía dinero y que quizás querría llevar algo a su familia antes de irse a Fernando Poo.

[9] Alusión al inglés *pidgin*, denominado despectivamente *parrot English* (inglés de loros) o *canary English* por los británicos en las áreas colonizadas en las que escuchaban esta *lingua* franca entre la población autóctona. (*N. de la T.*)

Llamó a los otros y les dijo:

—Escuchad, este hombre lleva toda la tarde recogiéndonos las pelotas. Se merece algo y, por Júpiter, creo que lo necesita. Rebuscaron en los bolsillos y, después de asegurarse de que les quedaba suficiente dinero para unas copas en el Island Club, le dieron a Nnaife la grandiosa cantidad de dos dólares (como se llamaba en aquella época a cuatro chelines).

Nnaife se sentía en la gloria. Desapareció rápidamente y pudo pagarse incluso el autobús de vuelta a casa. Al llegar a Loco Market compró una bolsita de arroz y una lata grande de arenques y fruta por menos de un chelín.

En casa, Nnu Ego se encontraba tan enferma que todo lo que Oshia había comido era un poco de *garri*[10] que había sobrado del almuerzo de la mañana. Lo aliviaba saber que Nnaife había vuelto, pero, ¿cómo iba a arreglárselas si se marchaba al día siguiente? Al final estuvieron de acuerdo en que marcharse era mejor que quedarse y terminar las pocas reservas que les quedaban.

—Al menos —añadió Nnaife—, habrá una boca menos que alimentar y no tendrás que preocuparte por comprar jabón para lavarme la ropa.

—Sí, pero también me quedo sin la ayuda que me podrías dar —dijo Nnu Ego con voz cansada.

Para Nnaife, aquello era una novedad, casi un elogio. ¿De manera que era una ayuda para Nnu Ego? Aquellos días se había sentido como una piedra atada a su cuello. Nunca antes había pensado que lo necesitara. Tampoco era que esto le

[10] *Garri*: Del ibo, «harina de mandioca». (*N. de la T.*)

hubiera preocupado en exceso, puesto que, después de todo, era un hombre y, si le importaba a una mujer, estupendo; si no, siempre habría otra a quien le importara. De todas formas, si la mujer que se preocupaba por un hombre era su madre o su esposa, era conveniente y lógico. De alguna manera, sintió pena por Nnu Ego, qué mal negocio había hecho con él; pero, viendo lo cerca que estaba sentada de Oshia, Nnaife supo que si en algún momento tuviera que elegir entre él y Oshia, la madre se decidiría por su hijo. Aun así, les dejaba cuatro chelines; esperaba que, cuando se los hubieran gastado, ella estuviera suficientemente repuesta como para vender los cigarrillos que había comprado casi gratis.

Cenaron bien aquella noche, aunque a Nnu Ego no le apeteciera unirse. Nnaife hizo una buena cantidad de sopa que les duraría unos días si ella podía levantarse y calentársela regularmente. Nnaife le hizo prometer que se cuidaría y que visitaría a la gente de Ibuza de la isla y a los pocos que vivían en Yaba.

Nnu Ego le tanteó acerca de cuándo volvería, pero Nnaife no lo sabía. Lo único que sabía era que tenía trabajo. Estaba contento de no tener que negociar el sueldo: confiaba en que le pagarían, porque le caían bien aquellos hombres y parecían gente de buena familia. Había algo en ellos, especialmente en el primero que se le había acercado, que le hacía fiarse de ellos por completo y preferirlos al doctor Meers. Aquellos hombres te miraban a los ojos y no evitaban tu mirada. Para Nnaife aquello era una prueba de que mentir les parecería una falta de honor, de manera que estaba seguro de que le pagarían correctamente, de que no le engañarían.

Nnu Ego se pasó toda la noche preocupada, al mismo tiempo que intentaba ocultarle a Nnaife la ansiedad que sentía por él. Apenas pudo dormir durante la mayor parte

de la noche e, irónicamente, tan pronto como los primeros gallos del recinto anunciaron el comienzo de un nuevo día, cayó en un sueño agitado.

El sol se coló por la pequeña abertura de la ventana hasta el otro lado de la cama. El primer calor de la mañana le dio en la cara, y Nnu Ego abrió los ojos poco a poco, preguntándose dónde estaba y por qué no había salido a hacer su venta matutina. Se acordó de que Nnaife se había ido a trabajar, pero le llevó unos minutos darse cuenta de que no había salido simplemente a lavar ropa a la casa, sino que se había ido a Fernando Poo. ¿Dónde estaba esa ciudad que tenía un nombre tan extraño? El nombre tenía un toque casi musical, pero qué raro sonaba. «Por favor, Fernando Poo, trátalo bien», rezó.

Una tarde, Nnu Ego estaba en la cocina calentando unas judías cuando Oshia entró corriendo con los ojos redondos como platos.

—Madre, madre, hay *soldaos* en la casa. Tienen camiones grandes.

—¿Soldados? Sabía que algo así pasaría un día de estos, ahora que Nnaife no está aquí y que Ubani vive lejos. Me pregunto qué querrán.

Iba a asomarse por la ventana de la cocina cuando un europeo bajito se metió por la puerta abierta, sin llamar. Le seguían dos perros con aspecto fiero, que ladraban furiosos a Oshia. El niño corrió y se escondió detrás de su madre. Nnu Ego suplicó al hombre, en su inglés *pidgin* rudimentario, que por favor no dejara que el perro asustara a su *pikin*[11].

[11] *Pikin*: «Pequeño» en *pidgin English*; el origen de esta palabra se ha relacionado con el portugués. (*N. de la T.*)

El hombre entendió el mensaje y ladró como los perros:

—¡Sentaos y comportaos!

Esto sorprendió tanto a la madre y al hijo que, por unos instantes, se quedaron fascinados ante aquel hombre que lograba que aquellos perros con pinta tan fiera le obedecieran.

Entonces soltó un ladrido hacia Nnu Ego:

—¿Su marido... el padre del niño, eh?

Nnu Ego no le entendió y empezó a hablar en su idioma. El hombre miró hacia fuera y llamó a otra persona que andaba por los alrededores. Este era negro, aunque también llevaba el uniforme del ejército, y actuó como intérprete, dirigiéndose a Nnu Ego en un extraño tipo de dialecto ibibio. Le dejaron claro que los altos mandos del ejército británico destinados a aquella parte de Lagos necesitaban casas como aquella. Tenía que recoger sus cosas y marcharse. Si les dejaba su dirección, cuando apareciera su marido le dirían dónde se encontraba ella. Todo esto se lo dijeron en un volumen de voz muy alto, como si Nnu Ego y Oshia estuvieran completamente sordos.

Nnu Ego tembló de miedo y de ira mientras Oshia le tiraba de la *lappa* como si fuera a arrancársela. Los soldados se marcharon enseguida con sus horribles perros.

—Ya se han ido, Oshia, suéltame la *lappa*. Tenemos que salir de aquí y que Dios nos ayude.

—Es nuestra casa, madre. Padre no nos encontrará cuando vuelva. ¿Vamos a vivir en la calle como los mendigos hausas?

—No, no vamos a vivir como mendigos hausas, buscaremos un sitio donde nos podamos quedar y, si no lo encontramos, nos iremos a vivir con amigos hasta que vuelva tu padre.

No le atraía en absoluto quedarse en aquel lugar ni una noche más; no con hombres que ladraban de aquel modo. Solo Dios sabía lo que serían capaces de hacerle a una mujer. Y aquellos perros que gruñían... No, no dormiría allí esa noche.

Los letreros que anunciaban: «Se alquila habitación, razón en el interior», eran tan abundantes que la misma Nnu Ego, que no sabía leer ni escribir, los reconocía. Encontró una habitación pequeña en Little Road; la renta costaba cuatro chelines al mes y había que pagarla por adelantado.

El casero yoruba le preguntó por su marido, ya que no le hacía gracia la idea de tener en su casa a una mujer ibo soltera que pudiera cultivar malas compañías de hombres ibo. Nnu Ego se vio obligada a contar la historia de su desgracia y, aunque aquel hombre no se fiaba de ninguna persona ibo, creyó a Nnu Ego, porque había conocido casos parecidos cuando trabajaba en el ferrocarril de Nigeria. Muchos mensajeros poco cualificados habían perdido sus trabajos porque sus amos se habían vuelto a Gran Bretaña para alistarse.

Nnu Ego dejó a Oshia con los demás inquilinos de la casa y salió corriendo hacia el barrio del ferrocarril en busca de la ayuda de Cordelia. Ubani tenía que seguir trabajando, por lo que no pudo acompañarlas, pero le dio un consejo:

—Nnu Ego, ten mucho cuidado, te encuentras en un estado delicado.

—Gracias, lo haré. Estaré feliz cuando me haya ido de esa casa. Ese lugar ya no es el mismo. Todo ha cambiado y esos hombres del ejército fueron la gota que colmó el vaso.

Las dos mujeres salieron corriendo y aprovecharon la tarde para empezar a trasladar los pocos muebles que decoraban la habitación en la que Nnu Ego y Nnaife habían

vivido casi cinco años. Cuando ya habían hecho tres viajes, Ubani pudo sumarse. Las ayudó a coger los objetos que más pesaban. Entre los tres, sacaron la cama, el colchón, las sillas y las cacerolas. Para terminar, cogieron las gallinas, que no paraban de cacarear, y los últimos huevos que habían puesto. Nnu Ego coció algunos y ella y sus amigos se los comieron mientras se relajaban frente a la terraza de su nueva casa y comentaban la vida que habían pasado en la casa del doctor Meers.

—Va a ser agradable volver a vivir con gente —les dijo Nnu Ego a sus amigos.

—Sé a lo que te refieres —dijo Cordelia—. Puedes llegar a sentir una soledad enorme en las casas de los blancos. Nadie te habla y no puedes hacer ruido. En nuestro caso, no estamos tan mal porque los cocineros y los sirvientes del ferrocarril viven juntos.

—Yo estoy rodeada de gente. Casi como en Ibuza.

—Tú y tu Ibuza —dijo Ubani riéndose—. Aquí nunca podrás vivir la misma vida. Pero tus vecinos parecen muy agradables. Ya veo que no son yorubas.

—El casero es yoruba, pero todos los inquilinos son de otras partes del país.

—Entonces no te sentirás sola. Los yorubas también son agradables, lo único es que creo que no nos ven a los ibos con buenos ojos.

—Sobre todo si no entiendes su lengua —dijo Cordelia.

—Ya lo sé...

Según iban pasando los días, vio claro que tendría a su bebé sin la ayuda de Nnaife. Su barco se había retrasado. Ato, cuyo esposo Nwakusor estaba en otro barco, le había informado en la última reunión de los de Ibuza de un ru-

mor que señalaba que los japoneses y los alemanes estaban luchando contra los británicos, y que por ese motivo Nnaife y muchos otros que trabajaban en barcos no podían volver a casa.

—Pero, Ato, ¿de qué lado estamos? ¿Estamos a favor de los alemanes y los japoneses, o con los del otro bando, los británicos?

—Creo que estamos del lado de los británicos. Son los dueños de Nigeria, ya sabes.

—Pero, ¿Ibuza también? —Nnu Ego preguntó incrédula.

—Eso no lo sé —reconoció Ato.

Estaba en casa cuidándose la ya prominente barriga, dentro de su vivienda de una sola habitación, cuando, de sopetón, entró Oshia, llorando de pura rabia y frustración. El niño se sentía humillado. La camisa que su madre le había comprado hacía unos meses estaba rota por los dos lados, de modo que la tripa hinchada asomaba sobre las piernas delgaditas. Oshia parecía estar reducido a la cabeza y a aquel estómago de aspecto bastante enfermo. ¿Qué podía hacer? Alimentaba al niño regularmente, aunque, si alguien le hubiera dicho que *garri* por la mañana, *garri* por la tarde y *garri* por la noche todos los días de la semana no era una alimentación adecuada para un niño en edad de crecer, se habría sentido muy herida. No conocía otra manera de alimentar a un niño, y lo triste era que Oshia tenía suerte de poder tomar suficiente *garri* para llenar el estómago.

Nnu Ego sabía que alguien había molestado a su hijo. Lo único que podía hacer era observar cómo vivía el niño sus emociones. No podía salir y ver qué era lo que tanto le había enfadado: aparte del hecho de que estaba demasiado cansada, acababa de lavar el único traje decente que poseía y tenía

que esperar sentada, en la única silla que tenían, a que se secara. Su otro traje era demasiado llamativo para ponérselo a diario; lo guardaba por si acaso llegaba el momento en el que se viera obligada a vendérselo a los fulanis ambulantes, que iban llamando a las puertas de la gente preguntando si tenían cosas viejas con la intención de comprárselas.

—¿Qué pasa? —preguntó al final, cuando vio que Oshia estaba menos violento—. Venga hijo, cuéntaselo a tu madre. Dime...

No se acercó a ella, sino que levantó la mirada con los ojos llenos de lágrimas, y se las limpió frotándose la cara, ensuciándosela aún más sin querer. Le corrían gotas de sudor a ambos lados de la cabeza, formando dos líneas como serpientes, además de las que ya habían formado las lágrimas.

—Me han dicho que me marche —espetó.

—¿Quién te dijo que te fueras?

—¡Ellos! —señaló hacia la puerta—. No me dejaban comer su *sarah*.

—¿Te refieres a la familia del casero? Creía que su niñito Folorunsho era amigo tuyo, ¿no?

—Ya no es mi amigo. Me dijeron que me marchara.

—Bueno, Oshia, no puedes obligar a la gente a que te invite a su *sarah*.

Pero suspiró, consciente de que las *sarahs* eran fiestas informales en las que se repartía comida para todos, especialmente para los niños; normalmente las organizaban mujeres que querían tener hijos; los médicos nativos les decían sistemáticamente que la única manera de que concibieran era alimentando a otros niños. Nnu Ego podía imaginar lo que habría sucedido. Los otros niños habrían ido vestidos con ropa elegante y llevarían el pelo bien cortado, con aspec-

to limpio y sano; su Oshia parecería un vagabundo comparado con ellos: lavarle la camisa le habría costado una buena cantidad de dinero que no podía permitirse. Se lo imaginó con la boca hecha agua al ver las montañas de arroz hirviendo y *akara*, carne de cabra; se lo imaginó sentado, esperando emocionado con los demás niños...

—Estaba a punto de meter las manos en el arroz cuando se me acercó la madre de Folorunsho y me sacó de allí. Me dijo que me levantara. Odio a los yorubas. Me dijo que yo no estaba invitado.

—Quizás fue un error —dijo Nnu Ego, dándose cuenta de que Oshia la observaba con atención. Adoptó un tono alegre para restarle importancia. —No te preocupes, hijo. Cuando tengamos dinero irás al colegio como los demás niños. Toda la gente de Ibuza en esta ciudad manda a sus hijos al colegio. ¿Por qué vas a ser tú la excepción? ¿Sabes que eres el más guapo de todos? Tienes pinta de ser árabe o fulani, y esa gente horrorosa no puede arrebatarte eso. Cuando tengamos suficiente dinero y te pongamos ropa bonita, entenderás lo que te digo. Acuérdate, hijo, de que eres un chico muy guapo.

Oshia dejó de llorar y escuchó atento la voz de su madre. Sus palabras tranquilizadoras le produjeron un efecto que conservó durante la larga espera hasta el regreso de Nnaife de Fernando Poo; si su madre decía que era guapo, pensó Oshia, seguro que era verdad.

9 · LA INVERSIÓN DE UNA MADRE

Habían apagado la luz en la habitación que servía de dormitorio, cuarto de juegos y sala de estar a Oshia y su madre. Hacía calor aquella noche y Oshia se había salido de la esterilla que su madre le había extendido con cuidado y había ido a parar al suelo frío de cemento. Sintió la frescura en la piel desnuda, y se habría quedado dormido con aquella sensación placentera si no hubiera sido porque una hormiga valiente le mordió el muslo descubierto. La picadura le quemó como el fuego y gritó de dolor. Normalmente, un grito así habría despertado a su madre, que lo sabía todo sobre aquellas picaduras. Oshia volvió a gritar y se frotó con furia la mordedura, sintiendo la ligera hinchazón. Si hubiera sido de día, habría visto a la hormiga correteando hacia una esquina para esconderse. Como la hormiga debía de estar cerca, dio golpes a su alrededor, furioso y dolorido. Su madre no se despertó; se levantó y se acercó a la cama detrás de la cortina para buscarla, frotándose todavía el muslo ardiendo. Pero la ropa de la cama estaba tirada y desordenada, como si hubiera habido una pelea, y no veía a su madre por ningún lado.

Gritó con toda la fuerza de los pulmones:

—¡Madre!

Y siguió dando gritos. ¿Cómo se atrevía a dejarlo solo en una noche así? No había oscurecido del todo: veía la luz de

la luna que entraba cortando la habitación como un cuchillo de fuego, un cuchillo que no era demasiado grande. Se compadeció de sí mismo, como si a ninguna otra persona en la historia de la humanidad se la hubiera tratado tan mal. Dejó de lamentarse y oyó voces, sonidos de pasos que se acercaban a toda prisa a su habitación. La persona que abrió la puerta y entró llevaba un farol.

Oshia suspiró aliviado al ver a Iyawo, la mujer de un hombre llamado Itsekiri que vivía al lado de su casa. Iyawo, una palabra yoruba que significaba «nueva esposa», era el nombre que se daba a una mujer sin hijos. Era alta y delgada, con el pelo muy corto y con marcas tribales en los rabillos de los ojos. Iyawo Itsekiri y su marido, un hombre guapo y de aspecto fiero, procedente de Urhobo, y que trabajaba en algún lugar de Apapa, tenían dos habitaciones: una para estar y comer y otra para dormir. Oshia siempre iba a casa de Iyawo a ayudarla a cocinar la mandioca y hacer una especie de tapioca llamada *kpokpo garri*. A cambio, Iyawo le daba un buen plato de aquella comida y, cada vez que llegaba a casa su marido, les daba a Oshia y a su madre colas de cerdo y, a veces, las pezuñas, porque en el sitio donde trabajaba Itsekiri se mataban cerdos todos los días. A veces, Oshia soñaba con trabajar en un lugar así para no tener que comprar nunca más carne y comer en abundancia.

Iyawo tenía una sonrisa forzada. ¿Cómo podía sonreír así, con lo que estaba sufriendo él?

—Mi madre no está aquí, ¿dónde está? —exigió, casi ahogado de la ira.

En lugar de responderle, Iyawo puso la lámpara en una mesa que había al lado y, sonriendo todavía absurdamente, le dijo, en una voz como de oración, que su madre estaba

dormida junto al fuego en la cocina, porque estaba cansada; y lo estaba porque él, Oshia, acababa de tener un hermanito.

—¡Un hermano! —dijo, desconfiado. ¿De dónde sacaba la gente a los hermanos? ¿Era el hermanito el que había impedido que su madre estuviera con él para curarle la picadura de la hormiga? De todas maneras, por lo menos tendría alguien con quien jugar al día siguiente. Pero en aquel momento quería que su madre lo cuidara.

Iyawo le dijo que tendría que esperar un tiempo para poder jugar con su hermano y que debía irse a dormir, porque su madre todavía tenía que descansar un poco más. Iyawo no le permitía verla e insistía en que debía dejarlo para la mañana siguiente. Cansado de discutir y al ver que estaba decidida a salirse con la suya, Oshia le dejó ponerle aceite de coco en la picadura y, resentido y con la sensación de no haber sido tratado nada bien, se fue a dormir. Soñó con pelear junto a su hermano y en cómo entre los dos ganarían a debiluchos como Folorunsho y harían la trampa más grande, y cogerían los cangrejos de todo Yaba, y llevarían ropa bonita, e irían a la mejor escuela y, mientras tanto, su hermano tendría que hacer todo lo que él dijera porque, según Iyawo, era mucho más pequeño que Oshia.

Pero Iyawo no le había dicho que su hermanito fuera tan pequeño. No podía hablar, no tenía un solo diente y era del color de un cerdo. Nnu Ego le dedicaba toda su atención y no hacía más que decirle a Oshia que fuera un chico mayor, porque ahora era el hermano mayor. Odiaba la parte de «hermano mayor» de todo aquello y también que su madre y sus amigas montaran tanto alboroto alrededor de aquel hermanito suyo tan pequeñajo. Oshia se sentía abandonado y montaba una pataleta por cualquier cosa. Si chillaba, le

decían que dejara de comportarse como un niño, mientras que, si el hermanito chillaba, cosa que no paraba de hacer, lo arrullaban, lo mimaban y su madre le daba de mamar. A veces Oshia daba un grito ensordecedor, no solo para llamar la atención, sino por el puro placer que sentía al ver cómo alteraba a los mayores.

La pobreza en la que vivían era cada día más evidente, y Oshia pasaba hambre constantemente. Tenía suerte si tomaba una buena comida al día. Su madre no había podido salir al mercado de noche desde que nació su hermano, de manera que ponía un puestecito delante de la casa, con latas de cigarrillos, cajas de cerillas y botellas de queroseno, y le pedía a Oshia que se sentara allí. Si había clientes, el niño llamaba a voces a algún adulto para que le ayudara a resolver las complejidades del dinero.

Después de un rato largo sentado al lado del aguacate viendo entrar y salir a la gente mientras su madre atendía a su nuevo hermano, Oshia se sintió tan cansado que no pudo mantenerse despierto. En ese sueño a la luz del día, deseaba estar en los arroyos cogiendo cangrejos. Por lo menos, era una comida rica que llenaba. Sonrió en aquel sueño de mediodía, pero su bonito sueño se interrumpió cuando lo llamó una vecina, Mama Abby, a quien le gustaba llevar ropa de color rojo.

—Despierta, Oshia, tienes fiebre. ¿Dónde está tu madre? ¡Ven aquí, Mamá Oshia! —llamó a Nnu Ego con el saludo que se utiliza para una mujer que tiene un hijo varón—. Tu hijo está hablando en sueños a mediodía. Deberías venir.

A Oshia le sorprendió un poco ver a su madre colocarse a su hermano en la espalda y salir corriendo. La vio llorar cuando lo llevaron a la habitación más fresca. La oyó decir desesperada:

—Espero que no sea *iba*.

Iyawo Itsekiri se quedó junto a la puerta con la barbilla apoyada en una mano observando cómo Nnu Ego daba vueltas, preocupada, alrededor de su hijo. Supuso que el niño sufría de algo que seguramente tendría alguna relación con la alimentación, pero ¿quién era ella para levantar la voz?

En cualquier caso, Nnu Ego no tenía otra cosa con que alimentar a Oshia que no fuera el *kpokpo garri* del día anterior. El problema era que el niño estaba harto del *kpokpo garri*. Lo había tomado el día anterior y el día anterior a aquel. Quería sopa de pimienta, le dijo a su madre. Cogiendo los pocos peniques que le quedaban en casa, Nnu Ego salió corriendo al mercado de Zabo y compró un trocito de ternera para hacerle un poco de sopa de pimienta. Sin embargo, al no haber tenido aquel tipo de lujo durante tanto tiempo, el organismo de Oshia lo rechazó. Vomitó una y otra vez y, cuando al tercer día seguía sin apetito, a Nnu Ego le pareció inevitable que su hijo fuera a morir. Si la gente le recomendaba una cosa, la cocinaba, si le recomendaba otra, también lo hacía. Vendió toda su ropa por la mitad de su valor a los fulanis ambulantes, diciéndose a sí misma que, si sus hijos sobrevivían y crecían, serían las únicas prendas que necesitaría.

—Oshia, ¿quieres morirte y abandonarme? —le dijo un día con suavidad.

El pobre niño movía la cabeza con un gesto negativo.

—Entonces deja de estar enfermo. No tengo nada más que darte. Por favor, quédate conmigo y sé mi alegría, sé mi padre, mi hermano y mi marido. No, ya tengo marido, aunque no sé si está vivo o muerto. Por favor, no te mueras, no me dejes tú también.

Cada vez que su madre se ponía a llorar, Oshia, que se había dado cuenta de que, cada vez que él le pedía algo en concreto, su madre lo interpretaba como una mejora, hacía un esfuerzo y le decía:

—Madre, por favor, dame agua, tengo sed.

Nnu Ego se la llevaba encantada, pero en cuanto se la bebía, la expulsaba de una manera o de otra. No retenía nada. Oshia se estaba convirtiendo en un saco de huesos recubiertos de lo que parecía una capa de piel seca y amarillenta, y la misma Nnu Ego tenía aspecto de enferma.

Al día siguiente, Iyawo Itsekiri hizo un delicioso guiso de ñame para comer. Sola en la cocina, pensaba en aquella mujer ibo tan agradable y en sus dos hijos, uno de ellos a punto de morir. La propia madre no estaba lejos de la muerte, puesto que la poca carne que le quedaba se la estaba absorbiendo su bebé colgado del pecho. Iyawo hizo una cantidad abundante con la esperanza de tentar a Nnu Ego y a Oshia, porque seguía pensando que era la malnutrición, y no la malaria, la causa principal de la enfermedad del niño. Si no, ¿por qué se le había hinchado tanto la barriga y por qué su pelo negro se le había vuelto castaño?

Con una sonrisa radiante que dejaba ver su perfecta dentadura al completo, Iyawo Itsekiri llevó la perola de ñame, a la que había añadido trozos de carne de cerdo y tal cantidad de aceite de palma y cebolla fresca que el niño enfermo fue capaz de oler aquel aroma de verduras antes de que entrara en la habitación. Colocó la comida en una bandeja hecha de la planta de bambú típica de Lagos. Estaba nerviosa, pero no porque la madre y su hijo rechazaran la comida, sino porque no quería que creyeran que los estaba intentando alimentar, o que les estaba haciendo ver que su problema

era la falta de comida. Iyawo suponía que, después de haber pagado la renta mensual al casero, apenas les quedaría nada para comer, pero Nnu Ego no se quejaba nunca. Si cometías el error de compadecerla, te decía en qué se convertirían sus hijos cuando crecieran, porque quien no tuviera «dos hijos varones», o quien solo tuviera hijas, o quien no tuviera un solo hijo, como Iyawo Itsekiri, estaba mejor calladita. Sometida a las constantes palizas de su marido, Iyawo se había vuelto apática, siempre cauta y doblemente sensible.

—Voy a mi habitación a por unas cucharas —dijo, en parte de verdad y en parte para darle tiempo a Nnu Ego a pensar si aceptaban o no la comida.

Los miedos de Iyawo Itsekiri resultaron ser completamente infundados. Oshia no esperó a que lo invitara. Se arrastró desde la esterilla en la que estaba tumbado; al ver lo que le estaba costando alcanzar el cuenco de puré, su madre se echó a llorar: parecía un esqueleto andante. Pero él rechazó su ayuda y alcanzó la bandeja de madera justo cuando Iyawo aparecía con las cucharas. Los tres, mientras el bebé dormía plácidamente en la cama, se lanzaron a comer el guiso. Nnu Ego juró que jamás había probado algo tan sabroso.

—Incluso cuando nos iba bien trabajando para los blancos, nunca compramos ñames como estos. Está tan rico. Gracias, Iyawo. Espero que Dios escuche tus oraciones y te dé hijos propios.

—Amén —contestó Iyawo. Se rio entonces al ver cómo Oshia, aparentemente curado, se encogía en su esterilla y se quedaba dormido.

—Así que, ¡es el hambre quien me arrebataba a mi hijo! —exclamó Nnu Ego. Lo miró pensativa un buen rato.

Iyawo se dio cuenta de que Nnu Ego estaba empezando, como su hijo, a dormitar.

—Te lo dejo aquí. Mi marido volverá hoy a las cuatro y tengo que ir a hacerle la comida.

—Gracias, enviada de Dios. Eres la mejor doctora que he visto en mi vida. Nos diagnosticaste nuestra enfermedad usando la cabeza y, sin molestarnos, nos preparaste la cura y nos la diste. Y en menos de una hora estamos todos recuperados.

—Dios se manifiesta a través de todos nosotros. Guardad el resto del guiso. No le des más hoy. Caliéntalo mañana.

Nnu Ego asintió.

—No vamos a pasar ahora de una disentería, o lo que tuviera, a una indigestión. Muchas gracias otra vez.

Cuando se despertó para atender al bebé, tocó a Oshia y supo que viviría. Se prometió a sí misma que, cuando mejorara, volvería a Ibuza con sus dos hijos. Nunca le faltaría de nada en la casa de su padre. Cuando Nnaife regresara, aquellos vecinos amables le dirían dónde podría encontrarla. Al día siguiente, una vez aclarado que lo único que necesitaba era comida y un poco de bondad, todo el mundo le dio lo que pudo y la mejor ayuda procedió del casero, que le dijo que se olvidara de pagar el piso ese mes. ¡Eso supondría un ahorro de cuatro chelines! Cuando Oshia se terminara de recuperar del todo, podría volver a empezar con su venta.

Mama Abby le dijo a Oshia:

—Cuando mejores, te llevaré de excursión a la isla. Así que date prisa y ponte bueno.

Al suavizarse los rigores de la pobreza, Oshia recuperó su fuerza enseguida y pronto estuvo irreconocible en comparación con el saco de huesos que la gente había dado casi por muerto hacía menos de dos semanas. El día que salió con

Mama Abby, se presentó con su mejor traje, hecho con una especie de tela caqui que su madre había comprado hacía diez meses, al marcharse el doctor Meers. Mientras cepillaba el traje que ahora le quedaba al niño demasiado pequeño, Nnu Ego se acordó de cómo Nnaife la había proclamado «la mujer más ilógica del mundo»:

—Míranos, solo míranos. Apenas tenemos dinero para comida, casi ninguna esperanza de conseguir trabajo —había dicho—, y lo único que se te ocurre a ti es gastarte las pocas ganancias de tu comercio en comprar una tela cara para hacerle un traje a un niño de cuatro años que no sabe nada de la vida y que no contribuye lo más mínimo a su mantenimiento.

Suspiró al quitar las arrugas del traje. No le daba tiempo a plancharlo, porque Oshia no paraba de decirle que se diera prisa, antes de que Mama Abby cambiara de opinión sobre llevarlo a la isla. Nnu Ego sonrió ante su impaciencia. Al vestirse, Oshia hablaba sin parar, su madre le daba la razón en todo, hasta que de pronto el niño se paró mirando insatisfecho la manga de la chaqueta.

—Me queda demasiado corta, casi me llega al codo —dijo poniendo mala cara.

Su madre no supo qué hacer ante la observación del niño, ante aquella nueva conciencia de sí mismo que estaba adquiriendo.

—Bueno, ¿no te he dicho que vas a ser muy alto? —dijo en tono risueño—. Un hombre alto, guapo, como un árabe...

—Un árabe alto —dijo alegre, conectando con el tono de su madre—. Y cuando vuelva mi padre, me compraréis un traje nuevo, uno grande que me tape bien los brazos y que tengamos que remangarlo.

Nnu Ego se echó a reír con lágrimas en los ojos. Tenía la ferviente esperanza de que se cumplieran las predicciones de los curanderos. Le incomodaría tener que desilusionar a aquel niño.

A Mama Abby le brillaron los ojos castaños al ver lo emocionado que estaba Oshia, pues su alegría era contagiosa. Su propio hijo, Abby, ya tenía dieciséis años y estaba en un buen colegio de Lagos. A su hija, Bena, la habían tenido que casar muy pronto y nunca le perdonaron que avergonzara de tal manera a la familia, de modo que Mama Abby no tenía ningún nieto a quien cuidar. Insistía en llamar a Oshia «nuestro hijo».

—Ya veo que nuestro hijo está preparado —dijo radiante—. ¡Qué traje tan bonito! —Se quedó de pie y lo miró con un exagerado aire reflexivo.

Al ponerse el niño al pecho, Nnu Ego dijo, agradecida:

—No sabes lo que te agradezco que te ocupes tanto de él, Mama Abby.

La mujer mayor se rio.

—Ya sabes que no tengo mucho más dinero que tú, pero al menos hay un hombre que me paga el alquiler.

Su marido, el padre de Abby, era un europeo que había estado en el servicio colonial de Nigeria; se había vuelto a su país después de que naciera Abby, dejando a Mama Abby bastante bien provista. La mujer, que había sido lista, había ahorrado todo el dinero para emplearlo en la educación de su hijo. Ella misma tenía sangre blanca, venía de la zona de Brass, la región de los ríos de Nigeria, cuya gente había estado en contacto durante más tiempo con los europeos que la gente del interior. En algunas zonas había tanta gente de piel clara que a uno le podría parecer

que se encontraba en un mundo donde blancos y negros se habían casado entre ellos y habían fundado una nación de mestizos. Mama Abby ya había dejado atrás su edad fértil, aunque se moriría antes de reconocerlo ante nadie. Tenía la figura esbelta de una joven y había aprendido el arte de parecer una auténtica señora. Todavía se relacionaba con la clase más alta de la sociedad, pero prefería vivir modestamente en una casa de alquiler y gastar la mayor parte de su dinero en su brillante hijo único, puesto que eso le aseguraría una vejez feliz. Todavía no había llegado la época en que los niños se revolverían y preguntarían a su padre o a su madre: «Si sabíais que no podíais mantenerme, ¿para qué me tuvisteis?». De manera que la madre de Abby, una mujer a quien muchos no considerarían la compañía ideal para sus esposas, compró su respetabilidad a través de su hijo, destinado a convertirse en uno de los líderes de la nueva Nigeria. En el caso de Nnu Ego, no tenía un marido que le dijera con quién debía hablar y con quién no. Tenía que comer y necesitaba amigos. Era como una mendiga y, ¿cuándo han podido elegir los mendigos? Además, Mama Abby era simpática; cierto que lo era de una manera un poco seca y forzada, pero no dejaba de ser una persona agradable y responsable.

—¡Adiós, te veo luego! —gritó Oshia, que cogía confiado la mano dispuesta de Mama Abby. Al acercarse a la puerta, Oshia se soltó y desapareció tras la cortina para irrumpir de nuevo con un sombrero.

—Casi se me olvida —jadeó, mordiéndose la lengua con timidez.

Nnu Ego lo oyó despedirse a gritos de todos sin excepción en el patio, mientras iban hacia la parada del autobús.

Oshia no estaba en casa. Iba a aprovechar el día al máximo después de dar de comer al bebé, cuyo nacimiento no iba a anunciar a su padre, y a quien no pondría nombre hasta que volviera su marido, a menos que le mandaran un nombre desde Ibuza antes de que Nnaife tuviera la oportunidad de ver a su hijo. Pero sabía que tampoco podía estar eternamente esperando, el niño ya tenía seis semanas y todo el mundo lo llamaba simplemente «Bebé». Lo lavó y, con el dinero que había ahorrado del alquiler, salió a comprar cartones de cigarrillos en el mercado negro. Le sorprendió lo que había cambiado todo desde la última vez que había tenido el capital suficiente para invertir en un cartón completo. Ahora, mirara a donde mirara, lo único que veía eran soldados vestidos de uniforme caqui paseando por el puerto deportivo. No había ningún marinero simpático que le preguntara si quería comprar algún excedente del barco. Sin poder creer lo que veía, cogió un ferry y cruzó al otro lado del muelle de Apapa, pero se repitió la misma historia. Había escasez de cigarrillos. Tuvo que regresar a casa, y solamente hizo una parada en la tienda de John Holt para comprar un cartón pequeño al precio legal. Tendría que pensar en vender otra cosa. El sentido de comerciar con cigarrillos radicaba en que los compraba a mitad del precio del mercado y, al venderlos, conseguía un beneficio enorme, beneficio que utilizaba para alimentar a su familia. Se compadeció de sí misma en aquel momento. ¿Cómo iba a arreglárselas? Bueno, si las cosas seguían como estaban, tendría que volver a Ibuza antes de que le tocara pagar la renta.

Decidida, caminó con confianza con las compras del día sobre la cabeza. Resplandeció al ver a la madre de Abby y a

Iyawo Itsekiri riéndose con complicidad, aún sin saber por qué. Quizás Oshia se había portado mal aquel día, pensó con preocupación.

En voz alta, preguntó:

—¿Qué tal os ha ido... quiero decir... la excursión?

—Ah, eso —dijo Mama Abby, arrastrando las palabras, como si la pregunta no tuviera importancia—. Ha ido bastante bien, creo.

Sospechaba que sus dos amigas intentaban ocultarle algo, algún tipo de sorpresa. Fuera lo que fuera, debía de ser algo bueno, a juzgar por la manera en que sonreían las dos.

—Entra —Iyawo Itsekiri le hizo un gesto apoyando la barbilla como siempre en la palma de una mano y señalando con la otra—. Tu hijo está encantado, parece un rey. Venga, entra.

—Bueno, muchas gracias. Iré a dar de comer a este. Luego saldré y podremos charlar. ¡Ay, mira! —comentó al acercarse a los altos escalones que llevaban a su propia terraza—, ha encendido las luces él solo. Seguro que lo habéis mimado mucho.

Pero Oshia no estaba solo en la habitación. Oía el tañido de la guitarra vieja, que ella se había traído al cambiarse de casa solo por razones sentimentales no porque le gustara o porque a Nnaife se le diera bien tocarla. De pie, al otro lado de la puerta, oía el sonido de aquella misma guitarra y, a juzgar por la música que salía, quien la tocaba no era ningún experto; además, Oshia estaba cantando con esa persona. Miró un instante a las mujeres que la habían ayudado aquellos meses y leyó el mensaje en sus rostros. Se alegraban por ella. ¡Nnaife estaba vivo y había regresado! Había pulido un poco su estilo a la hora de tocar la guitarra al haber podido

dedicarle algún rato mientras trabajaba en el barco. ¡Debía de ser cierto!

El corazón se le aceleró de la emoción al entrar en su vivienda y al poder decirle a su marido Nnaife: «*Nnua*, bienvenido a casa. Mira, te he dado otro hijo mientras navegabas por esos mares».

10 · UN HOMBRE NECESITA VARIAS ESPOSAS

Tal y como somos los seres humanos, tendemos a olvidarnos de las experiencias más amargas de la vida, y Nnu Ego y sus hijos olvidaron todo el sufrimiento que pasaron cuando Nnaife se encontraba lejos.

Lo más importante en ese momento era la ceremonia en la que debían ponerle nombre a su hijo recién nacido. Invitaron a toda la gente que vivía en Yaba, en Ebute Metta y en el mismo Lagos. El vino de palma fluyó como el agua de primavera en los arroyos de Ibuza. La gente cantó y bailó hasta que se cansaron. Para colmo, Nnaife sacó un montón de botellas de *ogogoro*, el alcohol local, que vertió discretamente en botellas con etiquetas de Scotch Whisky. Le aseguró a Nnu Ego que, en el barco, había visto a los blancos para quienes trabajaba beber ese *whisky*. Nnu Ego le preguntó con los ojos abiertos:

—¿Por qué dicen que nuestro *ogogoro* es ilegal? Solo por beberlo, encarcelaron a muchos de los amigos de mi padre.

Nnaife se rio con la risa amarga de un hombre que se ha vuelto cínico, y que ahora se daba cuenta de que en este mundo no hay ni una persona noble. El hombre, en aquellos últimos meses, había descubierto que había estado venerando una falsa imagen y que, bajo la piel blanca, igual que bajo la piel negra, todos los seres humanos son iguales.

—Si nos dejaran desarrollar la producción de nuestra propia ginebra, ¿quién compraría la suya? —explicó.

Sin embargo, la larga estancia de Nnu Ego en Lagos y su devoción semanal en la iglesia ibo de St. Jude habían surtido efecto. Preguntó con desconfianza:

—Pero nuestra ginebra, ¿es pura como la suya?

—La nuestra es aún más fuerte y pura; tiene más cuerpo. Vi cómo la bebían en los barcos en Fernando Poo.

Así que, el día de la fiesta en la que el niño recibía un nombre, Nnaife sirvió *ogogoro* en abundancia y sus invitados se maravillaron ante la cantidad de dinero que se había gastado, pues creían que estaban bebiendo alcohol traído de la mismísima Escocia. No se les pasó por la cabeza dudar de él, puesto que la mayor parte de los miembros de la tripulación de los barcos regresaban a casa con todo tipo de cosas. Sus amos, que no podían comprar por completo a los trabajadores, los hacían trabajar como esclavos y les permitían llevarse todos los objetos inútiles que ya no les servían para nada. Se les pagaba —eran esclavos pagados—, pero la cantidad era tan ínfima que muchos blancos cristianos con un poco de conciencia se preguntaban si a alguien le merecía la pena dejar una esposa y una familia y pasarse casi un año de viaje. Sin embargo, Nnaife estaba encantado. Tenía incluso la esperanza de embarcarse otra vez en un viaje así. Pero el día de la ceremonia para poner nombre a su hijo se gastó una gran parte del dinero que había traído a casa. Su familia y él habían vivido tanto tiempo sin nada, que hundían en el fondo de sus pensamientos la idea de ahorrar un poco.

Nnu Ego, la mujer ahorradora, tiró la casa por la ventana y disfrutó de lo lindo aquella etapa. Se compró cuatro trajes, todos ellos de algodón de la tienda U. A. C. El día en el que se celebró la fiesta de su hijo, a quien llamaron Adim, que venía de Adimaua, cuyo significado era: «ahora valgo por

dos», Nnu Ego tenía un traje para la mañana y otro para la tarde. Nnaife proclamaba al mundo que tenía dos hijos varones, por lo cual él era dos personas en una, un hombre muy importante. Nnu Ego tenía otro traje para media tarde y otro de noche, más caro, de terciopelo. Este era tan bonito que hasta las mujeres que le habían echado una mano en épocas de precariedad la miraban con envidia. Pero le daba igual, se estaba divirtiendo. Para no ser menos, Oshia y su padre se cambiaron de ropa tantas veces como Nnu Ego. Fue uno de los días más felices de su vida.

Un mes después, Oshia empezó a estudiar en la escuela local de los misioneros, la Escuela Metodista de Yaba. Se sentía muy orgulloso, y no se cansaba de presumir de su uniforme caqui con un adorno rosa. Nnu Ego revendió el botín que se trajo su marido del barco durante los siguientes meses, lo que les permitió vivir cómodamente.

Nnaife estaba desarrollando una especie de dependencia hacia su vieja guitarra. Cantaba y tocaba aquel viejo instrumento, de visita a un amigo detrás de otro, sin pensar por un momento en volver a buscar trabajo.

—Me prometieron que volverían a llamarme —dijo—. Que vendrían a buscarme en cuanto estuvieran listos para navegar otra vez.

Nnu Ego estaba empezando a captar otra cosa. Desde que había vuelto, Nnaife había asumido de pronto el papel de amo y señor. Ahora tenía tal grado de confianza en sí mismo que muchas veces ni se molestaba en contestar a sus preguntas. El hecho de ir a Fernando Poo le había distanciado de ella. No sabía si aprobaba aquel cambio o no. Era cierto que le había dado suficiente dinero para la casa y, con las cosas que había traído de Fernando Poo, contaban con suficiente

capital, pero seguían sin gustarle los hombres que se quedaban todo el día metidos en casa.

—¿Por qué no te vas a Ikoyi y preguntas a esos europeos si tienen algún trabajo doméstico más y así, cuando se vayan a navegar, te llevan?

—Oye, tú, he estado trabajando día y noche sin parar durante once meses. ¿No crees que me merezco un descansito?

—¿Un descansito? Desde luego, tres meses es tiempo de sobra para descansar, ¿no? Podrías buscar algo mientras los esperas.

Si Nnu Ego insistía, él se iba de casa todo el día o recurría a su nueva afición, tocar la vieja guitarra del doctor Meers. Decidió dejarlo tranquilo una temporada. Por lo menos, tenían dinero para pagar el alquiler. También se aseguró de guardar algo para pagar otro curso del colegio de Oshia. Ahora disponía de un modesto puestecito fijo en la estación de tren, en lugar de esparcir sus bártulos en la acera de la estación. Oshia también la ayudaba. Después del colegio, se sentaba en el puesto de su madre delante de la casa, y vendía cigarrillos, queroseno, leña y añil para la ropa. En cuanto su madre terminaba de lavar y de fregar los cacharros de la cocina, lo dejaba ir a jugar con sus amigos.

Una de aquellas tardes, se sentó con sus vecinos frente a la casa, junto al poste de la luz que alumbraba todo el recinto. Adim, el hermanito de Oshia, ya tenía cuatro meses y estaba colocado con la espalda apoyada en un montón de arena para que aprendiera a sentarse. Se caía constantemente en la arena, como un muñequito de trapo, para regocijo de todos. Nnu Ego tenía el puesto abierto con la mercancía expuesta. Iyawo Itsekiri había empezado a vender carne de cerdo en una vitrina. Otra mujer del patio de al lado tenía

una bandeja grande llena de pan, de manera que, por las tardes, la fachada de la casa de Adam Street parecía un pequeño mercado.

Estaban las mujeres agradablemente ocupadas cuando oyeron llegar a Nnaife, el guitarrista, que volvía a casa. Les sorprendió porque, cuando salía en aquella época, no volvía hasta muy tarde, a veces, incluso, hasta las primeras horas de la madrugada.

—Mira—Iyawo Itsekiri señaló a Nnu Ego, que intentaba asegurarse de que no eran imaginaciones suyas—. Mira, tu marido ha vuelto pronto hoy. ¿Le pasa algo?

—A lo mejor ha decidido habitar su casa esta tarde, para variar. Y mira el grupo de amigos que se ha traído. ¿Van a montar una fiesta, o qué? Hasta nuestro viejo amigo Ubani lo acompaña. Hace mucho que no lo veo.

Dicho esto, Nnu Ego se olvidó de las carencias de su marido y salió corriendo, muy animada, a recibir a sus amigos. También estaban contentos de verla. Nnaife no dejó de tocar la guitarra durante aquellos alegres saludos. Nnu Ego presumió de hijos y Ubani observó lo alto que se estaba haciendo Oshia y le comentó a Nnu Ego lo mucho que le agradaría a Cordelia saber que los había encontrado con tan buen aspecto a todos.

—Ah, entonces, ¿no le has dicho que venías aquí esta noche?

—Pocos hombres les cuentan a sus mujeres adonde van —intervino Nnaife haciéndose el gracioso.

—No le dije a Cordelia que te iba a ver porque me encontré a tu marido por casualidad en Akinwunmi Street, pasando una tarde de juerga con unos amigos suyos, así que decidimos venir todos a verte.

Tenían todos un gesto como de inhibición, pensó Nnu Ego, aunque Nnaife no parecía darse cuenta de nada; ella empezó a ponerse nerviosa. A pesar de todo, dijo en tono desenfadado:

—Pasad, pasad, por favor. Oshia, cuida el puesto. Vuelvo enseguida.

Nnu Ego se dio cuenta de que tan solo Ubani estaba haciendo un esfuerzo por hablar. Los demás, Nwakusor, Adigwe e Ijeh, todos ellos hombres de Ibuza que vivían en los alrededores de Yaba, tenían un aire solemne. Desde luego, poco podía hacer ella por cambiarles aquellas caras tristonas, pero lo intentaría. Les dio nueces de cola y trajo cigarrillos y cerillas. Nnaife sacó su inseparable *ogogoro*, y la reunión enseguida se convirtió en una fiesta. Después de las oraciones, Nwakusor le dio una copita de *ogogoro* a Nnaife y otra a su mujer. Cuando los exhortó a que bebieran, Nnu Ego tuvo la sensación de que algo malo había pasado. Aquellos hombres habían venido a darle una mala noticia. De todas formas, como una buena mujer, tenía que hacer lo que se le dijera, no debía hacer preguntas a su marido delante de sus amigos. Pensó en su padre, que estaba envejeciendo muy deprisa, y notó palpitaciones de miedo. Empezó a temblar, pero se bebió el licor casero de un trago. Tosió un poco, cosa que hizo sonreír a los hombres que la miraban. Nnu Ego era una buena esposa, conforme con lo que le había tocado en suerte.

Nwakusor carraspeó y cambió su gesto habitual, frunciendo el ceño. Se dirigió a Nnaife llamándolo por su nombre completo y utilizando el nombre de su padre, Owulum. Le recordó que el día en que un hombre nace dentro de una familia pasa a compartir las responsabilidades de esa familia. Algunos hombres afortunados tenían un hermano mayor en

cuyos hombros recaía la mayor parte de la responsabilidad. Los demás hicieron un gesto de confirmación asintiendo con la cabeza en silencio. Era un hecho aceptado.

—En fin, tú, Nnaife, eras uno de esos afortunados hasta hace una semana. Pero ahora que ese hermano mayor tuyo ya no...

Nnaife, que estaba esperando con la guitarra apoyada en las rodillas a que Nwakusor terminara su discurso para tocar una de las canciones que había aprendido durante su breve estancia en Fernando Poo, lanzó su instrumento contra el suelo de cemento. El patético estruendo se apagó con un eco tan vacío que todos los ojos siguieron hipnotizados la caída para luego dirigirse hacia Nnaife, que dejó escapar un largo lamento. Se hizo el silencio. Nnaife contempló a sus amigos con la mirada perdida. Cuando Nnu Ego se recuperó del susto de la estruendosa guitarra, empezó a asimilar la noticia. Así que era eso. Ahora Nnaife era el cabeza de familia.

—Oh, Nnaife, ¿cómo te las vas a arreglar? Todos esos niños y todas esas mujeres.

Al sentir el golpe de la dura realidad, Nnu Ego dejó de hablar. Casi se tambaleó al notarlo. El hermano de Nnaife, el mismo hombre que había hecho la negociación de su matrimonio, tenía tres esposas cuando ella aún vivía en casa, en Ibuza. La gente no esperaría que Nnaife las heredara, ¿verdad? Miró a su alrededor aterrada y fue capaz de leer en los rostros enmascarados de los hombres allí sentados que ya habían pensado en eso y que habían venido para ayudar a su amigo y pariente a desenredar el problema. Por un momento, Nnu Ego se olvidó de esa buena persona que acababa de morir, en lo único que podía pensar era en su

hijo, que acababa de empezar el colegio. ¿De dónde sacaría Nnaife el dinero? Ay, Dios mío... Dejó al bebé encima de la cama y salió corriendo.

Se encontró con Mama Abby, que, al igual que muchas otras, se preguntaba qué era aquel ruido y aquellos lloros. Nnu Ego le soltó lo primero que le vino a la cabeza:

—Puede que Nnaife tenga pronto otras cinco esposas.

Al ver a sus amigas intrigadas, Nnu Ego empezó a explicárselo.

—Su hermano ha muerto y ha dejado varias esposas y sabe Dios cuántos hijos.

—Eso sí que es una mala noticia, ¿estás obligada a aceptarlas a todas? —preguntó Mama Abby, que no conocía muy bien las costumbres ibo—. Bastante tienes con tus propios hijos; la gente tiene que saber que Nnaife no cuenta con un trabajo estable.

—A lo mejor le piden que vuelva a su casa y se ocupe de la granja —dijo una de las mujeres con curiosidad.

Empezaron a hablar todas a la vez, una diciéndole a Nnu Ego lo que debía hacer, otra diciéndole lo que no debía hacer. Se oyó un murmullo de voces y Nnu Ego les dio las gracias y volvió con los hombres de su pueblo. Los amigos de su marido, tras servirle otro vaso de *ogogoro*, lo consolaban. A Nnu Ego le pidieron que trajera más cigarrillos de su puesto con una vaga promesa de que alguien se los pagaría. Entraron muchos vecinos y amigos para celebrar un pequeño duelo por el hermano de Nnaife.

Ubani fue el primero en marcharse. Pero, antes de hacerlo, llamó en un aparte a Nnu Ego y a Nnaife y los llevó fuera de la casa, puesto que su habitación estaba llena de gente que había venido a acompañar en el sentimiento a la afligida

familia y, de paso, se quedaba a tomar un vaso de ginebra o de *whisky* y fumar un cigarrillo. Corría una brisa fresca y se veía un cielo negro aterciopelado. Las estrellas brillaban caprichosamente contra aquel fondo de tinta y la luna estaba parcialmente oculta. Ubani les dijo que podía encontrarle trabajo a Nnaife como segador de la hierba que sobresalía entre los raíles del ferrocarril. A menos que prefiriera volver a Ibuza, Ubani le sugirió que se presentara al día siguiente.

Nnaife le mostró su sincero agradecimiento. No, no se iría a Ibuza. Llevaba tanto tiempo sin dedicarse al campo que prefería jugársela allí en Lagos. En el pueblo no habría manera de atender las innumerables demandas que le presentaría toda la familia. Tenía más oportunidades de vivir más tiempo si no se metía en lo que parecía un auténtico caos familiar. Enviaría dinero, por supuesto, a las esposas de Owulum, y se ocuparía de que los hijos siguieran con los pequeños cultivos. Pero les sería más útil quedándose en Lagos. Si lo aceptaban, desde luego que se iría con Ubani al día siguiente a trabajar.

Ubani le aseguró que sí lo harían; él mismo trabajaba ya como cocinero, nada más y nada menos, que del director del Ferrocarril de Nigeria, y era un puesto fijo. Lo contrataba el Departamento del Ferrocarril y no el director, de manera que, cuando quisiera dejarlo, lo enviarían simplemente a trabajar con un nuevo amo. Ubani se rio con amargura:

—En estos tiempos hablo como un viejo esclavo, agradecido porque me dejen sobrevivir.

—¿No somos todos esclavos de los blancos de alguna manera? —preguntó Nnu Ego con voz crispada—. Comemos si nos lo permiten. Si nos dicen que no, ¿de dónde sacamos la comida? Ubani, eres un hombre con suerte y me alegro por

ti. Puede que ganes poco y que el trabajo sea de esclavos, pero al menos tu mujer tiene la tranquilidad de saber que a final de mes tendrá dinero para darles de comer a sus hijos y a ti. ¿Qué más quiere una mujer?

—Hasta mañana, amigo. Ten cuidado con esos soldados hausas que desfilan por las calles.

A Nnaife le dieron el trabajo de cortar la hierba en el recinto de la estación. Le entregaron un buen chafarote y, con ropa hecha jirones, cortaba hierba durante todo el día, lloviera o hiciera sol. El trabajo era agotador y no le gustaba demasiado, sobre todo cuando, cada mañana, contemplaba a muchos de su pueblo rumbo a sus diversos trabajos. Sin embargo, como Ubani, trabajaba para el Departamento y no para un blanco en particular, y se propuso utilizar aquello para meterse en el taller.

Una cosa era segura: se ganó el respeto e incluso el miedo de su mujer Nnu Ego. Ahora, si se pasaba de los límites que él aguantaba, podía incluso permitirse pegarle. Le daba un poco de dinero para la casa, que llegaba para comprar una bolsa de *garri* y algunos ñames para todo el mes; el resto tendría que conseguirlo con las ganancias de su comercio. Además de eso, él pagaba el colegio de Oshia, que crecía deprisa y era el orgullo y la alegría de su madre. Adaku, la nueva esposa de su hermano muerto, vendría a vivir con ellos a Lagos y, al cabo de un tiempo, quizás se uniera la mujer mayor, Adankwo, que todavía estaba criando a un niño de cuatro meses. Ego-Obi, la segunda esposa, se volvió a su pueblo después de la muerte del hermano de Nnaife. La familia Owulum dijo que era una arrogante y ella, por su parte, declaró que la habían tratado tan mal desde la muerte de su marido que prefería estar con su propia familia. En

cualquier caso, no la echaron de menos, en primer lugar, no tenía hijos y, en segundo lugar, era muy agresiva. Adaku, por otra parte, tenía una hija, era más guapa que Ego-Obi y también más ambiciosa, como pronto comprobaría Nnu Ego. Adaku se aseguró de que Nnaife la heredara a ella.

Nnu Ego no daba crédito a lo que veían sus ojos cuando, una tarde, al volver del mercado, vio a aquella mujer joven sentada a la puerta de su habitación con una niña de cuatro años dormida encima de las rodillas. Nnu Ego sintió cierta envidia ante su atractivo, su aspecto juvenil; estaba rellenita, con el tipo de curvas que sientan bien a una mujer. Aquella mujer irradiaba paz y satisfacción, una satisfacción que evidentemente tenía una sana influencia en su hija también redondeada. Era una mujer oscura, de piel negra brillante y no demasiado alta. Llevaba el pelo trenzado a la última moda y, cuando sonrió y se presentó como «tu nueva esposa», el tono humilde resultó poco convincente. Nnu Ego sintió que debía hacer una reverencia a aquella criatura perfecta, ella, a quien una vez habían proclamado la mujer más guapa jamás vista. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué estaba tan demacrada, con la piel tan áspera y aquel aspecto tan envejecido, cuando aquella joven parecía un lago cristalino de aguas tranquilas? Nnu Ego, por momentos, fue presa de los celos, del miedo y de la ira. Odiaba a ese tipo de mujeres que adulaban a un hombre, dependían de él, lo necesitaban. Sí, a Nnaife sin duda le iba a encantar. Inconscientemente, le había disgustado su propia independencia, aunque con el tiempo se había visto obligado a aceptarla. Pero ahora había una nueva amenaza.

—No te preocupes, primera esposa. Yo saldré a vender al mercado. Te puedes quedar en casa y cuidar de los niños.

Lo único que necesito es que me enseñes dónde cocinas y haré la comida.

Nnu Ego se quedó mirándola. Había perdido el contacto con la gente de su pueblo hasta el punto de que la voz de aquella persona que la llamaba «primera esposa» la hizo sentirse no solo mayor, sino también completamente desconectada, como si fuera una marginada. Le sentó mal. Una cosa era que a una la llamaran así en Ibuza, donde la gente adquiría un estatus especial por ser veterana, pero otra cosa muy diferente era hacerlo allí en Lagos; aunque allí prevalecía la misma creencia, tenía un matiz diferente. Estaba acostumbrada a ser la única mujer de aquella casa, a tener a Nnaife para ella sola, a planificar con él el modo en que podían emplear el poco dinero que ganaba; aunque desde que había vuelto de Fernando Poo, fruto de aquel largo periodo de aislamiento, a menudo le contestaba con evasivas, pensaba ella para sus adentros. Pero ahora, aquella nueva amenaza...

¿Qué debía hacer? Se le había hecho llevadero mientras no era más que una posibilidad. Al no tener noticias ni confirmación del pueblo, se había dicho a sí misma que quizá las esposas del mayor de los Owulum habían decidido no ir. Desde luego, ella había mandado mensajes a Ibuza para informar a la familia de Nnaife de que las cosas estaban difíciles en Lagos, que Lagos era un sitio donde no te daban nada gratis, que el trabajo de Nnaife no era muy estable, que tenía que complementar el dinero para sobrevivir con sus exiguas ganancias. Se podía imaginar a aquella criatura riéndose para sus adentros diciendo: «Si tan mal se vive, ¿por qué se queda ella allí? ¿Será que no quiere que yo vaya?». Sí, desde luego, Nnu Ego no había querido que viniera. ¿Qué más

quería Nnaife? Ella le había dado dos hijos y, una vez que terminara de criar a Adim, no habría ningún obstáculo para que tuvieran tantos niños como quisieran. Conocía este tipo de mujer: una ambiciosa que ya estaba pensando en comer caliente solo porque estaba en Lagos.

Nnu Ego sabía que su padre no podría ayudarla. Le diría: «Escucha, hija, yo tengo siete mujeres. Me casé con tres de ellas y heredé a las otras cuatro por la muerte de otros parientes. Tu madre solo fue una amante que se negó a casarse conmigo. Así que, ¿por qué vas a enfrentarte a tu marido? Por favor, no vuelvas a deshonrar el nombre de la familia. ¿Qué mayor honor para una mujer que ser madre, y tú sabes que eres madre, no de hijas que se casarán y se marcharán, sino de dos hijos varones sanos y guapos, que son los hijos mayores de tu marido, y tú eres su primera esposa y la mayor? ¿Por qué te empeñas en comportarte como una mujer de familia pobre?». ¡Y todo aquello por un marido al que ni siquiera había deseado al principio! Un marido ante el cual había cerrado los ojos cuando se acostó con ella la primera noche, un marido que hasta hacía poco apenas tenía confianza en sí mismo, que solo hacía unos meses estaba gordo y tenía tripa por la inactividad. Ahora que estaba perdiendo peso por trabajar duramente al aire libre como hacían los demás hombres en Ibuza, Nnaife parecía más joven que los hombres de su edad, mientras Nnu Ego no solo se sentía, sino que también parecía mucho mayor tras el nacimiento de sus tres hijos. Todo aquello era injusto.

Intentó desesperadamente controlar sus sentimientos, poner buena cara, ser la típica esposa sofisticada de Ibuza y dar la bienvenida a otra mujer a su casa, pero no pudo. Odiaba aquello que llamaban «el estilo europeo»: lo que esa gente

que se hacían llamar *cristianos* enseñaba, que un hombre debía casarse con una sola mujer. Pero ahí estaba Nnaife no solo con dos, sino planeando tener tres o cuatro en un futuro no muy lejano. Aun así, sabía la respuesta que le daría para justificar el abandono de la monogamia. Diría: «Ya no trabajo para el doctor Meers. Trabajo cortando hierba para el Ferrocarril de Nigeria y emplean a muchos musulmanes, incluso a paganos». Solo había sido un buen cristiano mientras dependió del doctor Meers. Fue precisamente aquel trabajo, pues se veían todos los días y a todas horas, lo que la había llevado a ser tan dependiente de Nnaife. Llevaba ya más de siete años en Lagos y no se podían cambiar las costumbres de tanto tiempo en dos minutos, a pesar de lo humillante que era darse cuenta de que aquella mujer recién llegada de Ibuza la observaba con atención, e interpretaba todas las luchas y debates que se cruzaban en su mente. Adaku, sin embargo, fue capaz de disimular el disgusto que sentía con una vaga sonrisa que no acabó en una sonrisa plena, y tampoco en un gesto de desaprobación.

Como alguien que se despierta de un profundo sueño, Nnu Ego entró a toda prisa y, de pie junto a la puerta, llave en mano, dijo con la voz quebrada:

—Pasa, entra con tu hija.

Adaku, cansada del largo viaje, se mordió el labio inferior con tanta fuerza que casi le sangró. Sin decir una palabra, cogió en brazos a la niña dormida y la dejó en la oscura habitación; a continuación, volvió a la terraza a por sus cosas y, como se esperaba de ella, a por las verduras de Nnu Ego. Se había hecho a la idea de una bienvenida reticente, más o menos así; y, ¿qué alternativa le quedaba? Después de estar nueve meses enteros de luto por el difunto marido, se sen-

tía harta de Ibuza, al menos por una temporada. La gente le había advertido que sería difícil convivir con Nnu Ego, pero no le quedaba otra que aceptar a Nnaife o pasarse la vida luchando por sobrevivir. Su gente la había mandado a Lagos dándole sus bendiciones, pero a la hija de Agbadi su presencia le molestaba sobremanera. Nnu Ego tuvo suerte de que no hubiera otros hombres o mujeres de Ibuza que presenciaran aquella conducta tan poco ibo; mucha gente no lo hubiera creído. Sin embargo, a Adaku no le importaba; lo único que quería era un hogar para su hija y para sus futuros hijos. No quería más que un hogar, a diferencia de otras viudas que se habían vuelto a casar pasando a formar parte de otras familias. No, merecía la pena pasar por una pequeña humillación para tener y mantener a los hijos juntos en la misma familia. Por sus propios hijos haría caso omiso de aquella gata celosa. A saber, se dijo a sí misma, a lo mejor a Nnaife le gustaba. Solo tenía que esperar y comprobarlo.

Nnaife estaba encantado con su buena suerte. Resplandeciente como un niño a quien regalan un nuevo juguete, fue exhibiendo a Adaku, su nueva esposa, por el recinto. Le enseñaba cosas por aquí y por allá y compró un poco de vino de palma para celebrar que había llegado sana y salva. Acogió a la hija de Adaku como si fuera suya y juró solemnemente por su difunto hermano que cuidaría a su familia como a la suya propia. Llamó a Oshia y le presentó a la pequeña Dumbi como su hermana. Oshia, que sospechaba que a su madre no le gustaban su nueva hermana ni su madre, preguntó:

—¿Cuándo se vuelven al sitio de donde han venido, padre?

Nnaife le regañó y lo llamó egoísta; le dijo que si no tenía cuidado se haría un hombre egoísta a quien nadie ayudaría ante las dificultades. Nnaife aterrorizó a Oshia contándole

una historia que, por lo visto, había sucedido en el barco de un blanco que murió solo por estar demasiado pendiente de sus propios asuntos.

Nnu Ego estaba ocupada sirviendo la sopa mientras tenía lugar aquella arenga, y sabía que la mitad de aquella historia no era cierta. Sintió que Nnaife estaba haciendo el ridículo y que, casi como un niño, estaba intentando presumir de su conocimiento del mundo ante su nueva esposa. Nnu Ego estaba doblemente molesta porque esta emitía unos ruiditos muy alentadores, como si Nnaife estuviera contándoles un excitante viaje a la luna.

—Por Dios, Nnaife, ¿qué es lo que no pasó en aquel barco en el que navegaste hace tanto tiempo? —Esperaba que los otros se rieran, pero su hijo Oshia estaba tan impresionado con las historias de su padre que desaprobó tajantemente la interrupción de su madre y protestó indignado:

—¡Pero es verdad, madre!

—A veces pasan cosas raras en esos barcos que navegan por los grandes mares y los hombres ven cosas peculiares. Eso se sabe hasta en Ibuza —intervino Adaku, a quien nadie había invitado a hablar.

Nnu Ego se quedó quieta. Sabía que si no tenía cuidado podía colocarse en una situación arriesgada en la que Adaku lucharía por ganar la aceptación de Nnaife. Era extraño ver cómo, en menos de cinco horas, Nnaife se había convertido en un objeto valioso. Pasó por alto el comentario de Adaku, como si no se pudiera responder nada, pero regañó a su hijo:

—¿Qué clase de hijo eres tú al contestar así a tu madre? Un buen hijo tiene que respetar siempre a su madre; en un lugar como este, los hijos varones pertenecen también a la madre, no solo al padre.

Nnaife simplemente se rio y le dijo a Oshia que no volviera a contestar así a su madre, y añadió con un toque de ironía:

—Los hijos varones a menudo son dignos hijos de sus madres.

Otra vez se oyó aquella voz tranquila, suave, que Nnu Ego llevaba todo el día intentando aceptar como parte de su vida a la vez que se decía a sí misma que la dueña de la voz no pertenecía a su familia o que, si alguna vez llegaba a hacerlo, sería solo de manera temporal; pero Adaku, la dueña de aquella voz perturbadora, parecía decidida a pertenecer desde el principio.

—En Ibuza, los hijos varones ayudan más al padre que a la madre. La alegría de una madre reside solo en el nombre. Se preocupa por ellos, los cuida cuando son pequeños, pero, en lo que respecta a ayudar verdaderamente en la granja y preservar el buen nombre de la familia, todos pertenecen al padre...

Nnu Ego cortó la explicación de Adaku al traer la sopa humeante que había estado sirviendo detrás de la cortina. Al ponerle un cuenco a Nnaife, dijo con desdén y cierta mofa:

—¿Por qué no le explicas a la mujer de tu hermano que estamos en Lagos, no en Ibuza, y que aquí no tienes ninguna granja para Oshia en la estación donde cortas hierba?

Comieron la sopa en silencio. Nnu Ego, Adaku y los dos niños, Oshia y Dumbi, compartieron el mismo cuenco de ñame machacado y de sopa. La mente de Nnu Ego estaba lejos de la sopa y ella actuaba mecánicamente. Temía que se cuestionara su autoridad en la casa de Nnaife. Aprovechaba cada oportunidad para recordarse a sí misma que ella era la madre de los dos hijos varones de la familia. Incluso, cuando hubo que repartir el trozo de carne entre los dos hijos, le dijo

a Dumbi que debía respetar a Oshia, puesto que era el heredero y el futuro dueño de la familia. Las pocas posesiones que tenían –la cama de hierro de cuatro patas que Nnaife había comprado con el dinero de su viaje a Fernando Poo y los grandes espejos de la pared– eran objetos que tenían un tremendo valor para Nnu Ego e, incluso, aunque su hijo nunca llegase a hacerse granjero, quería asegurarse de que todo sería para él. Volvió a darse cuenta de que estaba haciendo el ridículo porque nadie la estaba desafiando, era algo que se sabía. Sin embargo, se sentía obligada a expresar lo evidente para aliviar su agitación interior.

Después de comer, Nnaife la miró pensativo y dijo:

—La comida está muy rica; gracias, primera esposa y madre de mis dos hijos varones.

Ahora la sorpresa fue para Nnu Ego. Su marido jamás le había dado las gracias por cocinar, por no hablar del hecho de recordarle que era la madre de sus dos hijos varones. ¿Qué les pasaba a todos?

Nnaife estaba todavía observándola desde su silla; los demás miembros de la familia comían sentados en el suelo.

—Ya ves, la muerte de mi hermano nos trae cambios a todos. Ahora yo soy el cabeza de familia y tú eres la mujer del cabeza de familia. Y, como es costumbre entre las esposas mayores en Ibuza, hay cosas sobre las que no deberías hablar, ni siquiera deberías saberlas; si no, harás que la gente se burle o surjan rumores sobre ti. Nadie quería que mi hermano muriera. ¿Tú crees, conociéndolo, que era el tipo de hombre que os hubiera dejado mendigar a ti y a Oshia si me hubiera pasado algo a mí?

A Nnu Ego no se le ocurría nada oportuno que decir. Estaba un poco desconcertada. Tratar de ponerse filosófica,

como Nnaife, la haría caer en la tentación de atribuir profundidad a lo corriente. De todas formas, en su interior le estaba agradecida por hacer lo que para él debía de ser un esfuerzo tremendo.

Estaba decidida a abordar con paciencia lo que sabía que sería una gran prueba para ella. No solo era la madre de sus hijos, sino la madre natural y espiritual de aquella casa, de manera que debía empezar a actuar de ese modo. Le llevó un tiempo darse cuenta de que estaba amontonando los platos usados de la cena y se encaminaba a la cocina para fregarlos.

—Debería hacerlo yo —susurró Adaku detrás de ella.

Nnu Ego controló la respiración y apretó sus manos temblorosas. Entonces, habló en un tono de voz que hasta a ella misma la sorprendió:

—Pero, hija, tienes que conocer a tu marido. Ve con él, estoy segura de que tiene muchas historias que contarte.

Adaku se echó a reír, la primera risa de verdad que se había permitido desde su llegada aquella mañana. Era un sonido muy elocuente que le comunicaba a Nnu Ego que iban a ser hermanas en aquel asunto de compartir un marido. Entraba en la cocina riendo todavía cuando se presentó Mama Abby.

—Tu nueva esposa es simpática. Se ríe con mucha confianza y alegría en el día de su llegada.

—Una esposa mayor feliz hace que la casa esté alegre —replicó bruscamente Nnu Ego.

Sospechaba que todo el mundo debía de estar al corriente de su enfado por la presencia de Adaku y quería cortar aquel rumor cuanto antes. En definitiva, Mama Abby nunca había tenido que vivir como primera esposa, por no hablar de

acoger en la familia a una esposa más joven. Para callarla, Nnu Ego añadió:

—Tengo que ir a ver a nuestras invitadas.

Entró deprisa y, para distraerse, se centró en atender a la gente que fue pasando por la casa a lo largo de la tarde para ver a la nueva esposa. Nnu Ego intentó aguantarse las lágrimas cuando preparó su propia cama para Nnaife y Adaku. Haber decidido cumplir el papel de la esposa mayor madura era un acierto; no pensaba sufrir cuando llegara el momento en que Adaku durmiera en aquella cama. Se pondría unos tapones en las orejas y, cuando todos se acostaran, se aseguraría de colocar su pezón en la boca de su hijo pequeño Adim.

Mucho antes de que se fuera el último invitado, Nnaife ya le estaba diciendo a Oshia que se fuera a la cama porque se estaba haciendo tarde.

—Pero siempre nos quedamos hasta más tarde, padre.

—No discutas con tu padre. Vete a extender tu esterilla y a dormir; lo mismo te digo a ti, Dumbi, nuestra nueva hija.

Los vecinos que habían venido a dar la bienvenida a la nueva esposa captaron la indirecta y se marcharon. ¿Por qué Nnaife tenía qué hacerlo tan obvio?, se preguntó a sí misma Nnu Ego. Parecía como si Adaku fuera a marcharse tras esta noche.

—Intenta dormir tú también, esposa mayor —le dijo, y en aquel momento Nnu Ego sintió que realmente se estaba riendo de ella. Apenas podía esperar a que ella estuviese dormida para meter a Adaku en la única cama.

Se alegró de haberse hecho a la idea, porque Adaku resultó ser una de esas descaradas mujeres modernas que no gustaban nada a Nnu Ego. ¿Qué se creía que estaba hacien-

do? Con lo que parecía disfrutar, ¿tomaba a Nnaife por un amante y no por un marido? Intentó taparse completamente los oídos, pero aun así podía escuchar el tono exagerado de Adaku. Nnu Ego se pasó la noche dando vueltas en la cama, debatiéndose entre la agonía y la ira, imaginando todo lo que estaba sucediendo al otro lado de la cortina. No es que tuviera que imaginar mucho, porque incluso cuando intentaba no darse por enterada de lo que pasaba, Adaku no se lo permitía. Soltaba risitas, chillidos, gritaba y reía, hasta que Nnu Ego se convenció de que aquello iba dirigido a ella. En un momento dado, Nnu Ego se incorporó rápidamente en la cama y miró las sombras de Nnaife y Adaku. No, no tenía que imaginar lo que estaba sucediendo; Adaku estaba haciendo todo lo posible para que se enterara.

Cuando Nnu Ego no pudo aguantarlo más, le gritó a Oshia, que sorprendentemente dormía, a pesar de todo.

—¡Oshia, deja de roncar!

Se hizo silencio en la cama y de pronto se oyó una carcajada. Nnu Ego podía haberse mordido la lengua; lo que más le hirió fue oír a Nnaife comentar:

—Mi primera esposa no puede dormir. Tienes que aprender a disfrutar del placer en silencio, mi nueva esposa Adaku. Tu esposa mayor es como una señora blanca; no le gusta el ruido.

Nnu Ego mordió el pijamita de su bebé para no soltar un grito.

II · COMPARTIR UN MARIDO

Alrededor del año 1941, casi todo el mundo en el país tenía claro que había una guerra en alguna parte. Muchos no sabían ni por qué había comenzado, pero los más informados sabían que algo tenía que ver con los que en aquel momento gobernaban Nigeria, los británicos.

Las mujeres que iban a los mercados se daban cuenta de que no podían encontrar sal tan barata como antes. Tan escasas eran las mercancías que en los pueblos del interior se utilizaba sulfato de soda a modo de dinero.

En el colegio, los niños como Oshia no podían evitar ver imágenes de la guerra. Las paredes de la escuela estaban decoradas con fotografías de aviones de diferentes formas, algunos como pájaros y otros como los peces del mar.

Para la gente corriente, la situación no parecía tan lúgubre, aparte del hecho de que no podían encontrar pescado barato, como el pescado seco, y de que la mayoría de los alimentos importados se habían convertido en algo del pasado. Sin embargo, mucha gente se encontró atrapada en medio de aquel cambio: gente como Nnaife y su familia, familias que habían dejado sus comunidades en el campo para hacerse un hueco en las ciudades. En tiempos de paz esto era más fácil, uno siempre podía encontrar trabajo como sirviente doméstico. En aquel momento, en plena guerra y con los amos luchando en el frente, escaseaban el dinero y

el trabajo. Y, en la familia de Nnaife, cada vez eran más las bocas que había que alimentar.

Nnu Ego y la nueva esposa Adaku se quedaron embarazadas casi a la vez. Nnu Ego se puso de parto primero y dio a luz a gemelas.

—Tus primeras hijas, esposa mayor —dijo Adaku a modo de felicitación.

—Mm, ya lo sé, pero dudo que a nuestro marido le gusten mucho. Apenas se puede uno permitir una niña en una ciudad como esta, así que imagínate dos.

—Esposa mayor, yo creo que a veces eres más tradicional que la gente de Ibuza. Te preocupas demasiado por agradar a nuestro marido.

Nnu Ego rio débilmente al ver a aquella mujer más joven asear a las recién nacidas.

—Creo que es la influencia de mi padre. Me lo imagino pensando en los pros y los contras, luego riéndose de todo y preguntando a su amigo Idayi si está bien que mi *chi* me mande dos hijas en vez de una.

Se rieron las dos.

—Este es un mundo de hombres. Esposa mayor, cuando estas niñas crezcan, serán de una gran ayuda para sacar adelante a los chicos, podrás utilizar sus dotes para pagarles el colegio.

Nnu Ego miró a Adaku pensativa: «Esta mujer no es tonta», pensó. Tan abierta de mente. ¿Era quizás porque Adaku venía de una familia humilde en la que sus miembros no están obligados a agradar al resto, al contrario de lo que le sucedía a ella, que debía complacer siempre a su reverenciado padre, que tenía varios títulos? Suspiró y comentó en voz alta:

—Tienes razón. Mi problema es que me cuesta cambiar.

Cuando volvió Nnaife por la tarde y le dieron la noticia de que su mujer Nnu Ego había tenido dos niñas en el mismo parto, se rio en voz alta como solía hacer cuando tenía que enfrentarse a una situación imposible.

—Nnu Ego, ¿de dónde han salido estas? ¿No podías haberlo hecho un poco mejor? ¿Dónde vamos a dormir todos? ¿Qué van a comer?

—Dentro de doce años, cuando empiecen a recibir sus dotes, será otro cantar—intervino Adaku, con una amplia sonrisa, como si no quisiera hacer daño a nadie.

A Nnaife no le hizo gracia el atrevimiento de aquella mujer, pero se calló. Se lavó y se fue a beber con sus amigos.

—Ni siquiera ha propuesto nombres —se lamentó Nnu Ego.

—Los gemelos no merecen nombres especiales. Esta ha nacido primero, así que es Taiwo y esta es Kehinde: «la que llegó en segundo lugar».

Cuando Adaku tuvo su bebé unas semanas después, Nnaife se alegró más, porque la nueva esposa le había dado un hijo varón. Lo triste para todos fue que murió a las pocas semanas. Murió de convulsiones. La muerte del bebé sumió a Adaku en una profunda depresión. Era casi imposible convivir con ella. Echaba la culpa de su pérdida a todo y a todos. Nnu Ego intentó razonar con ella:

—Sigues siendo muy joven y concebirás con facilidad. No te rindas por este contratiempo.

—Claro, ahora tú puedes permitirte decir eso. ¿Te acuerdas, esposa mayor, de lo triste que estabas cuando tuviste a las dos niñas? Te habrías puesto mucho más contenta si hubieran sido niños. Yo he tenido un niño, mi único hijo varón, y no ha vivido. Ay, Señor, ¿por qué no te llevaste a una de las niñas y me dejaste a mi niño? Mi único niño varón.

—Pero de todas formas tienes a Dumbi —dijo Oshia sin que nadie le diera la palabra.

—Tú vales por diez Dumbis —le soltó Adaku.

Oshia ya había oído lo suficiente como para entender que él y su hermano Adim eran unas mercancías valiosas y que, como él era el mayor, era aún más valioso. Además, ¿no le había dicho su madre hacía tiempo que era un niño muy guapo? Sin embargo, estaba empezando a dudarlo ahora que había otros hijos en la familia. Echaba de menos la atención exclusiva de la que había disfrutado cuando era hijo único. De pronto, en el lapso de unos pocos años, se sentía relegado y, si quería algo, le decían que no fuera tan infantil. Su madre le repetía constantemente que se comportara como un chico de su edad: «¿No te das cuenta de que eres el mayor? Deberías comportarte y dar buen ejemplo».

Una tarde, Adaku dejó su duelo a un lado a regañadientes, ya que le tocaba cocinar.

—¡Oshia! ¡Dumbi! ¡Id a por agua del grifo para la cena!—. Dumbi cogió obediente su cubo, pero Oshia no hizo caso a Adaku.

—Oshia, ¿no me has oído? Ve a por agua —repitió Adaku—. Dumbi ha salido ya.

—Yo no voy. Soy un niño. ¿Por qué tengo que ayudar a cocinar? Eso es un trabajo de chicas —gritó Oshia, y siguió jugando con sus amigos.

La gente que estaba sentada en el recinto se echó a reír.

—Como un chico —murmuraron, entretenidos.

Pero aquel comentario infantil irritó a Adaku. Volvió a llorar por su bebé muerto convencida de que la gente se burlaba de ella por no tener un hijo varón.

—¡Oshia, ven aquí ahora mismo! —le gritó Nnu Ego—. ¿Por qué eres tan grosero con la mujer de tu padre? ¿No sabes que es como una madre para ti? —Pegó a su hijo de ocho años, que le gritó con rabia:

—¡No me gusta! ¡Me da unos dolores de cabeza horrorosos! Anoche soñé que intentaba empujarme a una zanja. ¡No me gusta!

—¿De qué sueño hablas? — preguntó Nnu Ego con voz asustada. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que los lamentos de Adaku no eran solo porque había perdido a su propio hijo, sino porque Nnu Ego ya tenía dos hijos. Eran muy conocidas las historias de esposas jóvenes que hacían daño a los hijos varones de las esposas mayores.

—¿Por qué no me lo has contado? ¿Por qué me lo dices justo ahora cuando te estoy regañando? —Nnu Ego insistió en voz baja para que no la oyera Adaku.

—No me habrías creído —se quejó Oshia—. Siempre la apoyas y no me haces caso, todo el tiempo preocupándote por Adim y las gemelas. No me habrías creído.

Nnu Ego se llevó corriendo a Oshia al curandero local, que escuchó la historia del niño. No dijo que eran imaginaciones del niño ni le instó a que dejara de mentir; después de todo, tenía que ganarse la vida de alguna manera. En lugar de eso, el *dibia* hizo una danza, farfulló unas palabras, escupió, se movió convulsionando y, finalmente, anunció en un extraño tono de voz:

—El niño tiene razón. Debes proteger a tus hijos contra los celos de la esposa joven. Si me traes dos gallinas y un metro de tela blanca, les prepararé un colgante a tus hijos para que lo lleven puesto. Los protegerá de todo tipo de celos.

Oshia estaba fascinado. Le entusiasmó la visita al curandero y lo hizo sentirse importante, sobre todo, cuando su madre le compró un gran plátano asado a la vuelta. Después, les preparó una mezcla de raíces que él y su hermano Adim debían beber y les frotó las venas con unas cenizas negras.

—¿Esto nos va a proteger de Adaku? —preguntó Oshia en un susurro.

Su madre asintió y, colocándose un dedo en los labios, le dijo con seriedad:

—Pero no se lo cuentes a nadie.

El niño asintió con la satisfacción de haber recuperado su lugar.

Adaku, sin embargo, no paró de quejarse y lamentarse por todo. Una tarde observó cómo Nnu Ego contaba sus peniques en la terraza y planeaba las ventas para el día siguiente. Nnu Ego siempre lo hacía al caer la noche, aprovechaba el aire fresco antes de retirarse dentro de su cargada habitación. El dormitorio estaba invadido de esterillas de dormir y de utensilios y, aunque habían adquirido otra cama para Nnu Ego, una de madera que le brindaba un poco de intimidad, había un espacio mínimo entre las camas.

—No entiendo cómo nuestro marido se pasa toda la tarde fuera con esa guitarra destrozada, bebiendo por todo el vecindario —comentó Adaku.

—Los hombres siempre se divierten —contestó Nnu Ego distraída, y volvió rápidamente a sus cuentas.

Por ella, cuanto más tiempo estuviera Nnaife por ahí, mejor. ¿Dónde iba a estar? ¿Allí en la terraza también?

—¿Sabías que si tocas música por la noche atraes a los espíritus malos a ti y a tu casa?

—¿Qué has dicho? —Nnu Ego miró a Adaku por primera vez desde que había empezado aquella conversación innecesaria.

Adaku repitió lo que había dicho y Nnu Ego suspiró, preguntándose si Adaku se quejaría a continuación de que la música sin melodía de Nnaife había contribuido a la muerte de su hijo. «Dios mío, por favor, dale otro hijo varón para que tengamos un poco de paz en esta casa».

—Sé que en Ibuza dicen que si uno canta por la noche se busca un problema. Tengo entendido que a las serpientes les encanta la música. Siempre me ha extrañado, porque la música es algo bonito. No entiendo por qué unas criaturas tan peligrosas como las serpientes pueden sentirse atraídas. En fin, eso dicen en Ibuza. Aquí en Lagos hay pocas serpientes y las serpientes de Ibuza jamás han visto un guitarrista.

Nnu Ego se rio, intentando dar un tono ligero a la conversación.

—La música que toca nuestro marido asustaría a todo bicho viviente, no atraería a nadie.

Pero Adaku no se rio. Siguió limpiándose los dientes agitada y moviendo los dedos gordos de los pies.

—No creo que sea bueno. Míranos a nosotras, intentando llegar a fin de mes mientras él despilfarra su dinero en bebida y encima no para de tocar la guitarra hasta la madrugada, despertando a vivos y muertos. Esta ciudad es un sitio misterioso, no tan pequeño como nuestro Ibuza. Un día invitará a un espíritu malo a esta casa —predijo con voz maliciosa.

—No, a esta casa, imposible. ¿Qué tiene de malo que un hombre se divierta un poco con sus amigos? Hablaré con él sobre el peligro de llegar tarde, pero Dios no dejaría que entrara ningún espíritu maligno en nuestra casa —zanjó Nnu

Ego. Amontonó las monedas que había estado contando y las metió en orden en el cinturón donde llevaba el dinero.

Advirtió debidamente a su marido del peligro, y Nnaife replicó con un gruñido que aquella casa no había sido precisamente un hogar para él. Siempre estaban los lamentos de Adaku, los bebés echándosele encima y Nnu Ego con sus quejas sobre el precio de la comida. Si se marchaba, era para olvidar.

—Ya conoces el dicho: «Si no puedes morder, tápate los dientes». La aceptaste —No prosiguió. Sabía que para Nnaife era una responsabilidad heredar a las viudas de su hermano.

—¿Crees que las otras mujeres no estarían aquí si tuviéramos suficiente espacio? Mira, mujer, no me recuerdes mis deberes. Los conozco muy bien. Vendré cuando me dé la gana.

El día siguiente era sábado y su amigo Nwakusor celebraba el nacimiento de su hijo. Nnu Ego y Adaku habían estado allí todo el día con sus hijos, cocinando, comiendo y bailando. Los niños se habían divertido muchísimo viendo a sus madres bailar una compleja danza de los ibos occidentales que se llamaba Agbalani. Se movían entrando y saliendo de los círculos, a la vez que hacían todo el ruido que podían. Ninguno de ellos iba bien vestido. Oshia llevaba los pantalones caqui del colegio con una de las telas de *lappa* de su madre de dibujos de mariposas atada al cuello con un buen nudo, casi todos los niños iban vestidos así. Pero se lo habían pasado como nunca. A Nnu Ego le dieron cuencos de arroz para llevarse a casa y Adaku recogió algunos *chin-chin*. Decidieron irse en cuanto se dieron cuenta de que los niños estaban agotados, y dejaron la juerga para los hombres.

Los niños se quedaron dormidos enseguida. Nnu Ego, a gatas, se adentró en aquel refugio que era para ella su cama de madera, aislada por una cortina, sintiéndose agradecida. Vio la guitarra de su marido y se rio para sus adentros. Nnaife pensaba llegar tarde aquella noche, decidido a divertirse, y por eso no se había llevado la guitarra. ¡Y decía que no era supersticioso! Sonriendo, comprobó que los niños estaban bien en sus esterillas y se dispuso a dormir. Sabía que Adaku estaría haciendo lo mismo. Le dio las buenas noches.

No tenía ni idea de cuánto llevaba durmiendo cuando la despertó el ruido de la guitarra. Con un gruñido, se fue medio adormilada a abrir la puerta. ¡Pero Nnaife no estaba en la puerta! Entonces se acordó de que no se había llevado la guitarra. Así que, ¿quién estaba tocando la guitarra? Despertó a Adaku y las dos escucharon muertas de miedo. No se atrevían a tocar aquella cosa. Un rato después, un embriagado Nnaife entró. Le contaron lo que había pasado y, sin más preámbulos, cogió el instrumento de la pared y corrió fuera tan rápido como pudo para destrozar a golpes la guitarra en el patio, diciendo que escucharía los consejos de sus esposas y que jamás volvería a tocar aquel instrumento fantasmal.

A la mañana siguiente, la historia de la guitarra que tocaba sola ganó tal credibilidad entre sus amigos que la gente estaba convencida de que los fantasmas habían seguido a Nnaife hasta su casa en ocasiones anteriores y que estaban ofendidos porque no los había llevado a la fiesta de imposición de nombre del hijo de Nwakusor.

Consultaron al curandero, quien les aconsejó que había que aplacar mediante sacrificios a los fantasmas a los que Nnaife había molestado. Así que Nnaife mató una cabra y enviaron todo el lomo del animal al curandero para que se

lo ofreciera a los fantasmas. Vinieron algunos amigos y danzaron y rezaron por el bien de la familia de Nnaife.

Oshia no sabía cómo tomarse todo aquello. Fue uno de los hechos que, a esa temprana edad, lo dejaron impactado acerca de la psicología de su pueblo. A lo mejor algunos curanderos podían ver el futuro, pero aquel hombre de Abeokuta que vivía entonces en Yaba no parecía tan fiable. Oshia sabía la verdad sobre aquel asunto. Había cogido unos ratones el día anterior al incidente y, mientras pensaba cuál era el mejor sitio para dejar a sus nuevos animalitos, su madre había entrado de pronto en la habitación. Como sabía que, si los veía, le mandaría sacarlos de allí de inmediato, los había metido rápidamente en el agujero del centro de la guitarra que colgaba de la pared.

—Nos vamos a la fiesta de imposición de nombre de un niño —le había dicho su madre—, así que vete a la fuente y trae agua para bañarte. Date prisa. Tenemos que ayudarlos a preparar la comida, si no, pensarán que solo vamos a comer y no a trabajar.

Oshia había hecho lo que le habían mandado; el resto del día lo ocuparon en ir a la casa de la familia de Nwakusor y volver tarde y cansados. Aunque sospechaba que los músicos eran los ratones que había metido en la caja, no dejó de disfrutar con la cabra y la celebración que había ocasionado aquello. No se atrevía a contar a sus padres lo que había pasado en realidad, sobre todo, porque habían repetido tantas veces la historia que la gente había empezado a tratar a Nnaife como a un héroe. Le aseguraron que, al ser tan buena su música, había alentado a los espíritus a volver a casa con él. Nnaife llegó incluso a decir que la última vez que había cogido la guitarra había sentido que no estaba solo, que al-

guien lo seguía. Después dijo que aquel mismo día había pasado por delante del cementerio de Igbobi. Y la gente lo respetó más aún. Más de una vez, Oshia miraba a su padre y se preguntaba si todo eso formaba parte del arte de hacerse un hombre. Pronto dejó de pensar en el incidente y, después, cuando la gente hablaba de ello, ya no estaba muy seguro de si era él quien estaba equivocado. Con todo, Nnaife ganó la reputación de músico magistral capaz de conmover hasta a los espíritus.

Si Nnu Ego sospechaba de alguien, no era de su hijo. Sospechaba que Adaku había pedido ayuda al curandero que frecuentaba para tratar sus dolores de espalda y que él había invocado a los muertos para que asustaran a Nnaife y le hicieran dejar la guitarra y así quedarse más tiempo en casa. Eso reforzó su propósito de tener más cuidado con el trato que le daba a aquella mujer. Adaku solo podía perder a su hija, pero ella, Nnu Ego, tenía mucho que perder.

Su padre le mandó muchos mensajes pidiéndole que fuera a verlo, porque le quedaba poco tiempo de vida pero, aunque la gente le dijo que estaba enfermo, Nnu Ego era incapaz de marcharse y dejar a sus hijos varones en Lagos para que continuaran su educación. Se había creado ella sola una amenaza irreal que le hacía temer que Adaku les haría daño en cuanto ella se diera la vuelta. Lo más que le podía prometer a su familia en Ibuza era que volvería a casa cuando los chicos estuvieran de vacaciones para que su padre también pudiera verlos. Mientras tanto, le mandó varias medicinas europeas y le aconsejó que las probara.

Se había propuesto contarle a Nnaife todas las quejas de Adaku, dejando aparte el asunto de la guitarra, pero Adaku insistía en que la única manera de dejarle claro que necesi-

taban más dinero para la casa era dejar de cocinar para su marido. La tarde que lo sugirió, Nnu Ego la miró durante un largo rato y luego le preguntó:

—¿Qué plan tienes? Estoy totalmente de acuerdo en que no nos da suficiente dinero para la casa. Estoy segura de que se gasta más en beber de lo que nos da.

Así que un día, poco después del episodio de la guitarra, Adaku y Nnu Ego dieron de comer a sus hijos en secreto y, cuando Nnaife llegó del trabajo, cansado y hambriento, se quedó perplejo al ver que, en lugar de un cuenco de comida cubierto con cuidado, sus dos esposas habían dejado tres libras en billetes, el dinero para la comida del mes intacto, tal y como él se lo había dado el día anterior.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó iracundo. Tenía la voz trémula y dirigió su desagrado a Nnu Ego, que pareció encogerse bajo su mirada. Si al menos pudiera explicarle que lo hacía por sus hijos... Apartó la mirada, mientras que, con manos temblorosas, ensartaba las cuentas de los colgantes que iban a llevar las gemelas alrededor de las piernas.

—El dinero que nos das para la comida es demasiado poco. Nwakusor y los demás hombres dan a sus mujeres el doble de lo que nos das tú. Cuando vamos al mercado, tenemos que andar dando vueltas de puesto en puesto buscando ofertas, porque no podemos pagar casi nada —dijo Adaku sin poder respirar.

—¿Y es esta la única forma de decírmelo? ¡Nwakusor, Nwakusor! ¿Cuánto creéis que gana? ¿No sabéis que gana un sueldo tres veces más alto que el mío? ¿No sabéis que es un trabajador de un oficio reconocido, mientras que yo solo corto hierba? Eres una mala influencia para esta casa, Adaku. Has ido a peor desde que se murió tu hijo; estás con-

tagiando tu amargura a todos. ¿Acaso no duermo contigo? ¿Qué más quieres?

Se dio la vuelta para mirar a Nnu Ego.

—¿Y tú, mi supuesta esposa mayor, te dejas guiar por esta mujer?

—Cada vez que se habla de sacrificarse, todo el mundo me recuerda que soy la esposa mayor, pero cuando hay algo en juego, entonces me dicen que me calle, porque desear cosas buenas de ningún modo beneficia mi situación. Puedo entender el valor de ser una esposa mayor en Ibuza, pero no aquí, Nnaife. Aquí no tiene el más mínimo sentido. Todo está muy caro. ¿Eres el único que no se ha enterado de que hay una guerra y que es difícil conseguir cosas en el mercado? No ha sido Adaku quien me ha metido en esto, ¡necesitamos más dinero!

—¿De dónde quieres que lo saque, eh?

—¿Qué pasa con la bebida que te compras? Con lo que te gastas en un barril de vino de palma podríamos pagar una comida entera para todos.

—Si no fueras la madre de mis hijos, te habría dado una lección esta tarde. Pero no te pases, porque todavía puedo hacerlo. ¿Quién paga esta habitación? ¿Quién te trajo aquí? Te crees que puedes desafiarme porque vendes unos miserables cigarrillos. Yo no empecé la guerra, ¿y qué tiene que ver conmigo?

—No voy a contestar a tu insulto, Nnaife. Tienes hambre y dicen que un hombre hambriento es un hombre enfurecido. No voy a decir nada más, excepto recordarte que el dinero que pedimos es para dar de comer a tus hijos, no para comprarnos *lappas*.

Aquello molestó tanto a Nnaife que cogió su servilleta y se la tiró a Nnu Ego, pero ella la esquivó y salió corriendo. En la terraza, Oshia se le acercó con una mirada acusadora.

—¿Por qué no has cocinado para padre? ¿Por qué no utilizaste el dinero para comprar comida? Solo es papel. Si no hay suficiente, puedes romperlo en trozos más pequeños para tener más.

—No lo comprendes hijo, la gente no rompe el dinero así como así. Necesitamos más dinero para comprar más comida.

—Pero hoy hemos comido un montón. Todavía hay un montón de judías para padre, ¿por qué no se las das?

—Ah, cállate. Eres un niño mimado que hace demasiadas preguntas.

De pronto Adaku empezó a gritar dentro de la habitación.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me va a matar, está loco!

—Le está bien empleado —dijo Oshia con una sonrisa cruel y salió corriendo.

—Espero que cuando seas mayor no seas como tu padre, Oshia — le gritó Nnu Ego. Oía los golpes que Nnaife le estaba dando a su coesposa. Pero ¿qué podía hacer? Nnaife había cerrado de un portazo, pero Nnu Ego no dejó de golpear la puerta para que abriera.

—Deja en paz a la pobre mujer. ¿Quieres matar al bebé que lleva dentro? ¡Abre la puerta!

Cuando Nnaife la abrió, Nnu Ego agarró el mango de *odo* que usaba para majar la comida y lo agitó amenazadora por encima de la cabeza de su marido, aunque en lo sucedido había habido más gritos que violencia física.

—¿No sabes que Adaku está embarazada? —preguntó—. ¿No lo sabes?

Nnaife se las arregló para liberarse de las dos mujeres, que no paraban de gritar. En aquel momento había otros inquilinos de la casa congregados allí, testigos de cómo aquellas mujeres rebeldes perseguían y reprendían a su marido.

—No pienso añadir un penique a ese dinero — dijo con firmeza—. Por mí os podéis morir de hambre.

Y salió andando hacia los puestos de los vendedores de vino de palma cerca de Suru Lere.

En la tranquilidad de la noche, cuando las mujeres estaban en la cama –cada una se curaba sus heridas y dormía a intervalos–, nadie supo en qué momento se levantó Oshia. Se fue sin hacer ruido hacia el cuenco donde guardaban el dinero, se sentó en la oscuridad y rompió cuidadosamente los billetes en trocitos. Aún estaba ocupado con aquella tarea, cuando entró Nnaife arrastrándose, borracho.

—¿Dónde está la maldi... maldi... vela? —dijo soltando un eructo—. Oshia, ¿qué haces?

Mientras buscaba a tientas las velas, sus mujeres fingían estar dormidas. Cuando consiguió encender una, lo escucharon soltar una carcajada.

—A tus madres les va a encantar esto, Oshia. ¡Ja, ja, ja!

—¿Qué pasa, Nnaife? ¿Qué ha hecho Oshia? —preguntó Nnu Ego saltando de la cama con tal energía que era obvio que llevaba todo el tiempo despierta.

—Mira a tu hijo, Nnu Ego.

—Ay, Dios mío, Oshia, ¿qué has hecho? ¡Has roto los billetes en trocitos! Ahora sí que no vamos a tener nada que comer. Oshia, ¿qué vamos a hacer?

—Yo solo quería hacer más dinero. Ahora hay mucho, así que ya no os tenéis que pelear —concluyó Oshia. El único dinero que había manejado hasta entonces eran unas mo-

nedas, y sabía que, en cierta forma, se podía hacer que un penique valiera más al cambiarlo por cuatro cuartos.

Nnaife se rio con satisfacción.

—Ahora tendréis que llevar vuestra huelga hasta el final. No os voy a dar ni un penique, porque no tengo ni un penique que daros. Me voy a la cama. Buenas noches.

Adaku y Nnu Ego creyeron que Nnaife se ablandaría, pero al cabo de unos días Nnu Ego vio claro que no iba a ceder.

—Danos solo lo que puedas, nos las arreglaremos —suplicó Nnu Ego.

—¿Cómo te las vas a arreglar con menos si con tres libras enteras te pusiste en huelga? Más te vale seguir en la misma línea que empezaste. Es tu responsabilidad alimentar a tus hijos lo mejor que puedas. No te preocupes por mí. Ya me cuidaré.

—Nnaife, no tengo nada con que alimentarlos. ¿Quieres que nos muramos de hambre?

—Vended vuestras *lappas*. Tú eres la esposa principal, utiliza la cabeza. Después de todo, me dijiste que sabías lo que hacías cuando decidisteis no cocinar para mí. Mi *chi* te ha dado una lección: no juegues con el estómago de un hombre. No fui yo quien rompió los billetes, fue tu hijo.

Nnu Ego continuó rogándole durante toda la mañana y, cuando Nnaife estaba a punto de irse a trabajar, salió corriendo detrás de él y volvió a suplicarle. Tenía cuatro hijos y estaba esperando otro, así que tenía que resolver el problema como fuera. Adaku solo tenía que preocuparse por sí misma y por su hija.

—¡Por favor, ayúdame, Nnaife, por favor!

—De acuerdo, ya veré lo que puedo darte cuando vuelva esta noche. Has aprendido la lección, esposa mayor.

Cuando se dirigía de nuevo a su habitación, Nnu Ego se sintió de pronto cautiva, presa del amor a sus hijos, encarcelada en su papel de esposa mayor. Ni siquiera se imaginaba tener que pedir más dinero para su familia; eso, para una mujer de su posición, era rebajarse. No era justo, pensó, la manera en la que los hombres utilizaban con astucia el sentido de la responsabilidad de las mujeres para esclavizarlas. Sabían que a una esposa tradicional como ella jamás se le ocurriría abandonar a sus hijos. Nnu Ego intentó imaginarse la cara de su padre si volvía a su casa y declaraba que Nnaife la había maltratado. La harían volver, avergonzada, a su responsabilidad. En el pueblo de Ibuza habría tenido su propia cabaña y al menos la tratarían como correspondía a su posición, pero en Lagos, donde tenía que enfrentarse a la dura realidad de sobrevivir a la miseria, ¿tendría razón su marido cuando le recordaba su responsabilidad? Parecía que todo lo que había heredado de su entorno rural era esa responsabilidad, pero ni una migaja del botín. Desde luego, aunque se había rendido y había reconocido su derrota, iba a aclarárselo a Nnaife cuando regresara del trabajo. Con aquella decisión final, volvió a sentir que resurgía la confianza en sí misma, como la fuerza del agua que emana de las profundidades de la tierra y arrastra todos los pensamientos lúgubres con un chorro claro y burbujeante.

En aquel estado de ánimo expectante, se gastó los últimos chelines que le quedaban en preparar el plato preferido de Nnaife, un guiso espeso y picante de ternera con pimientos y tomate. Dio de comer a sus hijos como si fuera el día de Navidad. No podía permitirse seguir con la huelga después de lo que había hecho Oshia, estaba dispuesta a reconciliarse.

Adaku se preguntó qué estaba pasando cuando vio aquel despliegue de comida. ¿Se había vuelto loca Nnu Ego despilfarrando los beneficios de su venta? ¿Qué le pasaba? Que se hubiera vuelto a quedar embarazada no era ningún motivo de celebración, lo único que significaba era que había otra boca que alimentar. Quizás Nnu Ego había aceptado dinero de Nnaife a escondidas. ¡La muy astuta! Seguro que por eso Nnu Ego había salido de casa tan pronto por la mañana.

—Esposa mayor, ¿te ha dado dinero para cocinar nuestro marido?

—No, no. Prometió que nos traería un poco esta tarde, así que le he hecho esta sopa especial para que esté contento.

—No me arrepiento de lo que hicimos —dijo Adaku.

—No estoy diciendo que me arrepienta. Lo único que digo es que no podemos seguir así y dejar que los niños pasen hambre.

—No nos dejaría pasar hambre. Habría cedido al final.

—Eso no lo sé, pero no voy a jugar a la huelga con los estómagos de mis niños.

—De todas formas, no está bien que tú lo arregles con él por ahí en secreto y que yo ni me entere. Cuando un hombre empieza a dejar clara su preferencia por una esposa, está buscando problemas. Yo le voy a esperar aquí y lo discutiré con él esta tarde.

Se sentó en la terraza cantando estrofas de canciones, esperando a que llegara Nnaife a casa, porque quería que le diera alguna explicación. Muchas veces había pensado que Nnu Ego era su favorita, pero se había mostrado reacia a hablar del tema abiertamente. Se dividían el dinero que Nnaife les daba y cada una lo utilizaba para cocinar el mismo número de días. El marido debía compartir la cama de

la esposa a la que le tocara cocinar, a menos que estuviera indispuesta, embarazada o amamantando a su hijo, aunque muchos maridos como Nnaife rompían esa regla según les apeteciera. A Adaku le molestaba cada vez que oía a Nnaife meterse en la cama de Nnu Ego cuando por derecho debía haber acudido a ella. Solo en aquel momento se le ocurrió que quizás Nnu Ego le había estado sobornando con platos de comida deliciosos a sus espaldas, contando con el dinero de sus propias ganancias. «Será imbécil, la sinvergüenza esta», dijo entre dientes. Cómo no se iba a quedar embarazada otra vez, al poco tiempo de tener a las gemelas; sabía cómo actuar por detrás y ganarse el favor de Nnaife. «En cuanto venga por aquí ese hombre», se juró a sí misma, «se va a enterar».

Pero Nnaife no llegó a la hora de siempre. Mientras esperaban, Adaku cantó todas las canciones que sabía y después, al ir desapareciendo la luz, decidió peinarse y hacerse trencitas. Cuando terminó, con un espejito de mano sujeto entre las rodillas y cantando, todavía enfadada, era ya la puesta del sol y no había ni rastro de Nnaife.

Nnu Ego entró y salió de la habitación, en una loca danza de impaciencia. ¿Dónde se había metido Nnaife? ¿Qué le había retenido aquel día entre todos los demás, cuando no tenían dinero para la casa, cuando ella, la esposa mayor, se había permitido gastarse más de lo que dictaba el sentido común, cuando sabía que estaba esperando otro niño y había tomado la decisión de decirle a su marido que no pensaba aceptar responsabilidades sin recompensa? Notó que poco a poco se le iba apagando la euforia de aquel día. A las seis de la tarde, había recalentado ya tantas veces la comida que no quería volver a hacerlo por miedo a que perdiera el sabor.

Adaku no dijo nada, sino que se deleitó mirándola con malicia. Le estaba bien empleado a la buena esposa Nnu Ego. Nnaife se había ido probablemente de juerga, a beber con sus amigos, y simplemente no se había molestado en volver a comer. Cansada de estar sentada, Adaku se levantó y preguntó en tono cortés, pero burlón:

—¿Quieres que meta la comida en casa? Casi no va a poder comer aquí fuera, en la terraza, con esta oscuridad.

—Sí, por favor, llévatela.

Nnu Ego dio vueltas sin parar, permitiéndose por una vez mostrarse ansiosa y agitada.

—Nuestro marido está tardando esta noche —murmuró—. Me pregunto dónde estará. Los cortadores de hierba no hacen horas extras.

—Es posible que se haya ido directamente a los puestos de vino de palma a beber en vez de venir a enfrentarse con nosotras.

—Me consta que en los diez años que llevo viviendo con él jamás ha hecho algo así —Nnu Ego descartó la idea.

—¿Ah, sí? Pues no me negarás que es un egoísta.

—Todos los hombres son egoístas. Por eso son hombres.

Adaku se puso a cantar otra vez y metió dentro el guiso frío y el arroz. Pero, cuando dieron las siete de la tarde, también ella se preocupó.

—Creo que deberíamos mandar a Oshia a casa de la familia de Nwakusor a ver si nuestro marido está con ellos.

A la vuelta, Oshia les dijo que Nnaife no estaba allí y que tampoco lo habían visto en los puestos de vino de palma. A la media hora no solo Nwakusor, sino también varios amigos más estaban tan preocupados como ellas, preguntándose dónde estaría Nnaife.

—Me dijo que nos traería dinero esta tarde —repetía una y otra vez Nnu Ego a todo el que se acercaba a ayudar en la búsqueda de Nnaife.

Al final, Ubani y Nwakusor aconsejaron a las mujeres que se fueran a la cama.

—Mirad, esposas, es casi medianoche y las dos estáis delicadas de salud. Nos quedaremos a esperar a vuestro marido. Un hombre no debería enfadarse tanto con su familia. Id a dormir.

Los hombres se sentaron fuera, en la terraza, fumando un cigarrillo detrás de otro.

Dentro de la habitación, Adaku dejó de dar importancia a sus celos de Nnu Ego y dijo en una voz grave y llorosa:

—Si Nnaife se muere, saldré corriendo para no parar nunca y que nadie me vuelva a ver jamás. A mi edad, perder dos maridos... ¡tiene que ser una maldición!

—Shh... —Nnu Ego susurró desde su cama, que crujía cada vez que se daba la vuelta y acrecentaba su desesperación—. No digas eso. No está muerto. No debes decir esas cosas.

Pero su voz no era nada convincente, también ella estaba a punto de llorar. Estaba aterrorizada, pero su cultura no le permitía sucumbir al miedo. Se suponía que, al ser la primera esposa, debía ser fuerte, debía comportarse más como un hombre que como una mujer. Como a los hombres no se les permitía expresar el dolor abiertamente, también ella tenía que aprender a ocultar el suyo.

Oyó llorar a Adaku y envidió su libertad.

12 · LOS HOMBRES VAN A LA GUERRA

A los hombres poco cualificados les resultaba difícil encontrar trabajo a principios de los años cuarenta. Cada vez en mayor número se marchaban de los pueblos para buscar trabajo en Lagos, y este fenómeno estaba arrebatando a los hombres más sanos y robustos de muchas regiones. Los que se iban reconocían que era mejor ir a trabajar para un amo o para una empresa antes que quedarse en sus granjas, en las que los ingresos dependían de los caprichos del tiempo y de la propia fortaleza física. En esas circunstancias, cuando los hombres envejecían, sus hijos varones les relevaban con toda naturalidad en el cultivo de las tierras de la familia y sus hijas, desde dondequiera que estuvieran una vez casadas, mandaban pequeñas contribuciones de tabaco y jabón o leña para calentar las chimeneas (puesto que en los pueblos del interior, especialmente durante la estación del Harmattan, la temperatura baja drásticamente, a veces a doce grados centígrados o menos; la gente mayor, acostumbrada a temperaturas por encima de los veinte grados, podía sentir mucho frío). Pero la generación de jóvenes como Nnu Ego y sus amigos preferían abandonar aquel tipo de vida. Los yoruba llevaban mucho tiempo en Lagos, desde la caída del gran Imperio de Benín, pero los ibos fueron uno de los últimos grupos en seguir aquella corriente. Aunque echaban de menos el sentido de pertenencia que existía en sus

comunidades, la ventaja de trabajar en las ciudades era que el sueldo era más regular; el salario podía ser escaso, pero pronto aprendieron a adaptar sus necesidades a los medios que tenían.

La gente no se tomaba el trabajo a la ligera. No podían permitírselo. Nnaife estaba entre los pocos afortunados que habían sido contratados por el gobierno; en este tipo de empleo, apenas había despidos, así que se podía confiar en que a la mañana siguiente nunca le dirían a uno que se había acabado el trabajo. Además, si trabajabas suficiente tiempo al servicio del gobierno, tenías una pequeña pensión asegurada, algo que era todavía bastante novedoso para la mayoría de los ibos. Poca gente disfrutaba de ese lujo; los que lo hacían pertenecían a las pocas familias privilegiadas que habían entrado en contacto con los europeos pronto y que, instintivamente, habían visto venir las nuevas tendencias y se mostraban dispuestos a adaptarse a ellas. En lugares como Asaba e Ibuza, ciudades ibo en Nigeria Occidental, los habitantes eran muy hostiles a la llegada de los europeos, por lo que la mayoría de los blancos que llegaron salieron huyendo para que no los mataran. Las tumbas de muchos misioneros y exploradores en el interior de la selva cuentan esta historia.

Sin embargo, Nnaife estaba dispuesto a intentar aquella nueva aventura. No le importaba dedicarse a cortar hierba, porque sabía que algún día tendría suerte: le daría el apretón de manos al empleado apropiado, que se llevaría sus papeles a la oficina para que lo trasladaran de la hierba a un empleo en los talleres. Esta era una de las razones por las que todavía iba a la iglesia, porque la mayoría de los predicadores y de los seglares que participaban eran empleados del ferrocarril y uno de ellos, un tal Okafor, incluso le había

prometido ocuparse de sus papeles, después de que Nnaife le diera la pertinente «propina» de cinco libras. De vez en cuando, Nnaife veía a aquel Okafor y le gritaba: «¡Buenos días, señor!» y el otro le soltaba un gruñido a modo de contestación. Se suponía que un hombre importante no debía tener demasiada familiaridad con subordinados como los trabajadores y los que cortaban el césped.

En su grupo eran unos doce, y habían ideado una manera de trabajar armonosiamente. Uno de ellos era el vigilante, que estaba al tanto de cuándo se acercaba el jefe. Los otros cortaban la hierba sin prisas y tenían un dicho: *Na government work, ino dey finish* [12]: «El trabajo del gobierno, nunca puede terminar». Justificaban su lentitud diciendo: «Si terminamos el trabajo, ¿qué harán nuestros hijos? Pues mejor que nos lo tomemos con calma». En el recinto de la estación de ferrocarril de Yaba, en Lagos, los jardineros no tenían que preocuparse por el día siguiente, porque en menos de una semana volvería a salir la hierba y habría que cortarla otra vez. Así, tenían la sensación de un ritmo circular, ya que terminaban donde habían empezado. Al cabo de un tiempo, uno se acostumbraba a este tipo de trabajo. Nnaife no solo se acostumbró a aquella rutina, sino que, de no ser por la falta de dinero, habría preferido seguir trabajando así. Estaba ya tan acostumbrado a estar al aire libre que le daba miedo ir a trabajar a la fundición, en la que había temperaturas tan altas que tendría que desnudarse casi por completo, tal y como había visto que hacían algunos de sus amigos.

[12] Frase en inglés *pidgin*. (N. *de la* T.)

A la mañana siguiente de los problemas con sus esposas, se sentó bajo el árbol del anacardo con sus colegas, ninguno de los cuales tenía mucha prisa por empezar su trabajo del día. Nnaife no había traído nada para desayunar y los otros conocían la razón.

—¿Siguen en huelga tus mujeres? —preguntó un hombre flaco que se llamaba Ibekwe.

Los demás se rieron y también lo hizo Nnaife, mientras cogía un poco del *garri* de Ibekwe y pescado seco del plato de otro. Todos compartían la comida, por lo que no les importó que tomara parte de sus provisiones.

—No —dijo Nnaife entre bocado y bocado—. La representante sindical se me acercó por esa carretera para decirme que está arrepentida y que reconoce que se equivocó.

Los otros volvieron a reírse.

—¿Quieres decir que ya se han rendido?

Nnaife hizo un gesto negativo con la cabeza.

—La mayor es vendedora y sabía que si no hacía algo, la familia —todos menos yo, claro— se comería hasta el último céntimo de sus ganancias.

—Por eso es bueno animar a las mujeres a vender, para que se enteren de lo que vale el dinero. ¿Le dijiste algo?

—No mucho. Sospecho que está esperando otro niño, por la manera en que se comporta. Normalmente es una mujer muy buena. Proviene de una gran familia.

—Pues qué pena que no se los traiga para que te ayuden a cortar la hierba —añadió otro trabajador al tiempo que se levantaba a controlar dónde estaba el jefe. Hizo la señal de que se acercaba, por lo que los otros se pusieron a blandir los alfanjes, dejando la comida a medias bajo el árbol, y empezaron a cantar mientras trabajaban. Uno se aclaraba la

garganta y empezaba una canción y los otros contestaban siguiendo la pauta de llamada y respuesta típica de la música africana. Los alfanjes se balanceaban en el aire durante la llamada y aterrizaban con el susurro del corte de la hierba al final del estribillo. Verlos trabajar, alzando y bajando los alfanjes, era todo un entretenimiento. A veces, un trabajador entusiasta dejaba de cortar por un momento para hacer un paso de danza él solo, para luego volver enseguida a la tarea. Por supuesto, en cuanto el jefe se iba, se paraban para coger aire de nuevo.

Aquella tarde observaron que había muchos camiones del ejército entrando en el recinto. Se preguntaban qué sucedía, aunque no podían pararse mucho rato a mirar. Se veía a oficiales europeos de impresionantes bigotes y de aspecto fuerte y malvado, y estaban también los soldados hausas, de elevada estatura, a quienes se denominaba *korofos*, policías del ejército. Este grupo era muy temido. Sus métodos de búsqueda de desertores eran bien conocidos. Muchos jóvenes nigerianos consideraban que sería divertido alistarse, sobre todo después de haber ido a la oficina de empleo cada dos días y sentirse frustrados por no encontrar trabajo. Algunos averiguaban demasiado tarde que no estaban hechos para los rigores de la vida castrense y se escapaban para volver a casa con sus madres. Aquellos policías del ejército no dejaban una piedra sin levantar para localizar a este tipo de desertores. Quizás se les temía también porque muy poca gente en el sur de Nigeria entendía su idioma; unos decían que hablaban hausa, otros que hablaban una lengua llamada munshi. Pero hablaran lo que hablaran, no había duda de que eran mucho más altos que el sureño medio: muchos de ellos medían por lo menos un metro noventa o

más. Aquel día en la zona del ferrocarril los korofos desfilaban de un lado a otro, como buscando algo. Observaron a los que cortaban la hierba y cantaban, pero no mostraron reacción alguna. Los oficiales europeos miraban más allá de ellos, como si no existieran, de la misma manera que los adultos mirarían indulgentemente a unos niños, encogerían los hombros y dirían: «Déjales que se diviertan».

Cuando sonó el silbato, se produjo la habitual estampida, era la hora de lavarse y volver a casa. Los que se dieron prisa se encontraban ya en el puente, por encima de los raíles. Nnaife dio las buenas noches a sus amigos y estaba a punto de unirse a la multitud que acababa de llegar al puente cuando aparecieron korofos por todas partes, agitando en el aire sus porras. Un oficial europeo se quedó detrás de ellos diciéndoles algo a los korofos. No estaba claro lo que pasaba, pero aquello tenía pinta de ser poco agradable. Muchos de los trabajadores volvieron rápidamente a sus talleres y otros salieron corriendo hacia la calle.

Levantando las porras, los korofos se pusieron a dar órdenes:

—¡De aquí para allí! ¡Subid al camión, venga, ahora mismo!

Al ser capturados, los hombres chillaban como mujeres. Nnaife fue uno de ellos. Se encontró con que lo metían a empujones en un camión del ejército cubierto con una lona.

—¿Por qué? ¿Por qué? —se preguntaban los trabajadores unos a otros. Nadie tenía la respuesta.

Nnaife vio cómo algunos intentaban escaparse, solo para que les cayeran unos buenos golpes de las porras en los hombros; los alaridos de dolor advirtieron a los otros de que era mejor quedarse y ser buenos chicos.

«Ya no existe la esclavitud, así que ¿por qué capturan a adultos a plena luz del día?», se preguntó Nnaife. Estaba demasiado aturdido como para pensar en su familia; solo podía pensar en lo injusto de la situación. Estaba tan preocupado que no pudo averiguar si iban a las barracas de Ikoyi en la isla o a las de Apapa o incluso a las que había visto tan a menudo en Igbobi, en Yaba. Estaba asustado, alterado y tenía hambre. ¿Cómo podía uno enfrentarse a tipos armados con pesadas estacas y escopetas?

Les hicieron pasar a un campo abierto y anotaron sus nombres. Les dijeron que comieran algo y que vendría un oficial a hablar con ellos. Nnaife estaba reacio al principio, pero al ver a los otros comer, también lo hizo, diciéndose para sus adentros que por lo menos resolvía el problema del hambre para que, cuando los dejaran irse, tuviera suficiente fuerza para volver andando a casa. Se alarmó realmente cuando, después de la comida, vino un médico a hacerles un reconocimiento a cada uno. Nnaife se dio cuenta de que estaba perdido. Lo sintió en el preciso momento en que miró a su alrededor y vio a su compañero Ibekwe, con un aspecto tan anonadado como el suyo. Se comunicaron con la mirada; poco podían hacer aparte de esperar y ver qué sucedía. El doctor, un indio, dio unas palmaditas en el pecho a Nnaife, le miró la garganta y los oídos antes de declararle «apto», que fue todo lo que Nnaife oyó. ¿Apto para qué? Estaba a punto de darse la vuelta para preguntarlo, pero un korofo le empujó hacia delante para que dejara sitio a otro hombre que venía, como él, desnudo de cintura para arriba.

En el pasillo, les dijeron que esperaran; la mayoría se había sumido en el silencio, con sus mentes ocupadas como relojes y con la mirada vigilante. Enseguida acabó el reco-

nocimiento. Llamaron a algunos, que Nnaife no volvió a ver. Él, Ibekwe y otros treinta hombres se quedaron, mientras que metieron a otros sesenta en el camión.

En otra habitación, les dijeron finalmente por qué habían sido reclutados así. Iban a alistarse en el ejército.

—¡El ejército!

Unos pocos tuvieron el coraje de gritar improperios; otros se unieron, y un oficial con bigote les dejó que enloquecieran tanto como quisieran. Al cabo de un rato, durante el cual algunos lloraban lágrimas que caían sin rubor por sus mejillas, el oficial exigió silencio. Después les dijeron que cuidarían bien de sus mujeres y sus parientes. Cuando le preguntaron a Nnaife por su familia, dio el nombre de su mujer Nnu Ego. Le dijeron que le pagarían la importante cantidad de veinte libras y que le enviarían cantidades similares de vez en cuando. Después de recuperarse del impacto que le produjo eso de que se enriquecieran su mujer y su familia a costa de que él se fuera a luchar por los blancos, Nnaife quiso saber con qué frecuencia se haría aquel pago. Le informaron de que sería más o menos entre dos y cuatro veces al año. A los reclutados les aseguraron que su servicio no duraría más de un año, ya que el enemigo estaba a punto de ser aniquilado. Lo más importante, les dijeron, era que todos ellos serían ascendidos en sus puestos de trabajo a su vuelta. Nnaife, por ejemplo, se trasladaría al taller y se haría aprendiz de un oficio, con el que ganaría un mejor sueldo.

Después de todas aquellas promesas, los hombres empezaron a pensarlo mejor. Aquella era una oportunidad de sacar a sus familias del tipo de vida que habían llevado; jamás se les había ocurrido pensar que habían vivido en la pobreza. Ciertamente, ¿no vivía así la mayoría de la gente? En fin, el

trabajo en el ejército les permitiría elevar su nivel de vida. Nnaife reconocía que, si asumía aquel riesgo, sus dos hijos tendrían una buena educación. También la obtendrían los tres hijos varones de su hermano, que vivían de la ayuda del pueblo en Ibuza. Nnaife se decidió a arriesgarse. Les dieron un papel y una pluma para escribir a los familiares a su cargo y contarles la mejor manera de gastar el dinero y, puesto que muchos de los hombres no sabían escribir, lo hicieron por ellos algunos oficiales negros que habían sido empleados para la tarea.

Más tarde, Nnaife vio a Ibekwe con la cabeza afeitada y con un uniforme nuevo. Le dijo a Nnaife que le había pedido a su mujer (solo tenía una) que volviera a casa, a su pueblo, y que le esperara allí. Sus padres se encargarían de su salario. Sus hijos eran muy pequeños y no empezarían el colegio hasta que volviera su padre. Después de todo, solo iban a estar fuera un año. Nnaife pensó que Ibekwe había tomado la decisión correcta.

Nnaife prefería que Nnu Ego se quedara en Lagos, continuara con su comercio y cuidara de la casa lo mejor que pudiera. Le dijo que debía mandar dos libras a Ibuza para pagar el curso del colegio del hijo mayor de la familia de Owulum en la Escuela Católica de allí; costaba cuatro chelines al trimestre, de manera que eso sería suficiente. Debía hacer lo mismo cuando recibiera el siguiente pago, pero la avisó de que considerara cada pago como el último que recibiría; no sabía a dónde iba ni si volvería vivo.

Nnu Ego tendría que dar cinco libras a su co-esposa Adaku para que lo empleara en comenzar sus ventas en el mercado. Debían repartir el gasto de dinero entre el pago del alquiler y la comida para los niños. Nnu Ego se ocuparía

de que los gastos de la escuela de Oshia y Adim se pagasen puntualmente.

Nnaife se convenció a sí mismo de que estaba haciendo lo correcto. De todas formas, no tenía elección. Como cortador de hierba, solo le habían pagado cinco libras al mes. Daba tres libras de aquella cantidad a sus esposas para la comida; había enviado diez chelines a sus parientes del pueblo y había pagado otros diez a su *esusu*, una especie de ahorro entre amigos por el cual cada miembro del grupo recogía contribuciones por turno. Nnaife se gastaba lo que quedaba. En aquella época, las cosas eran baratas; con un barril de vino que solo costaba seis peniques se podían emborrachar varios hombres. Los gastos del colegio de Oshia y su hermano ascendían a ocho chelines cada trimestre. En conjunto, hasta aquel momento traumático, habían ido tirando con su modesto sueldo. Nnaife estaba seguro de que, de todas formas, su mujer Nnu Ego sería capaz de arreglárselas.

A la mañana siguiente, Ubani despertó a Nnu Ego y a Adaku. Parecía triste, y Nnu Ego no tuvo la menor duda de que algo terrible había sucedido.

—¿Se ha muerto Nnaife? —preguntó, armándose de valor para lo peor.

—No, no ha muerto. Está vivo, solo que le han obligado a alistarse en el ejército.

—¡El ejército! —repitieron a coro las dos mujeres, sin poder creer lo que oían.

—¿Cómo pueden obligar a alguien a alistarse en el ejército? —preguntó, incrédula, Nnu Ego—. Se dedicaba a cortar hierba. Ay, Dios mío ¿qué podemos hacer, Ubani? Esto de estar casada con un soldado, un saqueador y un asesino de niños... Ay, Ubani, ¿no podemos hacer nada?

Adaku, horrorizada, empezó a lamentarse y a dar gritos.

—¡Es mejor morir que vivir así! Pobre Nnaife, ¿por qué él?, ¿por qué él?

—No hay nada que podamos hacer. Los británicos son nuestros dueños, igual que Dios y, de la misma manera que Dios, tienen la libertad de coger a cualquiera de nosotros cuando quieran.

En aquella época y situación, los nigerianos no tenían voz. Ningún periódico informaría de lo que había sucedido; incluso, si se diera la noticia, ¿cuántos entre los afectados sabrían leer y cuántos podrían permitirse comprar un periódico?

Entonces, Nnu Ego se dejó llevar por toda la emoción contenida.

—¿Cómo vamos a arreglárnoslas? —preguntó a Ubani, que a pesar de ser del Este, se había hecho íntimo amigo de la familia—. ¿Qué vamos a hacer con todos estos niños? No voy a ser capaz de dar de comer a todo el mundo y pagar el alquiler.

—Tu gente de Ibuza tiene una reunión esta tarde y hablarán del tema. Tendrás que aprender a olvidarte de esas supersticiones sobre los soldados. En esta época, estar en el ejército es un trabajo como cualquier otro. De hecho, si a mi amigo le va bien, llevará una vida mucho más cómoda cuando vuelva. Dejará de cortar hierba, eso es lo que me ha dicho mi jefe esta mañana. Por favor, no pierdas la esperanza. Ya verás cómo enseguida tendrás noticias de él. Bueno, me tengo que ir ya. He traído una bolsa de galletas para los niños, son un dulce europeo. Espero que les gusten—. Ubani se marchó.

Al poco rato, la habitación y la terraza se llenaron de gente que las acompañaba en el sentimiento. Hasta el casero yoruba, al que no le caía bien Nnaife, se lamentó:

—¿Qué tipo de vida nos espera si secuestran en plena luz del día a un cabeza de familia numerosa?

—Es increíble —dijo Mama Abby—. Había oído hablar de otros casos, pero nunca pensé que fuera a ocurrirle a un conocido. ¿Por qué no resuelven ellos sus propias guerras? ¿Por qué tienen que arrastrarnos a nosotros, los africanos, que no tenemos nada que ver?

—No tenemos elección —concluyó el casero.

Al final de la tarde, se quedaron aún más espantadas al enterarse a través de Nwakusor de que a los soldados recién reclutados solían sacarlos del país en veinticuatro horas. Nwakusor intentó tranquilizar a las mujeres diciéndoles:

—¿No sabíais que muchos jóvenes del campo dejan Ibuza para alistarse en el ejército? Logran mucha más estabilidad en la vida y aprenden un oficio que luego les será útil. Nnaife os mandará dinero. Así que de vosotras depende lo que decidáis hacer. ¿Podéis defenderos en esta ciudad?

—Yo puedo volver a vender cuando nos llegue el dinero. De momento, solo tengo una hija, así que no me irá tan mal. Cuando nazca este niño, podré incorporarme otra vez. Pero no puedo hablar por la esposa mayor.

—Nnu Ego, estarás mejor en Ibuza —fue la opinión unánime.

—Sí, creo que sería lo mejor. Me he enterado de la enfermedad de mi padre. Ya es muy mayor y le gustaría ver a los chicos.

A Ibuza llegó pronto la noticia del secuestro de Nnaife. Agbadi le mandó mensajes urgentes a su hija para que volviera a casa. No quería que se quedara allí y sufriera, y además él se estaba muriendo.

—Pero ¿cómo me puedo ir sin dinero, Adaku? ¿Sabes lo que me preocupa también? Ni siquiera sabemos dónde está nuestro marido, ni si está vivo o muerto. No sé cómo me sentiría si me mandaran matar a gente que no me hubiera ofendido. Pobre Nnaife, ¿conoces a alguien que haya tenido tan mala suerte?

Adaku negó con la cabeza.

Finalmente, les llegó la carta de Nnaife y Nnu Ego le pidió a Mama Abby que se la leyera. Después, volvió corriendo a la habitación para contarle la buena noticia a Adaku.

—¡Nnaife está sano y salvo! Va de camino a un lugar llamado India, aunque no sabe dónde queda. Nos ha mandado dinero, tengo que ir a la oficina de correos a recogerlo. Te tocarán cinco libras, para que después del nacimiento de tu niño te puedas alquilar un puesto en el mercado de Zabo y empieces a vender. Yo todavía no voy a poder hacer nada de eso. Demasiados hijos y la mala salud de mi padre. Mama Abby me ha aconsejado que de momento deje una parte de lo que me corresponde en la oficina de correos.

—¿Quién se encargará de tu dinero en ese sitio? —quiso saber Adaku.

—El gobierno. Mama Abby dice que, además, dará un interés que nos permitirá pagar la educación de los chicos. Nnaife nos ha mandado veinte libras; dos libras son para Adankwo, nuestra esposa mayor en Ibuza, así que, descontando lo tuyo, el resto es mío.

—Ay, esposa mayor, eres rica. Desde luego, si vuelve a mandar una cantidad así, te harás muy rica.

—¿Tú has pensado la cantidad de niños que tengo que cuidar? Y en la carta dice que no contemos con nada más.

Aunque enviará más cuando pueda, nos aconseja que aprovechemos al máximo lo que tenemos, ya que la vida es muy imprevisible.

Mama Abby dejó sus tareas domésticas y acompañó a Nnu Ego a la oficina de correos. Los empleados les pidieron que firmaran muchos papeles, pero, después de esperar tres horas, el dinero acabó finalmente en manos de Nnu Ego y Mama Abby le ayudó a abrir una cuenta de ahorro.

En cuanto Adaku gastó la parte que le correspondía del dinero de Nnaife para establecerse en el mercado de Zabo, Nnu Ego supo que ya no podía retrasar el viaje de vuelta a casa.

—Por favor, joven esposa, si nuestro marido nos manda más dinero, envíanoslo con alguien que vaya a Ibuza. Nos llegará. Mi padre está enfermo y tengo que darme prisa. No quiero que se muera sin vernos a mí y a sus nietos.

13 · UNA BUENA HIJA

El viaje a Ibuza fue largo y tortuoso. Oshia, un niño con muchos recursos a pesar de tener solo nueve años, asumió la responsabilidad de cuidar de su familia durante el camino. Por el embarazo de Nnu Ego y por ser su marido empleado del ferrocarril, viajaron en tren hasta Oshogbo y ella pudo disfrutar de la comodidad añadida de viajar en segunda clase. Nnaife estaba sirviendo al rey de Inglaterra en alguna parte de la India, aunque la razón por la que tenía que luchar allí –la gente decía que Inglaterra se estaba defendiendo de la invasión de los alemanes–, la superaba por completo. Al llegar al pueblo, tendría que ocuparse de que se hicieran las ofrendas adecuadas por su desgraciado marido, pensó Nnu Ego. El problema con Nnaife era que ya no creía en nada. Desde luego que se aseguraría de que se le hiciera un altar apropiado ahora que era el cabeza de familia de los Owulum.

Afortunadamente para Nnu Ego, llegaron al mercado de Abu Ano en Ogwashi Ukwu a primera hora de la tarde. Había varias chicas de Ibuza que vendían cacahuetes tostados y una de ellas era la hija de quince años de la viuda mayor de Owulum. Cuando los vio y los reconoció en el aparcamiento, se acercó con lágrimas en los ojos, abrazó a cada uno de los niños y dijo que se iba directamente a casa a buscar a los chicos para que los ayudaran. Al darse cuenta del embarazo de Nnu Ego, le ordenó que no se moviera de allí hasta que

llegaran los jóvenes. Dejó a los niños sus cuencos de cacahuetes y salió corriendo hacia el mercado para traerles un poco de pastel de judías saladas, *ukwa,* que los pequeños comieron disfrutando cada bocado. Estaba tierno y jugoso, a diferencia de los que habían probado antes, llegados desde Ibuza y que se quedaban bastante secos.

—Es mucho más sabroso que el que hacen en Lagos —Fue el veredicto de Oshia—. Mira, hasta a las gemelas les encanta. En Lagos no comen *ukwa*.

—Volveré enseguida —prometió Ozili, la niña.

—¿Está lejos esto de Ibuza? —quería saber Oshia.

—No, no mucho. Solo ocho kilómetros —contestó Ozili, danzando hacia el camino de tierra que formaba una apertura como un agujero en el frondoso verde de la selva, antes de que Oshia tuviera tiempo para preguntarle si podía ir con ella. Desapareció al momento, como si se la hubiera tragado la vegetación.

Todo el mundo en el mercado los saludaba a gritos y, al poco rato, Nnu Ego se había hecho un cojín de ropa y se había sentado cómodamente bajo la sombra de un árbol, hablando y riéndose con otras mujeres que Oshia no había visto en su vida. Después, con ayuda de otras dos mujeres, su madre lavó a las gemelas y a Adim. A Oshia se lo llevaron a un arroyo cercano para bañarlo y disfrutó con la inmersión. Las gemelas no tardaron en dormirse.

Los familiares de Nnaife fueron los primeros en llegar. Cargaron a los bebés a sus espaldas y hasta Oshia, con sus nueve añitos, tuvo un porteador que lo llevó en brazos el resto del camino. Reorganizaron el equipaje en paquetes más pequeños para que cada joven pudiera cargar con un fardo en la cabeza o en el hombro.

Cuando habían recorrido unos tres kilómetros y se acercaban a un poblado llamado Aboh, se unieron los jóvenes de la casa de Agbadi. Era un grupo grande, alegre y ruidoso. Pero le dijeron a Nnu Ego que su padre llevaba cinco días sin poder hablar, esperándola antes de rendirse a la muerte.

Al llegar a Ibuza, fueron primero a la casa de la familia Owulum. Adankwo, la esposa mayor, se acercó muy contenta.

—Bienvenida, hija mía, bienvenida. Ay, Oshia, estás hecho un hombre. Y las gemelas son preciosas. Pronto tendremos a jovencitos llamando a la puerta. ¿No os recuerdan a Ona? —dijo a todos con entusiasmo.

—Tengo que ir a ver a mi padre moribundo —empezó Nnu Ego.

—Eso es cierto, buena hija. Pero ya no es un moribundo; en realidad, murió hace cinco días, aunque no se irá del todo hasta que te vea. Así que sufre en silencio. Me alegro de que hayas venido —continuó Adankwo—. Pero primero tienes que comer, y luego te acompañaremos. Deberás llevar contigo a tus hijos mayores. Tu padre querrá tocarlos. Está tumbado allí, en la misma tierra donde tu fuiste concebida, mirando hacia el infinito.

En cuanto Nnu Ego entró en el patio de la casa de Nwokocha Agbadi y el brillo de la luna cayó sobre ella y sus dos hijos, bastante asustados, su padre habló:

—Ona, Ona, Ona, deja de retorcerte las manos; ha venido nuestra hija.

Nnu Ego soltó a sus hijos y se olvidó del cansancio. Se acercó rápidamente hacia su padre, que tenía ya un aspecto noble y, a la vez, frágil y sobrenatural. Tenía el pelo completamente blanco y el cuerpo consumido. Pero los ojos, aque-

llos ojos animados y alegres, brillaban todavía y los huesos de la cara sobresalían, desafiando a cualquier enfermedad.

—Ay, padre, no me imaginaba... ¿Por qué no he venido antes? Mira, mira a mis hijos, padre. Tengo hijos e hijas... los niños, ay, padre, padre.

Agbadi se dio media vuelta hacia un lado de la piel de cabra y volvió a soltar aquella risotada perversa que sus amigos conocían tan bien, aunque en aquel momento sonó fantasmal.

—Hija, no pensaba irme sin verte. Sé que estás embarazada. Ponte de pie y déjame mirarte. Sí... magnífica. Una mujer hecha y derecha, llena de hijos. Todo está bien. Ona, ya te dije que todo iría bien...

La gente miraba a su alrededor con miedo, sabiendo que estaba teniendo alucinaciones. Ona, la madre de Nnu Ego, quizás la única mujer a quien Agbadi amó, había muerto hacía mucho tiempo y aun así le hablaba como si estuviera en el patio.

Su primera esposa, que también era muy mayor, y estaba agotada como consecuencia de la larga vigilia que habían guardado todos, se llevó a los dos niños y les preparó un sitio para dormir en una cama de adobe, cerca de su madre. Tras la excitación del día, enseguida se quedaron dormidos.

Agbadi se despertó dos veces aquella noche, le contó a Nnu Ego fragmentos de historias sobre su infancia y se volvió a dormir. Nnu Ego se tumbó a su lado, con su bebé dándole patadas sin piedad, lo que la hizo estar segura de que tendría el niño antes de tiempo. Cuando las patadas se hicieron demasiado fuertes, se levantó; sabía por el brillo de la luz que faltaba poco para el amanecer. Se dio la vuelta y miró a su padre. Tenía los ojos cerrados, pero parecía

haberse dado cuenta de que ella se había movido y dijo, sonriendo:

—Volveré a tu casa, pero esta vez traeré a tu madre.

Levantó la mano y tocó la tripa abultada de su hija. Ella no se atrevió a preguntarle lo que decía. Después, él añadió:

—Debo darme prisa. La mayoría de los de mi edad me están esperando. Tú también, Idayi. Solo quería decir adiós a la hija de Ona...

Nnu Ego, notaba, al sostenerla, cómo la mano se iba quedando rígida. En ese momento, supo que su padre había partido.

—Adiós, padre, el último de los grandes cazadores. Vuelve, vuelve conmigo otra vez y consuélame por tu pérdida. Adiós, padre.

Entonces dio un fuerte grito para decir al mundo que su padre, uno de los cazadores más valientes que jamás haya existido, el amante más grande, el más noble y bueno de todos los padres, había partido.

La gente se despertó y entró a toda prisa, hombres que habían estado de vigilia en las pequeñas cabañas alrededor del recinto. Los hijos de Agbadi y sus mujeres, así como las viudas de Agbadi, participaron del llanto. Hubo disparos de cañones, preparados hacía semanas. Pronto todo Ibuza y los pueblos de los alrededores también supieron que una persona importante había dejado esta tierra para irse con sus antepasados.

El luto, la danza y la vigilia duraron varios días. Nnu Ego no podría decir cuántas cabras se sacrificaron; había que matar una cabra al día hasta que se enterraba a un *obi*, y ninguno de los hijos de Agbadi hubiera soñado con enterrarlo antes del quinto día. Sus otras hijas llegaron y ayudaron

a Nnu Ego a afeitar las cabezas de las viudas y a vestirlas de luto. Ella se sintió eufórica y lo raro era que, desde que su padre había muerto, había dejado de preocuparse por el bebé que esperaba; algo le decía que sería un varón.

Acompañado por multitud de bailes y de festejos, se colocó a *obi* Nwokocha Agbadi en su taburete de *obi*, sentado con la espalda recta en la tumba excavada en medio de su patio. El ataúd, un ataúd en el que permanecía sentado, era muy largo, puesto que su morador era un hombre alto. Estaba ataviado con sus vestiduras de jefe, con su gorro y sus colmillos de elefante en las rodillas, junto con sus armas de caza, el escudo, la lanza de hierro y los alfanjes. Se encontraba allí sentado como si estuviera a punto de levantarse para hablar. Nnu Ego estaba satisfecha. Enterraron a su padre así sentado, como si aún vigilase su casa.

Después del primer entierro, el físico, Nnu Ego tuvo que ir a la casa de la familia de su marido. Al ser la hija mayor y la más amada, se quedó en Ibuza para el segundo entierro, que enviaría a su padre, finalmente, con sus antepasados. Después de eso, sus esposas quedarían libres para que las heredara el miembro de la familia de Agbadi al que se le antojase. Algunas de las esposas más ancianas no tendrían que depender de sus nuevos maridos, porque sus hijos e hijas se encargarían de ellas.

Unas semanas más tarde, Nnu Ego se puso de parto. El hijo varón que tuvo llegó al mundo exactamente a la misma hora del amanecer en que había muerto su padre. Quería llamar a su hijo con el nombre de su padre, pero no sabía cómo decírselo a la familia de Nnaife, temerosa de que la consideraran una mujer excesivamente civilizada, que elegía ella sola los nombres de sus hijos simplemente porque su mari-

do estaba luchando en la guerra. No tenía por qué haberse preocupado. Con una sola mirada al cuerpo alargado y a la piel seca del niño colocado en la hoja del plátano, Adankwo, la primera esposa de la familia Owulum, que había estado ayudando en el parto, gritó:

—¡Es Agbadi! ¡Ha vuelto!

El ruido despertó a todos los que dormían, de la misma manera que hacía poco tiempo la muerte de Agbadi había despertado a todo el mundo en Ogboli. La gente se acercó rápidamente para decir: «Bienvenido, padre».

Entonces, el hermanastro mayor de Nnu Ego entró y exclamó:

—¡Nnamdio! —que quería decir: «este es mi padre».

—Y así se llamará —dijo Adankwo—. Nnamdio.

Hubo danzas y fiesta hasta la madrugada, hora de que la gente se fuera a sus granjas.

El día del segundo entierro de Agbadi, Nnu Ego estaba rodeada por familiares de las dos familias, los Owulum y los Agbadi. Un curandero que les había estado siguiendo durante toda la ceremonia dijo:

—Ya puedo ver a tu padre en el país de los muertos, muy ocupado presumiendo con sus amigos de lo buena hija que eres.

Pocas mujeres se podrían sentir tan honradas y realizadas como Nnu Ego en aquel momento. Parecía tan contenta que la gente le comentaba en broma:

—No pareces echar mucho de menos a tu marido, ¿no?

Pero se equivocaban. Constantemente se preguntaba qué sería de él y de su coesposa Adaku, que rara vez mandaba noticias, pero que según escuchó, había dado a luz otra niña. Nnu Ego sabía que la gente pronto empezaría a decir:

—Ya has demostrado que eres una buena hija, pero una buena hija debe ser también una buena esposa.

14 · SOLAS

Pasados siete meses desde la muerte de Nwokocha Agbadi, la gente empezaba a preguntarse cuándo volvería Nnu Ego a Lagos. Rodeada por la familia de su marido, por la suya propia y por una comunidad cercana, sabía que cuando le llegara la hora de dejar Ibuza lo iba a sentir mucho; también sabía que no debía quedarse mucho más tiempo. No era que no quisiera estar en Lagos esperando a su marido cuando volviera de la guerra, simplemente era reacia a volver a una ciudad que exigía tanto. La vida en el pueblo podía ser poco sofisticada y escasa de dinero, pero implicaba pocas preocupaciones.

Una noche clara, Nnu Ego se sentó contenta delante de la cabaña que tenía para ella sola, disfrutando del aire fresco del anochecer. Sus niños y los demás niños de la casa ya habían comido y le llegaba el ruido de sus juegos a la luz de la luna. El bebé Nnamdio estaba en los serviciales brazos de Adankwo; era una mujer de cuarenta y pocos años, una de aquellas mujeres enjutas con quien todos podían contar, de esas que todo el mundo asumía que siempre estarían ahí. Si te acercabas a ella, daba la impresión de una cierta dureza; seca como una ramita de leña tanto en su forma de hablar como en su apariencia, hablaba poco y, en contraste, se reía mucho, mostrando una dentadura magnífica con un seductor hueco en medio.

Nnu Ego oyó acercarse a Adankwo, con el pequeño Nnamdio a horcajadas en una de sus caderas y con un taburete en la otra. Poniendo al niño en brazos de su madre, Adankwo dijo:

—Ha estado mordiéndome el pecho toda la tarde; creo que ya está listo para tomar un poco de leche de verdad.

—Ay, madre —se dirigió a ella Nnu Ego, con el respeto debido a la mujer mayor de la familia Owulum—, no estás tan seca ni tan mayor. Deja que succione con más fuerza y estoy segura de que también tú empezarás a tener leche para darle. Lo único que quiero es estar tumbada aquí en la arena y mirar la luna.

—Mi época de amamantar quedó atrás. Levántate y da de comer a tu hijo; tiene mucha hambre. También tenemos que hablar. Levántate —hablaba con un tono de apremio, mezclado con autoridad.

—Espero que todo vaya bien en la familia —dijo Nnu Ego preocupada, meciendo a Nnamdio con suavidad antes de darle el pecho.

Adankwo esperó a que Nnamdio estuviera bien puesto en el pecho de su madre antes de hablar y volvió un poco la cabeza hacia un lado, como si temiera que las estuviera escuchando un enemigo. Empezó de forma abrupta y desde una perspectiva que, al principio, parecía poco relacionada con el tema que Nnu Ego creía que iba a abordar.

—¿Quién te ha dicho que los muertos no están con nosotros? ¿Quién te ha dicho que no ven? Una buena persona no se muere y desaparece para siempre, se va a otro mundo y puede decidir volver y vivir su vida otra vez. Pero ¿no hay que ser buenos en este mundo para disponer de esa elección?

Nnamdio gorjeó haciendo ruiditos, levantando un pie regordete en el aire y agarrando el pecho de su madre con

firmeza, como si fuera el propietario. Aunque la noche era bastante clara, Nnu Ego se alegró de que no fuera de día para que no se le viera la cara de susto. Le latió rápidamente el corazón. ¿Pensaba aquella mujer que Nnaife estaría muerto? ¿Habría recibido noticias de alguien? Se dijo a sí misma que no debía ser tonta. Nadie le daría así una noticia trágica, lo harían de una forma mucho más teatral. Se sintió culpable por sus propias sospechas; parecía como si deseara que su marido hubiera muerto, cuando en realidad, al contrario, le horrorizaba que sufriera algún daño.

Si Adankwo hubiera sido un poco más elocuente, podría haber disipado enseguida la ansiedad de Nnu Ego; pero, aparte de ser una mujer de pocas palabras, tenía la costumbre poco afortunada de hacer largas pausas al hablar.

—No has contestado a mis preguntas —indicó al cabo de un minuto más o menos.

—Te respondería si pudiera, pero no entiendo lo que quieres decir —replicó Nnu Ego.

—Me refiero a tu padre —Adankwo hizo una pausa. Entonces continuó a toda velocidad, como si hubiera ensayado lo que iba a decir, exuberante en su forma de exponerlo.—¿Te acuerdas de la noche en la que tu padre se estaba muriendo, cuando dijo que veía a tu madre? Acuérdate de que le decía a Ona, que murió hace tiempo, que habías llegado de Lagos. Tu padre era un buen hombre. Vio a tu madre y se disponía a reunirse con la mujer que amaba, la mujer a la que había echado de menos durante todos aquellos años. Pero todos sabíamos que tu padre murió en el auténtico sentido de la palabra unos cinco días antes de que llegaras tú.

—Eso lo he oído ya muchas veces, pero, ¿cómo puede ser posible?

—La gente se muere o debería morirse poco a poco, familiarizándose con sus seres queridos allá en el otro lado, paso a paso. Tu padre, sin embargo, no dejaba de regresar, esperándote. Preguntaba a la gente: «¿Qué le diré a mi Ona si me pregunta cómo está nuestra hija? ¿Cómo voy a decirle que no he visto a nuestra hija en los últimos diez años? No, tengo que verla. Tengo que aguantar». Y permaneció allí postrado, sufriendo en silencio. ¿Sería justo que ofendieras a un padre como él?

—¿Ofenderlo? Pero ¿cómo voy a ofenderlo?

—Pues te diré una cosa: no le haces justicia al distanciarte de la responsabilidad que te encomendó. Él sabía que tus raíces están en lo profundo de este pueblo y por eso prometió volver contigo. Sí, yo estaba ahí en la oscuridad del patio. Todos escuchamos hasta la última palabra.

—Pero ¿qué responsabilidad me ha dejado que yo haya descuidado?

—¿No te das cuenta, Nnu Ego, hija de Agbadi? ¿No te das cuenta de que estás abandonando la posición que te ha dado tu *chi* y se la estás dejando a una mujer que tu marido heredó de su hermano, una mujer que todos sabemos lo ambiciosa que es, una mujer que ni siquiera ha dado un hijo varón a esta familia? Y tú, tú sí que tienes raíces profundas... ¿Qué crees que estás haciendo? Quieres quedarte en el pueblo. Sabes que no puede ser. Has echado raíces en la familia Owulum. Eres la primera mujer de tu marido, eres como un amigo para él. Te corresponde estar a su lado, para supervisar a su esposa más joven. ¿Alguna vez has oído hablar de una mujer plena sin marido? Ya has cumplido con tu padre, un hombre con tal nobleza de espíritu que era difícil de entender. Ahora debes ir con tu marido.

—Pero —Nnu Ego empezó a protestar—, él está todavía luchando en la guerra. No lo he descuidado.

—Imagínate que, en cuanto pueda, vuelve a casa a verte para conocer al hijo varón que le acabas de dar y se encuentra a Adaku con sus lloriqueos y sus ambiciones. ¿Tú crees que esa listilla va a decir algo a tu favor? Nnaife sacaría la conclusión de que nada más dejarte, preferiste irte con los tuyos.

—No he estado con los míos, eso lo sabe todo el mundo. Me he quedado aquí con su familia.

—Es verdad, hija mía, pero ¿estás allí para decírselo a él? Imagínate que Adaku se quedara con todos los regalos que trajera del extranjero, incluyendo el dinero. No te olvides de que está desesperada por tener un hijo varón y que tú ya tienes tres. Deberías estar allí para ocuparte de que no se malgaste nada de lo que traiga. Tú eres la madre de los hijos varones que han hecho de él un hombre. Si Adaku muriera hoy, ni su familia, ni la de su marido, irían a enterrarla. Eso no te sucedería a ti.

—¿Qué crees que debería hacer con Oshia? Se ha adaptado tan bien a cultivar el campo como a ir al colegio. Le encanta la vida de aquí.

—Es verdad —replicó Adankwo pensativa—. Pero las cosas están cambiando en el país. ¿Lo has notado? Como familia, ya no tenemos que crecer y vivir todos en el mismo sitio. Deja que se forme en Lagos, donde nació. Así podrá traer esa cultura al pueblo para enriquecer la nuestra. Dentro de unos años, podrá empezar a darte ayuda material... Oshia tiene ya diez años. Mis hijos varones empezaron a traer sus propios ñames a los quince. Así que no vas a tener que esperar mucho —Hizo una pausa como para aclararse las ideas—.

Pero yo les hubiera fallado como madre si no hubiera estado aquí para vigilar que sus tierras estuvieran seguras, si no, ¿dónde habrían construido sus cabañas mis hijos varones? Enterraste a tu padre hace siete meses. Es tiempo suficiente. Tienes que volver y salvar la herencia de tus hijos.

—Pero en Lagos no tenemos muchas cosas que nos pertenezcan. Allí, todo el tiempo tenía que ahorrar y arreglármelas como podía. Hasta la habitación en la que vivimos es de alquiler.

—¿Cómo sabes lo que podrás adquirir en el futuro? ¿Cómo sabes lo que traerá Nnaife de la guerra? A él le irá bien, he hecho muchos sacrificios para su protección. No quiero que todo vaya a esa ambiciosa joven Adaku. La conozco, era la última mujer de mi marido... Así que tienes que empezar mañana a preparar tus cosas. Y, si alguna vez te encuentras en apuros debido a la educación de los chicos, no te olvides de que las chicas crecen muy deprisa; las dotes de las gemelas serán una buena ayuda. Pero Nnaife habrá vuelto ya. Vete a salvar la herencia de tus hijos.

Al llegar a Lagos, Nnu Ego no podía creerse lo que veía. Era como si hubiera estado nueve años fuera, no unos meses. Los precios se habían duplicado y eso la molestó mucho. La renta había subido unos siete chelines al mes, una porción de *garri* costaba el doble y algunos alimentos corrientes eran prácticamente inasequibles. Y, para su consternación, descubrió que Adankwo tenía razón respecto a Adaku. Nnaife había vuelto para hacerles una corta visita hacía solo tres semanas.

—Pero, ¿por qué no mandaste un mensaje al pueblo? —le preguntó agraviada Nnu Ego—. Habríamos vuelto corriendo a verlo. Me hubiera gustado que viera a su nuevo hijo.

—Se quedó poco tiempo, esposa mayor. Se alegró de que estuvieras en Ibuza, porque eso le ahorraba dinero. Te dejó cinco libras. Iba a mandártelas en cuanto me enterara de que alguien se iba al pueblo, pero, como ves, he estado muy ocupada.

—Sí, ya veo que has estado muy ocupada ganando dinero. Mira tus mercancías y tus puestos. Estoy segura de que el dinero de Nnaife te ha ayudado a montar tu negocio.

—Eso no es verdad, esposa mayor. En primer lugar, yo no te pedí que te fueras al pueblo. Te empeñaste tú, así que no me eches la culpa si has perdido tu silla aquí en Lagos. Aquí tienes tus cinco libras. No las he utilizado para mi negocio, como parece que piensas.

—Ya veo que te estás riendo de mí. Sí, Adaku, puedes darte el lujo de reírte de mí. Y pensar que tienes razón, pero te aseguro que estás equivocada. Mientras que tú has elegido el dinero y la ropa bonita, yo opto por mis hijos; pero debes recordar que en mi familia siempre ha habido riqueza. Solo soy pobre en Lagos. Vete a Ibuza a ver la riqueza que tengo de gente que me rodea: amigos, parientes, familiares...

—No sé qué quieres que haga, esposa mayor. Nada te impide volver a tu puesto delante de la casa, tu puesto de cigarrillos... —añadió Adaku, intentando contener una risita, pues sabía perfectamente que los vecinos se habían aprovechado de la ausencia de Nnu Ego y le habían arruinado el negocio.

Había otros cuatro quioscos de madera donde antes estaba solamente el suyo. Una de las mujeres del casero había empezado a vender delante de la casa. Consciente de que no podía competir, Nnu Ego estaba a punto de volverse loca. No se podía plantear conseguir un puesto en el mercado; se

habían encarecido tanto que, si pagaba por uno con el poco dinero que le quedaba, no tendría nada para gastar en mercancía. Así que se dedicó a vender leña. No requería mucho capital, simplemente una gran cantidad de energía. Había que llevar la leña desde la orilla del río, partirla en trozos con un hacha y preparar los haces para la venta. Otras muchas mujeres lo encontraban demasiado cansado.

Aunque Nnu Ego intentó volver al hábito de comer todos juntos, ella y sus niños con Adaku y sus dos niñas, se dio cuenta de que ya no funcionaría. Adaku tenía ahora bastante dinero. Solo tenía dos hijas que alimentar; hablaba de enviarlas a recibir clases particulares para que aprendieran el alfabeto, aunque aún no lo había hecho, y las niñas tampoco iban a la escuela. El puesto de Adaku en el mercado de Zabo estaba lleno de judías, pimienta, pescado seco, *egusi*[13] y alimentos especiados. Ella se pasaba todo el día en el mercado y llegaba tarde por la noche, así que no tenía sentido que Nnu Ego la esperara; tampoco Adaku pedía comida a la vuelta, por lo que suponía que tanto ella como sus hijas comían en el mercado.

Era una vida que Nnu Ego no sabía cómo enfrentar. Se sentía a la deriva, como si estuviera en mar abierto. No contaba con ayuda de las amigas, todas estaban demasiado ocupadas en ganar su propio dinero y ella estaba siempre atada a la casa con Nnamdio y las gemelas. Iba poco de visita para que no pensaran que iba a verlas para comer. Dejó de ir a casi todas las reuniones familiares; había que ir a la moda para estar al día. Adaku iba a las reuniones y a la vuelta

[13] *Egusi*: Del ibo, «melón» (*N. de la T.*)

le contaba las cosas de las que habían hablado. Nnu Ego aceptaba su suerte, y se consolaba con que llegaría el día en que sus chicos se harían hombres. Pero su nuevo estatus, degradada a ser casi una criada de una esposa más joven y además heredada, le minaba la moral.

Cuando Nnaife se fue a Fernando Poo, al menos ella estaba sola. Una cosa era ser pobre y otra mostrarse como tal ante los demás. ¡Si al menos Adaku se hubiera marchado a otra parte! Nnu Ego tampoco podía volver a Ibuza después de lo que le había dicho Adankwo. Aparte del hecho de que parecería ridícula, la verían como una persona desagradecida, que despreciaba la charla personal de Adankwo, conocida por lo taciturna que era. No, decidió que tendría que apretar los dientes y seguir adelante con tanto valor como pudiera; todo iría bien cuando los niños crecieran.

Nnu Ego era como uno de esos cristianos no muy bien informados que creían que el Reino de los Cielos que se les había prometido estaba literalmente al caer, y que Jesucristo vendría tal que a la mañana siguiente. Muchos de ellos apenas contribuían con nada a este mundo, ya que razonaban así: «¿Para qué? Pronto llegará Cristo». Se aislaron tanto en sus creencias que no solo se relacionaban poco con los pecadores corrientes, gente que se dedicaba a su trabajo de cada día, sino que incluso les compadecían y en muchos casos los miraban por encima del hombro, ya que el Reino de Dios no era para gente como ellos. Tal vez fuese un mecanismo de defensa para librarles de una realidad demasiado dolorosa de aceptar.

Con el paso de los meses, Nnu Ego empezó a actuar así. Hacía todo lo que podía para dar celos a Adaku con sus hijos. Buscaba cualquier oportunidad para llamar a sus hijos por

el nombre completo, diciéndose a sí misma que esa era su revancha. Las dos mujeres empezaron a pelearse por cosas sin importancia y había que llamar a Ubani, Nwakusor y a los demás amigos para que hicieran las paces.

Era un mes de junio muy húmedo. Llevaba tiempo acostumbrarse a la cantidad de lluvia que caía. Repentinamente, llegó un día en el que Nnu Ego se sintió a disgusto. Cierto que habían aparecido unos nubarrones anunciando la llegada de las lluvias, pero llegaron tan de pronto que, antes de que ella pudiera adaptar sus planes para la tarde, a mediodía empezó a diluviar. Había madrugado y tenía suficiente leña para el resto de la semana; calculaba que tendría bastante para cocinar e incluso podría conseguir algunas ganancias vendiendo el resto, lo justo para comprar judías para el desayuno de los niños. Tanto ella como los bebés se sentaban junto al pan y las verduras que vendía en su puesto delante de la casa. Oshia vendía de forma ambulante jabón, cigarrillos, cerillas y velas, mientras que su hermano Adim vendía los cacahuetes tostados que ella preparaba. Salía de la cocina con los cacahuetes humeantes cuando empezó a llover. ¿Qué iba a hacer ahora? Si se guardaban un día, los cacahuetes perderían la frescura, pero no se le ocurriría hacer salir a Oshia con aquel tiempo. La gente que sabía que vendía leña podía venir a pedirla, aunque iba a perder gran parte de las ganancias a causa de la lluvia. Con su desesperada situación económica ni siquiera podía permitirse perder la clientela de media jornada. Anduvo de un lado a otro por el estrecho hueco entre las camas de la habitación. Oía los gritos de los niños que entraban y salían felices a mojarse bajo la lluvia, y disfrutaban así su frescor después del calor opresivo que invariablemente precedía a aquellos chaparrones.

—¿Qué voy a hacer? —murmuró a punto de llorar—. Lo único que tengo son las cinco libras que Mama Abby me aconsejó que ahorrara hace dos años. Si las uso ahora, ¿cómo va a continuar Oshia su educación y qué pasará con Adim? El pequeño Nnamdio está creciendo también. Ay, esta guerra, esta guerra..., nadie te dice nada. Nadie sabe dónde está Nnaife. Quizás esté en la India, quizás en el cielo o incluso en el norte de Nigeria, ¿cómo voy a saberlo?

—¡Madre, madre! —gritó Taiwo, una de sus gemelas—. Tenemos visita. Ven, madre. Quiere entrar.

¿Una visita con aquel tiempo? La niña debía de haberse equivocado. ¿Quién, en su sano juicio, iría a visitarla en aquel momento? De todas formas, podía ir y comprobarlo ella misma.

Fuera, había una mujer de Ibuza, la esposa de Igbonoba. Era pariente de Adaku y, al igual que a ella, le iba muy bien su negocio. Aquella mujer tenía la suerte adicional de haberse casado con un hombre mayor que no había sido seleccionado para ir a la guerra, y era uno de los hombres más prósperos de Ibuza. Además, la mujer, a diferencia de Adaku, tenía muchos hijos, niños y niñas; en resumen, tenía todo lo que una mujer podía querer. «Mírala», pensó Nnu Ego disgustada, «mira los zapatos caros que lleva, mira la tela que lleva en la cabeza, hasta una cadena de oro; todo esto solo para venir a ver a su pariente Adaku, y en medio de este aguacero. ¡Dios, lo que le habrá costado ese pañuelo de la cabeza! Con ese dinero podríamos habernos alimentado los niños y yo durante un mes entero. ¡Y es hija de un don nadie! Pero, mírame a mí, la hija de un jefe célebre, reducida a esto...!».

—Está lloviendo a cántaros, ¿no me invitas a pasar? Tienes la terraza bloqueada con leña y con tu quiosco —dijo la

esposa de Igbonoba, medio en broma, medio enfadada. Sus ojos seguían a los de Nnu Ego y la mujer adivinaba en parte sus pensamientos. Adaku había dicho que llegaría pronto a casa aquel día; quizás la lluvia la había retenido. La esposa de Igbonoba quería esperarla.

Nnu Ego continuaba mirándola con ojos vidriosos. De modo que la gente seguía viviendo ostentosamente. Sí, había visto cosas en el mercado similares a ese paraguas de colores, aunque nunca había pensado que estuvieran al alcance de las mujeres de Ibuza. Ah, ¿qué había hecho ella para merecer un castigo así? No podía soportarlo, ¡no, no podía! Sintió ganas de gritar, pero se tapó la boca y la apretó con la mano.

—Bueno, si te vas a quedar ahí de pie, mirándome, me meteré en tu terraza y esperaré a mi prima Adaku.

La mujer subió los dos escalones de cemento y buscó una silla. No había ninguna. Así que empezó a sacudirse el agua de su traje caro.

Nnu Ego se quedó mirándola, con la boca tapada y el cuerpo tembloroso. La mujer miró hacia arriba y le preguntó:

—¿Te encuentras bien, esposa de Nnaife? ¿Por qué me miras así? No soy tu enemiga, ¿eh? ¿Por qué me miras así, como si no quisieras verme? Vengo desde Obalende, al otro lado de la isla de Lagos, y no me has dirigido ni una palabra de bienvenida.

—¡Calla! ¡Calla y vete! No puedes quedarte ahí de pie. Mi bebé está llorando, ¡vete! —Nnu Ego hablaba tan alto que su voz sonaba más atronadora que la lluvia—. Entrad, niños, está lloviendo.

Los pequeños entraron y Nnu Ego cerró de un portazo.

La esposa de Igbonoba abrió y cerró la boca asombrada. En su vida había visto una conducta tan antisocial. Nunca la habían insultado así. ¿Qué le pasaba a aquella mujer? Actuaba como si tuviera los nervios de punta y prontos a estallar. Sería inútil devolverle los gritos a Nnu Ego; la misma tromba de agua parecía hacerse eco de su protesta y se tragaría su voz junto a todo lo demás. Si se lo contara a su marido, Igbonoba, se pondría hecho una fiera. Mientras trataba de recuperarse de lo sucedido, oyó a Nnu Ego y a los niños cantar con una alegría forzada y pensó: «Gracias a Dios que tengo mis propios hijos; si no, sacaría la conclusión de que está haciendo este numerito de la maternidad para darme celos». Se quedó allí de pie, esperando a que amainara y a que llegara Adaku, a quien suponía preocupada por ella.

Mientras tanto, Adaku se cansó de esperar a que dejara de llover, parecía que no iba a parar en toda la tarde. Ella y sus dos hijas decidieron hacer frente a la lluvia y, con una vieja lona del ejército que habían cogido en el mercado como protección, salieron corriendo hacia casa.

La esposa de Igbonoba seguía con la mirada fija en la puerta cerrada cuando oyó los pasos de Adaku y las risas de sus hijas. Estaban empapadas hasta los huesos, ya que la lona solo les cubría una parte de la cabeza.

—Sabía que estarías aquí esperándome —jadeó Adaku cuando saltaron a la terraza—, por eso decidimos echarle valor. Qué lluvia, cae con tanta fuerza que te da dolor de cabeza.

—Ya lo sé —replicó su prima—. ¡Algunas gotas te golpean como guijarros, y además lo hacen de repente! Creí que pararía pronto, porque empezó casi sin avisar.

—Bueno, estamos todas sanas y salvas —dijo Adaku—. Bienvenida. Ya veo que acabas de llegar. Me reprocharía a mí misma que hubieras tenido que esperar. De todas formas, la esposa mayor está dentro, ¿la oyes cantar? Está muy dedicada a sus hijos —dijo con un guiño de complicidad.

Adaku abrió la puerta y todos se apretujaron en el pequeño espacio de la habitación. Nnu Ego les dio la bienvenida amablemente y la esposa de Igbonoba notó que se comportaba como si todo fuera perfectamente correcto. ¿Debía contarle a Adaku lo que había pasado? Decidió no hacerlo. No causaría más que problemas y la llamarían para que lo atestiguase. No le entusiasmaba la idea.

Pocas cosas son peores que la mala conciencia. Nnu Ego revoloteó alrededor de su divertida invitada, fingiendo que no la había visto antes, y sacó nuez de cola para servírsela. Adaku se quedó sorprendida de su comportamiento, pues su co-esposa solía mostrar muy poco interés por sus visitas. Le debe de agradar la esposa de Igbonoba, pensó Adaku. Nnu Ego esquivaba la mirada de la invitada, pero la esposa de Igbonoba sabía que, con su proceder, le estaba suplicando, le pedía perdón. La invitada la compadeció. Pobrecilla, una esposa mayor humillándose de aquella forma. Pero no dijo nada. Nnu Ego se dio cuenta de que había llevado demasiado lejos su obsesión; solo esperaba que aquella mujer no fuera por ahí contándole a todo el mundo lo que había pasado.

Adaku, sin embargo, se enteró tres días después, no por la esposa de Igbonoba ni por Nnu Ego, sino por su hijo pequeño Adim. Adaku estaba demasiado indignada como para dirigirle la palabra a Nnu Ego; lo que hizo fue salir corriendo a llamar a su pariente Nwakusor, el hombre que había salvado a Nnu Ego de la muerte hacía muchos años, y también invitó

a su buen amigo Ubani. Les contó el asunto, pero ellos, en lugar de echarle toda la culpa a Nnu Ego, le hicieron sentir a Adaku que, al no haber tenido un hijo varón que aportar a la familia, no tenía derecho a quejarse de la conducta de la esposa mayor.

—¿No sabes que, según las costumbres de nuestro pueblo, tú, Adaku, la hija de quien seas, estás cometiendo un pecado imperdonable? —le recordó Nwakusor—. Nuestra vida empieza en la inmortalidad y acaba en la inmortalidad. Si Nnaife se hubiera casado solo contigo, habrías terminado con su recorrido vital en este paso suyo por la tierra. Sé que tienes hijos, pero son niñas, que dentro de unos años servirán para construir la inmortalidad de otro hombre. Tú te dedicas a hacer infeliz a la única mujer que está inmortalizando a tu marido, con tu ropa elegante y tu negocio lucrativo. Si yo fuera tú, volvería a mi casa y consultaría a mi *chi* para averiguar por qué se me ha denegado la descendencia masculina. Pero en vez de eso, estás aquí peleándote por lo de tu invitada. ¿Por qué tenía que vestirse ella de esa forma tan extravagante entre semana?

Aunque los hombres de Ibuza admiraban a las mujeres ricas y trabajadoras, sus vidas no valían nada si no dejaban hijos varones que heredaran la riqueza a su muerte, hijos que fueran de su propia carne y sangre. ¿Qué sentido tenía acumular riquezas si luego no había nadie a quien dejárselas?

Nwakusor le hizo una advertencia a Nnu Ego. Debía cuidar de su reputación. Estaba muy bien tener hijos, pero solo disfrutarían y glorificarían a sus padres si estos les dejaban un buen nombre. No debía dejar que se comentara que la hija de Nwokocha Agbadi y su eterna amada Ona desconocía el arte de la cortesía con los huéspedes.

—¿No te das cuenta de que la casa te pertenece? Así que, ¿por qué tienes que sentirte reacia a dar la bienvenida a una visita si es además una mujer de Ibuza? —le preguntó Nwakusor.

Nnu Ego no podía decir que había actuado así porque aquella mujer tenía aspecto de ser rica y porque Adaku había estado exhibiendo su propia riqueza desde que ella había llegado de Ibuza. Por eso se quedó callada, murmurando solamente:

—Esta ciudad de Lagos a veces me hace olvidar mi posición. No volverá a pasar, lo prometo.

—Pues tienes que pagar una multa de un barril de vino de palma y una lata de cigarrillos.

Adaku estaba allí mirando y se dio cuenta de que nadie le hacía caso. Nadie alentó a Nnu Ego para que le pidiera disculpas y durante un tiempo pareció como si hubieran olvidado que había sido ella quien en primer lugar les había invitado a resolver el caso. El mensaje estaba claro: solo era una inquilina, su posición en la casa de Nnaife Owulum no era firme. Tampoco el hecho de que ganara mucho dinero le hizo granjearse su simpatía. Captó el mensaje.

En cuanto se fueron los hombres, Nnu Ego se acurrucó en su cama, que había cubierto con alfombrillas hiladas a mano porque no tenía dinero para sábanas. Se sentía confusa; quería llorar, aunque no sabía la razón. Sintió pena por Adaku, por el trato hiriente que le habían dispensado estos hombres, pero ¿lo entendería Adaku si se lo decía? También sintió alivio, consciente de que fácilmente su propio destino podía haber sido como el de Adaku. No obstante, solo por ser madre de tres hijos varones, se suponía que debía estar contenta en medio de su pobreza, en aquella agonía de ansiedad

permanente, con un nudo en el estómago, vestida con aquellos harapos, todos hacinados en la estrecha habitación... Ay, era un mundo confuso. Al notar que le daban retortijones de hambre en las paredes del estómago, se movió ligeramente, con la esperanza de controlar la urgencia de comerse un caballo entero. Había comido poco desde la mañana. Aquellos mediadores le habían dado un par de peniques —una fracción de lo que le costó pagar la multa de vino de palma y cigarrillos—, monedas que guardó para comprar un desayuno decente a los niños antes de ir al colegio.

Oyó sollozar a Adaku. Tan cerca estaban las camas que, a través de la cortina, se podía oír respirar a la persona al otro lado. Nnu Ego sentía una pena abrumadora por Adaku, pero ¿cómo podía expresarla? Los hombres habían sido injustos al juzgarla. Era ella, Nnu Ego, la que había estado equivocada todo el tiempo, pero por supuesto ellos habían hecho que pareciera inocente solo por ser madre de hijos varones. Qué listos eran los hombres. Al amonestarla y aconsejarla que viviera según su estatus de primera esposa, hacían que sonara como una posición envidiable, por la que cualquier mujer lucharía. No le importaba. Le dijo a Adaku:

—Lo siento. Quizás no deberías haber llamado a los hombres.

Hubo un breve silencio y entonces Adaku dijo:

—Me alegro de haberlo hecho. Tengo lo que me merezco, supongo. Me han dicho lo que tú llevas diciéndome desde que volviste de Ibuza. Les estoy agradecida.

—¿Qué vas a hacer, Adaku?

—Lo que querías que hiciera. Dejar esta apestosa habitación. ¿Por qué tengo que seguir aguantando esto? Nnaife no me quiere, ni tampoco su familia, así que, ¿para qué me voy a

quedar? Cuando vino a casa de permiso, se enfadó conmigo porque tú te habías ido al pueblo a enterrar a tu padre. Se sentía herido pensando que valorabas más a tu padre que a él; y a mí me acusó de no frenarte. Así que vino a mi cama de segundo plato. No me importó, porque lo único que quería de él era un hijo varón. Pero no me quedé embarazada. Y tú volviste a los pocos días con todos esos hijos suyos. No podía soportarlo. Y ahora estos hombres vienen aquí a restregármelo en las narices, como si no lo supiera ya.

Suspiró.

—Todo el mundo me acusa de dedicarme a ganar dinero. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Me gastaré el dinero que tengo en dar a mis hijas una buena formación para la vida. Dejarán de venir conmigo al mercado. Me ocuparé de matricularlas en un buen colegio. Creo que les vendrá bien en el futuro. Muchas familias ricas yorubas mandan a sus hijas al colegio; haré lo mismo con las mías. Nnaife no va a mandárselas a ningún marido hasta que estén preparadas. ¡Me ocuparé de eso! Mañana me voy de esta habitación irrespirable, esposa mayor.

—¿A adorar a tu *chi*?

—¡Maldito sea mi *chi*! Voy a ser prostituta. ¡Maldito *chi*!—repitió con fiereza. Nnu Ego no podía creer lo que oía.

—¿Sabes lo que dices, Adaku? El *chi*, tu dios personal, el que te dio la vida.

—No me importa nada la vida que él o ella me dio. Me marcho mañana con mis niñas. No voy a ir a Ibuza. Me voy a vivir con esas mujeres de Montgomery Road. Sí, voy a unirme a ellas, para hacer felices a los hombres que vuelven de la guerra.

—¡Para! ¡Para! —gritó Nnu Ego—. No olvides que hay niñas pequeñas durmiendo en esta habitación y no te atrevas

a insultarme hablándome así en mi casa. ¿De qué mujeres hablas? ¿No querrás decir que vas a ser ese tipo de mujer...? No puedes. ¿Y tus hijas? Ningún hombre de Ibuza se casará con las hijas de una prostituta.

—Lo siento si te he insultado, pero eres tú quien me ha preguntado, ¿ya no te acuerdas? En cuanto a mis hijas, tendrán que aprovechar sus propias oportunidades en este mundo. Yo no estoy dispuesta a quedarme aquí y volverme loca solo porque no tengo hijos varones. Por la manera en que hablan de eso, pareciera que yo sé dónde encontrar hijos varones y que he sido una descuidada por no traerle uno a mi marido. Como si yo no los hubiera tenido antes. La gente se olvida de eso. Si mis hijas no me perdonan cuando crezcan, eso sí que será malo. Se desharán de mí cuando me muera, de todas formas, mientras que la gente como tú, esposa mayor, habrá echado raíces, como dicen: a ti te enterrarán con todos los honores en la casa familiar de Nnaife.

Nnu Ego permaneció en silencio. ¿Tenía la culpa de aquello? ¿Había llevado a Adaku a dar aquel paso? No, ese movimiento debía de haber estado siempre en la cabeza de aquella mujer. La misma Adankwo en Ibuza le había advertido de la ambición de Adaku. Si quisiera, podría quedarse hasta que volviera Nnaife.

Nnu Ego suspiró con tristeza.

—Creo que estás cometiendo un error, Adaku. Además, podrías tener un hijo varón cuando vuelva nuestro marido.

—Quizás tengas razón de nuevo, esposa mayor. Cuanto más lo pienso, más creo que las mujeres nos ponemos metas inalcanzables. Que nos hacemos la vida imposible la una a la otra. Yo no puedo vivir según tus normas, esposa mayor. Así que tendré que ponerme las mías.

—Que te guíe tu *chi*, Adaku —susurró Nnu Ego con voz casi inaudible, encogiéndose más aún en las alfombrillas de su cama manchadas de orina, asediada por los insectos, disfrutando de la conciencia de su maternidad.

15 · EL PADRE SOLDADO

Las noticias de que Adaku había renunciado a su responsabilidad y se había convertido en una prostituta se extendieron como el fuego por todo Lagos. Los hombres de Ibuza se recrearon en la falta de fidelidad de las mujeres: «Déjalas solas diez minutos y se convierten en cualquier cosa». La gente culpaba a la ciudad de Lagos; decían que vivir a toda velocidad allí podía corromper a la más inocente de las jóvenes. Las mujeres temblaban ante aquella horrible idea. Se acercaron a Nnu Ego para que les contara hasta el último detalle. La mayoría se sorprendía cuando les decía que no había habido una pelea, que Adaku simplemente había decidido marcharse.

—¿Sabes una cosa? —afirmó una de aquellas visitas de Ibuza—. Yo entendería que fueras tú quien abandonara a Nnaife y le dejaras todos estos niños, pero no Adaku. Tenía la bendición de Dios en esta ciudad, no entiendo qué más quiere.

Nnu Ego estaba de acuerdo con ellas, pero todavía se preguntaba si había algo que ella pudiera hacer. Cuanto más tiempo dejara pasar, más difícil sería. Intentó advertir a Adaku sobre las habladurías de la gente, pero sus esfuerzos fueron en vano. La última vez que la había visto en su puesto del mercado, le había vuelto a suplicar, aunque sabía que era una empresa inútil. Aquel mismo día, Adaku estaba hacien-

do honor a su nombre «la hija de la riqueza». Le contó a Nnu Ego que iba a dejar de vender judías y pimientos, que estaba comprando un puesto más grande en el que tendría tela de *abada* para hacer *lappas*. Sonrió al ver la cara de asombro y de sorpresa de Nnu Ego. Le habría pasado su puesto anterior a Nnu Ego, le dijo, pero se lo iba a arrendar a alguien que le iba a pagar una cantidad anual.

—Por lo menos eso me resolverá el alquiler —dijo finalmente, riéndose.

—¿Quieres decir que no tendrás que depender de amigos para que te ayuden?

—No —contestó—. Quiero ser una digna mujer soltera. Trabajaré para dar una educación a mis hijas, aunque no lo haré sin compañía masculina —volvió a reír—. A veces los hombres son útiles.

Nnu Ego se dio cuenta de que Adaku iba más arreglada. No era que llevara nada nuevo, sino que se ponía sus mejores ropas incluso en días normales de mercado. Ahora se reía mucho; Nnu Ego nunca había percibido que tuviera ese sentido del humor. Adaku dijo que tenía una habitación individual para ella, mucho más grande que la que habían compartido antes. Nnu Ego sentía curiosidad por verla y solo mediante un ejercicio de fuerza de voluntad se reprimió de decir: «Me gustaría hacerte una visita a tu nueva casa». ¿Qué pensaría la gente?

Después de aquello, dejó de ir a ver a Adaku al mercado, aunque antes aceptó todos los comestibles del antiguo puesto de Adaku. Compró el pescado seco a bajo precio y comieron bien durante un mes. ¿Por qué iba a engañarse a sí misma? Aquella mujer vivía mucho mejor que ella; solo sufriría el desprecio social. Nnu Ego se dijo a sí misma: «Pue-

de que a mí me respeten, pero ¿de qué me sirve? No tengo dinero para comprar comida, por no hablar de vestidos de *abada* para ir las reuniones y a la iglesia».

Nnu Ego había conseguido arañar dinero y pagar los gastos de los dos últimos trimestres de la escuela de Oshia y Adim, y se felicitaba a sí misma por habérselas arreglado cuando la gente empezó a decir que la guerra había terminado, que el enemigo, quienquiera que fuera, se había suicidado. Esto quería decir que Nnaife volvería pronto, pensó encantada. Se fue ella sola a la oficina de correos, por no preocupar a Mama Abby, que por aquella época se acababa de ir a vivir con su hijo a un apartamento más grande y más lujoso, y sacó tres de las cinco libras que tenía en su cuenta. Le dijeron que había ganado intereses por valor de una libra entera. El dinero ya no valía lo mismo que cuando lo había ingresado hacía años, pero se sintió como quien hubiera heredado una fortuna. Se fue corriendo al mercado y compró un trozo de carne de la buena para poder cocinar una comida decente para ella y para los niños. Oshia estaba tan entusiasmado que amontonó varias cucharadas de arroz en las latas vacías de salsa de tomate que su madre había usado para hacer el guiso y se las llevó para ofrecérselas generosamente a sus amigos.

—Es como la Navidad —alardeó ante sus compañeros del colegio al día siguiente—. Ya veis, hemos ganado la guerra. Mi padre y los demás soldados han matado al enemigo: se llamaba Hitler.

Era cierto que había terminado la guerra y se hablaba del regreso de los soldados que aún estuvieran vivos. No se sabía cuándo y Nnu Ego no tenía forma de saber si Nnaife había sobrevivido. Confiaba en su intuición. Tenía ganas de que

volviera; el trabajo de cuidar ella sola a su numerosa familia estaba empezando a agotarla. Últimamente, caía enferma a menudo, ya fuera por pequeños ataques de malaria o por cansancio, y sabía que era el resultado de la falta de alimento. Se sentía tan segura de que su marido estaba vivo y a punto de volver que se había gastado la mitad de sus ahorros en comida, ropa y colegios, y durante las dos semanas siguientes anduvo, esperanzada, de un lado a otro. Después empezó a preocuparse.

¿Y si Nnaife no regresaba antes de tener que pagar los colegios de los chicos otra vez? Sabía que la Misión Metodista exigiría el pago en una o dos semanas, y ella se había atrasado la vez anterior con el pago del último trimestre, por lo que Oshia y Adim tuvieron que dejar de ir al colegio durante dos semanas. Ansiaba que Nnaife tomara la iniciativa de escribirles y contarles qué pasaba, aunque era un vano deseo; si bien había aprendido a leer y escribir de forma rudimentaria con un compañero en Fernando Poo, no era lo que se dice un hombre culto. Sin duda, muchos soldados del ejército sabían leer y escribir, pero a Nnaife, con sus inseguridades, no se le ocurriría pedir a sus compañeros de batalla que le escribieran una carta; preferiría callar y tomárselo a broma, o tocar la guitarra, cosa que no habría podido hacer en mucho tiempo. Otras familias a quienes Nnu Ego conocía tenían noticias de sus hombres de vez en cuando, pero nada se sabía de Nnaife. Jamás se le ocurrió que su familia se preocuparía, sabía que podían salir adelante sin él. Después de todo, la vida no era más que un juego de azar, uno tenía que jugar desde el día que nacía. Había firmado el impreso según el cual parte de su sueldo iría a Nnu Ego y, la vez que estuvo de permiso, se aseguró de que el dinero no fuera a

parar a manos de Adaku en Lagos. No imaginaba lo que había ocurrido desde entonces. Nnu Ego estaba en Lagos con los niños y sin dinero. Adaku, a quien había intentado castigar, había dejado el nido familiar para buscarse la vida ella sola, y lo había logrado con creces. Nnu Ego se quedó desesperanzada y con un montón de niños con necesidades acuciantes.

Una mañana llamó a Oshia, después de ver cómo se vestía para ir al colegio. Era uno de esos días en los que se sentía sin ganas de fingir más. El niño tenía diez años, a punto de cumplir once. En Ibuza le habrían iniciado en la etapa adulta. ¿No habría sido un ayudante de confianza para sus primos pequeños en la granja de Ibuza, yéndose con ellos todas las tardes después del colegio? A lo mejor no era capaz de leer bien todavía, pero ya sabía escribir su nombre, y eso era más de lo que su padre sabía hacer a su edad. De manera que, incluso si tuviera que dejar el colegio en aquel momento, estaría mejor equipado para la vida que su padre. No había más que ver los logros de Nnaife sin educación: tenía todos esos hijos, era el único varón Owulum con vida y estaba a cargo de su familia y la de su hermano, pensó para sus adentros con tristeza. Si alguien hubiera preguntado qué ayuda económica les había dado Nnaife a todos aquellos parientes, ella habría contestado simplemente: «Pero les ha dado su nombre y lo llevarán hasta la inmortalidad. Había engendrado a aquellos niños, para eso estaban los hombres. Que no pueda alimentarlos no es culpa suya, se fue a la guerra. Tienen una madre, ¿no?».

—Oshiaju —lo llamó con suavidad.

El niño la miró, sorprendido de ver la mirada pensativa de su madre, y preguntó con naturalidad:

—¿Quieres algo?

Ella sonrió.

—No, hijo, no quiero nada. Pero se me ha acabado el dinero. Como ves, tu padre el soldado no ha vuelto todavía, y no sé cuándo volverá. Así que aprende todo lo que puedas en el colegio, porque el próximo mes creo que no podré pagarlo.

La cara de Oshia era la viva imagen del desánimo y el niño gritó:

—¡Pero me encanta el colegio, madre! Todos mis amigos están allí. ¿Por qué tengo que dejarlo tantas veces? Folorunsho y los demás no lo hacen.

—Esto es Lagos, Oshia, y aquí somos inmigrantes. Para Folorunsho es distinto. Esta es su región. Ellos son los dueños de Lagos. Pero no te preocupes, hijo, tu padre no se quedará en la guerra para siempre. Vendrá un día, y entonces te recompensará. ¿Te acuerdas de lo que siempre te he dicho, que eres un chico guapo? Ahora sé que además eres un chico listo. Lo demostraste en Ibuza. Trabajabas muy bien en el campo y, cuando volviste aquí, te pusiste al día con los estudios como si no hubieras perdido ni un solo día. Sé que lo conseguirás.

—¿Y qué pasa con Adim? ¿Va a seguir? —preguntó Oshia, sin coherencia.

—No, lo dejará y esperará, como tú, a vuestro padre. Empezaréis con clases particulares. Son más baratas, solo cuestan un chelín al mes.

—Pero las niñas van a clases particulares y no aprenden nada.

—Las gemelas tendrán que dejarlas para ayudarme con la casa y con el negocio. Si tienen suerte, también irán al

colegio cuando vuelva vuestro padre. No hace falta que se queden mucho en el colegio, solo uno o dos años más.

De manera que, al empezar el trimestre siguiente, Oshia y su hermano Adim asistieron a una clase particular en la calle Adam, en la que el profesor les enseñó a escribir con buena letra y a hacer algunas cuentas. Las asignaturas más complejas quedaron olvidadas. Oshia sabía que aquel arreglo no era nada en comparación con un «colegio de verdad», pero no podía hacer nada. Se sentía decepcionado.

Nnu Ego seguía vendiendo leña, *garri* y otros comestibles. Todas las mañanas, los vecinos la oían gritar: «¡Oshia, Adim, gemelas, levantaos, que nos vamos a la orilla del río!». Allí compraba leña para venderla durante el día y entre todos la llevaban a casa. Solía dejar a Nnamdio con Iyawo Itsekiri. Cuando veía a los niños marchando frente a ella con sus pequeños haces de leña, decía: «Gracias, mi *chi*, porque son fuertes y sanos. Llegará el día en que lleguen a ser personas».

En casa, después del almuerzo, se sentaba en su puesto y las gemelas salían a vender a voces los comestibles, iban de calle en calle en busca de compradores. Adim y Oshia asistían a sus clases particulares. Por la noche, contaba el dinero, apartaba sus pequeños beneficios para los gastos de la comida del día siguiente y se iba a dormir. Cada día se repetía el mismo patrón.

Una mañana, Kehinde, la más callada y reservada de las gemelas, se llevó los cuencos del desayuno para fregarlos y le anunció a su madre que volvería a hacer calor.

—¿Y qué importancia tiene eso? —dijo Oshia.

—Bueno, ya conoces a Kehinde, es tranquila y observadora. Tendrá sus razones para decir eso.

—Se nos secarán las verduras *ugu*,[14] madre —se oyó la voz de Kehinde desde fuera.

—Te lo dije —le comentó Nnu Ego a Oshia.

Salieron todos corriendo de la habitación. Si se les secaba el *ugu*, sería una calamidad, ya que Nnu Ego no compraba verdura. Cultivaba la suya propia y el *ugu*, con sus grandes hojas verdes, era una buena reserva.

—Tendremos que venderlo rápidamente antes de que se ponga amarillo —sugirió Kehinde.

—Qué buena idea. Pero tu hermana y tú tendréis que regarlo durante el día.

—Que ayuden los chicos también —gruñó Taiwo, la otra gemela, a quien todos consideraban una quejica.

—Tienen que ir a clase, Taiwo, y deja de quejarte. ¡Las chicas no se quejan!

—Ya lo sé, madre. Estás todo el día recordándonoslo.

Kehinde se limitó a reírse y siguió fregando los cuencos.

—Sí, habrá que vender algo —dijo Nnu Ego, más para sus adentros que hacia alguien en particular.

Iyawo Itsekiri pasaba por allí en aquel momento y se echó a reír.

—Vosotros los ibos, ¿hay algo en este mundo que no vendáis para sacar dinero? ¡Si pudierais venderíais a vuestros propios hijos!

—Bueno, eso no es posible, y no tengo intención de vender a mis hijos. Pero, si me dieran dinero por su trabajo, no me importaría mandar a las niñas a algún sitio donde les enseñaran un oficio.

[14] *Ugu (telfairia occidentalis)*: Planta que se come como verdura. (*N. de la T.*)

—Ay, no tengas tanta prisa, Nnu Ego. Son unas bebés.

—Pero se les da muy bien vender en la calle —dijo Nnu Ego riendo. El dinero que consiguiera me ayudaría a cuidar a los otros. Cuando mandas a un hijo fuera, siempre aprende algo, ya sabes, es una buena inversión. Así estarán bien preparados para cuidar de sí mismos el día de mañana.

—Oye, no te pases, Nnu Ego. Ya aprenden bastante de supervivencia contigo. No podrían tener una profesora mejor.

Quizás Iyawo Itsekiri tuviera razón, pensó Nnu Ego mientras acariciaba sus preciosas verduras y les suplicaba que no se secaran. Estaba tan absorta en sus pensamientos que, hasta que Kehinde repitió varias veces: «¡Madre, madre!», no se dio la vuelta.

—¿Qué pasa Kehinde? ¿Has notado más calor?

La niña se acercó corriendo y agitó un sobre amarillo bajo la nariz de su madre antes de que Nnu Ego replicara. Reaccionó y vio a un cartero montado en su desvencijada bicicleta que pedaleaba alejándose de su casa.

—¡Ay! —exclamó—. Esa bicicleta me recuerda a la de Nwakusor—. Estaba a punto de revivir aquel día en el puente, cuando Nwakusor le había salvado la vida, pero la niña no se lo permitió.

—¡Madre, la carta, madre!

—Sí, una carta, una... podría ser de Nnaife—. Sí, podría ser. Había visto antes esa clase de sobres; era igual al que había llegado hacía cuatro años cuando les había mandado dinero por primera vez. Nnaife, Nnaife, dinero...

¿A quién tenía a mano para que se la leyera? Mama Abby se había mudado de allí. No podía dársela a nadie de Ibuza, eran demasiado cercanos. Como los familiares más próximos estaban acostumbrados a verla pobre, solo los más

maduros podrían asumir que saliera de la pobreza. Corrió de forma impulsiva a la parte de delante de la casa, hacia donde estaba su casero, el señor Barber, que trabajaba en la Secretaría de los Ferroviarios. Su familia, siempre amable, se había portado con ella como buenos vecinos, aunque de manera distante, no demasiado familiar. A mitad de camino, cambió de idea: no, si era mucho dinero le subirían el alquiler y las esposas se pondrían celosas. Era mejor tener paciencia, organizar a los niños en sus diferentes tareas del día y después ir a buscar a la madre de Abby, su vieja y leal amiga.

No pudo salir hasta casi la hora del almuerzo. Le dio instrucciones a Oshia para que se sentara detrás del puesto, cosa que hizo a Taiwo preguntar por qué él se libraba de ir a la orilla del río mientras ellas tenían que ir a vender naranjas.

—Escucha, es solo esta tarde —le aseguró—. Mañana irá. De todas formas, tenemos suficiente madera para el día. Estaré de vuelta antes de la hora de la clase.

Taiwo hizo un mohín.

—Mis hermanos tienen la tarde libre para sus estúpidas lecciones y se libran de ir a coger la leña que tenemos que vender para comer.

Desesperada, Nnu Ego gritó a las niñas, que la miraban con ojos como platos:

—¡Pero sois chicas! Ellos son chicos. Tenéis que vender para ayudarlos a que tengan una buena posición en la vida y así puedan cuidar a la familia. Cuando vuestros maridos se porten mal con vosotras, ellos os defenderán.

—¡Maridos! ¡Que se portan mal! —dijeron, entre risitas tontas.

Cuando llegó a casa de Mama Abby, le dijo, casi lamentándose:

—¡He recibido una carta! Ay, Mama Abby, creo que es del padre de mis hijos. Creo que sí.

Mama Abby se estaba haciendo mayor, aunque seguía siendo muy elegante, vestía muy bien y tenía un gesto de satisfacción que nunca se le había visto. Nnu Ego se quedó sorprendida al ver su entorno. Había espejos por todas partes, y una habitación individual, por lo que ya no tenía que utilizar un solo cuarto para todo. Su hijo Abby la había convertido en una mujer adinerada. Nnu Ego se mordió un labio. Ay, Dios, que alguno de sus hijos fuera igual, para que no sufriera tanto en la vejez como en aquel momento.

Mama Abby se puso unas gafas para leer, algo que no había hecho nunca, y el primer impulso de Nnu Ego fue preguntarle si se estaba quedando ciega. Fue capaz de controlarlo. Aquello debía de ser un signo más de riqueza.

—Ah, es una nota del cuartel del ejército en Yaba. Quieren saber si sigues viviendo en esta dirección o en Ibuza. Si sigues aquí, como creo que estás —Mama Abby estaba intentando ser graciosa, pero enseguida continuó al ver que la mujer que tenía delante no estaba de humor para bromas—, si estás ahí y si eres Nnu Ego Owulum, quieren que vayas al cuartel a recoger un paquete.

—¿Un paquete? Pero, ¿qué paquete iba a mandarnos Nnaife? ¿Y desde dónde nos ha escrito eso?

—No lo ha escrito él —explicó Mama Abby—. Han sido los de la oficina de aquí. No dicen dónde está. Solo tratan de saber si sigues en Lagos y, en ese caso, quieren que vayas al cuartel del ejército. ¿Sabes dónde está ese sitio? No queda lejos.

El miedo se apoderó de Nnu Ego. Quizás Nnaife había muerto hacía tiempo, alcanzado por las bombas, y su cadáver, hecho pedazos, estaba disperso por muchos mares. Ni

siquiera una tumba decente. «Ay, Nnaife, ¿qué ha sido de ti?». En voz alta, preguntó:

—Dime, por favor, Mama Abby, ¿está vivo? Lee la carta con atención. ¿Ha muerto?

Al darse cuenta de lo que se le pasaba a Nnu Ego por la cabeza, Mama Abby se preguntó qué podía hacer. ¿Le habrían mandado una carta si su marido hubiera muerto? No sabía la respuesta. No estaba acostumbrada a los procedimientos del ejército. Si Nnu Ego tenía que ir al cuartel ella sola y se encontraba con noticias terribles... era una persona muy emotiva. ¿Debía aconsejarle que llamara a sus parientes para que la acompañaran? Pero eso llevaría mucho tiempo, y pocos hombres de la ciudad podían dejar sus trabajos. Aunque no deseaba entrometerse en la vida de Nnu Ego, sintió que era la persona más adecuada para acompañarla. Por lo menos, si eran malas noticias, podría impedir que se hiciera daño. Y, si eran buenas noticias que quisiera mantener en secreto, en fin, ¿no había estado ella al corriente de los primeros ahorros de su amiga?

—Vamos juntas. Abby no volverá hasta las tres esta tarde. Si nos damos prisa, estaremos pronto de vuelta.

Aunque había muchas familias, no los hicieron esperar mucho. Les dieron un sobre con varios sellos extraños.

—¿Dónde está el paquete? —inquirió Nnu Ego, al dejar su huella dactilar en el papel—. ¿No mencionaron en la carta que había un paquete?

—Bueno, ese es el paquete —ladró el empleado del mostrador.

—¿Quieres que lo abra aquí? —preguntó Mama Abby con precaución—. Podemos llevárnoslo a casa y leerlo allí.

—No, por favor, quiero enterarme de lo peor. Sabes, esta mañana cuando recibí la carta me preocupaba saber qué me había escrito Nnaife y si nos había mandado algo para mantenernos. Ahora, lo único que deseo saber es si sigue vivo. Siento que está vivo, pero quiero asegurarme —suplicó, desesperada.

Mama Abby se volvió a poner sus elegantes gafas y miró por encima de ellas, en busca de un rincón tranquilo para descifrar la letra de quienquiera que fuera la persona a quien Nnaife había persuadido para escribir en su lugar. Mientras leía, empezó a brillarle la mirada, hasta que al llegar al final de la carta sonreía con tal resplandor que Nnu Ego supo que había esperanza para el futuro y que esa esperanza se materializaría. Fuera lo que fuera, estaba dispuesta a esperar. Aún sonriendo, Mama Abby le dio un trozo de papel verdoso y le dijo que lo palpara. Entonces, preguntó:

—¿Sabes lo que es?

Nnu Ego se echó a reír.

—Creo que es lo mismo que nos mandó la última vez, dinero. ¿Cómo está él?

Mientras esperaban su turno en otra cola, Mama Abby le contó el contenido de la carta. Nnaife había estado enfermo por las picaduras de unas serpientes de agua, en un lugar al que habían tenido que ir llamado Birmania. Preguntaba por los niños y por ella. Decía que, según los rumores, pronto terminaría la guerra. Por fin confiaba en volver a verlos. Al principio, especialmente durante su enfermedad, había perdido la esperanza.

Había tres cartas en total, y todas decían prácticamente lo mismo. Nnu Ego preguntó al empleado detrás del mostrador por qué no se las habían llevado, al ver que la primera

de ellas había sido escrita casi un año antes, y el empleado farfulló furioso:

—¿No estás satisfecha después de recibir sesenta libras, el sueldo que un hombre ganaría en tres años? —dijo —. Aquí está usted, quejándose de que no le llegó a tiempo. ¿Sabe usted la sangre que ha derramado su marido para ganar este dinero? ¡Mujeres! Algunos hombres son tontos, mira que dar todo ese dinero a una mujer analfabeta.

Nnu Ego estaba impactada con la suma recibida. Así que Nnaife había estado mandando dinero. Podía imaginar cuál había sido el error: Nnaife debía de haberles dicho que estaba en Ibuza. Por supuesto que el empleado local no se había molestado en comprobar si había vuelto o no, y tampoco había forma de que ella comprobara nada. Con lágrimas de alivio en los ojos, se prometió a sí misma que todos sus hijos, las niñas y los niños, tendrían una buena educación. Si ella misma la hubiera tenido, habría podido acercarse a la oficina a averiguar qué pasaba con el dinero. Al menos podría haber contactado con Nnaife, y él podría haber hecho lo mismo. Tanto ella como su marido estaban mal preparados para una vida así, en la que solo la letra escrita y no la palabra hablada servía para comunicarse. Sus hijos debían aprender.

Ella y Mama Abby, la mujer de Brass, volvieron caminando a casa, en silencio. En la puerta de su casa, Nnu Ego quiso suplicar a su amiga que no se lo contara a nadie, pero supuso que ese ruego sería inútil. Incluso si Mama Abby se lo contaba a alguien, tenía la intención de negarlo. El empleado del depósito del ejército había dicho que era el dinero ganado con la sangre de su marido, y ella utilizaría el dinero para gloria de Nnaife. Le dio las gracias a Mama Abby, y la habría

invitado a un trozo de nuez de cola si no fuera porque dijo que tenía que salir corriendo a prepararle la comida a Abby, que llegaría enseguida a casa.

Debido a las dificultades sufridas, Nnu Ego había escarmentado. No les dijo nada a sus hijos. Sabía que unas seis libras más o menos le pertenecían a la esposa de Owulum en Ibuza. Se las mandaría; entre tanto, metería cuarenta libras en su cuenta de la oficina de correos, y no esperaría al día siguiente para hacerlo. Nerviosa, como si fuera a venir alguien a arrebatarle el dinero, hizo rápidamente *garri* para los niños y los mandó a jugar, aduciendo que estaba cansada. Cuando hubo contado la cantidad que pretendía ingresar en la cuenta, le dijo a Oshia que tendría que perderse la lección de aquel día porque debía vigilar el puesto.

A la mañana siguiente, los niños se quedaron con la boca abierta cuando les dijo que, después de una ausencia tan larga, tenían que volver al colegio.

Al principio, el director se mostró reacio a admitirlos otra vez, puesto que, por lo sucedido anteriormente, dudaba de que su madre pudiera pagar, pero ella le dijo que no se preocupara. Los niños irradiaban alegría, y mostraban su gratitud esforzándose mucho con los estudios.

Nnu Ego no dijo nada a nadie, pero la gente se dio cuenta, o Mama Abby lo contó. Nnu Ego, por su parte, consiguió un puesto en un mercado más grande en Oyingbo y empezó a vender tela de *abada*. Aunque quedaba muy lejos de donde vivían en Yaba, no le importaba, porque iba solo un día de cada cinco. Seguía manteniendo su quiosco de madera; le venía bien porque le permitía estar más tiempo con su familia. Dejó de vender leña, una tarea que rompía la espalda. Por una vez, dejó de preocuparse por la comida. Animó a

las niñas a que, aunque estudiasen, siguieran con la venta ambulante. Vendían naranjas en el colegio ya que, como su madre Nnu Ego repetía: «Una chica necesita saber un oficio que le dé para ganarse la vida». A los niños, por el contrario, los animaba a dedicar más tiempo a los estudios.

—Madre, en el colegio nos han dicho muchas veces que la guerra ha terminado y que el enemigo Hitler está muerto. Pero, ¿cuándo va a volver nuestro padre? —preguntó Taiwo una tarde cuando estaban todos sentados delante de la casa, junto al puesto.

—Ya he oído eso tantas veces en el mercado que he dejado de tener esperanzas. Lo único que sé es eso, hija, que veremos a vuestro padre cuando lo veamos. Ni siquiera sabemos dónde está luchando su propia guerra —replicó Nnu Ego.

—No es cuento, madre. Unos cuantos vamos a ir al muelle a dar la bienvenida a los soldados que vuelven. Espero que me elijan para ir con ellos y espero ver a mi padre entre ellos. Alzaré mis manos una y otra vez para saludarlo —se explayó Oshia.

—¿No puedes ir corriendo a recibirlo y decir: «Bienvenido, padre, soy tu hijo»? Yo lo haría.

—¿Sabes cuál es tu problema, Kehinde? Eres demasiado lista y demasiado impulsiva para tu edad. Si llevaras más tiempo en el colegio, sabrías que no puedes hacer todo lo que quieras.

Los niños siguieron discutiendo las ventajas y las desventajas de la guerra. Se les unieron otros niños de la casa de al lado, hasta que casi terminaron peleándose. Se olvidaron por completo de quién había sacado el tema.

—Todo esto es por tu marido el soldado —dijo Iyawo Itsekiri, riendo. Tenía un puesto al lado del de Nnu Ego.

—Ni siquiera sé cuándo va a volver este hombre. Su última carta es de hace un año y en ella decía que volvería a casa pronto. Como te digo, eso fue el año pasado. Pero todavía se ven camiones y motocicletas del ejército por las calles, y los precios siguen siendo altos.

—Quizá lleve tiempo volver a la normalidad.

—Bueno, lo único que quiero saber es que está sano y salvo. De todas formas, nunca he tenido un matrimonio normal. Siempre ha estado en un sitio o en otro.

—Pronto terminará todo esto, ya lo verás —le aseguró Iyawo Itsekiri a su amiga.

Aunque Nnu Ego esperaba la aparición de Nnaife en cualquier momento, no deseaba pensar en su llegada. El negocio le iba bien gracias al capital que tenía, pero muchas veces le hubría gustado relajarse y no ir a ninguna parte, simplemente quedarse en casa y cuidar a sus hijos.

—Me han elegido para ir hoy a dar la bienvenida a los soldados que vuelven, madre, porque siempre tengo limpio el uniforme del colegio —fanfarroneó Oshia unas semanas después.

—¡Pero qué mentira! ¡Eres un mentiroso! —dijo Taiwo, sin inhibición alguna.

Adim y Kehinde se limitaron a reír. No se atrevían a enfrentarse a Oshia tan abiertamente.

—Entonces, ¿por qué lo han elegido? —preguntó Nnu Ego.

—Porque han elegido a su clase —dijo Taiwo.

El día de la visita al muelle, casi todos los niños de Lagos fueron vestidos con sus uniformes a dar la bienvenida a los héroes de guerra. Oshia no paró de hablar de ellos hasta varios días después.

—Qué pinta tan elegante tenían, madre. Andaban con las piernas estiradas, desfilando y saludándonos. Había miles y miles.

—¿Viste a tu padre? —le preguntaba todo el mundo.

—No, había tantos que no podía distinguir a mi padre. «Espero que este hombre no haya muerto», rezó Nnu Ego para sí misma.

Seguía pensando en aquellas corazonadas mientras contaba las ganancias de la venta del día, cuando oyó los gritos de alegría de las esposas del casero, que seguían fuera, dando la bienvenida a alguien.

—¡Bienvenidos sean nuestros héroes! —gritaban.

Los niños salieron corriendo para averiguar de quién se trataba. Nnamdio estaba entre las piernas de los mayores y Nnu Ego les dijo:

—Cuidad a vuestro hermanito. Vais a atropellarlo.

—¡Es padre! ¡Madre, es nuestro padre! ¡Ha vuelto!

Nnu Ego dejó el dinero y salió corriendo; desde luego que allí estaba Nnaife. Los dos soltaron una risita entrecortada, sin hacerse ninguna demostración de cariño.

Nnaife preguntó entre risas:

—¿Y cómo está nuestra primera esposa?

—¿Por qué no me avisaste de que volvías hoy? —fue lo único que se le ocurrió decir a Nnu Ego en medio de la confusión.

Todos se metieron en la terraza y, por supuesto, los vendedores de vino de palma de la zona estuvieron muy ocupados. Durante aquellos años habían echado de menos a su cliente ibo.

La celebración duró días. Nnaife se gastó un montón de dinero, hasta que Nnu Ego tuvo que recordarle que había bocas que alimentar y colegios que pagar.

—¿No te alegra que haya vuelto? No sabía que volvería, ¿sabes? ¿No te das cuenta de que no he estado bien? Mira lo hinchados que tengo los pies. Se me pudrían en la humedad de Birmania. Ahora empiezas tú con las quejas de siempre. Déjame en paz.

Nnaife estaba enfermo. Había adquirido un color amarillento que no parecía nada sano. Tenía un aspecto más rechoncho y más nervioso, y hablaba en un susurro vergonzante. Podía estar riéndose y al momento empezar a susurrar como un niño. En lo único que no había cambiado, era en su falta de criterio; en cuanto había dinero, tenía que gastárselo.

Nnaife se sentía satisfecho de sus hijos y muy orgulloso de las noticias sobre su familia de Ibuza. Tachó a Adaku de mala mujer y declaró:

—En cuanto haya descansado, tengo que ir a Ibuza a ver a Adankwo, esa mujer tan simpática. Tiene que echar de menos a un hombre. ¡Imagínate, una mujer que lleva cinco años sin un hombre! Mi hermano no me perdonará jamás.

—Es cierto que te corresponde, pero está encantada en el pueblo como primera esposa de la familia. Sus hijos se han hecho unos granjeros muy enérgicos, ¿sabes? No les hará gracia la idea de que su madre tenga otro marido — le previno Nnu Ego.

—Yo no soy un desconocido, soy el hermano de su marido. No has cambiado, Nnu Ego, hija de Agbadi—. Todas las visitas masculinas rieron con la ocurrencia. Entonces, Ubani gritó en broma:

—Amigo mío, Nnu Ego se portó muy bien en tu ausencia, ¿sabes? También luchó en la guerra, aquí con tu familia.

—Habría sido una vergüenza para su familia si no se hubiera portado bien.

Todos volvieron a reír. El apartamento de una habitación en el que dormían y la terraza se convirtieron en una colmena llena de actividad. Y los niños conocieron por una vez la alegría de tener un padre.

Pero incluso aquello duró poco. Nnaife se empeñó en que debía ir a ver a la mujer y a la familia de su difunto hermano. Tenía que ir a dar las gracias a Adankwo, dijo, por lo que había ayudado a Nnu Ego. Pero Nnu Ego no se dejó engañar por aquella explicación. Sabía que el orgullo de Nnaife había sido herido al averiguar que Adaku se había ido de su casa; por los rumores que le llegaban, sabía que a la joven le iba muy bien sin él. Nnu Ego sospechaba que quería ir a su casa para casarse con Adankwo según la costumbre tradicional. La mujer le pertenecía como herencia, pero no había ejercido nunca aquel derecho. Lo que Nnaife quería era reclamar su parte. Ni siquiera desistió de su propósito cuando Nnu Ego le dijo, al cabo de unas semanas, que tenía la impresión de que estaba esperando otro niño.

—¿Te da miedo tener un bebé tú sola, esposa mía?

—No es miedo. Lo único es que todo esto me parece más doloroso y más peligroso ahora que me estoy haciendo mayor.

—No te preocupes, volveré antes de que tengas el niño. Puede que me restituyan pronto en el taller de locomotoras. Imagínate, estaré trabajando dentro del taller y no volveré a estar fuera cortando hierba —anunció, orgulloso.

Nnaife volvió a casa como todos los héroes de guerra de la época, a lo grande. Tomó a Adankwo, aquella serena mujer, que en poco tiempo también se quedó embarazada, a la

espera de su último hijo antes de la menopausia. Para gran consternación de Nnaife, ella se negó a ir con él a Lagos.

—Cuidaré aquí del recinto familiar. No quiero irme a esa casa tuya de una sola habitación —declaró, con el apoyo de los hijos de su primer marido, ya adultos.

—Pero necesito que alguien ayude a Nnu Ego allí. Le está costando mucho todo. Necesita ayuda —argumentó Nnaife.

—¿Quieres decir que necesitas una esposa? —preguntó Adankwo.

La «ayuda» llegó enseguida en forma de una chica de dieciséis años que se llamaba Okpo. Sus padres insistieron en que se les pagara nada menos que treinta libras por su hija; ¿no había vuelto Nnaife de la guerra con todo aquel dinero del hombre blanco? Para no herir los sentimientos de la gente de su pueblo, Nnaife pagó aquella cantidad, haciendo que la familia Owulum se sintiera orgullosa de que su hijo, que había estado en la guerra, fuera uno de los primeros en marcar el ritmo de los cambios que se avecinaban. Pagó treinta libras por aquella mujer en lugar de las veinte libras estipuladas habitualmente, según la costumbre de Ibuza. Algunos de los viejos asintieron con la cabeza al enterarse y pronosticaron lo siguiente: «Nada va a ser igual a partir de ahora». Tenían razón.

Nnaife se volvió a Lagos a toda prisa. Se había gastado casi todo el dinero que había ganado en el ejército y sabía que si no regresaba pronto volvería a sumirse en la ruina. Tendría que pedir dinero prestado a los granjeros de su quinta. Antes de arriesgarse a que ocurriera, volvió, con su nueva esposa, Okpo, y con una nueva dosis de confianza en sí mismo, a Lagos, a casa de una Nnu Ego muy enfadada.

Por una vez, Nnu Ego no se molestó en ocultar su desaprobación. Se negó a compartir la habitación con aquella chica nueva y todos sus hijos. Había ido a ver al curandero y al farmacéutico del hospital, que le ayudaban cada vez que se quedaba embarazada, y ambos coincidieron en que parecía estar esperando otro par de gemelos.

—¿Dónde vamos a meter a todos? —gritó a su marido y a la chica, de quien sospechaba que pronto empezaría también a procrear—. Pero, ¿te has vuelto loco, o qué?, siguió, con amargura—. Solo tenemos una habitación para compartir con mis cinco hijos y estoy esperando otros dos; pero a ti se te ocurre traer a otra persona. ¿Es que te han encargado los blancos que sustituyas a todos los que murieron en la guerra? ¿Por qué no dejas que colaboren otros hombres? Hasta Adankwo, a quien consideramos nuestra madre, se ha quedado embarazada de ti, de ti precisamente. Tienes que hacer algo. No quiero que esta chica duerma en mi cama. Esta vez sí que no cedo y me da igual lo que digan tus amigos.

Nnaife mandó a sus amigos a apaciguar a su primera esposa. Pero su viejo amigo Nwakusor afirmó que Nnu Ego tenía razón, aunque debía dar tiempo a su marido hasta que encontrara otro alojamiento.

—Ya sabes cómo están las cosas en estos momentos —le dijo a Nnu Ego en tono de súplica —. Antes podías encontrar una habitación en menos de un día. Ahora, con toda esa gente del ejército por aquí y con el dinero que tienen, se ha puesto todo mucho más difícil. Recuerda que esta chica ha venido para cuidar a tus hijos. Tus hijos, no te olvides. Hace unos años, parece que fue ayer, cuando te vi en el puente Cárter, no tenías hijos que cuidar, y no necesitabas por tanto ayuda para cuidarlos. Así que, Nnu Ego, hija de Agbadi, debes dar

gracias a nuestro dios Olisa y a tu *chi* por haberte bendecido. A tu padre no le gustaría verte comportándote así.

Nwakusor sabía que este era un punto débil. Incluso muerto, Nwokocha Agbadi gobernaba a su hija. Pertenecía a los dos hombres, a su padre y a su marido, y en último lugar a sus hijos varones. Sí, tendría que tener cuidado si no quería que las futuras esposas de sus hijos dijeran: «Tu madre siempre se ponía celosa cuando su marido traía una nueva esposa a casa».

—De acuerdo —interrumpió Nnaife—, buscaremos un sitio más grande y más barato.

—¿Cómo que más barato? —dijo Nnu Ego levantando la voz—. ¿Es porque te has gastado todo el dinero del ejército, el dinero que ganabas mientras los niños y yo sufríamos y nos las arreglábamos como podíamos? Ay, Nnaife, eres tonto.

Por supuesto que no hubo más paz después de aquello. Oshia se presentó con la idea de que iba a ir a una escuela secundaria llamada Hussey College, en alguna parte de Warri.

—¿Por qué no has conseguido una beca, como los demás chicos? —preguntó Nnu Ego.

—Solo unos pocos consiguen becas, y tienen que ser muy listos.

—Entonces, ¿por qué no eres listo tú? —replicó Nnaife.

—Quizá si hubiera tenido una infancia tranquila y no hubiera tenido que pasarme los días vendiendo queroseno y cargando leña...

—¡Cállate! —gritó Nnu Ego—. Así que la culpa la tengo yo, ¿no?

Nnaife se rio y dijo:

—Replicas a tu padre, ¿eh, hijo? Bueno, pues a lo mejor, si tu madre no hubiera tenido tanto interés en ganar dinero, habrías conseguido una beca. Yo tuve que irme a luchar. No tuve elección. Y no desperdicié una sola oportunidad de trabajar. Así que no me eches la culpa.

Aquello era tan penoso que Nnu Ego se vino abajo y empezó a compadecerse de sí misma. Oshia, su hijo, también le echaba la culpa. Desde luego que para él su padre era un héroe. Era un soldado. Un luchador. Había traído dinero a casa. Lo único que el pobre niño había visto en ella era a la mujer que siempre se quejaba y andaba preocupada. Ay, Dios, por favor, mátala a ella y a los bebés que espera, antes de permitir que los niños en quienes tanta ilusión ha puesto le tiren arena en los ojos.

Oyó a Nnaife hablar con aires de padre noble:

—Por supuesto que irás a Hussey. Emplearé todo mi dinero para que vayas a esa escuela.

Al decir aquello, sacó una libreta de ahorros y, agitándola en el aire, dijo presumiendo:

—Me quedan cien libras aquí. No gasté nada de este dinero hasta que llegué a Nigeria. Esto debería servir para pagar tu educación. Los demás tendrán que esperar su turno hasta que tú termines.

Por supuesto que aquello fue el remate. Oshia estaba aún más orgulloso de su padre. ¿Y qué podía decir Nnu Ego? Si empezaba a porfiar sobre un alojamiento mejor, sabía lo que dirían los demás hijos, sabía lo que diría la gente, lo que diría la chica nueva que había oído todo; todos dirían: «¿No se va a gastar Nnaife la mayor parte de su dinero en vuestro hijo mayor Oshia? ¿Cuántos padres estarían dispuestos a hacer

un sacrificio así?». El amor y las obligaciones de ella hacia sus hijos eran como una cadena de esclavitud.

Sin embargo, pensó Nnu Ego, los hijos se harían adultos. Un día crecerían y quizás ayudarían a su madre. Mira a Abby, hijo único; mira a Abby...

Aquella noche, se quedó dormida con estos pensamientos, y se despertó en las primeras horas de la madrugada con dolores de parto.

Antes de que llegara la mañana, con la ayuda de Nnaife, sentado en el mortero, puesto del revés, que habían traído de la cocina, Nnu Ego tuvo su segundo par de gemelos. Okpo colaboró trayendo agua caliente, cuchillos y demás. Nnaife no estaba muy contento con el resultado: ¡Todo aquel follón por dos niñas más! Si uno tenía que tener gemelos, ¿por qué chicas, por el amor de la diosa Olisa?

La llegada de sus dos gemelas dejó a Nnu Ego más apagada. Nunca se había sentido tan incapaz. A los hombres lo único que les interesaba eran los hijos varones, para que perpetuaran su apellido. Pero, ¿no hacía falta que una mujer diera a luz una niña para que luego pudiera tener hijos varones? «Dios mío, ¿cuándo vas a crear a una mujer que se realice por sí misma, un ser humano completo, no el apéndice de otro?», rezaba desesperada. «Después de todo, nací sola y sola moriré. ¿Qué he ganado con todo esto? Sí, tengo muchos hijos, pero, ¿qué tengo para darles de comer? Mi vida. No me queda otra que trabajar como una loca para cuidarlos, y darles lo mejor de mí. Y si tengo la suerte de morir en paz, me veré obligada a darles incluso mi alma. Adorarán mi alma muerta para que los provea; será aclamada como un buen espíritu mientras haya ñames e hijos en abundancia en

la familia, pero si algo sale mal, si una esposa joven no concibe o si hay una hambruna, se maldecirá mi alma muerta. ¿Cuándo seré libre?».

Incluso en su confusión, ella sabía la respuesta: «Nunca, ni siquiera después de la muerte. Soy prisionera de mi propia carne y mi propia sangre. ¿Es una posición tan envidiable? Los hombres hacen que parezca que debemos aspirar a tener hijos o morir. Por eso quería morirme cuando perdí a mi primer hijo, porque no estuve a la altura de las expectativas que los varones, mi padre y mi marido, habían puesto en mí; y ahora hay que sumar a mis hijos varones. Pero ¿quién creó la ley para que no pongamos esperanza en nuestras hijas? Nosotras somos las que nos sometemos, más que nadie, a esa ley. Mientras no cambiemos, este seguirá siendo un mundo de hombres, un mundo que las mujeres siempre contribuirán a construir».

A las dos niñas les dieron los nombres de Obiageli, que quería decir: «la que ha venido a disfrutar de la riqueza», y Malachi, que significaba: «no sabes lo que traerá el mañana».

16 · UNA MADRE DE HIJOS INTELIGENTES

Después de quedarse en aquella habitación mal ventilada un incómodo periodo de tres meses, Nnaife supo que tendrían que mudarse. Aunque el casero les había prometido otra habitación en cuanto hubiera una libre, ninguno de sus inquilinos quería irse porque les cobraba las rentas de antes de la guerra. Así que Nnaife y su familia se trasladaron a una casa de adobe en la zona de Onike, un lugar donde no había agua corriente ni electricidad, y al que llegaban en gran número los jóvenes ibos que preferían ahorrar dinero a pagar los alquileres exorbitantes que algunos caseros exigían. También era difícil encontrar habitaciones porque muchos de los soldados licenciados del ejército vivían en Lagos. A todos les dieron, en compensación, puestos de trabajo en los que ganaban más, lo que hizo que se dispararan los precios.

En cualquier caso, Nnu Ego se alegró de tener una habitación propia con sus hijos. No le importaba mucho el barro y los niños encontraron muy estimulante aquel nuevo y exigente entorno. Les encantaba sacar agua de los pozos y cogían la de beber en el mercado de Zabo, a la vuelta del colegio. A pesar de aquellas molestias, el alquiler les costaba más que antes. Nnu Ego sintió dejar a sus amigas Iyawo Itsekiri, Mama Abby y las demás. Todas prometieron ir a verla y Mama Abby le dijo que no se preocupara, que los niños crecían deprisa. «¿No fue una suerte que llegaran

todas las mensualidades de tu marido de golpe? ¿Qué habría sido de ti?»

Nnu Ego replicó que Dios era maravilloso. Si no se hubiera callado, Nnaife la habría obligado a utilizar su dinero para pagar la educación de Oshia y no hubiera tenido nada con que compensar sus sufrimientos. Todo lo que Nnaife le dio a modo de regalo fueron cinco libras, algunas de las cuales utilizó para comprar una buena cantidad de la mejor tela *george* que pudo encontrar, y dejó el resto para pagar a plazos una vieja máquina de coser que alguien vendía por seis libras. La pagó poco a poco y se alegró de hacerlo, porque empezó a aprender a coser. Antes del traslado, había estado yendo a clase a casa de Mama Abby dos veces a la semana. Todavía no sabía cortar blusas complicadas, pero podía remendar la ropa gastada y hacer blusas corrientes, las que llamaban *bubas*. Para esas no hacía falta medir y la forma era siempre la misma. Ocupada en aquellas pequeñas labores, dejó que Nnaife hiciera su vida con su nueva esposa Okpo. Por otra parte, si Nnu Ego hubiera querido empezar alguna discusión, la gente le recordaría que él se había gastado todo el dinero ganado con su esfuerzo en la educación de su hijo.

Llegó el día en que Oshia se marchó de casa para ir a su nuevo colegio. Adaku y Mama Abby fueron a desearle buena suerte.

—No debías haberte molestado, Adaku; al fin y al cabo, no estabas muy contenta con Nnaife cuando vivías con nosotros. Todos esos metros de tela de *abada*. Qué barbaridad, parece que van a coronar al niño cuando, simplemente, se marcha para el colegio.

—De alguna manera es como si te coronaran. Imagínate a un hijo de Nnaife en un colegio tan caro como ese. Y no olvides que Oshia sigue siendo hermano de mis hijas.

—Ah, claro, ¿cómo están las niñas? Estoy tan sumergida en mis propios problemas que no he tenido tiempo de ir a verlas.

—Están en un colegio de monjas. Viven allí y vienen a casa solo en vacaciones.

—¿De verdad? —exclamó Mama Abby—. Adaku, siempre me sorprendes. Esas chicas tuyas podrían acabar yendo también a la universidad.

—Eso es lo que quieren y lo conseguirán. Estoy empezando a pensar que puede que haya un futuro para las mujeres con estudios. Ya he visto muchas mujeres jóvenes dando clase en escuelas. Sería un logro que una mujer fuera capaz de ganar un dinero al mes, igual que un hombre —dijo Nnu Ego mirando hacia lo lejos.

—Pero Kehinde y Taiwo siguen en la escuela, ¿no?

—No, qué va, solo fueron un par de años. Tenemos que pensar en Adim y Nnamdio, y en el dineral que nos cuesta el colegio de Oshia, no podemos pagar además la escuela de las gemelas. Creo que saben leer algo. Personalmente no lo lamento. Dentro de pocos años estarán casadas. Podrán ganar un dinero extra vendiendo. Lo más importante para ellas es conseguir buenos maridos —dijo Nnu Ego finalmente.

Nnu Ego fue con Oshia a su colegio nuevo en Warri. Se le encogió el corazón al llegar. Allí estaban los hijos de hombres muy ricos, era evidente por los coches en los que llegaban. Nnu llamó a Oshia con dulzura y le dijo:

—No debes adoptar las costumbres de estos chicos ricos. Sus familias tienen mucho dinero. Hijo, ojalá no tuvieras

que venir a este colegio, ojalá hubieras elegido uno de los de Lagos donde todo es más barato y donde te hubieras relacionado con gente corriente.

—No los imitaré, madre. Trabajaré mucho. Si me hubiera quedado en Lagos, no creo que nuestra casa hubiera sido el ambiente propicio para mis estudios. Hay tantas peleas por el dinero que yo tendría que echar una mano vendiendo esto y lo otro.

—No estarás huyendo de tu gente, ¿verdad, Oshia?

—No, madre. Pero aquí puedo sacar el máximo provecho de mis capacidades.

Nnu Ego volvió a Lagos y a la vieja rutina de aprovechar hasta el último retal, de ahorrar y contar hasta el último penique. Antes, su cantinela era: «Todo irá bien cuando Nnaife vuelva de la guerra». La nueva decía: «Todo irá bien cuando Oshia vuelva del colegio». ¿No le habían dicho todos los *dibias* a quienes había consultado antes de que naciera que iba a ser un gran hombre?

Algunos años más tarde, también Adim quiso ir a la escuela secundaria.

—Tu padre ya no aguanta más y de ninguna manera puedo pedirle que te pague el colegio —le tuvo que explicar Nnu Ego—. No sería justo para él ni para los demás. Se ha sacrificado mucho por nosotros y ya sabes que le cuesta dar dinero. Lo del colegio de Oshia fue una sorpresa para todos. Así que, si te admiten en alguna de las escuelas locales, intentaré pagar tus gastos como pueda; si no, tendrás que estudiar hasta sexto curso y a continuación ponerte a aprender un oficio. En el ferrocarril cogen a chicos jóvenes de aprendices.

—Pero, madre, ¿por qué? ¿No merezco yo también que me ayudéis? ¿Es culpa mía ser el segundo? En esta casa todo

es de Oshia. Siempre se lleva lo mejor. Le das gusto a todos sus caprichos, madre. A veces creo que el resto de tus hijos no te importamos nada —gritó Adim desilusionado.

Entonces, se calmó con la misma rapidez con la que se había enfadado, sin que Nnu Ego dijera una palabra. Adim parecía hablar para sus adentros.

—Iré a la escuela secundaria. Y más que eso: me formaré para llegar a ser alguien, no un estúpido mecánico en el ferrocarril. Ya verás, madre, cómo lo haré. Seguro.

Nnu Ego sonrió con un poquito de esperanza.

—Si Dios quiere, te ayudaré en todo lo que pueda. Tu hermano es el heredero directo, el hijo mayor de tu padre; hay que tratarlo de manera especial. Si puedes esperar hasta que termine su educación, a partir de entonces viviremos todos más desahogados. Oshia también pagará para que vayas al colegio.

Adim tenía solo once años, pero sabía muchísimas cosas que sus padres no sabían. Había oído a amigos hablar de sus hermanos que se iban al extranjero a estudiar esto y lo otro. La mayor parte eran gente que había ido al tipo de colegios donde estudiaba Oshia. Adim sabía, tras las conversaciones con su hermano cuando estaba en casa durante las vacaciones, que, aunque a Oshia le gustaría ayudar a sus padres, esa ayuda iba a tardar mucho en llegar. En las últimas Navidades, después de las fiestas y la diversión, estaba sentado con Oshia delante de la casa de adobe, observando a los insectos hacer sus rondas nocturnas. Entonces, le dijo:

—Imagínate, Oshia, dentro de dos años estarás trabajando y ganando un montón de dinero. Será una ayuda estupenda para padre y madre.

Oshia se había reído de él, como si estuviera diciendo tonterías. Adim esperó a que le explicara qué era lo que aparentemente le hacía tanta gracia. Adim estaba más cerca de sus padres y sabía que no resistirían mucho más la presión de mantener a toda la familia. Su padre, Nnaife, parecía hundirse cada día más. Hasta él, Adim, se acordaba de cuando Nnaife era distinto. También había esperado que Oshia se diera prisa en echar una mano a su familia.

—¿Es verdad o no lo que digo?

Oshia miraba hacia la oscuridad mientras estaban sentados el uno al lado del otro, sin tocarse, pero Adim notó que le molestaban sus preguntas.

—¿Qué ayuda puede dar uno con solo doce libras al mes? Eso es lo que pagan ahora, incluso con un buen título de bachillerato de Cambridge.

Adim no sabía qué decir. A él le parecía un montón de dinero. El colegio con el que soñaba costaba solo seis libras al año para los alumnos externos; si su hermano podía ganar doce libras y diez chelines al mes, entonces serían ricos. Eso era mucho dinero, le dijo entusiasmado a su hermano:

—¿Qué vas a hacer con todo ese dinero? No creo que nuestro padre gane tanto.

Oshia volvió a reírse. A Adim le desagradaba la actitud distante que Oshia estaba adoptando hacia su familia. Su madre se había quejado y le reprochaba los silencios en los que se instalaba, como si su familia le aburriera mortalmente.

—Eres demasiado joven para comprenderlo, Adim. Yo no quiero vivir como mis padres. La educación es un proyecto que dura toda la vida. Si lo dejo ahora, solo podré ayudarles a medias. Yo quiero ir más lejos después de dejar el colegio.

Pongamos cuatro o cinco años después de eso... entonces podré empezar a hacer algo por ellos. Ahora no.

Adim abrió la boca y volvió a cerrarla, tragándose el aire de la noche. «Y yo qué, ¿qué será de mí?». Articuló moviendo los labios, en silencio, en la oscuridad.

Se despertó apenado, acordándose de toda la leña que había cargado con su madre para que pudieran sobrevivir, recordando el año en que hubo langostas, cuando tuvo que quedarse fuera durante días, atrapando a los insectos para hacer deliciosas frituras y venderlas, todo para que «¡mi hermano vaya al colegio y cuando vuelva seamos ricos!». Ahora parecía como si su educación nunca fuera a terminar. Había dormido poco aquella noche; estaba decidido a no sacrificar su vida por ningún hermano. Tenía derecho a vivir su propia vida. Había oído a su padre decir lo mismo: cada hombre tenía derecho a vivir su vida, una vez que se le había otorgado. Se acordó de su hermano pequeño Nnamdio, que a la edad de seis años no había empezado la escuela y que ni siquiera era capaz de estar quieto cinco minutos en una clase particular, y sonrió con tristeza. También él encontraría su propio camino.

—No, madre —concluyó en aquel momento—. No creo que espere a que mi hermano termine su educación antes de buscarme la mía. Aprovecharé al máximo lo que pueda tener ahora, mientras me funcione bien el cerebro.

Adim trabajaba mucho, tanto en la escuela como en casa. Se preguntaba muchas veces si Oshia tenía razón con su actitud de aspirar a lo máximo en la profesión que eligiera antes de pararse a echar la vista atrás y ayudar a los demás hermanos. Por el tamaño de su madre podía ver que se había vuelto a quedar embarazada. «No entiendo a estos mayores.

Primero, no tenemos lo suficiente y luego no paran de hacer crecer la familia. Quizás Oshia tenga razón».

Cuando Oshia llegó a casa de vacaciones, Nnu Ego intentó ponerle al corriente de los planes de Adim.

—No me parece mal que Adim quiera seguir estudiando, madre. Creo que el chico tiene razón. —Entonces hizo una pausa, sabiendo que lo que iba a decir sonaría como un bombazo a los oídos de Nnu Ego—. Después de Hussey iré a una universidad.

—¿Qué es una universidad? ¿No has aprendido ya bastante?

—Pues no, madre, no lo suficiente. No puedo ayudar a Adim, de momento me es imposible. Ni siquiera me puedo ayudar a mí mismo... Ay, madre, no pongas esa cara. Todo saldrá bien, solo que me llevaría más tiempo si me quedara en Nigeria, estudiar aquí es la parte más larga. Ir a una universidad en el extranjero es ponerle la guinda. Lo más difícil fue aprobar el curso aquí. Sería una pena haber tenido toda esta base y no poder construir algo sobre ella. Pronto sería como mi padre...

—¿Qué tiene de malo ser como tu padre? Te dio la vida. De ninguna manera me voy a permitir escuchar a mi hijo denigrar a su padre. Ya no es un hombre fuerte, después de esa terrible guerra. No es perfecto, ni mucho menos, pero él esperaba... Ay Dios, todos esperábamos que los *dibia* y todos aquellos curanderos dijeran la verdad. —¿Qué verdad? ¿A qué verdad te refieres, madre?

—Nos dijeron que ibas a ser un hombre importante, que nos ayudarías en la vejez, como los hijos varones de Ibuza solían ayudar a sus padres.

Oshia empezó a sonreír, reprimiendo las ganas de echarse a reír a carcajadas.

—Madre, ¿te refieres al tipo de curanderos a los que me llevabas? ¿Al que dijo que había fantasmas en la guitarra vieja de padre?

Nnu Ego asintió.

—Esos *dibias* nos ayudaron a cuidarte.

No tenía sentido decirle que la mayoría de aquellos *dibias* solo le decían lo que quería oír. «¡Yo, el gran hombre importante!», se dijo Oshia. En voz alta comentó:

—No creo que llegue más lejos que ningún otro chico de mi clase.

Nnu Ego no sabía cómo interpretar una frase así. ¿Había vivido en un error toda su vida? No, su padre no podía haberse equivocado. Por supuesto que el chico hablaba sin saber.

Pero Nnu Ego se sintió derrotada, su entusiasmo flaqueó de tal manera que Nnaife, siempre ocupado en sus propias desdichas, se dio cuenta y preguntó:

—¿Qué te pasa? Te comportas y andas como si te hubieras quedado sin vida.

—No lo sé, Nnaife. Es este niño. Me parece que no estoy llevando bien el embarazo.

—¿Desde cuándo ha sido para ti un embarazo una enfermedad? ¿Y, además, un séptimo embarazo?

Nnu Ego no contestó. Ni falta que hacía. Afortunadamente para ella, la nueva esposa, Okpo, no era una chica ambiciosa. Se aferraba a ella como si fuera su propia hija y hacía todo lo que le decía Nnu Ego, porque había sido huérfana de niña y conocía también el sufrimiento. Así que Okpo sustituyó a Nnu Ego ese día en el mercado de Zabo.

Nnu Ego tenía ya cuarenta años, casi una mujer de mediana edad, aunque se sentía como el parásito más viejo del mundo. Adivinó por la mañana, cuando todo el mundo salía de casa, que el final estaba cerca. El bebé tenía que nacer en cualquier momento. ¿Cómo iba ella, casi una anciana, a ir por el patio pidiendo ayuda solo porque iba a tener su noveno bebé? Sería ridículo. Enseguida sus hijas gemelas mayores se prometerían en matrimonio y recordarían que su madre era una cobarde en los partos. Cuando por fin se fueron sus hijas con las mercancías y Okpo salió hacia el mercado con Nnamdio y los más pequeños, Nnu Ego se arrodilló en medio de su habitación, agarró el pilar de la cama y clavó los dientes en el labio inferior para no gritar, y dio a luz un bebé no más grande que un gatito. Se quedó tumbada lo que le parecieron solo unos segundos hasta que pudo respirar otra vez; pero cuando se despertó, se vio a sí misma y al bebé en un charco de sangre. El bebé, una niña, era un cuerpo sin vida. Estaba muerta.

Nnu Ego se quedó mirando horrorizada la imagen de su hija muerta. Sentía ganas de llorar, pero a la vez no quería. Sentía la pérdida de aquel pedacito de humanidad, aquella cosita desgraciada que había llevado en su interior mientras subía hacia el mercado de Zabo, aquel cuerpo al que seguramente estuvo hiriendo cada vez que se inclinaba desafiante para lavar la ropa de sus hijos varones. «Ay, pobre bebé», pensó. «Siento que no te quedes; pero también me alegro de que Dios haya considerado que es mejor llevarte de vuelta. Mi propia recompensa es la alegría de saber que a esta edad todavía puedo darle hijos a mi marido, la alegría de hacer saber al mundo que, mientras algunos de nuestros amigos y sus mujeres están haciendo sacrificios

en estos momentos para tener hijos, yo puedo tenerlos sin ningún esfuerzo».

Después empezó a sentirse culpable. ¿Había deseado que el bebé muriera? ¿Explicaba eso la sensación de ligero alivio que había experimentado después de arrastrarse hacia el bebé y comprobar su sexo? El hecho de que fuera niña le había mitigado la sensación de pérdida. Ay, Dios, no deseaba eso. Le hubiera alegrado tener el bebé. Que Dios, por favor, no permitiera que aquellos pensamientos la atormentaran de aquella manera. Que Dios, por favor, le diera algo a lo que aferrarse, una fe que le asegurara que no había matado deliberadamente a su propio bebé. Pero el pensamiento volvía una y otra vez, hasta que sintió que lo oía en boca de su padre: «Nnu Ego, ¿por qué no pediste ayuda cuando ibas a dar a luz? ¿Solo porque estabas sufriendo una desilusión con un hijo tienes que rechazar a todos los demás? Nnu Ego...». Oía la voz repitiéndose como un eco. Sintió que se deslizaba, que perdía la conciencia, como si, contra su voluntad, alguien la drogara para que se durmiera. Intentó combatir la sensación de pérdida de fluido vital que se expandía a su alrededor, pero a pesar de luchar desesperadamente por explicar a su padre cómo había sucedido todo, tuvo que rendirse. La fuerza que tiraba de ella era más fuerte que su voluntad.

Oyó un ruido sordo por alguna parte, como de pisadas, pero no supo nada más hasta mucho después.

Cuando volvió en sí, intentó abrir los ojos, pero los notaba como pegados con una especie de aceite. Oía a la gente hablar y hacía calor en la habitación. Se movió con suavidad, sintiendo dolor en las articulaciones. Supuso que al menos tendría la boca libre, así que preguntó con voz ronca:

—¿Puede explicarme alguien qué pasa aquí?

Notó el alivio de los que la rodeaban. Oyó la voz del *dibia*, entonando, más fervoroso que nunca, sus cantos mágicos. Oyó que Adim la llamaba:

—¡Madre, has vuelto!

Quiso preguntarle dónde había estado, pero notó que se le había ido la energía con la que había abierto la boca. Le estaban poniendo algo refrescante en los ojos, que seguía sin poder abrir.

Unos días después, le dijeron que había estado muy grave y que, en su enfermedad, había dado a luz una niña preciosa que había muerto y a quien habían enterrado, porque ella seguía demasiado delicada para poder haber visto al bebé. A Nnu Ego le hubiera gustado saber si le decían eso para que sufriera menos. Seguía buscando en su memoria alguna señal que le indicara que le había hecho ilusión la llegada del bebé.

Tardó mucho en recuperarse e, incluso cuando el curandero le dijo que estaba completamente curada, seguía triste y ausente. ¿Era posible que hubiera degenerado de aquella manera, convirtiéndose en la típica mujer que no quería a su bebé porque no tenía nada que darle de comer, ni con qué vestirlo? ¡Cómo! Ella, que una vez había estado a punto de acabar con su vida porque el bebé que tuvo había muerto mientras dormía. ¿Era por eso por lo que Dios permitía que pasaran cosas así? ¿Era esa la razón por la que Dios le había dado dos pares de gemelas como compensación por la pérdida? No tenía nadie en quien confiar.

Seguía en aquel desorden emocional cuando, una tarde, sentada en casa mientras cosía, Adim entró de pronto, contento y resplandeciente, con cara de haber conseguido algo.

—¡Madre —gritó—, me han admitido en St. Gregory College!

A Nnu Ego le dio un vuelco el corazón. Se rehizo inmediatamente y cambió el gesto intentando esbozar una sonrisa para aquel chico que tanto la había ayudado.

—¡Ah, sí! —replicó con fingido entusiasmo—. Ah, sí, qué bien, hijo. Estupendo. Irás, desde luego, claro que irás.

Adim no era ingenuo. Estaba viviendo todo muy de cerca como para no darse cuenta de las dificultades.

—Estoy contento, madre, pero créeme, trabajaré como sea para ayudar a que estéis mejor. Puestos en lo peor, siempre puedo dejarlo en cuarto, cuando haya conseguido el certificado de cuarto curso, lo que antes llamaban el Júunior Cambridge.

—¡Ay, querido esposo! —gritó Okpo con alegría—. Qué buena noticia. ¡Todos los niños de esta familia son tan listos! Y nos enorgullece a nosotras las mujeres. El niño que espero tampoco carecerá de nada. Ahora tienen dos hermanos mayores que han ido a enseñanza secundaria. Ah, estoy tan contenta, ¿y tú, madre?

Nnu Ego asintió indolente, pensando: «¿Otro hijo? ¿En todo este lío?». Entonces oyó que Okpo decía:

—Madre, ¿te acuerdas de esos retales de tela que estabas cosiendo para la pequeñita que perdimos? ¿Puedo usarlos para mi bebé? Estoy segura de que va a ser un niño. La última vez tuve una niña.

Nnu Ego se acordó y el recuerdo le hizo querer más a aquella chica vivaracha que Nnaife había traído a la casa... ¿Cómo, se preguntó, podía haberse olvidado de que había estado haciéndole ropita al bebé? Claro que sí, lo había esperado con ilusión. Lo había deseado. Pero Dios había pensado

de otra manera. Su muerte había sido un accidente. No había sido deliberada en absoluto. Así que aquella era la respuesta.

Contestó en tono de broma:

—Vosotros los jóvenes tenéis tanto optimismo. Te acabas de enterar de que esperas un bebé y ya estás construyendo castillos en el aire. Por supuesto que puedes coger la ropa.

Okpo asintió riendo.

—Sí, trabajaremos todos para que mi pequeño esposo Adim vaya a ese colegio tan bueno y, cuando haya terminado, cuidará a este hermanito suyo, que será su cocinero, y mi esposo, mi pequeño esposo Adim, le pagará su educación. Y mi bebé hará lo mismo por sus hijos. ¿No es esa nuestra filosofía, madre? ¿No es eso lo que tú y mi esposo mayor y padre Nnaife habéis estado intentando enseñarme todos estos años?

Nnu Ego asintió. Por una, vez Nnaife había hecho lo correcto. Aquella chica la acompañaría en la vejez. Creía en él. A Nnu Ego le encantaba la forma en que siempre llamaba a los hijos varones de la familia con el prefijo «mi pequeño esposo». Respetaba incluso al pequeño Nnamdio. Esta chica, ¡qué distinta era de Adaku!

Adim se rio.

—Eh, así que, ¿por eso te casaste con mi padre?, ¿para tener hijos listos?

Okpo asintió convencida. Se le notaba la ilusión en la cara. Okpo, que solo tenía diecisiete años y Adim, que iba a cumplir trece, parecían sentir la misma emoción. Aquella emoción juvenil afloraba inmediatamente, sin reservas; no les faltaba la fe en el futuro, los dos eran entusiastas, vigorosos y abiertos.

Nnu Ego se rio con ellos y supo entonces que, si hubieran vivido en la época en que las familias solían permanecer unidas varias generaciones, y vivían y morían en el mismo pedazo de tierra, los hijos de Okpo jamás habrían pasado necesidad. Vio la mirada de amor infantil que iba de su hijo a aquella joven que se había casado con su padre. Si hubieran vivido en aquella época y si Nnaife muriera, Okpo jamás tendría que volverse con su familia, porque en una ocasión así habría dado al joven Adim el apoyo espontáneo que necesitaba y que querría decir: «Bien hecho. Sabemos que cumplirás con tu deber con nosotros cuando seas mayor».

Nnu Ego agradecía a Okpo que estuviera allí en ese momento para hacer aquello y, a la vez, para lavar su propia conciencia, de manera que pudiera tener la seguridad de que no había matado a su bebé dentro de sí.

Nnu se dejó llevar por un entusiasmo juvenil y todos se esforzaron por conseguir que Adim lograra estudiar en la escuela secundaria.

Todo el mundo se refería a Nnu Ego, al verla ir toda orgullosa a la ribera a por aquella leña que podía partir la espalda de cualquiera, como la madre de unos hijos muy inteligentes.

17 · EL HONOR DE UNA HIJA

Los ibos tienen un dicho: «Unos vienen y otros se van». Con cincuenta y tantos años, Nnaife sabía que, aunque no le hubiera llegado la hora de reunirse con el Creador, era el momento de acercarse. Durante generaciones los Owulum habían sido enterrados en un rincón de Ibuza, Idum-ohene, y él albergaba la esperanza de volver allí algún día; no lo había consultado con el resto de su familia, puesto que, en su opinión, él era su familia. Tenía ganas de que Oshia terminara su educación y le sustituyera como proveedor de la familia; así, él, Nnaife, no tendría que seguir trabajando y llevaría una vida de indolencia y tranquilidad, bebiendo vino de palma con los amigos...

Para Oshia fue un gran triunfo sacar la nota máxima en su título de Cambridge al terminar la escuela secundaria. Aunque Nnaife no comprendía el alcance de un logro tan brillante, se regocijó con su hijo, y Nnu Ego estaba tan contenta que no podía hablar.

—Me han ofrecido un buen trabajo en el Instituto Técnico —dijo Oshia—. Mi trabajo consiste en realizar una investigación científica. Siempre me ha interesado la ciencia. Imagínate, padre.

Nnaife no sabía por dónde empezar a pensar, pero sonrió amablemente. Celebró el éxito de su hijo con vino de palma y con *ogogoro*, invitó a Ubani, a Nwakusor y a todos sus an-

tiguos amigos y compañeros del ejército, y permitió incluso que viniera su antiguo casero yoruba y lo felicitara.

—Bueno, ya te falta poco para retirarte y que se ocupe Oshia de educar a sus hermanos —exclamó Nwakusor, con los ojos brillantes por el vino—. Las chicas se casarán pronto, supongo. Francamente, Nnaife, esa novia tuya que se te resistía hace veinticinco años ha conseguido que te sientas orgulloso.

—No siempre ha sido fácil convivir con una hija de Agbadi, te lo aseguro, amigo mío. No creas que muchos hombres la hubieran aguantado. Pero me ha dado unos hijos inteligentes. Adim también lo hará bien, como su hermano —presumió Nnaife.

Fue una fiesta alegre y llena de esperanza para los Owulum y sus amigos. La gente convino en que las dificultades por las que había que pasar para criar hijos en una ciudad como Lagos merecían la pena.

—Pero está cambiando todo muy deprisa —dijo Ubani, que seguía viviendo con los blancos en la zona del ferrocarril. Se lo consideraba mejor informado que a sus compañeros del taller—. Dicen que en un futuro no muy lejano nos gobernaremos nosotros mismos, aprobando nuestras propias leyes.

Nnu Ego, que acertó a oír por casualidad, preguntó a los hombres:

—¿Queréis decir que tendremos un gobernador negro en un sitio como Ibuza?

—Desde luego, madre, eso es lo que estamos diciendo.

—¿Y un reverendo padre nigeriano y médicos nigerianos?

—Sí, madre —replicó Oshia con paciencia.

—Pero hijo, esos nuevos nigerianos ¿harán bien estos trabajos? —preguntó Nwakusor.

—Lo harán incluso mejor, porque este es su país. Nunca se les ha dado la oportunidad. Las cosas están cambiando y los políticos nigerianos están lanzándose a exigir nuestros derechos, especialmente después de que gente como tú, padre, luchara en la guerra.

—¿Por eso me obligaron a ir a Birmania? Sigo sin entender contra quién luchábamos. Nos pasábamos el tiempo desfilando de un lado a otro mientras los oficiales blancos disparaban al aire... en fin. Amigos míos, creo que nos hemos quedado en esta ciudad más de la cuenta. No sé nada de esas historias. ¡Esto es lo que yo conozco! —Nnaife se bebió de un trago otro vaso de vino de palma.

—Sí, desde luego el vino de palma no cambia —dijo Ubani dándole la razón—. Oshia, volveremos cuando nos comuniques que has ganado tu primer sueldo. Esta fiesta es en honor de tu padre, pero vendremos a la tuya.

Oshia jamás los invitó a una fiesta de vino de palma. Había conseguido un pequeño apartamento al lado de su trabajo en el Instituto, y tenía que emplear su sueldo para pagarlo. Por otra parte, en cuanto las autoridades conocieron los resultados de sus exámenes, lo recomendaron para un concurso de becas en los Estados Unidos de América. Unos meses después, le dieron una. Pero no sabía cómo contárselo a sus padres.

—Oshia, ¿cuándo le vas a comprar a tu padre una botella del whisky de los blancos para brindar por tu *chi*, que te ha hecho aprobar los exámenes? —sugirió Nnu Ego.

—¿Qué tienen de malo las botellas del *ogogoro* de seis peniques que hacen aquí, que lleva bebiendo todos estos años? No puedo permitirme pagar una fiesta de whisky. En realidad, estoy ahorrando para irme a esa universidad de

la que te hablé hace tiempo. Quiero ir, madre. Me han dado una beca. Si no aprovecho esta oportunidad, puede que no vuelva a tenerla nunca.

—Por Dios, Oshia, haz el favor de no contárselo a tu padre, le darías un disgusto de muerte. Le está impacientando que no eches una mano a la familia.

Efectivamente, a finales de aquel mes, Nnaife no pudo aguantar más. Llamó enfadado a Nnamdio, que tenía ocho años, y le mandó que fuera a buscar a su hermano Oshia.

—¿Qué quieres, padre? —preguntó Oshia.

Intuyendo que iba a haber un conflicto, Nnu Ego propuso, con voz suave:

—Nnaife, ¿por qué no comes antes de empezar una conversación de hombre a hombre?

—Calla, mujer, ¿por qué no te vas a la cocina y me dejas hablar con mi hijo? A ver, jovencito, ¿cuándo vas a asumir tu responsabilidad en esta familia? ¿No tienes la suficiente cabeza como para saber que un padre no debería pedirle esto a su hijo, que lo debería hacer automáticamente?

—¿Qué responsabilidad, padre?

A Nnaife le estalló la ira contenida y rugió:

—¡Adim! ¡Nnamdio! Venid los dos ahora mismo —se volvió hacia Oshia—. Aquí está tu responsabilidad, por no hablar de mí y de tu madre, que sigue cargando leña como una pobre empleada.

—No lo entiendo, padre. ¿Quieres decir que debo darles de comer a ellos y a vosotros? Vosotros estáis vivos y sanos y seguís trabajando.

—¡Cállate! Cállate o te daré un golpe que te tumbe para que veas que todavía eres un chaval y que puedo contigo. ¿No escuchaste a mis amigos decir el otro día que debería

descansar pronto de todo el trabajo que llevo haciendo estos años y que tú deberías hacerte cargo?

—No puedo hacerme cargo, padre. Me voy a Estados Unidos. He conseguido una beca, aunque tendré que pagarme el alojamiento. Había pensado incluso que podríais ayudarme.

—¿Ayudarte? ¡Ayudarte! —la voz de Nnaife se había convertido en un susurro amenazador.

Adim, que ya tenía dieciséis años, veía que el ambiente se estaba cargando.

—Yo terminaré pronto el colegio de todas formas y ayudaré a Nnamdio hasta que vuelva nuestro hermano Oshia.

—Tú espera a que te den permiso para hablar. Estoy hablando con este idiota en cuya estúpida cabeza me gasté todo el dinero que gané en el ejército con mi sudor.

La aportación de Nnamdio a la conversación fue la siguiente:

—Yo no quiero ir al colegio, qué tontería. Quiero ser cazador. Un cazador famoso, al que llamen «El asesino de los elefantes».

Nnaife y Oshia no hicieron caso a los chicos y dieron rienda suelta a la rabia que tenían.

—¿Sabes una cosa? A veces maldigo el día que fuiste concebido —murmuró Nnaife. Se sentó en una de sus viejas sillas y se tapó los ojos. Parecía muy mayor.

—Ojalá te hubieras muerto tú, en vez de mi primer hijo, Ngozi.

—Nnaife, Nnaife, ¿estás bien? —preguntó Nnu Ego desde la puerta—. ¿De qué estupideces estáis hablando? ¿Cómo les dices esas cosas tan terribles a tus hijos?

—A mí nadie me ha dicho nada —protestó Adim—. En esta casa nadie piensa en mí. Siempre es Oshia, solo Oshia.

—Ya no es mi hijo. Considéralo como uno de los que perdimos.

Nnaife se levantó y miró a Oshia directamente a los ojos.

— Puesto que me has tirado arena a los ojos con ese descaro, no quiero volver a verte en mi vida. ¡Fuera de mi casa!

—¡Puedo vivir sin verte la cara, viejo! —respondió Oshia, convencido de que tenía toda la razón. Y se fue de allí.

Se podía cortar el silencio que siguió.

Entonces Nnaife dijo en un hilo de voz:

—Mañana voy a presentar mi dimisión. Me voy a casa con mi pensión. Ya no entiendo nada. Oh, mi *chi*, ¿qué he hecho mal?

Nnaife no fue a despedir a Oshia el día que se marchó a Estados Unidos. Nnu Ego, Okpo, Adim y varios de sus amigos fueron al aeropuerto a decirle adiós. Aquello dejó un vacío difícil de expresar en el corazón de Nnu Ego. «Por favor, Dios, enséñale a acostumbrarse a estar solo, porque alguien como Oshia, que pone su ambición en primer lugar, estará siempre solo», pensó Nnu Ego al volver a casa sin lágrimas en los ojos. Los amigos y los que fueron a desearles lo mejor se quedaron sorprendidos de que no llorara y, cuando pronosticaron que pronto volvería su hijo y la llevaría en un lujoso coche, comprendió que no habían entendido nada. No estaba destinada a ser una madre así. Se acababa de dar cuenta. Su alegría estaba en saber que había educado a sus hijos cuando no tenía un penique y que aquellos mismos hijos se codearían un día con los hombres importantes de Nigeria. Esa era la recompensa que esperaba.

Pero Nnaife no. Si podía tener algún beneficio por sus sacrificios, lo quería ya mismo, y preferentemente con dinero en efectivo. La gloria también merecía la pena, pero para

Nnaife, ¿de qué servía el buen nombre si no tenías dinero? Estaba muy resentido con Oshia y, aunque sabía que Nnu Ego habría aguardado hasta que despegara el avión, no hizo ningún esfuerzo por estar allí en la despedida de su hijo. Aquel día se quedó a propósito hasta más tarde en el trabajo y, cuando volvió a casa, estaba de un humor de perros. Sin embargo, Nnu Ego estaba decidida a preguntar por qué no había aparecido.

Nnaife le dijo que los niños eran hijos de ella.

—¿Se acordarán de mí cuando sea viejo? No, solo se acordarán de su madre. ¿Y te has fijado en que las mujeres duran más tiempo en esta tierra que los hombres? Así que, ¿por qué voy a dejar de trabajar un día por un hijo que me ha escupido en la cara?

—Jamás me ha dado nada. En realidad, esperaba que nosotros le diéramos algo a él antes de que se marchara. Estuvo esperando hasta el último minuto. Le vi la desilusión en la cara. ¿Por qué me hacéis todos la vida imposible? ¿A dónde voy a acudir? —Nnu Ego lloró con una amargura que le salía del alma. Pero no había respuesta para ella. Nadie podía dársela. «A veces, cuando veo a las mujeres que me rodean, pienso que ojalá yo no tuviera tantos hijos. Ahora dudo que todo haya merecido la pena», pensó para sí misma. Se dio cuenta de que Nnaife empezaba a llamarlos «tus hijos», como si los hubiera tenido para que lo mataran antes de que hubiera llegado su hora.

Nnaife se enfadó aún más cuando se enteró de que conseguir la pensión de jubilación iba a llevarle más tiempo del que esperaba. Nnu Ego no tuvo mucho tiempo para estar lamentándose. Otro hijo le iba a acarrear un buen disgusto.

En aquella época, a la mayor parte de los ibos no les gustaba que sus hijos se casaran con yorubas. Una tribu siempre se creía superior a la otra. Incluso a una chica de Ibuza que eligiese un amigo ibo, pero de fuera de Ibuza, se la podía considerar perdida. Que llegara al extremo de hacerse amiga de un yoruba era algo abominable. Sin embargo, eso es lo que pasó. Mientras Nnu Ego y su marido estaban ocupados en ahorrar todo lo que podían para sus hijos varones, dieron por hecho que las chicas, las gemelas que estaban convirtiéndose en mujercitas, se cuidarían por sí mismas.

Ya tenían quince años. Se parecían mucho a su madre, de piel clara, y tenían la cara delgada de Agbadi. Eran ya bastante altas, y eso que a lo largo de sus vidas nunca habían comido lo suficiente. No habían pasado hambre, pero habían sufrido las enfermedades que acompañaban a la malnutrición. Habían sufrido pian cuando las llevaron a Ibuza de pequeñas, tuvieron el estómago prominente con cinco años de edad y, de vez en cuando, aún tenían bocera y erupciones en los labios, que habían aprendido a tapar con un jugo oscuro, de color miel, que se extraía de la madera mojada al quemarla; aparte de curar el picor, aquella sustancia coloreaba los labios en un tono marrón oscuro. Las gemelas Owulum eran muy guapas. No iban al colegio, pero habían aprendido a leer y escribir en las pocas tardes que habían tenido libres para ir a clases particulares. Sabían coser y el carácter estricto de su madre les había hecho ser muy calladas. Físicamente eran idénticas, pero no así en su carácter; la que se llamaba Kehinde, «la segunda en llegar», era mucho más reservada que Taiwo, «la primera en probar el mundo».

Sus padres sabían que jugaban con todos los niños y que eran muy educadas. Pero nunca se les ocurrió que la cosa

iría más allá de eso. Los jóvenes de Ibuza estaban empezando a ir detrás de ellas y Taiwo, la mayor —por tan solo unos diez minutos— ya tenía concertado el día del pago formal de la dote. Su futuro marido era un joven empleado que había llegado a Lagos hacía unos años. Anteriormente, había estado impartiendo clases en Onitsha y, aunque tenía una buena formación, sabía que sería más feliz con una mujer que no tuviera muchos estudios. Se dijo a sí mismo que mientras la mujer pudiera darle hijos, tenerle la habitación limpia y lavarle la ropa, se daría por satisfecho. El hecho de que Taiwo fuera guapa y prudente lo consideró un beneficio adicional. Nnaife dio su aprobación rápidamente a aquel hombre, a sabiendas de que iba a hacer un negocio redondo con su hija; el caso es que tenía prisa por conseguir todo el dinero que pudiera a través de sus hijos antes de jubilarse. Gracias a Dios, no tenía ningún hermano mayor, así que se llevaría toda la dote. Una noche, Nnaife llamó a Kehinde y le preguntó qué opinaba de un joven que, aunque no había ido a la universidad como el futuro marido de Taiwo, tenía un buen trabajo en el ferrocarril. No estaba preparado para la respuesta que le dio su hija.

—No me voy a casar con ese hombre.

Por primera vez, Nnaife miró con atención a Kehinde. Nunca había tenido mucho tiempo para sus hijas. Uno se pasaba las noches en vela haciendo planes para los chicos; las chicas, sin embargo, estaban ahí para ayudar en la casa y para colocarlas tan pronto como fuera posible, a menos que uno quisiera complicarse la vida. Ya estaba contando el dinero que ganaría con Taiwo. Y esta, ¿quién se había creído que era? A pesar de todo, sabía que no merecía la pena perder los estribos.

—Pero, ¿por qué? —preguntó adoptando el tono más amable que pudo.

—Porque, porque... no lo sé, padre. Creció en Ibuza. No me gusta —fue su dubitativa respuesta.

Nnaife se rio con aspereza. Aquello le pareció divertido y, a la vez, lo tranquilizó. Su hija, se dijo a sí mismo, era muy joven todavía.

—Tu marido no tiene que gustarte —le aseguró—. Ni siquiera hace falta que lo conozcas antes de la boda. Simplemente te casas con él. Tienes suerte de conocer a este ya y de saber en qué trabaja. Las cosas han cambiado. Hace unos años podías no conocerlo de nada. De todas formas, ¿qué tiene de malo que sea un chico de Ibuza? ¿No eres tú de allí también?

Kehinde no podía expresar en palabras lo que sentía. Frunció el ceño y empezó a morderse el labio.

—Me jubilo dentro de poco —siguió Nnaife— y no veo por qué te vas a tener que venir con nosotros al pueblo, donde no tendrías más remedio que casarte con un granjero. ¿Tú sabes lo que es trabajar en el campo? No te gustaría nada. Haz caso a tu padre: lo odiarías. Así que quiero que tu hermana y tú os quedéis bien situadas antes de que nos volvamos.

Kehinde arrastró los pies, bajó la cabeza, continuó mordiéndose el labio inferior. Se fue hacia la puerta, se dio la vuelta y dijo:

—Padre, quiero casarme con Ladipo y vivir con él; es el hijo del carnicero. ¡No quiero irme con un hombre de Ibuza!

Salió corriendo antes de que Nnaife pudiera abrir la boca. De pronto, le parecía que la habitación se había oscurecido. ¿Quién era Ladipo? ¿Un yoruba de familia musulmana? Nnaife conocía a los carniceros que vivían en la calle sin

asfaltar. La familia iba vendiendo carne por las casas todos los fines de semana, especialmente cuando tenían sobras de sus puestos del mercado de Zabo. ¿Cómo los había conocido su hija? ¿Cómo se había mezclado su hija con aquella gente? ¿Desde cuándo tenía una relación tan cercana como para pensar que podía casarse con uno de ellos? No, aquello debía de ser un sueño. La chica se había vuelto loca. Nnaife se fue detrás de la cortina de su habitación y se sirvió un vaso de vino de palma frío que había guardado para después de la cena. No podía esperar. Quería olvidar las preocupaciones que le invadían. Pero la bebida en absoluto le alivió el dolor. Tenía que hablar seriamente con Nnu Ego. Vaya, creía que los hijos de esa mujer eran una bendición. Ahora empezaba a comprobar que eran una maldición. No podía llorar, pero sentía un nudo en la garganta.

Estaba apurando el segundo vaso de vino cuando Nnu Ego entró. Le traía la cena. Se dio cuenta de su estado y le preguntó, en tono de reproche:

—¿Tan mala es la comida que te preparo que te emborrachas antes de probarla? ¿Qué modales son estos, Nnaife, hijo de Owulum?

Nnaife se quedó mirándola un rato. Fue una mirada intensa, de ira y de odio, como si cada sentimiento intentara imponerse sobre el otro. Se acordó del día en que aquella mujer se le había acercado, hacía veinticinco años, joven, esbelta y guapa, una novia reticente. ¡Cómo la había deseado entonces! Habría dado lo que fuera por ella, aunque él no le gustara a ella. Los niños que empezó a tener tan seguidos fueron el motivo de que cambiara de opinión sobre él. ¿No había sido esa la razón por la que se le había entregado al principio, para utilizarlo como herramienta y que le diera los

hijos que no pudo tener con su primer marido? Ahora la casa estaba llena de sus hijos —los hijos «de ella»—, ninguno de los cuales le había mostrado la más mínima lealtad a él, su padre. Dios, ¿qué tenía que hacer ahora? ¿Decirle a aquella mujer que se largara de una vez para siempre?

—Maldita seas tú y tu comida, Nnu Ego —dijo en voz alta—. Maldeciré hasta mi muerte el día en que entraste en mi casa. Ojalá no te hubiera conocido.

Que la comida hubiera sido maldecida fue algo bueno, porque a Nnu Ego se le cayó al suelo.

Okpo, que traía el agua para las manos, abrió la boca horrorizada.

—¿Qué os pasa a los dos? —dijo entrecortadamente—. Madre, ¿ha pasado algo? ¿Has oído malas noticias?

Nnaife envejecía deprisa y, como un hombre viejo, se había vuelto tan insensible que no se molestaba en dar explicaciones a las esposas de sus cada vez más frecuentes estallidos de mal genio. Tenía la piel reseca y cenicienta debido al tiempo que pasaba en el taller de fundición donde ejercía de supervisor. Tenía los hombros caídos y le sobresalía la panza. No llevaba camisa y el pecho se le parecía cada vez más al de una jovencita. Levantando un dedo acusatorio hacia Nnu Ego, la amenazó:

—Estoy pensando en deciros a ti y a tus mocosos que os vayáis de esta casa inmediatamente. Yo no nací para sufrir por vosotros hasta el día de mi muerte

Nnu Ego empezaba a comprender. Pudo adivinar que el enfado tenía que ver con los niños. Se estaba hartando de aquel doble rasero: cuando los niños se portaban bien, pertenecían al padre; cuando se portaban mal, eran de la madre. Todas las mujeres lo sabían; pero era injusto que Nnaife se lo

reprochara a la más mínima provocación. Decidió plantarle cara, sin importarle que estuviera delante Okpo, la esposa más joven.

—Yo no me traje a los niños de la casa de mi padre. Me los diste tú. ¿Irnos de tu casa? ¿Qué casa tienes tú? ¿Cuánta gente vive en casas de adobe en Lagos? Lo único que estoy esperando es mi parte del dinero de tu pensión. También yo trabajé para conseguirlo. Después de eso, si no me quieres a tu lado, me puedo volver con mi familia.

—Ay, madre, para —suplicó Okpo—, deja de decir esas cosas horribles, que luego te arrepentirás. Por favor, sal fuera y déjalo —consiguió tirar de ella, que seguía temblando, y sacarla de la habitación.

Pero tanto Nnaife como Nnu Ego estaban demasiado indignados como para aclarar la causa de la pelea. A Nnaife la amargura no le dejaba comer. Nnu Ego se fue al patio de atrás, se dio un baño y después dijo que iba a acostarse. Nadie echó de menos a Kehinde, hasta que fue demasiado tarde.

Los niños y Okpo cenaron casi en silencio. Adim se marchó a hacer los deberes y Nnamdio salió a jugar con sus amigos. Taiwo se dio cuenta de que faltaba Kehinde a la mesa, pero supuso que estaba enfadada por las peleas de sus padres, que en aquella época eran cada vez más frecuentes. Al principio había sido por su hermano Oshia, después por la pensión de su padre; hacía dos días, el motivo había sido Adim. Taiwo estaba impaciente por terminar con los preparativos para poder marcharse a casa de su marido. Se iría y crearía su propio hogar en otra parte. Sabía que tendría sus propios problemas también, pero al menos serían distintos.

Más tarde, cuando se estaba cambiando para irse a dormir, volvió a echar de menos a su hermana. Dormían en la

misma esterilla, y Taiwo había comprado unas sábanas de algodón suave con el dinero de bolsillo que le había dado su novio. Las había extendido en la esterilla que compartía con su hermana. Aquel día le había tocado lavarlas a Kehinde. Taiwo salió a buscarla por el recinto llamándola a gritos. Okpo le preguntó si había visto a Kehinde desde la hora de la comida y fue en aquel momento cuando las dos se dieron cuenta de que no la habían visto en toda la tarde.

—Ya se está haciendo tarde. ¿Dónde estará? —preguntó Okpo, preocupada—. Deberíamos despertar a madre.

—Antes de decírselo, preguntemos primero a todo el mundo. Con el estado de ánimo que tiene en estos momentos, no sé...

Una fugaz sonrisa se dibujó en el rostro de Okpo después del comentario de Taiwo y, por una fracción de segundo, esta pensó que quizás Okpo, aquella chica superficialmente dicharachera, estaba disfrutando con todo aquello. Quizás no era lo que parecía. A lo mejor había rezado para que a sus padres les fuera mal, porque, ¿a quién beneficiaría todo aquello sino a Okpo? Su padre Nnaife no volvería a casarse, de eso estaba segura Taiwo. Okpo seguía teniendo bebés y, si Nnu Ego se rendía y se iba de casa, contaría con el monto de la pensión de Nnaife y, de ese modo, estaría mucho mejor. Taiwo se prometió analizar aquello más adelante. Entre tanto, buscaba a su hermana gemela.

Avisaron a Adim pero, por dondequiera que buscaran, no había ni rastro de Kehinde. Finalmente, hubo que llamar a Nnu Ego. Ella se sorprendió cuando se lo contaron, pues hasta entonces las chicas no le habían dado ningún problema. Siempre habían sido los chicos los que les habían causado quebraderos de cabeza, pues ellos serían siempre miembros

de la familia Owulum. Las hijas no tendrían que dar apenas problemas y deberían permitir que sus familias se sirvieran de ellas hasta que las transfirieran a sus maridos. Así que, ¿dónde se habría metido aquella chica, una chica mayor, a esas horas de la noche, cuando todo el mundo estaba ya en la cama? Nnu Ego sabía lo que se avecinaba: otra riña.

Si una cosa así llegaba a oídos de su familia en el pueblo, Kehinde perdería su reputación y todas las chicas de la familia cargarían con el tabú. La gente diría: «Si hubiera tenido una buena madre, ¿por qué la niña iba a irse de casa para dar vueltas por Lagos a esas horas de la noche?». La gente de Ibuza en particular tenía una imaginación muy viva en lo referente a sus jovencitas. Cotillearían y dirían: «¿Sabes dónde ha estado? ¿Sabes a qué se ha dedicado?».

Nnu Ego suplicó a todos que no se lo contaran a nadie, y siguieron buscando por todas partes. Sugirió que comprobaran si estaba en alguna de las casas de los vecinos yoruba; después de todo, no importaba que ellos lo supieran. Nunca se casarían con sus hijas. Así que no le importó que se les unieran algunos yorubas en la búsqueda.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando Nnu Ego decidió que era preferible enfrentarse al disgusto de Nnaife a que la acusara más adelante de mantener en secreto la desaparición de Kehinde. Al entrar en la habitación y verlo, se llenó de dudas. Deseó no tener que despertar a un hombre que disfrutaba de un pacífico sueño nocturno. Nnaife roncaba suavemente, con la boca entreabierta y con la camisola suelta por encima. Estaba medio desnudo, cosa que le daba igual, puesto que ¿quién más tenía el derecho a entrar en el espacio privado de su cama, al otro lado de la cortina, aparte de sus mujeres y sus hijos?

Respiró hondo y Nnu Ego lo llamó suavemente:

—Nnaife, Nnaife, ¡despierta! Estamos buscando a Kehinde. ¡Nnaife, despierta!

Él abrió los pesados ojos y frunció el ceño al ver a Nnu Ego. «Me odia hasta en sueños», pensó ella, con una mirada recelosa al ver la cara de desagrado que le ponía: «Nos aguantamos por los niños, solo por los niños». La gente le reprochó después que le contara toda la verdad a un hombre medio dormido, antes de que estuviera completamente despierto. Pero ¿cómo iba a saber ella que había tenido una discusión con Kehinde? Si se lo hubiera dicho. Si Nnaife hubiera hecho alguna alusión...

—Kehinde ha desaparecido. No sabemos dónde está.

Nnu Ego se puso a gritar ante la reacción de su marido. Pensó que la iba a matar, que la iba a despedazar. Hablaba y hablaba como en sueños, aunque tenía los ojos abiertos y miraba fijamente. Precipitada e improvisadamente, se ató la camisola a la cintura, dejando al descubierto la parte que se suponía debía estar tapada; no lo hacía adrede, pero cualquiera podría haber pensado que había perdido la cabeza.

—¡Kehinde! ¡Mi hija! ¡A ese matarife lo mato yo!

En ese momento, se agachó debajo de la cama —la ira le hacía moverse con más agilidad, más rapidez— en busca del alfanje que tenía guardado para una emergencia, puesto que en aquella parte de Lagos había muchos ladrones armados. Cogió el alfanje con los ojos todavía vidriosos de sueño, lo agitó en el aire, como si lo dirigiera a Nnu Ego. Ella dejó escapar otro grito desgarrador, advirtiendo a la gente de fuera que se apartaran del camino de Nnaife porque parecía como si fuera a cometer un asesinato. Pero los gritos de su

mujer parecieron alcanzarlo y salió disparado, blasfemando sin resuello.

—¡Ese carnicero y su hijo! ¡Voy a darles una lección! ¡Mi hija!

Su familia no pudo pararlo. Estaba enfurecido y totalmente decidido. De alguna manera, Adim adivinó hacia dónde iba, aunque cómo lo supo fue una especie de milagro. Salió corriendo deprisa, saltando por encima de un pequeño arbusto que separaba la casa del carnicero de la suya. Entró y gritó en yoruba:

—¡Despertad todos, vienen a matar a vuestro padre! ¡Despertad!

Eso fue lo que salvó al carnicero y a su familia. Algunos jóvenes de la casa estaban durmiendo en la terraza porque hacía calor aquella noche. Despertados por el ruido y los gritos de las mujeres de la familia Owulu, se levantaron. Uno de ellos se arrastró, para ponerse a salvo al ver el brillo del alfanje en la noche, hasta quedarse agazapado debajo de una caseta rota; el otro se unió a Adim para despertar al carnicero, que estaba medio dormido. Nnaife se metió en la casa blandiendo el alfanje.

Se oyó la voz del joven Adim, gritando:

—¡Por favor, sujetadlo! ¡No os escondáis ahí! ¡Hay que pararlo!

La llamada de alarma en aquel tono de urgencia y los gritos de las mujeres hicieron que todo el mundo saliera corriendo en medio de la confusión.

Nnaife entró bramando en la casa del carnicero:

—¿Mi hija con un marido yoruba? ¡Antes muerta, y con ella el padre de ese hombre! ¿Dónde se han metido? —Cor-

taba el aire con el alfanje en alto. Nadie se atrevía a ponerse frente a él.

Cuando dio la espalda a la caseta donde se habían refugiado unos jóvenes yorubas, uno de ellos saltó desde atrás encima de Nnaife, cogiéndolo desprevenido. Pero Nnaife le asestó un tajo al joven en el hombro y este soltó un grito penetrante. Antes de que acuchillara una segunda vez al hombre, que se retorcía de dolor, Adim salió por detrás y le dio un golpe a su padre en el brazo con un palo, dejándolo sin fuerza. El alfanje cayó al suelo.

Salieron todos los que estaban escondidos y sujetaron a Nnaife. La madre del joven herido en el hombro se puso a llorar.

—¿Qué te ha hecho mi hijo? ¿Por qué te tiene que dar ese ataque de locura con nosotros? ¿Alguna vez te hemos hecho daño? Vosotros sois ibos y nosotros yorubas, ¿qué te hemos hecho?

—Os mataré. Ninguna hija mía se casa con nadie de una tribu que nos llama caníbales. Una tribu que nos desprecia, que nos odia —gruñó Nnaife, forcejeando contra sus captores.

—¡Así que es eso! —gritó el más anciano de la familia yoruba, el hombre a quien Nnaife había querido matar al principio—. Tu hija es simplemente una chica. No puedes impedir a una chica que se case con quien quiera.

—En Ibuza no hacemos las cosas así. Seré yo quien elija los maridos de mis hijas. Ellas son demasiado jóvenes para saber lo que quieren.

—Pero estamos en Lagos, no en tu ciudad ni en tu pueblo.

—¡Pero yo nací en mi pueblo! Como tu hijo haya tocado a mi hija, toma nota de esto, cuando estos hombres se vayan, te mato.

Nnaife se pensaba que estaba en el Ibuza de su infancia, donde las discusiones así se solían resolver por la fuerza pura y dura. Se quedó atónito cuando llegó una ambulancia, seguida rápidamente de seis policías fuertes y de aspecto fiero.

—Ya lo ves, ya lo ves, Nnu Ego, ¿ves lo que me has hecho? Una hija tuya tiene la culpa de que me lleven a la cárcel —Se volvió una vez más hacia el anciano y lo amenazó delante de los policías—. Me soltarán dentro de uno o dos días, entonces vendré a matarte.

—¿Ah, sí? —preguntó uno de los policías—. ¿Y qué le ha hecho este hombre?

—¡Secuestró a mi hija y es un yoruba! —contestó Nnaife gimoteando.

—¿Tiene una hija? ¿Dónde está?

Kehinde salió de entre el grupo de gente que miraba desde la oscuridad lo que pasaba. Lloraba calladamente y suplicaba a los policías que dejaran a su padre marcharse.

—No podemos dejar libre a tu padre. Casi mata a un hombre y está amenazando de muerte a otro para cuando quede en libertad. Ahora tenemos que cumplir la ley, jovencita. ¿Así que te raptó la familia yoruba?

—No, no —contestó despacio Kehinde—. Me fui yo con ellos. Y voy a casarme con Ladipo, el hijo del carnicero.

Unas mujeres se echaron a llorar. Sus voces eran inconfundibles: las de Okpo y Nnu Ego.

Nnaife parecía perdido. No podía creer que una hija traicionara a su familia hasta ese punto. Un policía se acercó y le puso las esposas en las muñecas. El ruido que sonó al cerrarlas provocó que se interrumpiera el murmullo confuso de voces y lloros. El sonido llegó al corazón de Nnaife y

a los de sus dos hijos varones, que lo miraban impotentes, incapaces de levantar un dedo para ayudar a su padre.

Metieron a Nnaife a empujones en la camioneta de la policía que estaba allí esperando, pero al hacerlo la camisola que se había puesto encima se fue soltando, a punto de mostrar su desnudez.

—¡Por favor, esperen! ¡Esperen un momento, por favor! —gritó Nnu Ego, temblorosa—. Por favor, señores policías, déjenme atarle bien la *lappa*. Es el padre de mis hijos, es mi marido.

Nnaife se quedó allí indiferente mientras Nnu Ego le ataba mejor la *lappa*, con un nudo más para que no se le soltara por mucho que lo movieran.

—Siempre intentaremos tapar tu desnudez, Nnaife, y que tu *chi* te guíe en esto.

Nnaife miró en la oscuridad sin ver nada, mientras daban un portazo, cerraban el *black maria*[15] y se lo llevaban.

[15] Forma coloquial para referirse a un coche celular para el traslado de presos. (N. de la T.)

18 · LA MADRE CANONIZADA

El tiempo restante lo pasó viendo a un policía aquí, un abogado allá, un médico...; un mar de caras nuevas para Nnu Ego. Apenas entendía lo que le decían. Solo rezaba para que dejaran libre a Nnaife. Todo le costaba dinero, dinero que no tenía. Adim empeoró su rendimiento en los estudios y empezó a perder peso. Era cierto lo que decía la gente, pensó ella, que, si no tienes hijos, el deseo de tenerlos te mata y, si los tienes, lo que te matan son las preocupaciones. Un día llamó a su hijo y le habló seriamente.

—Mira, Adim, parece que estoy sola contigo en este juego de ganarnos la vida. Tu padre me culpa a mí y a vosotros, mis hijos. La gente de Ibuza me lo recrimina a mí: aducen que no os eduqué bien porque me pasaba la mayor parte del tiempo vendiendo en el mercado. Ahora pronostican que ninguno de vosotros saldrá adelante. ¿Vas a darles gusto rechazándote a ti mismo tú también? Puedes culparme si quieres, pero escucha, buen hijo, de momento, tú y tu hermana Taiwo sois mi única esperanza. Confío en vosotros dos, no solo en que me daréis de comer cuando sea mayor, sino en que me limpiaréis las lágrimas de la vergüenza. Así que no te abandones. Enfréntate a tus estudios, es tu salvación.

—¿Sabes una cosa, madre? Escribí a Oshia a Estados Unidos y me dijo que sentía lo que había pasado y que rezaría por todos nosotros, pero que no podía hacer nada.

Un inconfundible brillo de esperanza asomó a los ojos cansados de Nnu Ego.

—¡Vaya! ¿Así que el chico todavía se acuerda de nosotros? ¡Oh, mi *chi*! Ojalá me lo hubieras dicho. Que su *chi* lo ayude. ¿Cómo está? ¿Lo tratan bien por allí?

Se hizo una breve pausa durante la cual Nnu Ego se quedó mirando cómo se movían los dedos de sus propios pies. Adim la miró atento, viéndola confundida. No comprendía a su madre.

—Bueno, si me lo hubieras preguntado —prosiguió ella— te habría dicho que no le escribieras. Debe de estar muy ocupado forjándose su porvenir, preocupado por su futuro. Está en una edad muy dura.

—Pero, madre, ¿no podía haber ayudado un poco?

Nnu Ego sonrió.

—¿Cómo nos va a ayudar si no está en su país? Probablemente no le llegará el dinero ni para comer bien. Sé que la gente de Ibuza me critica a mis espaldas, pero hijo, van a mandar a nuestro abogado, Nweze, a defender a tu padre y tengo que conseguir dinero para pagarte el último curso en el colegio; con la ayuda de mi *chi*, lo lograré. Así que, ¿para qué vas a inquietar a Oshia cuando no está en situación de ayudar? No quiero que se preocupe, que piense que nos ha causado todo esto. Cuando le contestes, dile que todos lo queremos y que rezamos por él.

Por primera vez desde que era pequeño, Adim, el chico duro, como solían llamarle, se echó a llorar.

—Madre, ¿dices que vas a rezar por él? Madre, él tiene la culpa de todo esto. Él y nadie más. Nuestro padre perdió la cabeza por el disgusto que tuvo con él.

Nnu Ego se rio y alargó la mano, ajada por el trabajo, para confortar a Adim, quien se dio cuenta horrorizado de lo huesuda que era aquella mano de su madre y cómo todas las venas que debían estar cubiertas de carne sana, sobresalían en relieve, entrecruzadas. Y los dientes, aquellos dientes que habían sido su orgullo, los tenía descuidados y empezaban a tener manchas negras alrededor de los bordes. Adim sabía que su madre no era una mujer mayor, pero nunca le había parecido tan envejecida. Parecía una mujer de setenta años. Ay, pobre mujer, pensó.

Nnu Ego, ignorando estos pensamientos, dijo:

—No eches la culpa a nadie por lo que le ha pasado a tu padre. La vida ahora es radicalmente diferente a la de su juventud, pero se ha negado a ver los cambios. Intenté prevenirlo, pero no hubo manera. Vuestro padre invirtió en todos vosotros, igual que su padre invirtió en él para que pudiera ayudar en la granja, pero el hecho es que hoy en día los padres solo reciben el reflejo de la gloria de sus hijos. A tu padre se le olvidó que él mismo dejó la granja familiar para venir aquí. Solo pudo ayudar cuando obtuvo un buen trabajo. Para vosotros, la generación más joven, es un tipo de aprendizaje diferente. También lleva más tiempo y cuesta más. Yo creo que me está empezando a gustar. Lo único que lamento es no haber tenido suficiente dinero para dejar que las niñas siguieran en el colegio. Así que no eches la culpa de nada a tu hermano. Y no olvides que Oshia es mi hijo, igual que tú. Algunos padres, especialmente los que tienen muchos hijos de esposas distintas, pueden rechazar a un mal hijo. Un amo puede rechazar a un mal sirviente, hasta una mujer puede dejar a un mal marido, pero una madre jamás puede rechazar a un hijo varón. Si se lo maldice, también a

ella se la maldice... Así que ve a lavarte, ponte el uniforme limpio del colegio y lleva bien alta la cabeza. Ya me ocuparé yo de que haya dinero para pagarte el colegio antes de que nos vayamos. Después de esto, me temo, hijo mío, que el resto de tu vida está en tus manos y en las de tu *chi*.

—Gracias, madre —fue todo lo que dijo Adim, decidido a hacer lo mejor posible los exámenes venideros.

Mucha gente de Ibuza se presentó al juicio. Nnaife parecía perdido. Escuchó de pie un informe detrás de otro. El abogado leyó una larga declaración sobre cómo Nnaife había estado en el ejército, cómo le habían enseñado a matar sin dudarlo si un enemigo invadía su territorio. Nnaife dijo que, en el momento del incidente, estaba medio dormido y había actuado instintivamente, pensando que el carnicero del lugar y su hijo habían raptado a su hija. Aquello era obviamente consecuencia del hecho de que Nnaife, como buen ibo, amaba a su familia. Se informó al tribunal de que, con un salario de tan solo diez libras, treinta chelines y cuatro peniques, Nnaife había dado carrera a uno de su hijos, que estaba en los Estados Unidos de América cursando ciencias. Cuando el abogado defensor dijo esto, el tribunal dejó escapar un grito ahogado de asombro. «Es el padre de un futuro líder», murmuraba la gente. Al darse cuenta de aquello, el fiscal se animó y preguntó a Nnaife.

—Y el segundo de sus hijos, Adim, ¿qué hace?

—También va a St. Gregory.

—¿Quién le paga el colegio, Nnaife?

—Un padre paga el colegio de los hijos varones—. El abogado de la acusación masculló algo, pero una mirada inquisitiva del juez impuso silencio, aunque no lo hizo a tiempo de evitar que alguien se riera con cierto nerviosismo.

El abogado defensor, Nweze, sabía que algo había salido mal, pero volvió a guiar a su cliente con audacia.

—A sus hijos les va bien. Pero si hubiera quedado una mancha en la reputación de su hija Kehinde, habría repercutido sobre ellos, ¿no es así?

—¡Repercutir! ¡Repercutir! Todos los miembros de mi familia habrían sufrido. Habría sido tirar por la borda el trabajo que he hecho todos estos años. Ningún buen hombre querría casarse con las otras chicas y mis hijos varones tendrían dificultades en casarse con una buena chica de Ibuza porque la gente nos señalaría y diría: «Mira, ahí va un miembro de la familia Owulum. Una de sus hijas se fugó con un yoruba. Es una familia desequilibrada. La familia es así, la familia es...».

—Ejem. Bien. De acuerdo, Nnaife Owulum. El tribunal ha visto que para un hombre es importante defender el honor de su hija, no solo por el bien de ella sino por el bien de todos los miembros de la familia.

El abogado de la acusación no parecía antipático. Al principio, parecía compadecer a Nnaife, quien no conocía los trucos del tribunal y cayó en la trampa.

—Así que, al tener tantos hijos, ¿usted bebe a veces?

—Bueno, un hombre tiene que hacer eso para vivir. Con dos esposas quejándose todo el día de la falta de comida, pidiendo dinero para los colegios y con niños por todas partes, uno bebe de vez en cuando.

—¿No bebe todas las noches? Tiene usted un chico que viene todas las tardes a traerle vino de palma. Acuérdese, señor Owulum, que ha jurado por su *chi* y que a su dios no le gustaría que contara mentiras.

—Claro que no estoy contando mentiras. Sí, bebo vino de palma todas las noches, pero en lo que se refiere al alcohol del bueno, el *ogogoro*, ese solo lo bebo cuando tengo compañía o cuando hay algo que celebrar.

—Así que, aquella noche, se terminó usted un barril de un chelín de vino de palma con el estómago vacío antes de cenar. Uf... su hija sí que debió enfadarle.

—Sí, dijo que se iba a casar con un yoruba y no con el hombre que yo había elegido para ella.

—¿Tan malos son los yoruba?

—No sé nada de ellos ni quiero saber nada. No dan dinero para la casa a sus mujeres, son sucios, nos llaman ibos caníbales; oh, hacen de todo. Desde luego, mi hija no se casará con uno de ellos.

—Si su hija se casara con el hombre que usted eligiera, le darían una buena dote, al haber sido criada en Lagos, ¿no es así?

—Pues sí, un buen marido debe pagar bien por una buena chica. Así es como demuestra su hombría. Si no puede pagar, entonces no merece una esposa. Pero los yorubas no hacen nada de esto. Con dar al padre un cuenco de bebida y comprar unas cuantas *lappas* a la novia... No, eso no es suficiente con todo lo que ha comido la niña desde su nacimiento. Y su madre la ha enseñado a ser una buena vendedora.

—Ah, ¿sí? Oh... Si también se comprobara que su hija ha sido virtuosa, su yerno de Ibuza le traería doce grandes barriles de burbujeante vino de palma para celebrar su castidad, ¿no es así?

—Sí, hasta eso he perdido, hasta ese vino de palma posterior a la dote, también lo he perdido.

—Qué pena. Una auténtica pena. Así que cuando usted cogió el alfanje para ir a casa de su vecino, no luchaba por el honor de su hija sino por la dote que habría conseguido y el vino de palma que le habría dado su familia política, ¿no es así?

—Su señoría... —intervino oportuno el abogado Nweze antes de que Nnaife hiciera más el ridículo.

El abogado Nweze guió a Nnu Ego por esta desconcertante situación. No, no sabía que su marido había tenido una discusión con su hija Kehinde; no sabía que Kehinde tenía un novio yoruba y tampoco sabía que Nnaife había bebido demasiado. Nunca le había visto blandir un alfanje. El alfanje era suyo y lo utilizaba para cortar leña. Nnaife lo guardaba debajo de la cama para asustar a un ladrón que anduviera merodeando. Sí, Nnaife era el mejor padre del mundo y el mejor marido que una mujer pudiera desear. Sí, se gastaba todo su dinero en sus hijos, nunca había dejado de trabajar y hasta los hijos de su difunto hermano habían dispuesto de su ayuda para llegar hasta sexto curso del colegio. Quería a sus hijos de todo corazón. Sí, debía de ir andando sonámbulo cuando amenazó al carnicero y, gracias a Dios, el chico a quien había hecho un corte en el hombro se estaba recuperando.

Nnu Ego soltó un evidente suspiro de alivio cuando el abogado Nweze se sentó para dejar que la interrogara el fiscal.

—Recordará usted, señora Owulum, que ha jurado por la Biblia, lo cual es, como su *chi*, algo muy vinculante.

Nnu Ego volvió a mirar al inocente libro negro y se preguntó si este tendría el poder de volver loco a un mentiroso, como podía hacerlo un *chi*. Asintió con la cabeza. Ya lo sabía.

—Bien, su segundo hijo estudia en St. Gregory. ¿Quién le paga el colegio?

—Yo, se lo pago yo con lo que gano vendiendo madera y otras cosas.

Se oyeron unas cuantas risas contenidas en la sala del tribunal.

—Pero su marido nos dijo que él pagaba el colegio, ¿cómo es eso?

—Sí, paga el colegio.

—¿Quiere decir que pagan el colegio de Adim entre los dos?

—No, lo pago yo.

La gente ya no podía aguantar la risa. Hasta el juez sonrió sin querer.

—Señora Owulum, por favor, explíquese.

—Nnaife es el cabeza de familia. Es mi dueño, igual que el Dios de los cielos es el dueño de todos nosotros. Así que, aunque yo pago el colegio, él es mi dueño. Por lo tanto, dicho con otras palabras, paga él—. Nnu Ego asintió con la cabeza, sin saber que con aquel gesto, había puesto el último clavo en el ataúd de Nnaife. Quedó claro que era ella la proveedora de casi todo y que en los cuatro años en que Nnaife había estado en el ejército solo había recibido dos pagas, aunque ya entonces tenía cinco hijos a los que tenía que sacar adelante.

El fiscal siguió sondeando a Nnu Ego.

—Cuando su marido volvió del ejército, ¿no se fue a Ibuza?

—Sí.

—¿Para qué?

—No sé, para ver a su familia. Él es de Ibuza.

—¿Trajo algo a la vuelta?

—Sí, se trajo una nueva esposa.

—¿Y no hizo nada más en Ibuza, como por ejemplo dar un hijo a alguien?

—Sí, dejó embarazada a la esposa mayor. El esposo de ella murió, ya ve usted.

Tres cuartas partes de la sala eran yorubas, a los que esta costumbre les resultaba totalmente desconocida. Miraban la patética figura de Nnaife sentado allí, responsable de todos aquellos hijos. Hasta el juez lo miró con una especie de admiración masculina.

—Su esposo es un hombre fuerte —dijo cínicamente el fiscal, mientras que la gente se reía a carcajadas—. Usted dice que su marido es un hombre ideal, una persona encantadora.

Nnu Ego asintió.

—¿Tiene mal genio?

—No, no lo tiene. Solo se enfada cuando está borracho.

—¿Y bebe a menudo, todos los días?

—Bueno, es un hombre, ¿no? Se supone que los hombres son así. Mi padre...

—Estamos hablando de su marido, no de su padre.

—Mi marido es como cualquier otro hombre. Yo no me hubiera casado con un hombre que no se comportara como un hombre.

—¿Incluso hasta el punto de usar un alfanje?

— Estaba borracho y el honor de su hija estaba en entredicho.

—¿Y la dote?

—Sí. Y la dote. Es el dinero de su padre.

—Tiene usted razón, señora Owulum. El problema es que ahora estamos en el siglo veinte y en Lagos. A nadie le está permitido ir por ahí con un alfanje, ni siquiera a su marido.

—Deje que eso lo decida el jurado —intervino el juez.

El fiscal no cejó en su severo interrogatorio. Procedió con sumo detalle a examinar lo que había sucedido aquella noche.

¿Por qué se le había caído la comida a Nnu Ego? ¿Por qué no sabía que su marido había estado bebiendo? ¿Qué le hizo sentirse tan frustrada que la obligó a irse a la cama tan pronto?

Cuando Nnu Ego terminó de responder a las preguntas, el jurado, cuya mayor parte de sus miembros eran europeos, se había hecho una idea clara. Sentenciaron a Nnaife a cinco años de cárcel.

Fuera del tribunal, a Okpo aún le quedaban fuerzas para llorar. Adaku se acercó y tocó a Nnu Ego, diciéndole:

—Primera esposa, lo siento.

—Pero, no lo entiendo. ¿Por qué se reían de mí? ¿Me equivoqué en lo que dije? Las cosas han cambiado, desde luego, pero Nnaife sigue siendo nuestro dueño, ¿no?

—Me temo que hasta eso ha cambiado. Hoy día, Nnaife no es el dueño de nadie aquí en Nigeria. Esposa mayor, no te preocupes. Tú crees en la tradición. Has cambiado un poco, pero te has mantenido firme en tus creencias.

—Intenta perdonarme por condenarte cuando dejaste a Nnaife. Ahora empiezo a comprenderlo.

—Olvídalo. Mira, aquí tienes a todas tus amigas. Está Mama Abby... No es para tanto, primera esposa.

Cuando Nnu Ego llegó a casa se encontró con que los familiares de Ladipo, que tenían mucho miedo a los tribunales, habían traído comida y bebida. La nueva familia de Kehinde se encargó de cuidar a algunos de los niños más pequeños y el carnicero sintió mucho que Nnaife tuviera que cumplir una condena de cinco años. En aquel momento, Nnu Ego, aunque no tuviera un penique, se sintió agradecida de tener estas amigas y de seguir contando con sus hijos.

A lo largo de todo este periodo de pesadilla, desde la noche en que metieron a Nnaife en una celda hasta que finalmente

lo condenaron, Nnu Ego se preguntaba a sí misma en qué se había equivocado. La habían educado en la creencia de que los hijos la convertían a una en mujer. Había tenido hijos, nueve en total, y afortunadamente siete de ellos estaban vivos, cosa de la que no podían presumir muchas mujeres de esa época. La mayor parte de sus amigas y compañeras habían enterrado más hijos de los que conservaban vivos; su dios había sido misericordioso con ella. Pero, ¿cómo iba a saber que, cuando crecieran sus hijos, los valores de su país, de su pueblo y de su tribu cambiarían tan drásticamente, hasta el extremo de que fuera posible que una mujer con muchos hijos tuviera que afrontar una vejez en soledad y, quizás, una muerte miserable, como una mujer estéril? Ni siquiera tenía la certeza de que las preocupaciones por los hijos no la enviarían a la tumba antes de que su *chi* la llamara.

Nnu Ego se dijo a sí misma que le habría ido mejor si hubiera tenido tiempo para dedicarse más a aquellas mujeres que le habían ofrecido el calor de la amistad, pero nunca tuvo ese tiempo. El cuidado de un niño, un embarazo, la falta de dinero, todo ello unido al hecho de que nunca tenía trajes adecuados que ponerse para visitar a sus amigas, la habían llevado a rehuir la amistad, se había dicho a sí misma que no necesitaba amigos, que le bastaba con su familia. Pero, ¿había acertado? Nnaife le había lanzado una mirada tan venenosa que se dio cuenta de que cuando se acercara el momento de su libertad, si seguía viva, se buscaría la manera de volver a su pueblo con su gente. Aquel hombre no dejaría de echarle la culpa de lo que le había pasado; su familia y mucha gente de Ibuza la criticaban por haber criado mal a sus hijos. Oshia estaba en América, despreocupado totalmente y, aunque Adim mostraba interés por encontrar su sitio en

Nigeria, Nnu Ego intuía que también él preferiría dejar a la familia y marcharse al extranjero, a juzgar por el camino que iba tomando. Tenía todavía a los tres hijos más pequeños a su cargo y estaba sin dinero y sin la energía de la juventud, por lo que el panorama para sobrevivir adecuadamente se presentaba desalentador. Sabía que le iría mejor en Ibuza, donde al menos no tendría renta que pagar y, como último recurso, siempre podría plantar verduras detrás de su cabaña.

Se sintió algo más tranquila cuando, aquella tarde, fue a visitarles el abogado Nweze. Estaba tan abrumada por el honor que apenas sabía qué hacer; era como si la visitara alguien de la realeza. Le dio de todo lo que tenía: nuez de cola y manojos de espinacas de su pequeño terreno. No es que el abogado Nweze necesitase alguna de esas cosas, pero él sabía lo ofendida que se sentiría si no las aceptaba. Le contó que había alguna posibilidad de que Nnaife saliera de la prisión al cabo de unos tres meses, ya que algunas personas «importantes» consideraban que no había sido responsable de sus actos al atacar al carnicero yoruba. Perdería una gran parte de su pensión, pero le darían una pequeña cantidad: nada que ver con lo que podría haber obtenido, pero en aquellas circunstancias era mejor que nada. La familia debía guardar el secreto, porque, si no, la gente pensaría que el abogado que les defendía había llegado a algún acuerdo ilegal. Solo venía a contárselo porque imaginaba que les daría una alegría. Se fue enseguida, dejando a la familia colmada de gratitud. Les volvió a advertir que no dijeran una palabra a nadie. En cuanto Nnaife quedara libre, lo llevarían directamente a Ibuza, de manera que poca gente sabría su paradero. Pensarían que seguía en prisión. Eso sería lo que más apaciguaría a la familia del carnicero.

A las pocas semanas, fue necesario que Nnu Ego volviese a Ibuza. No podía pagar el alquiler y le faltaba el valor para ponerse otra vez a luchar. De este modo, tampoco tendría que hacerse cargo de la llorosa Okpo. Llamó al joven prometido de Taiwo y le preguntó directamente por sus planes.

—¿Quieres casarte con mi hija o no?

El pretendiente dijo que quería casarse con Taiwo cuanto antes si a Nnu Ego no le parecía mal una boda sencilla. Enseguida pagó la dote; le pertenecía a Nnaife, así que Nnu Ego se aseguró de dejarla en manos del representante de su marido, su hijo Adim.

—Date prisa, antes de que vengan a llamar a la puerta los vendedores de vino. Págate los gastos del colegio de todo el año —aconsejó Nnu Ego a su hijo—, mete seis libras en la cuenta de ahorro de correos y utilízalas para comer hasta que encuentres un trabajo. Abby ha dicho que puedes ir a vivir con él como sirviente. Solo por una temporada. Mucha gente se ha ofrecido a acogerte en sus casas, pero quiero que confíes en amigos leales, no en parientes. Si tienes hambre, ahí tienes a tus dos hermanas casadas; te vas a comer con ellas. Pero no lo hagas muy a menudo, te perderías el respeto a ti mismo. Es mejor perder el respeto de gente que no te conoce; no lo hagas cerca de casa o salpicará a los tuyos. Tienes que trabajar un poco para tus gastos, ayuda a Abby, límpiale los zapatos, lávale la moto nueva...

Nnu Ego se gastó seis libras en el ajuar de su hija. Le regaló unos cuantos utensilios de cocina, que le durarían mucho tiempo, y le compró una gran cantidad de tela de *lappa*. Adaku también se superó a sí misma; parecía que la que se casaba era su propia hija. Aunque la boda tuviera que ser sencilla, había que hacerla con estilo. Taiwo era una

buena chica y había servido a la familia, así que se merecía lo mejor. Se casó en la iglesia de San Pablo, en Ebute Metta, engalanada con un vestido blanco como la nieve. Su marido era joven y guapo, un hombre con buena formación. Muchas madres se mordieron las uñas y se preguntaron cómo era posible que un hombre así se dignara a casarse con una chica de una familia de dudosa reputación. Por la tarde, después de un largo día de beber, bailar y divertirse, Taiwo se fue a casa de su marido en un coche que el vecino carnicero había alquilado a un pariente taxista. La familia política yoruba aportó un colorido mucho mayor de lo que la gente había anticipado. Todos fueron a la iglesia con trajes hechos de la misma tela *aso–ebi*,[16] y vinieron con sus amigos y con su propia comida. Taiwo dio las gracias a su hermana que, ya embarazada, parecía haberse ganado el respeto de su nueva familia.

Una semana después, en una camioneta llena de trastos, Nnu Ego se marchó de Lagos rumbo a Ibuza, después de una más que larga despedida de sus amigos de la capital. Se llevó a Nnamdio, que seguía negándose a ir al colegio, a las gemelas pequeñas —que ya tenían siete años—, a Okpo y a sus dos niños. El marido de Taiwo, Magnus, insistió en que Obiageli, una de las pequeñas, se quedara a vivir con ellos; Nnu Ego pensó en ello seriamente, pero no quería que la niña creciera sintiendo que la había alejado de ella. —Pero, madre —le dijo Magnus—, tu hija era virgen. Según va todo, empezaremos a formar una familia enseguida. Tú te instala-

[16] *Aso-ebi:* En yoruba *aso* significa «paño» y *ebi* es «familia». En algunas fiestas es costumbre que los anfitriones o los invitados más próximos a ellos se hagan vestidos de la misma tela. (N. de la T.)

rás en tu pueblo y seré la última persona en ir a molestarte para pedirte que ayudes con tus nietos. Así que deja que Obiageli se quede con nosotros. Podrá ir al colegio y echar una mano a su hermana en la casa. Nnu Ego seguía con la duda. Llegó el momento en que Adim tuvo que intervenir. Discutió con su madre casi hasta que llegaron a la estación de Iddo, desde donde iban a partir.

—Mira, madre, Magnus es un hombre instruido. Se ocupará de que Obiageli tenga una buena educación. Le irá mejor en Lagos. Y lo que es aún más importante, tú necesitas descansar, madre. Has trabajado demasiado toda tu vida. Tienes que unirte a la gente del pueblo de tu edad, vestirte en los días Eke y salir a bailar a los mercados. Te irá bien vivir así. No cargues con la responsabilidad de tantos niños.

—Pero, de eso se trata —replicó Nnu Ego con lágrimas en los ojos—, no sé hacer otra cosa en la vida más que ser madre. ¿De qué hablaré con otra mujer si no tengo niños? Arrebatarme a los niños es como dejarme sin la vida que he conocido siempre, la vida a la que estoy acostumbrada.

—Madre, todavía te quedan Nnamdio y Malachi; algunas mujeres no tienen más que dos hijos. Deja que Taiwo se lleve a Obiageli. De todas formas, te vas a pasar la vida entre Ibuza y Lagos. Kehinde dará a luz enseguida, ¿y crees que se pondría de parto sin tenerte a ti a su lado? Enseguida le tocará el turno a Taiwo y tendrá sus propios hijos y también te necesitará. No vas a estar tan desocupada como temes. Y esa joven esposa de padre y sus hijos... —empezó a decir Adim.

Nnu Ego miró a su alrededor, en el aparcamiento de la estación, y vio a su hija Taiwo que se acercaba a despedirse

de ella. A su lado estaba Magnus. Trabajaba en el Ministerio de Hacienda y se había tomado el día libre para ir a despedir a su suegra. Taiwo estaba resplandeciente de salud y se la veía feliz. Llevaba un paño nuevo, un regalo de Magnus, y tenía aspecto de joven acomodada. Nadie hubiera pensado que solo sabía leer y escribir a un nivel elemental. Venían hablando en tono de broma, marido y mujer, y ella se reía señalando algo. Él hizo un ademán juguetón, dándole en la cabeza con el periódico doblado. Entonces, al ver a Nnu Ego, corrieron hacia ella como un par de colegiales. Podía sentirse plenamente satisfecha. Sí, aquello era importante. Era feliz de ver felices a sus hijos.

Cuando llegó el momento de acomodarse en la camioneta que los llevaría al pueblo, Magnus y Adim se empeñaron en que Nnu Ego se sentara delante, con Malachi en brazos, para que fuera más cómoda.

—El asiento de delante cuesta tres veces más que los de atrás, hijos. ¿Sabéis lo que estáis haciendo?

No obstante, se colocó delante, bajo la mirada envidiosa de los demás viajeros.

—Las madres primero —dijo el conductor con una exagerada muestra de cortesía—. Es su madre, ¿no? Qué aspecto tan joven para ser la madre de todos vosotros.

Nnu Ego se sentó como una reina en el día de su coronación. Entonces miró hacia atrás y dijo a Magnus:

—Hijo mío, llévate a Obiageli. Ocúpate de que dentro de quince años se convierta en una señorita bien educada.

—Sí, madre.

Hizo un gesto de despedida con la mano a sus hijas, cada una de pie junto a sus maridos —Kehinde embarazada y Taiwo radiante—, y a Obiageli, a quien Magnus llevaba en

brazos, con firmeza y cariño. Agitó la mano una y otra vez y todos se rieron, hasta que empezaron a llorar.

—Madre, reza por nosotras para que nuestra vida sea tan productiva y fértil como la tuya —gritó Kehinde cuando el camión arrancaba.

El conductor obsequió a Nnu Ego con una amplia sonrisa.

—Qué bonito es tener hijas —observó.

Nnu Ego se secó las lágrimas y dijo, con orgullo:

—Ah, no solo tengo hijas, tengo un hijo en *Amélika*,[17] otro en la secundaria y otro que va a ser granjero.

—Es usted una mujer rica, señora —dijo el conductor—. Tiene que darme su dirección; me gusta relacionarme con gente importante. Cuando se habla con gente así, le dan a uno ideas sobre cómo hacer ese mismo camino. ¿Un hijo en América? Dios mío, menudas alegrías deben darle sus hijos, señora.

La camioneta aceleró hacia Agege en su camino hacia Ibuza. Nnu Ego cerró los ojos; le dolía un poco la cabeza. Cambió la postura de Malachi en su regazo porque el peso de la niña la estaba dejando entumecida. Escuchaba a medias el monólogo del conductor.

—La vida es injusta para los hombres. Nosotros hacemos todo el trabajo y ustedes las mujeres se llevan la gloria. Hasta viven más años para recoger los frutos. ¿Un hijo en Améri-

[17] *Amélika:* América. El ibo es una de las numerosas lenguas en el mundo en que las alveolares [l] y [r] son variantes de un solo fonema; cuando los hablantes de estas lenguas hacen una transferencia de esta regla a otras lenguas que no dominan bien, y en las que ambos sonidos son fonemas distintos, como es el caso del inglés —así como el español—, a menudo el resultado produce un efecto cómico para los oyentes. (N. de la T.)

ca? Usted debe de ser muy rica, y estoy seguro de que su marido murió hace mucho...

Pensó que no merecía la pena responder a aquel conductor, que prefería vivir en su mundo de fantasía en lugar de ver la realidad. Menudo susto se llevaría si le contaba que su marido estaba en la cárcel y que el supuesto hijo de América jamás le había escrito a ella directamente, por no hablar de mandarle dinero. Si se lo dijera, la miraría con condescendencia y le diría: «Pero usted está por encima de eso, señora». Nnu Ego se rio de aquel pensamiento, como habría hecho su padre.

En Ibuza, la familia de Nnaife la tachó de mala mujer y tuvo que irse a vivir con su propia familia a Ogboli. Ya contaba con ello, sabía de sobra que solo los hijos buenos pertenecían al padre...

Pronto liberaron a Nnaife y también él se fue al pueblo a vivir con su joven esposa Okpo. Pero era un hombre acabado y su mujer Nnu Ego iba también de mal en peor. No es que fuera materialmente pobre; sus hijas le mandaban ayuda de vez en cuando. Lo que en realidad la destrozó fue que la expectativa, un mes tras otro, de tener noticias de su hijo en América y de Adim, que se había ido a Canadá, nunca se cumplió. Por unos rumores se enteró de que Oshia se había casado y que su mujer era blanca.

Durante un tiempo, Nnu Ego no reaccionó, luego empezó a fallarle la cabeza. Se volvió distraída y la gente decía de ella que nunca había sido emocionalmente fuerte.

Solía ir a la plaza de arena llamada Otinkpu, cerca de donde vivía, y decía a la gente que su hijo estaba en *Amélika* y que tenía otro en la tierra de los blancos —el nombre de Canadá la superaba—. Una noche, después de deambular contando estas historias, Nnu Ego se tumbó al borde del

camino, pensando que había llegado a casa. Murió sin hacer ruido, sin un hijo que le diera la mano o un amigo que hablara con ella. En realidad, nunca había tenido muchos amigos, siempre tan ocupada forjando las delicias de la maternidad.

Cuando sus hijos se enteraron de su repentina muerte, fueron todos al pueblo, incluido Oshia. Todos sentían que hubiera muerto antes de que ellos se encontraran en situación de proporcionarle una buena vida a su madre. Tuvo uno de los funerales más sonados y fastuosos que Ibuza viera jamás y se hizo un altar en su nombre, para que sus descendientes pudiera ir a rezarle si eran estériles.

Con el tiempo, se dijo que Nnu Ego era una mujer malvada hasta después de muerta porque, por más que la gente le pidiera que hiciera fértiles a las mujeres, jamás lo hacía. Pobre Nnu Ego, ¡ni siquiera en la muerte encontró la paz! No obstante, muchos reconocían que había dado todo a sus hijos. La alegría de ser madre era la alegría de dar todo por los hijos, decían.

¿Y su recompensa? ¿No tuvo el funeral más impresionante de Ibuza? Oshia tardó tres años en devolver el dinero que había pedido prestado, para así demostrar al mundo lo buen hijo que era. La gente no lograba comprender por qué no respondía a sus plegarias, porque ¿qué más quería una mujer que tener hijos varones que le dieran un funeral decente?

Nnu Ego lo tuvo todo, pero nunca respondió a las oraciones de quienes le pedían hijos.

Títulos publicados

ECOLOGÍA

La nueva normalidad
Eduardo Romero, 2021.
56 pág.
ISBN: 978-84-121866-3-5

Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino
Marc Badal, 2017
(coedición con Pepitas de Calabaza). 224 pág.
ISBN: 978-84-15862-98-7

Ecología sobre la mesa. Recetas para las cuatro estaciones
María Arce, Íñigo González, Eva Martínez
y Marina Tarancón, 2015
(3ª ed.). 184 pág.
ISBN: 978-84-944572-0-3

El oro de Salave. Minería, especulación y resistencias
(CD documental El Oro de Salave, Jose Alberto Álvarez)
VV. AA., 2013. 208 pág.
ISBN: 978-84-939633-7

MEMORIA

Mi infancia en el franquismo. Tiraña, Asturies, 1938.
Enesida García Suárez, 2021.
(3ª ed.) 96 pág.
ISBN: 978-84-944572-5-8

Mi guerra de España
Mika Etchebéhère, 2019.
(2ª ed.) 512 pág.
ISBN: 978-84-939633-4-7

Diario de un insumiso preso
Carlos Fueyo Tirado, 2015.
172 pág.
ISBN: 978-84-944572-1-0

NARRATIVA

Nuestra hermana aguafiestas. 0 reflexiones desde una neurosis antioccidental
Ama Ata Aidoo, 2018.
(2ª ed.) 224 pág.
ISBN: 978-84-944572-6-5

En mar abierto
Eduardo Romero, 2016.
223 pág.
ISBN: 978-84-944572-2-7

Lloro por King Kong
Pablo Sorozábal Serrano,
2015. 254 pág.
ISBN: 978-84-939633-9-2

65% agua
Isabel Alba, 2014. 168 pág.
ISBN: 978-84-939633-8-5

MIGRACIONES

La invención del pasaporte. Estado, vigilancia y ciudadanía
John Torpey, 2020. 320 pág.
ISBN: 978-84-121866-0-4

La mancha de la raza. Carta a un niño rumano
Marco Aime, 2014. 72 pág.
ISBN: 978-84-939633-6-1

Paremos los vuelos. Las deportaciones de inmigrantes y el boicot a Air Europa Campaña Estatal por el Cierre de los CIE, 2014.
112 pág.
ISBN: 978-84-939633-5-4

Un deseo apasionado de trabajo más barato y servicial. Migraciones, fronteras y capitalismo
Eduardo Romero, 2010.
144 pág.
ISBN: 978-84-614-0884-9

A la vuelta de la esquina. Relatos de racismo y represión
Eduardo Romero, 2008.
123 pág.
ISBN: 978-84-612-7617-2

¿Quién invade a quién? El plan África y la inmigración
Eduardo Romero, 2007
(2ª ed.). 68 pág.
ISBN: 978-84-611-4544-7

FEMINISMO

Naiyiria
Eduardo Romero
y Amelia Celaya, 2016.
48 pág.
ISBN: 978-84-944572-3-4.

La Madeja (nº 0). ***Aborto.***
VV. AA., 2010. 64 pág.
ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 1). ***Migraciones*.**
VV. AA., 2010. 64 pág.
ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 2). ***Cuerpos*.**
VV. AA., 2011. 56 pág.
ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 3). ***Paisajes*.**
VV. AA., 2012. 56 pág.
ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 4). ***Amores*.**
VV. AA., 2013. 64 pág.
ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 5). ***Transgresiones*.**
VV. AA., 2014. 64 pág.
ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 6).
Cuidados
VV. AA., 2015. 64 pág.
ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 7).
Miedos
VV. AA., 2016. 72 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 8).
Sexualidades
VV. AA., 2017. 72 pág.
ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 9).
Fronteras
VV. AA., 2018. 72 pág.
ISSN: 2171-9160

CUENTOS

Catalina y los bosques de hormigón
Ana Laura Barros, David Acera, y Amelia Celaya (ilustr.), 2017.
48 pág.
ISBN: 978-84-944572-4-1

Cosas que sucedieron (o no)
Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2013.
48 pág.
ISBN: 978-84-939633-3-0

Este loco mundo. 17 cuentos
Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2016 (2ª ed.). 72 pág.
ISBN: 978-84-614-0083-6

OTROS TÍTULOS

Contra la Unión Europea. Una crítica de la Constitución [agotado].
VV. AA., 2005.

Los árboles de la muerte. Crónica de un inmigrante sin papeles. Marco Valle, 2004 (2ª ed.).

Crisis y deuda externa. Las políticas del Fondo Monetario Internacional.
Miguel Moro, 2005.

Nos comen. Contra el desmantelamiento del mundo rural en Asturias. VV. AA., 2005.

Quién invade a quién. Del colonialismo al II Plan África. Eduardo Romero, 2011.

Nos matan y no es noticia. Parapolítica de estado en Colombia
Ricardo Ferrer Espinosa y Nelson Restrepo, 2010.

Incendiarios de ídolos. Un viaje por la revolución de Asturias. Mathieu Corman, 2009.

Más agua, ¿para qué? El Plan Hidrológico Nacional, el embalse de Caliao y la nueva cultura del agua. Beatriz González y Eduardo Menéndez, 2006.

Oviedo detrás de la fachada
(fotografía / texto-plano de Oviedo).
María Arce, 2007.
Miguel Moro, 2007.

Rodaré maldiciendo. Poemas y arte callejero
Silvia Cuevas-Morales, 2008.

FUERA DE COLECCIÓN

La locura rev/belada. Narrativas, experiencias y saberes encarnados
Miguel Salas Soneira, Asun Pié Balaguer, M. Carmen Morán de Castro, 2021.
128 pág.
ISBN: 978-84-121866-2-8

Ciclismo y capitalismo. De la bicicleta literaria al negocio del espectáculo
Corsino Vela, 2020.
144 pág.
ISBN: 978-84-121866-1-1

La radicalización del racismo. Islamofobia de Estado y prevención antiterrorista
Ainhoa Nadia Douhaibi y Salma Amazian, 2019.
144 pág.
ISBN: 978-84-944572-9-6

¿Sólo dos?
La medicina ante la ficción política del binarismo sexo-género
Daniel G. Abiétar, 2019
128 pág.
ISBN: 978-84-944572-8-9

De la poesía
T. S. Norio, 2012 (coedición con Libros de la Herida). 496 pág.
ISBN: 978-84-939633-2-3